

# LA CRUZ INVISIBLE

Christian Bauch

Lectulandia

El abad del monasterio irlandés de Clonmacnoise aparece brutalmente asesinado. El inspector Ian O'Connor, de la policía de Athlone, al que por un azar del destino le ha sido confiado el caso, se enfrenta con varios enigmas al mismo tiempo. ¿Ha cometido el crimen una secta fanática? ¿Por qué desapareció del lugar de los hechos una sencilla cruz de madera? ¿Por qué, aparentemente, el finado no opuso resistencia?

Cuando O'Connor descubre que en Polonia han sido asesinados otros dos clérigos, no es consciente de que su caso adquirirá dimensiones internacionales... En ambos asesinatos también han desaparecido dos cruces de madera. ¿Casualidad? ¿Conspiración? ¿Ritos ocultos?

En el mismo período, el padre Franz-Josef Frühling descubre en el Vaticano un secreto custodiado durante varios siglos. Durante la investigación de estas misteriosas muertes las pistas se dirigen al Vaticano. O'Connor y el padre Frühling unen sus fuerzas para resolver el enigma de las cruces desaparecidas. Pero el culpable andará siempre un paso por delante de ellos...

**Lectulandia**

Christian Bauch

# **La cruz invisible**

ePub r1.0

Titivillus 12.02.18

Título original: *Das unsichtbare Kreuz*  
Christian Bauch, 2006  
Traducción: Sofía Noguera Mendía

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*La labor policíaca está lejos de ser la trepidante y rabiosa acción que nos presentan constantemente tanto la televisión como el cine. Tiene que ver más con la sensatez, una considerable cantidad de iniciativa, mucho de idealismo y una buena dosis de suerte.*

# 1

El padre Frühling miró hacia afuera por la ventana y no pudo reprimir un suspiro. Pese a que todavía era verano, desde hacía unos días el cielo se cubría a menudo y, aunque de corta duración, se desencadenaban frecuentes chaparrones. Eran las siete de la tarde, y en la calle, sin duda, la mejor hora del día. Por regla general ya no hacía tanto calor, los cafés se llenaban y era delicioso contemplar la alegre animación de las *piazas*. Pero daba la sensación de que el buen Dios la había tomado con él o con el pueblo italiano. Durante los últimos días había trabajado mucho, había rezado a diario su breviario, no sólo eso, sino que además, una vez finalizada la jornada laboral, había ido a la cripta situada bajo la biblioteca, donde desempeñaba su trabajo, a rezar todavía un par de oraciones más. Luego se había ido directamente a su apartamento de dos habitaciones situado en Via Verde. Aquel día, sin embargo, le habían entrado verdaderas ganas de pecar.

No se trataba en absoluto del tipo de pecado que Dios le pudiera recriminar, pero a él le gustaba llamar así a su imperiosa necesidad de comer dulce. Tal vez era un modo de protección, que reprimía en caer demasiado a menudo en la tentación.

El padre Frühling era fraile franciscano, y su amor a los libros le había llevado a ocupar un puesto en la Biblioteca del Vaticano. Su área de acción iba desde catalogar nuevas obras sobre pasajes hasta entonces opuestos a la restauración, y esto era de hecho su tarea preferida, hasta leer y elaborar informes sobre todas las nuevas entradas.

Tenía cincuenta y siete años de edad y, vestido con el hábito de monje, ofrecía una imagen que recordaba a los frailes de madera o arcilla con un vaso de cerveza o de vino en la mano que tan a menudo se encuentran en las tiendas de recuerdos del mundo entero. Su exceso de peso era un fastidio difícil de sobrellevar, pero él se decía siempre que seguramente el buen Dios había querido que tuviera el aspecto que tenía. Por ello, pese a los muchos requerimientos de los médicos que consultaba muy de vez en cuando, eran pocos los esfuerzos que llevaba a cabo para observar las dietas que aquéllos le imponían.

Aquel día le apetecía algo dulce, y como ante sus ojos se apilaban ya tazas de chocolate caliente, montañas de helado italiano y tartas de limón, se apresuró a poner en orden su mesa de trabajo.

Mientras cerraba la puerta del edificio que albergaba la Biblioteca, le pareció oír el retumbar de un trueno en la lejanía. A pesar de ello, no dejó de pasar por la cripta para rezar durante un par de minutos. Como siempre, fue el último en marcharse. El motivo no era sólo su diligencia, sino que siempre le costaba separarse de todos aquellos documentos de los que tan a gusto se rodeaba. Bajo el brazo llevaba dos libros que trataban sobre los emigrantes rusos en Liechtenstein. Los ejemplares eran gruesos y pesados, y tenía previsto estudiarlos en casa, tal vez al tiempo que se bebía un vasito de vino Gewürztraminer. El padre leía a menudo hasta bien entrada la

noche, sin embargo, cuando por la mañana se levantaba temprano para leer su breviario en el pequeño jardín, que él mismo cultivaba detrás de la casa donde vivía, estaba completamente despejado. Otra ventaja que le había otorgado el buen Dios ya desde temprana edad.

Introdujo la llave en uno de los muchos bolsillos que ocultaba su hábito y se puso en camino. Unas espesas y tormentosas nubes se amontonaban en el cielo.

—¡Maldición! —gruñó tras levantar la vista.

Sin embargo, reaccionó de inmediato, se santiguó, juntó las manos y murmuró un perdón en dirección al cielo. Nuestro padre era muy creyente, de ello no cabía la menor duda, pero mostraba de vez en cuando rasgos humanos. Tenía la firme convicción de que, a la hora de rendir cuentas a Dios, Éste iba a perdonarle sus esporádicos e insignificantes pecadillos. En toda su vida sólo había hecho el bien, y esto no debía olvidarlo su más «excelso jefe», como solía llamar a Dios, con una sonrisa suficiente, pero en ningún caso con intención peyorativa.

Llevaba recorridos unos doscientos metros desde su lugar de trabajo cuando empezaron a caerle unas gruesas gotas sobre la cabeza, que, como corresponde a un fraile, se componía de ochenta por ciento de calva y como mucho un veinte por ciento restante de una corona de pelo ralo. Se cubrió la cabeza con la larga capucha del hábito mediante un movimiento seguro que demostraba haberse repetido miles de veces, y aceleró un poco el paso. Notó a su alrededor una febril actividad, orientada a abrir más sombrillas y poder así alargar la estancia de los clientes ya sentados en las terrazas e incitar a otros a refugiarse en los cafés y restaurantes.

La tela gruesa y dura de su hábito absorbió la mayor parte de la lluvia, que ya podía ser descrita como aguacero, y así llegó resoplando a casa unos veinte minutos más tarde. Se adentró en Via Verde, una callejuela que parecía haber tomado su nombre de las muchas plantas y flores que adornaban sus edificios. Él vivía en una casa de dos plantas y tenía su apartamento en la segunda. Abajo vivía la *signora* Pauluso, que alquilaba de vez en cuando habitaciones a los turistas a fin de sacarse un pequeño sobresuelo. Conocía la debilidad de su inquilino, y a menudo le dejaba, sonriendo orgullosa y satisfecha de sí misma, un plato con un enorme flan de vainilla ante su puerta. Con una similar satisfacción y un agradecido «que Dios se lo pague» le era devuelto el plato vacío y limpio al día siguiente.

El enorme cuerpo del padre Frühling subió las escaleras de madera con increíble agilidad, entró en su apartamento, cerró la puerta tras él y dejó los dos libros que llevaba sobre la mesa de la salita. Se retiró la capucha de la cabeza, se pasó las dos manos por ésta y encendió la radio. Luego se sacudió las gotas del hábito y se dirigió al dormitorio. Regresó poco después con una tableta de chocolate Schogetten masticando ya un trozo.

Miró por la ventana y comprobó satisfecho que se había tratado sólo de un chaparrón, que por lo menos había refrescado el ambiente. Pensó en las hortalizas y las flores del jardín, que iba a tener que regar de todas formas. Pese a la lluvia que

había caído durante los últimos días, los parterres, que estaban tras el porche cubierto que compartía con la *signora* Pauluso, apenas se habían mojado.

Por consiguiente, y después de meterse en la boca otros dos trozos de chocolate, volvió a bajar. Delante de la puerta que daba al jardín había un par de botas de goma. Frühling se quitó los botines que llevaba, se frotó un segundo los pies y las piernas y se calzó las botas. Cualquiera que lo hubiese visto en aquel momento no habría tenido más remedio que sonreír al observar a aquel hombrecillo barrigón y vestido con un hábito embutiendo los pies en las botas. El fraile opinaba que la jardinería sólo podía realizarse con botas, ¡y basta!

Estuvo en el jardín unos tres cuartos de hora, durante los cuales regó las plantas, arrancó malas hierbas aquí y allá y no dejó de picotear alguna que otra baya. Luego consultó el reloj que llevaba colgado de un cordón en el hábito. Eran ya las ocho menos cuarto. La hora de su pecado. El cielo se había despejado y parecía prometer lo que se podía esperar de una velada italiana.

Volvió a subir y, mientras se lavaba y peinaba, se acabó la tableta de chocolate. Se calzó unas sandalias color marrón claro, se puso uno de los libros bajo el brazo y salió de casa.

Anduvo resuelto a través de diversas callejuelas que se iban llenando de una variopinta animación, que no era fruto sólo del flujo de turistas, sino también de los autóctonos. Al cabo de una media hora llegó a su café. La mayoría de las mesas ya estaban ocupadas. En un rincón, delante del gran ventanal y desde donde, por consiguiente, podía ver tanto el interior como el exterior, se sentó a una mesa protegida por una sombrilla. Le invadió una satisfacción interna. Podía deducirse sin temor a faltar a la verdad que era un cliente habitual.

Al cabo de poco, se acercó sonriendo una agraciada joven que trabajaba allí durante la temporada de verano.

—¿Cree usted que por fin vamos a tener buen tiempo? —preguntó conforme miraba al cielo, donde apenas se veían nubes.

—Sí, el buen Dios quiere ser bueno con los turistas y con los cafés —le replicó el padre Frühling.

—¿Qué le sirvo, padre? ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor —contestó él—. Con una ración doble de nata sobre el chocolate —añadió lanzándole una mirada de soslayo.

La camarera tomó nota de la comanda y desapareció en el interior del café.

Cuando regresó poco después, el monje ya había dispuesto su grueso volumen sobre la pequeña mesa. Colocó sobre ésta una taza grande que contenía un chocolate espeso y caliente, así como una enorme ración de nata, pero para ello tuvo que apartar un poco el libro del clérigo.

—Vaya —empezó a decir ella mirando el libro—, ¿otra vez ha vuelto a llevarse trabajo a casa?

—¡Ay, hija mía! —exclamó el monje mientras le lanzaba una mirada soñadora—.



Gracias al buen Dios siento pasión por todo lo impreso y, por consiguiente, no considero que esto sea un trabajo; digamos que para mí es un desafío intelectual. Además, debe usted saber que —se echó un poco hacia delante, como si quisiera dar la impresión de que le quería confesar un gran secreto en voz baja—, tengo un defecto terrible. —La camarera miró al padre Frühling con una expresión curiosa y desconcertada a la vez—. Me pierde la curiosidad.

Una sonrisa de alivio iluminó el rostro de la camarera. Era evidente que había esperado una confesión muy distinta.

—He estado buscando en toda la Biblia, pero no he encontrado ningún apartado donde nuestro Señor describa la curiosidad, o mejor llamémoslo la sed de saber, como un pecado —prosiguió Frühling a modo de aclaración—. A mí me interesan tantas cosas de este mundo que lo que supondría un verdadero pecado sería que me pasaran inadvertidas. ¿No le parece?

De hecho la curiosidad le había acompañado desde su más tierna infancia, algo que, sin embargo, no parecía incomodarlo. Sin curiosidad la humanidad no sería seguramente lo que era. Si a los científicos y a los investigadores no les hubiera agujoneado la curiosidad, no se habrían descubierto muchas cosas de las que conocemos hoy en día. Y como los científicos y los investigadores trabajaban para la humanidad, en opinión del padre Frühling no menoscababan las enseñanzas católicas.

—Pues que disfrute usted de su lectura —le deseó la muchacha italiana, que añadió antes de alejarse—: Si se le ofrece algo más, no tiene más que hacerme una seña.

A continuación se alejó entre las mesas y se detuvo con su bloc de notas en la mano junto a una de ellas, donde acababan de instalarse nuevos clientes.

Por su parte, el padre Frühling lanzó una mirada agradecida al cielo antes de tomar la gran taza entre las dos manos y sorber ruidosamente y con fruición su chocolate caliente. Le sentó de maravilla. Y si era así, era la voluntad divina. Estaba satisfecho consigo mismo, si bien, no necesariamente con el resto del mundo, pero por lo menos con su propia vida. Enderezó con cuidado su silla, abrió el grueso libro y se puso a rebuscar las gafas en los bolsillos. Había ido perdiendo vista durante los últimos años y, desde hacía dos, se había decidido a usar gafas. Todavía hubiera podido leer sin ellas, pero habría supuesto un esfuerzo demasiado grande dado su trabajo. Por ello se había hecho hacer unas gafas chiquitinas, que le conferían el aspecto de un contador de cuentas.

Frühling seguía revolviendo en su hábito y se iba poniendo visiblemente nervioso. No encontraba el estuche con las gafas que solía meter en un determinado bolsillo. Se agitaba en la pequeña silla mientras, ya con ambas manos, buscaba en los lugares más recónditos de su hábito. Sin embargo, aparte de las llaves de la biblioteca y de un par de arrugados envoltorios de chocolate, no logró encontrar nada más. El padre frunció el entrecejo y se puso a observar pensativo a la gente que animaba la *piazza*. ¿Dónde demonios estaban...? Sin pensarlo dos veces, lanzó una mirada de

perdón a su más excelso jefe y tomó otro largo trago de la taza. La nata empezaba a derretirse y le formó un pequeño círculo de barba blanca alrededor de la boca. Se limpió con una manga del hábito, y cayó en la cuenta de que últimamente lo llevaba haciendo demasiado a menudo. Iba a tener que llevarlo de nuevo a la tintorería. El número de manchas en las mangas había aumentado de forma ostensible.

En fin, seguro que se las había dejado olvidadas sobre la mesa de trabajo en la biblioteca. Podía esperar hasta el día siguiente, y seguro que las encontraba donde pensaba, no obstante, ya se había hecho a la idea de pasar la velada disfrutando de los libros. Iba a tardar una buena media hora en ir hasta la biblioteca y, desde allí, a casa, pero, por otra parte, así iba a poder comprarse alguna chuchería, pues, las chocolatinas Schogetten que había estado comiendo antes y después de dedicarse al jardín se habían acabado. Y una agradable velada de lectura sin una pequeña golosina no era lo que él había previsto para terminar aquel día. Frühling se bebió lo que quedaba en la taza y le hizo señas a la camarera.

—¿Ha cambiado de idea, padre? —le preguntó ella al acercarse a la mesa, mientras Frühling le pagaba la consumición.

—No, en absoluto —le contestó el pequeño fraile—. Pero evidentemente a mi amado Dios le interesa mucho mi salud y ha permitido que deje mis gafas olvidadas. Me ha deparado un paseito nocturno antes de poder irme a casa y dedicarme a la lectura de este libro. —Se levantó con cierta dificultad de la silla y se puso el volumen bajo el brazo—. Que Dios la proteja —añadió, según le hacía con el pulgar el signo de la cruz en la frente a la camarera; ésta se santiguó acto seguido—. Para que pueda traerme este maravilloso chocolate durante mucho tiempo —prosiguió sonriendo satisfecho—. Pero no sólo para esto... —concluyó antes de abrirse camino entre los estrechos pasillos que dejaban las mesitas del café y sumergirse en el bullicio de la *piazza*.

Nadie prestaba atención a aquella persona bajita enfundada en un hábito y que deambulaba con naturalidad por callejas y callejones. En Roma, y especialmente en las inmediaciones del Vaticano, los frailes y los sacerdotes forman parte del paisaje cotidiano en las calles.

En el intervalo se habían hecho ya las diez de la noche, y la oscuridad iba dominando sobre la luz del día. El padre Frühling decidió entrar en la biblioteca por una puerta de servicio. La Guardia Suiza también vigilaba, y con ojos de lince, aquella zona del Vaticano, y en aquellos momentos no le apetecía en absoluto dar explicaciones sobre el motivo de su visita nocturna.

Un poco más allá, abrió con su llave una discreta puertecita. Había descubierto aquel camino hacia su puesto de trabajo cuando, poco después de haberse incorporado a su nuevo cargo, se había extraviado por los enormes pasillos y estancias de aquella parte del Vaticano.

Todas las zonas estaban sumidas en una luz crepuscular, una atmósfera que al padre le encantaba. Tenía algo de misterioso y a él, aparte de la curiosidad, le gustaba

el misterio. Las suelas de sus sandalias no producían ruido alguno sobre el suelo de mármol, y daba la sensación de que la figura pequeña y regordeta iba flotando.

Estaba a punto de abrir la puerta de la sala donde tenía su escritorio cuando advirtió un débil resplandor a través del cristal decorado. No se trataba de una luz clara; pensó más bien en una vela que, sin duda, alguien había encendido en alguno de los muchos rincones de aquella parte posterior de la biblioteca. Frühling se quedó desconcertado. No, él no había encendido una vela en todo el día, de ello estaba seguro. Por otra parte, en los últimos años, quién sabía cuántos, jamás había sucedido que algún otro clérigo permaneciese allí hasta tan tarde. Las horas de apertura de la biblioteca estaban bien estipuladas y además solían observarse. Aparte de él y del cardenal Pontolucci, que ostentaba la dirección de aquella sección, nadie podía quedarse en aquellas estancias. ¿Un ladrón? No, era imposible que alguien se introdujera allí sin ser visto. Además, ¿qué había allí para robar aparte de libros? Y otra vez ella, la curiosidad del pequeño fraile, que se impuso sobre su terror. Por otra parte, el buen Dios estaba con él y no había razón alguna para tener miedo.

Con sumo cuidado, el padre Frühling empujó despacio hacia abajo el picaporte. Alguien había abierto la puerta que daba a la biblioteca. Estaba seguro de que la había cerrado cuando se había marchado por la tarde. Sin hacer el mínimo ruido, la abrió lo justo para poder colarse por la abertura. Efectivamente, en la zona posterior, oculta por innumerables estanterías de libros, pudo distinguir la oscilación de la luz de una vela. Todos sus sentidos se pusieron alerta cuando oyó voces procedentes de aquella zona. El padre Frühling se quedó paralizado como un corzo trémulo en la oscuridad, claro que dada su talla era más bien comparable a un jabalí. Había dos hombres que hablaban entre sí y no parecían haberse percatado de su irrupción. Sin embargo, la conversación tenía lugar en un tono muy bajo. El fraile reconoció de inmediato la característica voz del cardenal Pontolucci. ¿Pero quién era su interlocutor, y qué tenían que buscar o discutir allí? No era precisamente salas de reunión o despachos lo que faltaba en aquella ala del edificio. ¿Por qué habían escogido precisamente el aislamiento de la biblioteca? Frühling presintió que se trataba de una conversación que debía mantenerse alejada de oídos ajenos. Y fue este hecho lo que consideró interesante. Pontolucci era un hombre inteligente, y si había escogido aquel lugar para mantener una reunión sereta debía de tener una buena razón. Y esta razón interesaba en grado sumo a nuestro fraile.

No entraba dentro de su costumbre espiar a otros sacerdotes. Bien, sí, alguna vez, pero de forma involuntaria. Es cierto que lo había hecho un par de veces, pero en cada ocasión se había producido de forma totalmente casual. Aquello era muy distinto. Frühling se detuvo a reflexionar unos instantes. Al fin y al cabo, había sido el buen Dios quien le había llevado allí justo en aquel momento. Por consiguiente, seguro que no se oponía a que escuchase un poquitín.

El fraile se deslizó subrepticamente hasta un rincón donde, junto a un depósito de estanterías, había una fotocopidora. El escondrijo no era muy amplio, pero Frühling

superó ese inconveniente y se situó detrás en cuclillas. Ojalá no lo descubrieran. A decir verdad era una posibilidad muy lejana. En primer lugar, nadie podía esperarse que hubiera alguien allí a esas horas de la noche, y, en segundo lugar, en aquella parte de la biblioteca estaba tan oscuro que no corría ningún riesgo de que lo descubrieran detrás de los muebles y además vestido con el hábito marrón oscuro.

Parecía que la conversación proseguía animadamente.

—¿Y usted cree que esto es realmente necesario, cardenal?

Quien acababa de hablar era D'Augusto. El interlocutor de Pontolucci era el arzobispo D'Augusto. Estaba encargado de asuntos extranjeros, en el amplio sentido de la palabra. Frühling no lo había visto nunca en aquel sector del Vaticano. Tenía un cometido relevante en la curia, pero el fraile nunca se había detenido a pensar en su campo de acción.

—Mire usted, mi buen D'Augusto —contestó Pontolucci—, tenga en cuenta que corremos un cierto riesgo. Usted ya conoce la forma de actuar de nuestro Santo Padre. Piense en cuántas reformas ha llevado ya a cabo en su todavía corto mandato. Unas reformas que no siempre nos satisfacen a todos nosotros. Imagínese por un momento, y no es más que una cuestión de tiempo que se produzca, que quiera realmente hacer público el informe de san Juan.

«El informe de san Juan», pensó el padre Frühling. Se trataba del discípulo preferido de Jesús. Un informe, es decir, también un documento. No podía haber hecho referencia al Evangelio de Juan, pues, en ese caso, lo habría denominado literalmente. Era algo muy arraigado entre el clero. El padre Frühling había estudiado las Santas Escrituras, en especial las de los evangelistas, pero jamás había encontrado nada de un «informe de san Juan», ni siquiera un indicio. Se dijo que aquella conversación prometía ser muy interesante.

—... Juan estaba allí cuando nuestro Señor murió en la cruz, y redactó, bien a partir de su propia observación, bien mediante la confesión de algún testigo presencial de los hechos, una especie, digamos, de informe... pero esto no debo explicárselo yo a usted —prosiguió el cardenal Pontolucci—. Usted ya sabe que, además del Santo Padre, sólo somos cinco iniciados los conocedores del contenido de ese papel.

—Pero... —Aparentemente D'Augusto seguía sin querer comprender.

—Los evangelios sinópticos de Matías, Marcos y Lucas son, en cierto modo, idénticos. Presentan muchas coincidencias. Pero el Evangelio de san Juan ya es otra cosa. Discrepa en muchos detalles de los otros tres. Una circunstancia que no se puede pasar por alto, más bien todo lo contrario. Su relato hace pensar que estuvo realmente en muchos lugares y acontecimientos a los que hace mención. Esto se observa asimismo en las detalladas descripciones que ofrece. Ya que se percibe cierta... fuerza destructiva. Hay quien afirma que el Evangelio de Juan es el más fidedigno. Aquí, sin embargo, tenemos un hecho con el cual la Iglesia católica ha vivido durante siglos y con el que seguro que puede vivir igualmente otros tantos.

Piense usted en el documento. En un segundo informe, que sin lugar a dudas procede de la misma pluma, como el Evangelio...

El cardenal hizo una pausa. El padre Frühling levantó la nariz para husmear el aire. Oía a tabaco. Era evidente que uno de los dos clérigos, o los dos, habían encendido un puro. Le llegaba a la nariz el olor a tabaco quemado.

—Seguro que todavía recuerda usted —prosiguió el cardenal—, el alboroto que se armó entre el clero, y no sólo entre éste, cuando en la primavera de 1988 se filtraron fuera del Vaticano muestras de la mortaja de nuestro Señor, que fueron examinadas por tres laboratorios distintos, incluso con nuestra asistencia. ¿No recuerda usted la agitación que se produjo entre todo el clero y todos los fieles cuando no hubo más remedio que hacer público el resultado del análisis del radiocarbono así como de las consiguientes declaraciones?

—Que Jesús no había muerto en la cruz... —intervino D'Augusto pensativo.

—Exactamente, mi querido amigo. Gracias a Dios las aguas han vuelto a su cauce. La mayoría de los fieles ha olvidado aquellos hallazgos, o se ha inclinado por lo que siempre ha creído. Pero qué supone usted que pasaría, mi querido D'Augusto, si ahora, en el punto que estamos de la historia universal, y sólo unos cuantos años después de aquello, apareciera ese documento de Juan y se hiciera público... Y me temo que nuestro Santo Padre no iba a dejar de ablandarse con sus ovejas. Haría lo que siempre dice que quiere conseguir: hacer que la fe católica vuelva a ser comprensiva, veraz y al alcance de todos. Qué tontería. A mi modo de ver, y en esto no estoy solo, sólo iba a lograr exactamente lo contrario: Todavía más pánico e incompreensión entre los fieles, e incluso entre la clase sacerdotal. Todo el clero sería sin duda alguna cuestionado, y la Iglesia, nuestra santa Iglesia, perdería de un plumazo esa posición por la que ha luchado durante siglos y que tan legítimamente se ha ganado. —El cardenal Pontolucci hizo una pausa a fin de que sus palabras surtieran el efecto deseado.

—Si algún día apareciera el papel, siempre se podría decir que es una falsificación —replicó D'Augusto muy despacio.

—Pero hombre... ya sabe que lo hicimos examinar mediante el mismo método utilizado con la mortaja de Turín... con el mismo resultado. Ese pergamino es auténtico. Se encontraron suficientes pruebas bacteriológicas que probaron su autenticidad. Gracias a Dios, ese análisis ha permanecido secreto, pero, y esto agrava todavía más la situación, también intervinieron en esta medición científicos pertenecientes a la curia. Claro que no supieron, de lo que me alegro muchísimo, lo que estaban analizando; pero el resultado es un hecho. El documento existe, es auténtico y procede inequívocamente de san Juan. Y usted sabe de sobras lo que en él se describe con tanto detalle...

—La crucifixión de nuestro Señor y su resurrección...

—Sí, su resurrección, como lo llama la Iglesia católica... Así se podría describir si no profundizamos. ¿Pero sabe usted también lo que él quiere indicar realmente en

ese documento?

—Que Jesús no murió en la cruz y que...

—Exacto. ¿Y lo quiere usted divulgar ahora a la cristiandad? —Sin duda Pontolucci vio reflejada la duda en el rostro de su interlocutor—. Preste atención. No podemos permitir una cosa así. Por ello el documento debe ocultarse antes de que sobrevenga un verdadero desastre. He llegado incluso a pensar en hacerlo desaparecer del todo, pero ello sería un pecado mortal. ¡Un documento histórico semejante, de un valor incalculable, arrojado a las llamas! Además, el Santo Padre no lo entendería y nos veríamos en un serio aprieto. No. —El cardenal Pontolucci le dio una nueva bocanada al puro que estaba fumando—. Vamos a llevar este documento a un lugar donde permanezca oculto del mundo, un sitio gracias al cual, aunque fuera encontrado y relacionado con él, pudiéramos fácilmente probar lo contrario, para que los fieles se quedaran tranquilos.

—¿Pero dónde tiene usted intención de depositarlo? —quiso saber D'Augusto, claramente interesado y convencido tras los argumentos del cardenal.

—No se trata sólo de una cuestión de dónde, sino de cómo. Al igual que le he convencido a usted ahora, cosa que compruebo con absoluta satisfacción, he persuadido a las otras tres personas de la curia que están al corriente. Cuanto menos sepan sobre ese lugar, mejor será para toda la cristiandad. Sólo usted y yo lo conoceremos y deberemos, en el caso de que Dios quiera que los dos fallezcamos prematuramente, escoger a nuestro sucesor y transmitirle de palabra nuestro secreto. Pero no se preocupe usted por el dónde y el cómo. Me he ocupado de todos los preparativos necesarios. Dentro de unas semanas nos pondremos en camino para un largo viaje a través de Europa. Durante este viaje le confiaré el resto de los detalles. No me malinterprete, querido D'Augusto, no se trata de desconfianza, sino sólo de una medida de precaución en nombre de toda la Iglesia católica. Todo está dispuesto, el próximo miércoles tenemos ya un vuelo reservado...

—¿Y el Santo Padre?

—Cuando llegue el momento estaré en condiciones de ponerle al corriente de nuestras acciones, claro que con un par de matizaciones, ya me entiende usted, pues, nunca se sabe... —Pontolucci apartó la silla donde estaba sentado y se puso en pie—. ¿No piensa usted también que todo apunta a que Juan Pablo II está muy enfermo...?

D'Augusto también se levantó. El padre Frühling se apretó todavía más contra la pared. Los dos hombres iban en su dirección. Como los dos clérigos habían apagado la vela, en el lugar reinaba una absoluta oscuridad. Avanzaban entre las estanterías, pero les costaba orientarse. Por ello, camino de la puerta, tropezaron un par de veces con estanterías y mesas. El fraile contuvo la respiración. Los otros dos religiosos pasaron a sólo un metro de donde él estaba escondido. Era evidente que no tenían ni idea de que eran observados. Estaban convencidos de que no había nadie más aparte de ellos; en caso contrario aquella conversación jamás habría tenido lugar allí.

Pontolucci abrió la puerta, miró a un lado y al otro del pasillo y le hizo señas a

D'Augusto indicándole que podía salir. Frühling oyó que ajustaban despacio la puerta e introducían la llave en la cerradura. Recuperó el aliento y permaneció varios minutos paralizado en el rincón que le había permitido descubrir aquel increíble secreto. Al cabo de un rato, que fue incapaz de calcular, se incorporó con cuidado y se dirigió a su escritorio. Lo que había oído le zumbaba en la cabeza. No acababa de situarlo. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué significaba la última e inacabada frase de Pontolucci? Debía salir de allí lo antes posible. Encontró las gafas que había dejado olvidadas sobre el escritorio y se las guardó en uno de los bolsillos del hábito. Todo esto lo hizo de un modo más o menos mecánico. Para su cerebro las palabras de Pontolucci resultaban increíbles. ¿Habría entendido bien?

Tan silenciosa y cautelosamente como había llegado, abandonó el padre Frühling el edificio por la puerta de servicio. No tenía ganas de encerrarse en casa. No podía volver a casa todavía. Debía reflexionar. Quería reflexionar, pero no podía. Era ya pasada medianoche cuando abrió la puerta de su apartamento. Le costó mucho conciliar el sueño y éste estuvo plagado de imágenes tan indefinibles que la mañana lo sorprendió bañado en sudor.

Ian O'Connor estaba sentado a su escritorio y miraba aburrido por la ventana. Aquel día no había aportado nada interesante. Como de costumbre, había llegado poco después de las siete de la mañana a la pequeña comisaría de policía de Athlone, había dejado su vieja bicicleta negra en el patio posterior, junto a los cubos de basura, y luego había subido a su despacho. Desde que hacía apenas dos años le habían ascendido a inspector, tenía derecho a su propia oficina. Al principio había disfrutado de este privilegio, pero cada vez más echaba en falta el contacto diario con sus colegas. En días como aquél todavía más.

No era lo que se puede decir un tipo sociable, y, si bien, a menudo los demás policías le crispaban los nervios, y casi sin excepción los temas eran la cerveza y las mujeres, echaba de menos las habituales charlas con los otros. Seguía teniendo oportunidad de frecuentar a los demás colegas durante las guardias o en la cocina para conversar, pero, sin saber exactamente el porqué, las cosas habían cambiado desde que tenía su propio despacho.

Aquel día había tenido que detener a un par de gamberros borrachos que habían atropellado a un turista. Luego había tenido que sacarse de encima un montón de papeleo, pero no había pasado nada de interés. No se trataba de que quisiera estar siempre en estado de estrés, en absoluto, pero aquel día tenía algo de melancólico que no llegaba a discernir. Ian reflexionó sobre ello. Tal vez fuera la edad madura, que según parecía afectaba mucho a los hombres.

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando apoyó la cabeza en la mano izquierda y se puso a contemplar la tranquilidad que solía reinar fuera de la comisaría de policía. Era verano, y un par de turistas se habían extraviado en el Lough Ree, el lago en cuyo extremo meridional se hallaba Athlone. Habían ido a pescar y estaban haciendo *camping* o una pausa durante su recorrido por el río Shannon.

O'Connor agitó la cabeza con energía, como si quisiera sacudirse de encima aquella melancolía que le embargaba. Rebuscó en el cajón inferior del antiguo escritorio de roble y sacó su petaca de cuero. Tiró con sumo cuidado del cordel que la cerraba y la abrió. Le subió hasta la nariz un suave y dulce olor familiar a vainilla. Ian se volvió y alcanzó su pipa preferida, una Parker de madera oscura con boquilla recta. Pensativo, llenó la cazoleta con el aromático tabaco picado y volvió a cerrar la bolsa minuciosamente. Encendió la pipa con el mechero de plata que siempre tenía a su alcance. De inmediato ascendió una dulce y aromática nube de humo que envolvió su cabeza. Aspiró la boquilla sin dejar de mantener la llama sobre el tabaco de la pipa. Suspiró, dejó el encendedor y se reclinó en el respaldo del asiento. El tabaco, que se había encendido del todo, dejó escapar un olorcillo suave y delicado.

Ian O'Connor tomó su maletín y sacó de él el *New Athlone Irish Post*. Pese a que se trataba sólo de un modesto diario local, tenía un nombre muy pomposo. Mientras desayunaba le había echado una rápida ojeada, pero no había podido ir más allá



porque no había tenido tiempo para leerlo del todo. Pero si le había faltado tiempo aquella mañana no había sido por no madrugar lo suficiente, sino por su largo y habitual paseo con *Jessy*, su Jack Russell Terrier. A pesar de que era verano, soplaba un fuerte viento, y como le encantaba la sensación que le producía, no había advertido que el paseo cotidiano se había alargado más de lo habitual. Además, cuando fue corriendo a buscar la bicicleta al cobertizo junto a la casa, donde la solía guardar, tuvo que comprobar que no era su día precisamente. La rueda posterior estaba deshinchada. La reparación le hizo perder otros preciosos minutos y al final no tuvo más remedio que espabilarse para llegar medianamente puntual al despacho.

Se puso a hojear el diario. Mucho de local, un poco de deportes, la retahíla de chismes y la acostumbrada sección de política. A O'Connor no le interesaba especialmente la política. Leyó por encima una noticia sobre el IRA, que por lo visto no estaba dispuesto a ofrecer algo de tranquilidad, y por fin, le llamó la atención un artículo sobre el papa Juan Pablo II. Hacía algo más de dos años que había sido elegido Papa en el cónclave, y parecía que desde entonces había revolucionado de modo aparentemente imparable algo más que su propio entorno. O'Connor había leído un montón de artículos sobre el Pontífice. No cabía duda de que Juan Pablo II era un hombre de profunda y arraigada fe, aunque no tenía miedo alguno de sacudir el polvo del que la Iglesia católica había hecho acopio durante siglos. Su naturalidad le había valido una gran popularidad entre los cristianos más jóvenes, muchos de los cuales habían empezado a poner en cuarentena las viejas tradiciones. Juan Pablo II era una persona accesible para todos. Esta universalidad, su carácter, su interés por todo y también su profunda fe habían hecho de él una figura cada vez más aclamada en todo el mundo, y ello, tras un mandato todavía relativamente breve. Sin embargo, parecía que en el propio Vaticano existía una nada menospreciable cantidad de escepticismo ante el temor de que, mediante aquella forma de actuar de su excelso pastor, se tambalearan las bases de la Iglesia católica. Aquel artículo abundaba en este tema.

O'Connor apartó la vista del periódico y fumó con fruición la pipa Parker. Al igual que el noventa y cinco por ciento de la población irlandesa, él también era católico, o cuanto menos había sido educado como tal. ¿Era por ello automáticamente un buen cristiano? Reflexionó sobre el asunto. ¿Qué se ocultaba detrás del concepto de cristiano? En cualquier caso, él creía en Dios y a menudo mantenía para sus adentros conversaciones con Él. Unas conversaciones que seguramente otros describirían como oraciones. ¿Qué son las oraciones? Ian sentía a veces la necesidad de mantener ese tipo de diálogo con Dios, y poco le importaba cómo otros quisieran llamar a esas conversaciones. Rara vez asistía a la Santa Misa. ¿Era por ello un mal cristiano? A menudo se había planteado esta pregunta, pero luego, tras darle unas cuantas vueltas, se había contestado que no. Al final de aquellas deliberaciones siempre acababa repitiéndose las palabras de Jesús: «Lo que le haces al más insignificante de mis hermanos, me lo haces a mí». Y O'Connor acababa decidiendo

que con estas palabras seguro que Jesús no se había referido a pasarse la vida en la iglesia. En su trabajo ya tenía muchas ocasiones de hacer el bien a los demás o, por lo menos, el derecho de asestar una suave patada en el culo, como decía él. ¿Y esto no era hacer el bien?

O'Connor dobló con cuidado el diario y lo arrojó a la papelería. Ya había leído bastante por aquel día, además de una serie de actas que había debido preparar. De todas formas, al día siguiente aquel diario ya no iba a estar de actualidad y él se enteraría de las novedades sobre su ciudad, su país y el mundo en el siguiente ejemplar. En cualquier caso, había desaparecido la melancolía que sentía antes, y la perspectiva de la velada le produjo una ligera alegría. Tras rascar la cazoleta de la pipa con el limpiador, tomó también la bolsa de tabaco y lo metió todo en su viejo maletín. Cerró con llave el escritorio, se echó la americana de *tweed* sobre los hombros y se puso la gorra marrón de cuadros escoceses bajo el brazo.

Ian salió del despacho arrastrando los pies. El pavimento crujió a pesar de sus apenas ochenta kilos. Después de cerrar la puerta se dirigió al puesto de guardia. Había dos colegas suyos que charlaban sobre la nueva camarera del Corner's Pub. Betty Killary llevaba trabajando allí unas dos semanas y desde entonces había aumentado la clientela, sobre todo la masculina. Pero como los dos policías sospechaban que había «algo» entre ella e Ian O'Connor, cortaron la conversación apenas lo vislumbraron.

—¡Qué! ¿Ya se marcha el señor inspector? —se metió con él uno de los dos hombres cuando O'Connor entró en el puesto de guardia—. Desde que el señor ha sido ascendido ya no se rebaja a las pequeñeces de la delincuencia callejera —añadió dirigiéndose a su colega.

—¡Gilipollas! —replicó O'Connor con frialdad aunque con una mirada ligeramente risueña—. Si quieres nos cambiamos, y tú te ocupas de toda esa mierda de papeleo —añadió provocador.

—No, no, prefiero seguir así —rehusó el otro—. Me gusta más patrullar y palpar lo que ocurre. Sigue tú lidiando con la delincuencia en tu mesa de despacho, señor inspector.

Los tres hombres sonrieron. Los otros policías apreciaban a O'Connor, lo que no impedía que no perdieran oportunidad de tomarse el pelo mutuamente.

—¿Irás a dónde Betty? —preguntó el segundo hombre.

—Es posible que vaya, pero más tarde —contestó Ian—. Primero quiero ir a casa. Tal vez dé una vuelta por el lago, ya veremos... Bien, os deseo una guardia tranquila.

Salió del puesto de guardia y se dirigió al patio posterior para recoger la bicicleta. Los cubos de basura estaban llenos y apestaban. O'Connor levantó una tapadera. Principalmente cajas vacías de comida. La era de la comida rápida no había pasado de largo por la pequeña población irlandesa de Athlone.

Su siguiente mirada recayó sobre la bicicleta. Afortunadamente la reparación de la mañana había funcionado y el aire había aguantado todas aquellas horas. Colocó el

maletín negro en el pequeño portaequipajes, se sentó en el sillín, equilibró el peso y empezó a pedalear. Cruzó Athlone a través de la animada calle principal y unas mucho menos animadas calles laterales. Para ser verano, no había mucho tráfico aquel día. Ian O'Connor vivía a las afueras de la población. Tenía la casa junto al lago Lough Ree. Antes vivía con sus padres en el centro del pueblo. Regentaban allí una tienda tipo bazar y vivían encima del establecimiento. Cuando murieron sus padres recibió una considerable herencia. Como le gustaba su trabajo, vendió la casa, invirtió un poco de dinero de la herencia en bienes inmuebles y, con el resto, se compró su propia casa junto al lago. Si bien no se podía decir que O'Connor fuera un hombre rico, lo cierto era que entre la herencia y las inversiones realizadas su situación económica era bastante mejor que la de muchos de sus compañeros. Había quien lo envidiaba por ello, pero la mayoría se alegraba.

Molly Field heredó también una parte. Esta señora, que tenía ya setenta años, se había ocupado siempre del cuidado de la vivienda con todo lo que ello conllevaba, pudiendo así sus padres gestionar tranquilamente la tienda. Después de la muerte de éstos, Ian le había propuesto que se instalara en su casa nueva para encargarse de todo lo relativo a su organización. La anciana señora rehusó agradecida a la oferta, pero acudía cada día para velar por que todo estuviera en orden. En cierta forma se había convertido para él en una segunda madre y, de forma recíproca, ella consideraba al inspector O'Connor como si fuera casi su propio hijo. Molly se reía con él, le cocinaba, se ocupaba de la colada y también le reñía cuando le parecía que debía hacerlo. Y era algo que solía ocurrir a menudo.

Ian tenía un cabello rizado y rubio con reflejos rojizos que no podía ocultar su origen irlandés. Le sobresalía de la gorra y ondeaba suavemente al viento que le venía de cara mientras abandonaba los límites del pueblo y se adentraba en la carretera que conducía a su casa. Unos muros de piedra natural bordeaban la carretera, que estaba asfaltada, y sólo los senderos que se habían ido formando naturalmente a lo largo de los años dejaban a la derecha y a la izquierda un margen para que los peatones pudieran pasar sin excesivo riesgo.

El sol brillaba, y el ruido que hacía la bicicleta sobre el asfalto acompañaba el monótono girar de los pedales. Transcurridos unos doscientos metros tuvo que frenar en seco porque un carnero, que había saltado el muro, demostraba altivamente su propósito de cruzar la carretera sin pensar siquiera en dejarse detener por un coche, y todavía menos por una bicicleta.

O'Connor sonrió para sus adentros tras haber adelantado el obstáculo de cuatro patas. En cierto modo, el animal y él tenían algo en común. Cuando se le metía algo en la cabeza no había, salvo pocas excepciones, modo de hacerle cambiar de opinión.

Poco antes de dejar la carretera para meterse en el camino que conducía directamente a su casa, se encontró con dos monjas. Pese a que era evidente que estaban enfrascadas en una animada conversación, le sonrieron al pasar junto a él.

El camino era malo, pero a fuerza de tanto pasar O'Connor se conocía todos y

cada uno de los baches y la forma de sortearlos. La parcela donde estaba su casa estaba rodeada por un muro típico del lugar. El sendero que seguía estaba también entre muretes y llevaba directamente a la puerta de su casa. Ya desde lejos Ian vio al pequeño animal que, apenas distinguió la bicicleta, se había puesto a ladrar y a mover la cola mientras corría a su encuentro. Como O'Connor conocía la forma que tenía de recibirle, se apresuró a bajar de la bicicleta. Cuando *Jessy* lo alcanzó, empezó a saltar y a agarrársele de la pernera del pantalón mientras trataba de alcanzarle las manos. Y así hasta la casa. Ni él ni Molly Field la dejaban dentro cuando se marchaban. Afuera no había nada que la perrita marrón con manchas blancas y de orejas caídas pudiera dañar, y tampoco nada podía pasarle. Además, desde que había llegado a casa de Ian con ocho semanas de edad, se había acostumbrado tanto a que no la dejaran sola por mucho espacio de tiempo que tampoco hacía intentos por escapar. Habían transcurrido cinco años, durante los cuales había oído de la boca de su amo que ella había sido un regalo de cumpleaños que el propio Ian se había hecho a sí mismo el día que cumplió cuarenta. El animal se pasaba la mayor parte del tiempo echado perezosamente sobre el felpudo de la puerta de entrada, dejándose calentar por el sol y acariciar por el viento, o bien se dedicaba a cazar conejos o ratones.

Para Ian O'Connor aquel saludo ritual se había convertido en la constatación de la tan esperada y deseada velada libre. Cuando por fin pudo liberarse, dejó la bicicleta apoyada contra el pequeño banco que había a la derecha de la entrada y metió la mano en un tiesto situado al otro lado. Sin siquiera bajar la vista, sacó una llave grande y antigua que introdujo en la cerradura para abrir con ella la puerta. Ian nunca había pensado demasiado en la posibilidad de que alguna vez algún intruso pudiera encontrar aquel escondite y robar en la casa. Cuando se decía que pocas veces ocurría que se perdiera por allí un alma, no era ninguna exageración. Cuando compró la casa consideró la idea de cambiar la cerradura de la puerta y tener así una llave más pequeña que pudiera llevar siempre consigo, pero no tardó en descartar la idea. En primer lugar, le gustaban los objetos antiguos; en segundo lugar, tanto la cerradura como su llave funcionaban bien todavía, y tercero, podía ocurrir que perdiera la llave nueva si la llevaba encima. Y así había quedado el asunto de la puerta.

La casa de O'Connor estaba encalada por fuera y la coronaba un precioso tejado de caña. Había pintado de rojo la puerta de entrada. Parecía que los irlandeses tuvieran una debilidad por las puertas de entrada, pues éstas siempre constituían el punto llamativo de todas las viviendas. En realidad la casa era demasiado grande para él solo, pero le gustaba, y poco a poco había ido amueblando cada cuarto a su criterio. Un criterio que no siempre se correspondía precisamente con las últimas tendencias de la moda, sino todo lo contrario, pero el conjunto resultaba confortable, elegante y funcional. No había persianas en las ventanas. Aquéllas habían sido sustituidas por unas cortinas de colores vivos que, la mayor parte del tiempo, estaban corridas y dejaban el interior de la casa a la vista; sólo en el dormitorio se echaban de vez en cuando. Fuera, delante de cada ventana, había unas jardineras que había construido

Ian, cuyo relleno era responsabilidad de Molly, la cual emprendía esta tarea no sólo con gusto sino con un innegable entusiasmo.

Junto a la casa había un cobertizo con muros de piedra natural y cuyo color había sido respetado. El tejado era de conglomerado y uralita, sobre el que Ian había colocado unas enormes piedras. El viento podía soplar con gran fuerza en aquel lugar y por ello le había parecido conveniente tomar esta medida de precaución. Tenía intención, cuando dispusiera de tiempo, de hacer también este tejado de cañas. En el cobertizo se guardaban la bicicleta, la barca, los aparejos de pesca y todos aquellos objetos que se necesitan en cada casa, pero que se prefiere no tener dentro de la misma.

Junto al antiguo teléfono sobre la abarrotada cómoda que había en el vestíbulo encontró una nota de Molly. «Me he olvidado de comprar comida para *Jessy*». Miró en la cocina, bajo el fregadero, y encontró una lata abollada de comida para perro, así como un hueso de goma. La perra estaba a su lado moviendo la cola. Le había seguido y había observado ilusionada la apertura de aquel armario tan codiciado.

—Anda, toma, trasto —dijo O'Connor al tiempo que le metía el hueso en las ya abiertas fauces del animal—. ¡Si te portas mal, mañana no te compraré nada! —añadió.

Pero esta amenaza no pareció hacer mella en *Jessy*, porque en primer lugar, no tenía intención de ser mala y, en segundo lugar, en aquellos momentos lo que quería era dedicarse a sus anchas al botín conseguido. Tras emitir un gruñido, se echó al sol sobre el felpudo y se puso a mascar el hueso.

«La hora del té», pensó O'Connor después de haber consultado el reloj. Ya había descartado la idea de ir a pescar mientras iba de regreso a casa. Tal vez cuando se hubiera tomado el té se echara un poco al sol a descansar, y después, sin lugar a dudas, se daría una vuelta por el *pub* donde trabajaba Betty Killary para tomarse una cerveza Stout. Tenía previsto llevarse a *Jessy*, y así luego, tras el paseo de vuelta, caerían los dos redondos en la cama, donde la perrita solía instalarse a sus pies y se ponía de inmediato a roncar como un perro lobo.

Betty Killary vivía en el centro de Athlone. Ella e Ian se conocían desde hacía casi diez años, desde que ella se había ido a vivir allí para incorporarse como maestra en la escuela primaria. Hacía un año esta escuela había tenido que reducir personal porque cada vez había menos alumnos, y le había tocado precisamente a ella. Hacía poco había empezado a trabajar en el *pub* y, desde entonces, se había convertido en su más sólido pilar.

Ian y Betty eran amigos y, esporádicamente, cuando a los dos les apetecía, también se acostaban juntos. Pero en definitiva se trataba de una profunda amistad. Por lo menos O'Connor nunca se había planteado un futuro juntos, ni se había preguntado si ella pensaba de otro modo. Se llevaban muy bien y estaba bien como estaba.

Se preparó una taza de té, sacó de uno de los numerosos armarios una caja de

galletas y salió al jardín. Mientras se sentaba en el banco junto a la puerta, *Jessy* se limitó a dedicarle una rápida mirada que acompañó de un perezoso gruñido, y siguió mordiendo con fruición su hueso.

Pese a que brillaba el sol vio que había muchas nubes en el cielo que, sin embargo, no turbaban el buen tiempo y sólo de vez en cuando y por un momento ocultaban el sol. Le gustaba aquella estación del año, más incluso que el otoño, porque entonces soplaban el viento de forma casi constante y el color verde dejaba paso a otras tonalidades.

Después de beber un par de tragos de té, cargó la pipa, la encendió y se puso a caminar, con la taza en una mano y la *Parker* en la otra, en dirección al *Lough Ree*. Por el camino comprobó con el ceño fruncido que la hierba de su terreno estaba otra vez muy alta. Iba a tener que decirle a *Terry Cullingham* por la mañana que debía pasarse por allí con su segadora. Con el paso de los años se había ido formando un sendero que conducía directamente a la orilla del lago. Hacía un par de años, con la ayuda de varios colegas y mucho *Potheen*, ese *whisky* destilado ilegalmente, había construido allí un pequeño embarcadero para su barca.

*Ian O'Connor*, al tiempo que aspiraba de la pipa, acababa de poner un pie en la pasarela cuando oyó sonar el teléfono en la casa. Disgustado se dio media vuelta. Apenas recibía llamadas. Todos sus amigos y conocidos habían acabado por comprender que *O'Connor*, fiel a la consigna «mi casa es mi castillo», no quería ser molestado en casa, y ellos aceptaban esta exigencia.

*O'Connor* se colocó la pipa en la comisura de la boca y se dio media vuelta para volver, pero sin apresurarse. Si lo que tenían que decirle era importante, esperarían hasta que él cogiera el teléfono. Y si no era importante, la alternativa más probable, colgarían antes de que tuviera ocasión de coger el auricular. Pero el teléfono no quiso hacerle este favor.

*O'Connor* dejó la taza de té sobre la cómoda y descolgó el auricular.

—Diga. —El tono de su voz no era precisamente invitador.

—¿El inspector *O'Connor*? —preguntó la voz que había al otro lado de la línea.

*O'Connor* reconoció la voz de una joven policía de su comisaría.

—Claro, quién iba a ser —replicó en un tono neutro.

—Debe venir... —dijo su joven colega, y daba la sensación de que había miedo y confusión en su voz.

—¿Qué pasa? —preguntó *O'Connor*, al tiempo que se rascaba la oreja con la mano derecha.

—No se lo va a creer... tenemos un muerto. —La voz de la policía empezó a temblar.

—¿Y qué? Pueden ustedes muy bien arreglárselas con un accidente, ¿no? —*O'Connor* no parecía dispuesto a advertir la angustia de su interlocutora.

—No se trata de un accidente, señor *O'Connor*. Es un asesinato... un asesinato horrible.

—¿Quién es el muerto? —quiso saber el inspector.

—Todavía no lo sé exactamente, pero es un fraile de Clonmacnoise —balbució la muchacha—. Dicen que es horrible.

—Está bien, voy para allí —aceptó O'Connor resignado—. Pero espérenme ya con un coche... porque como voy en bicicleta puedo tardar un poco. —Antes de que su interlocutora pudiera añadir algo, él ya había colgado el auricular.

Jessy había seguido a su amo y lo miraba consternada al ver que seguía con la mano en la cabeza.

Clonmacnoise, el antiguo convento situado en la hondonada del río Shannon. Un asesinato.

O'Connor se inclinó hacia su perro y le acarició distraídamente la cabeza. El animal se dejó tocar feliz y luego se frotó contra el pantalón de Ian.

—Escucha, tu amo tiene que marcharse, y no sabe cuándo volverá —le explicó como si pudiera entenderle, y parece que así fue porque la perrita dejó caer el resto del hueso y se fue trotando a la sala de estar donde, mediante un salto acompañado de un gruñido desgraciado y chillón, se subió al sillón y se hizo una bolita.

O'Connor la observó. También él se sentía frustrado. Había esperado algo muy distinto de aquella velada. Pero la culpa era toda suya. Aquella misma tarde se había estado quejando para sus adentros de que nunca pasaba nada. Pues había pasado algo, y era un asesinato.

Resopló y tomó la chaqueta de *tweed* que no hacía mucho rato había colgado en el perchero. Delante de la puerta vació el tabaco de la pipa, la metió junto con la petaca en un bolsillo de la chaqueta y se caló la gorra. Cerró la puerta detrás de él, dejó la enorme llave en el lugar de costumbre y se dirigió pensativo al cobertizo donde estaba la bicicleta.

Clonmacnoise. Preocupado, se preguntó qué era lo que sabía sobre el convento. Había estado allí alguna que otra vez, al igual que muchos turistas en verano. Le encantaba aquel recinto con sus siete iglesias, las dos famosas cruces altas y las dos torres circulares. Por lo que sabía, el conjunto monástico ya no albergaba un verdadero convento. En los últimos años habían restaurado la torre circular de diecinueve metros de altura así como uno de los edificios, y allí vivían unos cuantos clérigos que tenían que realizar algún trabajo, descansaban o simplemente meditaban. Siempre se sentía orgulloso cuando leía en las innumerables inscripciones el nombre de su tocayo, como él lo llamaba. Roderick O'Connor, el último rey, estaba enterrado allí, bajo la catedral. No sabía dónde había leído que en el año 548 o en el 549, O'Connor no lo recordaba con exactitud, san Ciaran hizo construir allí un convento, del cual surgió posteriormente Clonmacnoise. En los últimos tiempos el lugar había servido casi únicamente de camposanto. De ello eran prueba todavía muchísimas tumbas, algunas de las cuales estaban escritas en orgham.

Más de una vez los baches que no advertía, tan abstraído estaba, le habían sacado de sus pensamientos. El cielo se iba cubriendo y le daba toda la impresión de que no

iba a tardar en llover. Ian pedaleó más deprisa.

¿Por qué la policía de Limerick no se hacía cargo de aquel caso? Normalmente no dejaban escapar nada que oliera a espectacular, pensó O'Connor con el ceño fruncido mientras entraba en el pueblo. ¿Habría debido dejarle una nota a Molly? ¿O avisar a Betty? Descartó esta idea. Las dos sabían dónde trabajaba y que no era extraño que de vez en cuando pasara la noche o incluso más tiempo fuera de casa. *Jessy* podía muy bien quedarse sola y, en cualquier caso, Molly le compraría comida al día siguiente. ¿Por qué se preocupaba tanto? Debía aceptar las cosas como llegaban. Al fin y al cabo su trabajo consistía en lidiar con las bajezas humanas, y apenas podía recordar el último asesinato que se había cometido en Athlone. Quizás el asunto resultara interesante.

«Interesante», repitió en su mente como un eco. ¿Cómo podía el asesinato violento de una persona ser interesante? Tras una corta reflexión, O'Connor decidió que «interesante» era el término adecuado, por lo menos en aquel momento no se le ocurría otro.

Se introdujo en el patio de la comisaría y dejó la bicicleta junto a los cubos de basura, que apestaban todavía más que por la tarde, cuando se había marchado. Apenas entró en el vestíbulo del edificio, Jackson, el policía de turno, se apresuró a ir a su encuentro. Le acompañaba McNeall, un joven policía que había sido trasladado hacía un par de meses a Athlone. El muchacho estaba lívido. Parecía encontrarse mal.

—Bien, ¿qué pasa? —quiso saber O'Connor apenas hubo traspasado la puerta giratoria que daba al puesto de guardia.

Parecía que Jackson y McNeall estaban solos. Los otros dos, con los que había estado bromeando por la tarde, debían de estar ya en el lugar de los hechos. El inspector se sentó a una de las mesas libres del puesto y se puso a llenar la pipa mientras Jackson le informaba sobre el incidente.

—El aviso llegó hacia las dieciocho horas —empezó a explicar el policía de guardia—. Llamó uno de los doce monjes que están viviendo actualmente allí y nos informó de que acababan de encontrar muerto al director del centro, el abad, como ellos dicen. —Jackson consultó una pila de papeles que había sobre otro escritorio—. ¿Cómo demonios se llamaba...? Toldrim... Sí, eso es, padre Toldrim.

—¿Toldrim es el que ha llamado o el muerto? —preguntó O'Connor.

—El muerto —contestó Jackson sin dejar de buscar otra información—. ¿Cómo se llama el que ha llamado...?

—Déjalo estar —interrumpió el inspector—. Por ahora no importa, estará allí y, además, como aparecerá en el informe que me escribas... —No era una pregunta sino una aseveración.

—¿Para cuándo lo quieres? —preguntó Jackson con suspicacia—. ¿Te va bien si te lo hago mañana?

—¿Estás de broma? —le espetó O'Connor—. Es evidente que esto no es un accidente ni nada parecido, sino un asesinato, y además tampoco creo que haya tanto



que escribir, ¿o sí? —De nuevo el ceño fruncido—. Sigue...

—Bien —prosiguió Jackson resignado—. Han encontrado a Toldrim en su despacho. Han tenido que descerrajar la puerta porque estaba cerrada, ¡por dentro! Como no lo habían visto en todo el día se habían preocupado. Por eso han forzado la puerta del despacho y han entrado. Poco después es cuando han llamado aquí. McNeall ha sido el primero que ha llegado. —Jackson señaló al cada vez más pálido joven policía.

—¿Y? —preguntó O'Connor a éste mirándolo con impaciencia.

—Ha sido horrible... —explicó McNeall atragantándose ligeramente, como si le costara hablar—. Había sangre por todas partes. Estaba atado a la silla, detrás de su escritorio...

—Espero que siga todavía así —le interrumpió O'Connor—. ¿O habéis tocado algo?

—¡No, no! —se apresuró a contestar McNeall—. Era evidente que estaba muerto. Le han cortado...

—¿Qué? —El inspector aguzó el oído.

—Bien —balbució el joven policía—. Le han... Le han cortado el órgano sexual. Y lo han dejado sobre la mesa. —McNeall no aguantó más, se puso una mano delante de la boca y corrió al lavabo, adonde según toda evidencia había ido a vomitar.

—¡Mierda! —exclamó O'Connor—. ¡Pues, sí que tenéis aguante!

—No se han observado otras heridas a simple vista —continuó Jackson—. Según me ha informado McNeall aquello está lleno de sangre y es evidente que el pobre tipo se ha desangrado completamente.

—¿Hay ya algún indicio sobre quién puede ser el asesino?

—En absoluto. Como te he dicho, la puerta estaba cerrada por dentro.

—Ya veo. —El inspector O'Connor se puso en pie—. Voy a buscar mi maletín. Mientras preparadme una cámara fotográfica, que funcione y que tenga carrete.

—Desde luego, te la preparo. Si quieres te puede acompañar McNeall.

—Prefiero que lo hagas tú —ordenó O'Connor tras un segundo de reflexión—. Creo que el pobre muchacho ya ha tenido bastante por hoy y me parece que no tiene muchas ganas de volver.

—Yo tampoco —hizo constar Jackson con decisión—. Además, tengo todavía que hacerte el informe.

—No te preocupes. No tendrás que entrar conmigo. Además, no voy a tardar mucho.

El inspector salió del puesto de guardia y se dirigió a su despacho. Tomó el maletín metálico donde guardaba el material para el levantamiento de las huellas y le echó un vistazo a la estancia. Se preguntó si iba a necesitar algo más de allí, pero decidió que no era el caso. Tras apagar la luz, volvió a bajar la escalera.

—¿Por qué no se hacen cargo del caso esos gilipollas de Limerick? —preguntó según se dirigía al coche patrulla negro en compañía de Jackson.

—No tenían a nadie disponible, y además han considerado que tú podrías muy bien hacerlo —explicó el policía, poniendo énfasis en la segunda frase con una mezcla de asombro y envidia.

O'Connor sonrió orgulloso para sus adentros.

### 3

Clonmacnoise estaba situado al sur de Athlone y junto al río Shannon. Fuera era ya de noche cuando el coche giró a la derecha desde la carretera principal, para introducirse en otra menor que conducía directamente al recinto del convento. Desde lejos se distinguían ya los viejos muros del monasterio. Por una parte todo parecía sereno, pero por otra la oscuridad y la conciencia de lo que les esperaba conferían al lugar un aspecto fantasmal.

Jackson detuvo el coche patrulla junto a la carretera de Athlone, sobre una franja de hierba delante del muro del recinto. No hizo gesto alguno de bajar. Tenía un miedo atroz de que le ocurriera lo mismo que a McNeall, pero todavía le producía más pánico que O'Connor le involucrase con él en el lugar del crimen, y tuviera entonces que enfrentarse a una cantidad todavía superior de papeleo al que ya tenía.

—Pues yo me voy a hacer el informe —fue todo lo que dijo cuando el inspector hubo salido del coche.

—Anda, ve —sonrió éste.

En el fondo lo prefería así. Trabajaba a gusto con los otros colegas, pero le agradaba más hacerlo solo.

Después de meterse en los bolsillos de la chaqueta unos cuantos carretes, se colgó la cámara al hombro y tomó el maletín. En cierta forma sentía curiosidad. A su derecha estaba el Temple Kieran, del cual salía un sendero paralelo al que estaba siguiendo él y que conducía a la Nun's Church. A su izquierda, el Temple Ri. Entremedio pudo entrever la silueta de la catedral, o más bien lo que quedaba de ella. Entre ésta y el Temple Kelly, prosiguió su camino pasando delante de la cruz septentrional en dirección a la torre circular. Allí reconoció un coche patrulla de su comisaría, un segundo vehículo que no conocía y un coche fúnebre. Se estremeció.

Cuando se aproximaba a la O'Rourke Tower, vio frente a él a un hombre bajo, grueso, con unas gafas caladas sobre la nariz y que parecía de temperamento nervioso. Llevaba un maletín de médico en la mano y se metió en el coche desconocido por O'Connor. El inspector aceleró el paso a fin de llegar al vehículo antes de que se pusiera en marcha. El hombrecillo bajó la ventanilla al verlo.

—Soy el inspector O'Connor, de la policía de Athlone —se presentó—. ¿Qué puede decirme, doctor?

—En toda mi carrera no había visto nada semejante... Cortado y dejado sobre el escritorio. —El médico negó con la cabeza—. La muerte se ha producido por desangramiento, a consecuencia de la herida ocasionada por el desmembramiento... La muerte ha debido de tener lugar hace unas quince o trece horas. Debido a la pérdida de sangre resulta difícil concretar más. De todas formas, supongo que le harán la autopsia, ¿no?

—Por supuesto —contestó Ian.

—Bien, tal vez entonces podamos saber un poco más. Ahora debo marcharme, si

quiere pueden recoger el certificado de defunción mañana en mi consulta, en Greenhill Road. —El médico puso el coche en marcha y arrancó a fin de salir del recinto. Pero al cabo de un par de metros se detuvo y O'Connor vio que el hombrecillo sacaba la cabeza por la ventanilla en su dirección—. ¿Cómo es que no es usted de Limerick? —gritó.

—Por qué ellos no tienen ganas de ocuparse del caso y yo soy muy capaz de hacerlo —contestó el inspector en un tono alto de voz. El médico subió de nuevo la ventanilla y, tras lanzar al policía una breve pero curiosa mirada, siguió su camino—. ¡Qué tipo tan estúpido! —gruñó Ian antes de abrir la puerta de madera de la torre.

\* \* \*

—Adivino que hay para un rato —le dijo a modo de saludo un hombre vestido con un guardapolvo negro y de aspecto sombrío que salía en aquel momento de la torre.

—Pues creo que está usted en lo cierto —replicó O'Connor—. ¿Pero quién ha llamado ya a la funeraria?

—Sus colegas... —contestó el sepulturero en un intento de justificar su presencia allí.

—No sé si dispone usted de tiempo, pero calculo que no le vamos a necesitar hasta dentro de dos o tres horas.

—Es lo que yo había imaginado —gruñó el hombre en un tono de enfado—. Entonces, cuando me necesiten... —metió la mano en un bolsillo del guardapolvo y sacó una tarjeta de visita que le alargó a O'Connor—. Ahí está mi teléfono. Me llaman cuando quieran que vuelva... Hay sitios mejores donde estar... —El sepulturero se dio media vuelta y se dirigió a su vehículo.

—Pues si no tienes nada más para nosotros, podemos volver a... —sugirió al verlo uno de los dos policías que estaban todavía allí.

—¿Habéis interrogado a todos los que viven aquí? —les preguntó O'Connor conforme los miraba con los ojos entornados.

—No, en realidad no del todo... —fue la perpleja respuesta.

—Bien, en ese caso, adelante... ¿Cuántas personas hay?

—Doce. —El policía sabía lo que iba a seguir.

—¿Dónde están sus dependencias?

—Detrás, junto a la ruina de la catedral.

—Bien, reunidlos a todos e interrogadlos, uno a uno. Seguro que por aquí hay alguna máquina de escribir. Luego necesitareé vuestro informé sobre la llamada y lo que habéis encontrado aquí..., pero que no sea en el próximo turno.

—Señores. —Un fraile con un hábito oscuro surgió de la difusamente iluminada escalera. O'Connor no había advertido su presencia hasta aquel momento—. Soy el

padre Creek —se presentó al tiempo que le daba la mano—. Prácticamente soy el prior de este convento. No hace falta decir que estamos a su disposición. Allí, en el edificio, hay también salas de reunión donde pueden ustedes llevar a cabo sus interrogatorios, y si necesitan algo más, estoy, estamos a su servicio. —Dio un paso y, con un gesto de la mano, invitó a los dos policías a que lo siguieran.

—Muchas gracias, padre —dijo el inspector al tiempo que asentía amablemente con un gesto de la cabeza—. Si no le causa mucha molestia, me gustaría charlar con usted cuando haya terminado aquí.

—Por supuesto —fue la respuesta que, sin embargo, había llegado desde fuera porque el clérigo ya había abandonado la torre.

—Bien, muchachos —dijo O'Connor conforme pasaba ante los dos hombres uniformados—. Manos a la obra, ¡y recordad que es para este turno!

Esta última frase le valió dos miradas malhumoradas. Pese a ello, se fueron corriendo detrás del padre Creek. O'Connor esbozó una sonrisa.

\* \* \*

Aún no se había fijado bien en la puerta de la torre. A lo largo de sus veintitrés años de servicio se había acostumbrado a inspeccionar el lugar de los hechos antes que nada. «Una vista de conjunto», lo llamaban en la Academia de Policía. Tal vez tomaba tiempo, pero él siempre lo hacía así y no había ninguna razón para que no lo hiciera precisamente aquel día.

La puerta que daba acceso a la torre era maciza y doble. La cerradura original, con palastro e incrustada, había sido reemplazada por una moderna de encajar con cilindro perfilado. Más tarde la desmontaría para que la examinaran los técnicos criminalistas. Tal vez la habían manipulado.

La instalación eléctrica al pie de la escalera era muy débil, pero bastaba para distinguir los peldaños. La zona inferior de la torre estaba vacía y servía aparentemente sólo como caja de escalera para subir a las plantas superiores. En la primera había un descansillo en forma de estrella que conducía a varias puertas. Con el codo, Ian O'Connor empezó a empujar los grandes y antiguos picaportes. Ninguna de las puertas estaba cerrada. Detrás de ellas había unas estancias muy sobriamente amuebladas y que constituían una especie de despacho o sala de trabajo. Advirtió por primera vez que la torre era considerablemente mayor de lo que parecía por fuera.

O'Connor dejó la primera planta para subir a la segunda. Allí vio un pequeño cuarto de baño completo así como otras estancias similares a las que había visitado en el primer piso. Todas las puertas estaban abiertas e Ian inspeccionó su interior de modo somero.

La tercera planta estaba bien iluminada. Allí había dos puertas. Una de ellas estaba entornada, la otra, cerrada. El inspector O'Connor abrió primero la segunda. El

cuarto era pequeño. A la izquierda de la puerta había una pequeña estantería con algunos libros. Contra la pared de enfrente, una cama sencilla que estaba hecha y, a primera vista, no había sido usada. A la derecha de la puerta, un pequeño reclinador, y encima, en la pared, una cruz de madera.

—Bien... —murmuró Ian cuando salió del cuarto.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Pero no era de frío, sino de la tensión interior que lo embargaba. Era consciente de lo que iba a encontrar detrás de la puerta de la habitación iluminada. Por lo menos trató de imaginarse lo que le esperaba allí detrás. Abrió el maletín metálico que había dejado sobre el suelo de piedra y sacó un par de guantes desechables. Pese a que los detestaba, se los puso. Muy despacio, tomó el picaporte y abrió la puerta.

—¡Joder! —no pudo dejar de exclamar ante lo que tenía delante.

La estancia era bastante grande. Las paredes estaban cubiertas de librerías abarrotadas de libros. A la derecha de la puerta había un rincón a modo de salita con sillas tapizadas, y frente a la puerta, delante de una de las ventanas de la torre, un enorme escritorio. En la silla de madera correspondiente a la propia mesa, estaba sentado el padre Toldrim. No, más bien estaba reclinado. O'Connor calculó que debía de ser un hombre de unos sesenta y cinco años. La cabeza le caía nacida sobre el pecho. Los dos brazos aparecían rectos hacia abajo, hacia la parte posterior del respaldo.

Desde donde estaba situado, en el dintel de la puerta, O'Connor advirtió que el clérigo iba vestido con una sotana. La pechera estaba completamente abrochada y del borde superior sobresalía un alzacuellos blanco. Sin embargo, desde la cintura para abajo la sotana estaba desabrochada. Los pantalones que llevaba debajo estaban bajados hasta los pies, también los calzoncillos. Entre las piernas, Ian O'Connor advirtió una herida de gran tamaño. Una enorme mancha de sangre rodeaba la silla y se extendía bajo el escritorio.

—¡Cielo santo! —balbució O'Connor para sí mismo.

Sobre el vade del escritorio aparecía pintado un círculo que tenía el mismo tono que la sangre que empezaba a secarse bajo la mesa. En medio de este círculo, estaba lo que el padre Toldrim había tenido entre las piernas. O'Connor tragó saliva. Y notó que se le revolvía el estómago.

Ian sorbió por la nariz, un tic que tenía y repetía en momentos de tensión, y entró despacio en la estancia. Fue acechando cuidadosamente cada paso que daba. No quería destruir o cambiar nada. Por suerte el cuarto estaba bastante iluminado. Después de haber dado unos cuantos pasos llegó a la mesa tras la cual se hallaba el difunto. Las manos de éste estaban atadas detrás de la silla. Daba la impresión de que se trataba de un simple nudo doble. Ian reflexionó. Sabía que todos los nudos tenían un nombre concreto, aunque él no los conocía. Para él, y por lo que veía, era un nudo simple, pero hecho dos veces uno sobre el otro. Era como lo iba a describir él posteriormente. En cualquier caso, así lo entendía cualquiera.

Desde donde se hallaba, volvió a echarle un vistazo a la gran estancia, pero no vio nada que no hubiera observado antes. De nuevo su mirada se dirigió a la herida que había entre las piernas del muerto y al trozo de carne que tenía ante él sobre el escritorio. Ian no era médico, pero según lo que veía y lo que podía recordar, no se trataba sólo del pene. También habían cercenado el escroto con su contenido. De nuevo notó un gran malestar en el estómago.

O'Connor se estremeció. Aquel hombre debía de haber padecido una tortura infernal antes de que la muerte lo liberase del sufrimiento.

Con sumo cuidado y por el mismo lugar, volvió a la puerta. Tomó la cámara fotográfica y un par de carretes y se puso a hacer fotos de la estancia. Todas y cada una de las paredes, todos y cada uno de los muebles y piezas del mobiliario. Instantáneas del escritorio, del muerto, del charco de sangre, de la herida, del pedazo de carne en el círculo sobre la mesa. Tuvo que cambiar varias veces el carrete hasta que tuvo la certeza de haberlo fotografiado realmente todo. De pronto recordó lo que le había dicho Jackson. «Han tenido que descerrajar la puerta porque estaba cerrada por dentro». El inspector se acercó a la puerta y la observó. Efectivamente, en la cerradura de la parte interior estaba puesta una gruesa llave. El pestillo estaba suelto, como si hubiera sido forzado. El marco aparecía astillado junto a la chapa. En el suelo había astillas y trozos de madera. O'Connor se dirigió a la única ventana que había en la estancia, detrás del muerto. Estaba cerrada, y sobre el alféizar había una virgencita y un par de macetas con plantas. El antepecho estaba cubierto de polvo. No había indicio alguno de que se hubiera tocado o se hubiera pisado. Más tarde iba a tener que investigar mejor lo de la puerta y la ventana. Se rascó la cabeza.

«Mierda, mierda», pensó por centésima vez conforme volvía a salir del cuarto. Sacó del maletín un pequeño dictáfono y se dispuso a iniciar la descripción de los hechos.

Al cabo de tres horas llamó al empleado de las pompas fúnebres, el cual no tardó en llegar a la torre. En aquella ocasión llevaba dos ayudantes. Los hombres subieron una camilla plegable al lugar de los hechos. Una camilla normal no habría podido pasar por la escalera de la torre.

Previamente había desnudado al muerto, le había quitado y guardado las cuerdas que lo sujetaban y luego había examinado el cuerpo en busca de otras posibles heridas. Sin embargo, no había podido determinar ninguna magulladura, por lo menos superficial. Ninguna señal de traumatismos en el cuerpo, ningún golpe producido por un instrumento contundente, como tampoco otras heridas, como pinchazos, arañazos, patadas u otros.

Ian había guardado por separado la ropa, las cuerdas y el trozo del muerto que había aparecido sobre el escritorio. Los enterradores colocaron el cadáver desnudo en la camilla.

—Lo llevan al departamento de patología del hospital —ordenó más que preguntó el inspector. Por otra parte, estaba contento de oír otra vez su voz después de tantas

horas a solas—. Les avisaré una vez terminada la autopsia.

—De acuerdo, inspector —dijo el hombre que había estado abajo, en la torre, un par de horas antes—. Venga, chicos...

A continuación abandonaron la estancia con la camilla. O'Connor oyó todavía un par de maldiciones conforme bajaban dificultosamente la escalera. Luego escuchó el ruido de un motor y volvió a quedarse solo.

Tras otras dos horas, Ian recogió sus cosas. Había examinado minuciosamente el cuarto en busca de pistas, pero no las había podido encontrar ni en la ventana ni en la puerta. Por supuesto había huellas en todas partes, en el escritorio, en las estanterías y en el resto del mobiliario, pero, sospechaba, debían de pertenecer todas al muerto o al resto de la congregación. En el pálido respaldo de una de las sillas que formaba el ángulo de reunión, había encontrado una hebra de tela o algo parecido. Era oscuro, como un hilo. También esta minucia la había guardado, nunca se sabía. Seguro que no era más que un hilo de un hábito clerical.

O'Connor cerró el maletín. Había alguna cosa que lo desazonaba. No sabía decir de qué se trataba, pero había algo. Volvió a mirar largo rato la estancia, pero al cabo de un buen rato sacudió la cabeza. Era evidente que el cansancio que empezaba ya a hacer mella en sus huesos le estaba jugando una mala pasada. Se rascó la cabeza, se echó la cámara al hombro y descendió la escalera hasta el zaguán. Tuvo que hacer un par de viajes para bajar todos los artículos embolsados. Se sintió aliviado cuando por fin pudo salir de la torre y respirar un poco de aire fresco. Estaba empezando a amanecer. O'Connor consultó su reloj de pulsera. Eran ya las cinco de la mañana.

\* \* \*

Ian O'Connor sacó la pipa del bolsillo de la americana. Mientras la llenaba pensó que debía comprarse más tabaco. Después de haberla encendido, se apoyó contra el muro de la torre donde había pasado todas aquellas horas, que habían sido las peores en toda su vida de policía. Aspiró el tabaco con fruición. Había cerrado los ojos y dejó que la fresca brisa del amanecer le acariciase el rostro y el cabello.

Tenía entre las manos un clérigo asesinado y bestialmente mutilado. Aún no tenía idea del resultado del interrogatorio a los otros frailes, pero era evidente que nada substancial había surgido, pues, de haber sido así, le habrían informado. Por consiguiente, ninguna pista sobre el posible asesino. Tenía previsto entrevistarse a continuación con el padre Creek, pero Ian tenía la sensación de que nada nuevo iba a sacar en claro. Desde la trágica muerte del padre Toldrim habían transcurrido ya muchas y cruciales horas que no hacían otra cosa que ir en beneficio del asesino. O'Connor había llevado a cabo un trabajo primordial, pero sin haber descubierto ningún indicio relevante. Seguía teniéndoselas que haber con un muerto al que habían cercenado el órgano sexual, que habían colocado dentro de un misterioso círculo;



también con una puerta cerrada tras la cual habían encontrado al difunto, que sin duda no había estado en condiciones de cerrarla por sí mismo. Y no tenía ni idea de cómo todo aquello iba a poder ayudarlo en la investigación.

El inspector decidió conversar primero con el padre Creek, y luego examinar la ventana de la torre y la puerta. Iba a hacer desmontar la cerradura de esta última para que la analizaran bien. La llave estaba dentro, como si el asesino se hubiera esfumado en el aire o hubiera abandonado la torre por la ventana de la tercera planta.

Ian se apartó del muro donde estaba apoyado y fue a dar la vuelta a la torre. Levantó la vista a la ventana de arriba. Unos muros rectos y lisos, ningún zócalo, nada donde apoyarse para subir, nada que pudiera explicar una ascensión. Tampoco creía en espíritus, pero cómo demonios había entrado el asesino en la estancia cuando ésta, y él no lo sabía, ya estaba cerrada al hacer él su aparición en el lugar de los hechos; y, lo que todavía era más extraño, cómo había desaparecido de aquel maldito cuarto. Tenía previsto volver a examinar la ventana de forma más minuciosa, pero no había allí nada que, siquiera de forma aproximada, pudiera indicar que alguna persona la hubiera tocado. Por muy concienzudo que hubiese sido el asesino se habrían advertido huellas en el polvo a primera vista, o las habría detectado él durante su inspección. Pero no había nada.

Ian tenía frío y hambre. De pronto añoró su cama y la sensación de estar acurrucado en ella con *Jessy* a sus pies y, tal vez, *Betty* junto a él. Pero durante las horas siguientes no iba a poder gozar de esas sensaciones. Subió de dos en dos los escalones hasta la primera planta. Durante su inspección había visto allí un teléfono. O'Connor levantó el auricular del anticuado aparato y marcó el número de la comisaría.

—Ya he terminado aquí —le explicó a Jackson cuando éste contestó—. ¿Puedes mandarme un coche? Ahora voy un momento a hablar con el padre Creek, pero luego podéis venir a buscarme.

O'Connor colgó antes de que su interlocutor tuviera tiempo de replicar. Eran unos modales con los cuales no siempre estaban contentos algunos de sus colegas. Después de la llamada, juntó todas las bolsas de plástico en la caja de la escalera, cerró la puerta tras de sí y se dirigió a grandes pasos al edificio donde supuestamente le esperaba el padre Creek. Ojalá estuviera todavía despierto. En caso contrario, no iba a tener más remedio que despertarle. Absorto en sus pensamientos, iba fumando y lanzaba el humo al cielo. Así llegó a la restaurada construcción.

Entró en el edificio, cuyo interior estaba envuelto en una cálida luz. Vio que era una especie de vestíbulo. Una escalera conducía a una galería a la que, según podía deducirse desde abajo, daban puertas y pasillos.

—Me alegro de que haya tenido tiempo para venir hasta aquí. O'Connor reconoció al padre Creek, que apareció en la galería y empezó a bajar despacio la escalera en su dirección.

—¿Ha dormido algo, padre?

—He intentado descansar un poco, pero todo lo sucedido aquí no me ha dejado conciliar el sueño. ¿Le apetece beber algo? ¿Un té? Imagino que estará usted muy cansado, y tal vez también tenga sed.

—Gracias, es usted muy amable —aceptó Ian—. A decir verdad, una buena taza de té me va a sentar de maravilla.

El padre desapareció tras una puerta que había en el vestíbulo. Al cabo de un momento volvió con dos tazas humeantes en sendas manos.

—Oh, disculpe... —O'Connor acababa de advertir que seguía con la pipa en la boca y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Puede usted seguir fumando, no nos molesta. Nuestro Señor no ha estipulado que fumar sea un pecado, y también nos gusta disfrutar de un buen puro de vez en cuando.

Agradecido, Ian volvió a sacar la Parker del bolsillo y la encendió de nuevo. Los dos hombres se sentaron a una mesa baja alrededor de la cual se agrupaban una serie de sillas tapizadas. El inspector tomó la taza en la mano y sorbió un poco de té con cuidado. El líquido caliente pasó agradablemente por la garganta y llegó a unas zonas más profundas de su cuerpo, vivificando algunos espíritus vitales todavía dormidos.

—¿Hay algo que ya me pueda decir? —quiso saber el padre Creek.

—No —respondió O'Connor con sinceridad—. De hecho esperaba que usted pudiera ayudarme.

—¿Quién puede perpetrar un crimen tan horrible? —Creek se quedó observando a su interlocutor con una mirada interrogadora.

—No tengo respuesta a su pregunta, como tampoco a la pregunta del porqué. ¿Había algo especial con respecto al padre Toldrim? ¿En qué estaba trabajando, qué función desempeñaba, tenía enemigos, por qué, cuáles?

—Puedo contestarle a algunas de sus preguntas, pero le adelanto que para otras no tengo respuesta —empezó el padre Creek—. Mire usted, esto no es un convento, como había sido antaño. Esto es un lugar de trabajo, paz y aislamiento donde convivimos clérigos de todos los credos. Vivimos de modo monástico, pero cada uno tiene su propio trabajo o desempeña su propia función. En parte nos financiamos nosotros mismos, pero también nos subvenciona la diócesis.

Cocinamos nosotros mismos, la colada también la hacemos nosotros y celebramos juntos la Santa Misa. Aquí puede usted encontrar benedictinos, franciscanos, trapenses... Todos bajo el mismo techo. Cada uno dispone de un sencillo dormitorio aquí, en este edificio, y bien aquí o en la torre un cuarto de trabajo. El padre Toldrim es... era, digamos, nuestro prelado autóctono. Hacía muchos años que vivía aquí y se ocupaba de la gestión del lugar, aparte de esto llevaba a cabo diferentes estudios que nos pedían de todos los rincones del país. No se trataba de trabajos revolucionarios, sino de estudios sobre cuestiones de fe. Informes sobre todo tipo de temas, tanto para ser transcritos sobre papel, como elementos de reflexión. Otros residentes llevan a cabo tareas artesanales. Restauran,

por ejemplo, mobiliario de iglesias. Algunos trabajan en la diócesis y sólo vienen a dormir. Hasta hace unas horas era un lugar tranquilo de encuentro y de trabajo. —El padre Creek tomó otro sorbo de la taza, que había mantenido entre las dos manos mientras hablaba—. Por otra parte, aquí no hay ni bienes ni riquezas que valga la pena robar y por las que se llegue incluso a matar a una persona.

—En esto no había pensado todavía —observó O'Connor—. Le agradecería si pudiera indicarme si cree usted que falta algo del estudio del padre Toldrim, o quizás de otra de las habitaciones. Cuanto antes mejor, gracias.

—Por supuesto. Si podemos ayudarle, lo haremos, puede contar con ello. ¿Podemos volver arriba...?

—Sí, ya hemos retirado el cadáver, y por mi parte ya he terminado mi trabajo allí. Pueden limpiar la habitación... pero tal vez sea mejor que esperen un día, porque me gustaría volver a echar un vistazo a la luz del día, para estar seguro de que no he pasado nada por alto. Además, debo mandar a alguien para que desmonte la cerradura de la puerta para examinarla. Es algo que me trae de cabeza...

—Ya, la puerta cerrada... —murmuró el padre Creek para sí mismo.

—¿Sabe si ha tenido visitas en los últimos tiempos?

—Mire usted, aquí recibimos visitas todos los días. En ocasiones se trata de otros clérigos, a veces de turistas que vienen por aquí y sienten curiosidad por algo en concreto. Es algo habitual. Calculo que diariamente, sobre todo en verano, acuden más de cien personas entre turistas y visitantes de los residentes.

—¿Sabe usted si el padre Toldrim esperaba a alguien?

—Mencionó el otro día, de pasada, que iba a venir a verle una monja. Espere... hoy ya estamos a sábado. Si lo asesinaron ayer, pues, debió de ser el jueves. Sí, me lo comentó el jueves a la hora de comer.

—¿Una monja?

—Efectivamente, pero no es algo insólito. Cada día acuden monjas a este lugar, vienen porque se interesan por un determinado trabajo o porque están colaborando con alguno de nosotros. De vez en cuando hay alguna que nos hace la comida, un agradable cambio en los tristes menús masculinos. Pero nada de lo que usted pueda pensar —Creek había advertido la expresión curiosa de O'Connor—. Nosotros los clérigos estamos dotados de muchas y diversas habilidades, pero la cocina no está precisamente entre ellas, por lo que un buen guiso preparado por una mujer nos viene de perillas.

—¿Le comentó el padre Toldrim algo más sobre la hermana? —quiso saber Ian.

—No, lo dijo sólo de pasada, y yo en su lugar no le daría más vueltas al asunto. Como le he dicho antes, no se trata de nada extraño. Salió a la luz así, sin más, en medio de una charla superficial.

—¿Cuántas horas al día solía trabajar el padre Toldrim?

—Ya habrá usted observado que junto al despacho hay otro cuarto, donde hay una cama. —El inspector asintió con un gesto de la cabeza—. A menudo permanecía

en la torre hasta muy avanzada la noche, trabajando o rezando. Además, le gustaba la vista que se divisaba desde allí y, por consiguiente, se había organizado un pequeño dormitorio allí arriba. En ocasiones se pasaba días sin dormir aquí y sólo bajaba para la Eucaristía y las comidas. Disfrutaba de la tranquilidad y el aislamiento que le ofrecían sus aposentos de la torre.

—Deduzco por su tono que ustedes dos se apreciaban mucho.

—En efecto, el padre Toldrim y yo compartíamos... digamos... la misma fe y la misma forma de pensar. Había entre nosotros una gran armonía, y sin duda ello explica que me nombrara su vicario pese a que no hace tanto tiempo que estoy aquí.

—Está bien... ¿Tendría inconveniente en que le echara un vistazo a la habitación que tenía aquí?

El padre Creek hizo ademán de ponerse en pie, pero Ian puso una mano sobre el brazo del sacerdote.

—No corre prisa, no se preocupe. De momento tengo otras cosas que hacer. Lo haremos en otro momento.

Se hizo a continuación una pausa que el inspector aprovechó para tomar otro sorbo de té, que en el intervalo se había enfriado considerablemente. Luego se revolvió inquieto en la silla.

—Diga lo que tenga que decir. —Era evidente que a Creek no le había pasado por alto que había algo que incomodaba a su interlocutor.

—Hemos encontrado el miembro cercenado sobre el vade del escritorio —empezó O'Connor un poco titubeante—. Alrededor había un círculo dibujado, a primera vista con sangre. ¿Cree usted que puede tener algún significado?

—Sabía que me iba a hacer esta pregunta y le he estado dando vueltas a este hecho —contestó el padre despacio—. Sin duda, sabe que los simbolismos tienen un papel importante, y no sólo en la Iglesia católica. Ya Jesús expresó muchas de sus ideas mediante símbolos y metáforas, y también los podemos encontrar en muchos pasajes del Antiguo Testamento. Sin embargo, este tipo de círculos no tienen nada que ver con esto... sino todo lo contrario.

—¿Qué quiere usted decir con... «lo contrario»?

—Bien, en los últimos tiempos han proliferado comunidades de creyentes, como ellos se denominan, sabelotodo, idealistas, charlatanes, estafadores y también gente pobre de espíritu. Defienden tesis que se venden fácilmente, y se rodean de un buen número de adeptos...

—¿Sectas?

—Sí, algunos grupos podrían denominarse así. Cuando pienso en la escena de allí arriba en la torre, me vienen a la cabeza esos grupos secuaces de Satán y del anticristo, pero esto no es más que un presentimiento. Sé que en el culto a Satán intervienen símbolos relacionados con la sangre, pero si he de serle sincero, yo no soy un experto en el tema. Hasta ahora nunca me ha interesado demasiado, si bien, es cierto que siempre vale la pena informarse sobre los enemigos de la Iglesia católica.

—Podiera ser... —Las últimas frases habían despertado el interés de Ian—. ¿Pero ha habido en el pasado algún caso donde esta gente se haya manifestado de forma similar? ¿Qué persiguen con ello?

—A la primera pregunta le diré que yo no conozco casos similares, por lo menos aquí en Irlanda. En cuanto a qué persiguen... bien, confieso que tampoco lo sé. Tal vez intentan desestabilizar la tan arraigada fe en Dios.

—¿Pero de esta forma?

—Ya le he dicho que yo no tengo más explicaciones. Pero conozco una persona que puede considerarse un experto en el asunto.

—¿Quién es? —quiso saber O'Connor.

—Se trata del prelado Humphrey Montgomery. Es una autoridad en la materia, una especie de comisionado en sectas de la Iglesia. Suele dar conferencias tanto aquí como en el extranjero, y advierte a la gente de los peligros implícitos de estos grupos. Si quiere usted una información más precisa, debe dirigirse a él, y le aconsejo que lo haga. Esperemos que no esté ahora de viaje por el extranjero.

—¿Y cómo puedo ponerme en contacto con ese Montgomery? —preguntó O'Connor, al tiempo que sacaba su bloc y anotaba el nombre de la persona.

—Vive en Portadown. Tiene allí una propiedad, Heatherstone House. El lugar no es sólo su vivienda, sino que allí también imparte seminarios y cursos. ¿Quiere que lo llame? Para su información, además tiene una colaboradora guapísima...

—Ah, ¿usted ya ha estado allí?

—No, él estuvo aquí una vez de visita, de paso, con motivo de un viaje al sur de nuestro país. Fue... espere, hace dos o tres meses. Como esta zona donde vivimos carece de interés histórico o político para la Iglesia, no le quedó más remedio que pasarse por aquí. Por lo demás, Clonmacnoise le impresionó mucho. Luego le daré su número de teléfono.

Se abrió la puerta de la entrada y McNeill hizo su aparición.

—Inspector, he venido a recogerle.

—Sí, creo que de momento no hay nada más que hablar. —Ian O'Connor se puso en pie, al igual que el padre Creek—. Padre, me pasaré más tarde por aquí para visitar de nuevo el estudio de arriba y echar un vistazo al dormitorio del padre Toldrim. Ahora me espera un montón de trabajo burocrático. —Le alargó la mano al prior—. Muchas gracias por su ayuda, y por el té.

—No puedo hacer otra cosa que reiterar mi afán de colaboración. Será bien recibido en cualquier momento, inspector. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para ayudarle en su trabajo.

Ian hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en dirección al religioso y salió de la estancia con McNeill. Juntos recogieron las bolsas con las pruebas y las metieron en el coche patrulla. Reinó el silencio durante el trayecto de regreso. McNeill estaba encantado de que no le hiciera partícipe de nada, y su superior estaba demasiado inmerso en sus pensamientos como para iniciar una conversación. Había

recibido mucha información. De momento no le aportaba nada evidente, pero sin duda serviría para futuras conjeturas. Sin embargo, seguía habiendo algo, como antes en la torre, que le desazonaba. No era capaz de captarlo mentalmente, pero seguro que había alguna cosa que se le había pasado por alto... Ian cerró los ojos durante el resto del camino y se despertó cuando el coche patrulla entró dando tumbos en el patio adoquinado.

Una hora más tarde O'Connor estaba sentado ante su escritorio. Había guardado todas las bolsas con las pruebas dentro del despacho. La máquina de café trabajaba a toda marcha. Iba por la décima taza. Hacía ahora más de veinticuatro horas que estaba despierto. Se sentía débil y tenía mal sabor de boca. Tenía previsto escribir el informe y después pasarse por el *pub* de Betty para desayunar, y luego volver a Clonmacnoise a fin de observarlo todo a la luz del día y hacer desmontar la cerradura. Para ello iba a tener que llevarse un cerrajero. Además, había olvidado anotar el número de teléfono del señor Montgomery. Ian colocó la máquina de escribir eléctrica delante de él. Había dispuesto una buena pila de folios a su lado. Puso en marcha su dictáfono. Apenas había escrito las primeras frases cuando llamaron a la puerta. O'Connor lanzó un gruñido que bien podía significar «adelante», pero no levantó la vista cuando se abrió la puerta.

—Tiene pinta de estar agotado.

O'Connor levantó la vista irritado. Tenía ante él a *sir* Winston, el jefe de la pequeña comisaría de policía. Era alto y delgado y, como siempre, iba recién afeitado e impecablemente vestido.

—No he dormido muy bien esta noche, no he dejado de soñar con muertos —replicó sarcástico Ian.

*Sir* Winston hizo caso omiso de la observación. Sabía lo que valía O'Connor. Se sentó en la silla que había delante del escritorio.

—Bien, ¿qué es lo que hemos descubierto? —preguntó conforme miraba a Ian.

O'Connor suspiró, empujó la máquina de escribir a un lado y se puso la pipa en la boca. Luego se reclinó contra el respaldo e hizo un relato sobre su actividad nocturna. De vez en cuando daba alguna bocanada y lanzaba el humo al aire de la estancia. Su interlocutor le escuchó atentamente y se abstuvo de interrumpir la exposición del inspector. Cuando comprendió que ésta había llegado a su fin, *sir* Winston se levantó y fue a mirar por la ventana.

—Muy misterioso —murmuró en dirección al cristal—. ¿Cuál, según usted, debe ser nuestra línea de actuación?

Ian no pudo reprimir una sonrisa para sus adentros ante la manera de formular la pregunta. Siempre hablaba de nosotros, nuestro, nuestra. En realidad no trabajaba mal con *sir* Winston, pese a que no siempre eran de la misma opinión. O'Connor solía defender su parecer, el cual bastante a menudo se convertía poco después en aquél que sostenía *sir* Winston. Le dejaba trabajar en paz y no se metía en sus pesquisas. Pero a cambio el inspector le proporcionaba la información necesaria y así recibía de su superior todo lo que pedía.

Ian miró en torno suyo con mirada vidriosa.

—Tenemos un sacerdote muerto que, a primera vista, no parece una víctima susceptible de dar origen a un crimen semejante. Tenemos una manera terrible de

proceder por parte del asesino.

—O de los asesinos... —dijo la voz del hombre junto a la ventana.

—Y no tenemos, por lo menos en apariencia, ningún móvil plausible.

—¿Qué quiere decir con «en apariencia»? —preguntó *sir* Winston, de pronto muy interesado.

—Bien, hay un par de cosas que no me encajan. —O'Connor llenó su Parker y lanzó las primeras bocanadas al techo—. En la estancia no hay nada roto. Se puede afirmar que no hubo ninguna pelea.

—Umm. —*Sir* Winston siguió pensativo el humo con la vista.

—Es decir, el padre Toldrim no era un anciano, por consiguiente, no se entiende que se hubiera dejado maniatar sin oponer resistencia. —Ian miró en dirección a su interlocutor—. Da la sensación de que...

—¿De qué da la impresión?

—De que se hubiera dejado atar libremente —lanzó O'Connor en un tono alto de voz.

—¿Por qué habría hecho una cosa semejante? —preguntó *sir* Winston asombrado.

—Bien... —Ian titubeó un poco—. ¿Por qué un sacerdote no iba también a encontrar cierto gusto en determinados juegos sexuales?

—¿Quiere usted decir que el padre Toldrim...?

—No quiero decir nada. Sólo pienso en voz alta. Un sacerdote es también sólo un ser humano, mejor dicho, también sólo un hombre. ¿Por qué es inverosímil que el padre Toldrim se hubiera interesado por los juegos que implican masoquismo?

—No acabo de entenderlo. —*Sir* Winston parecía irritado.

—Señor, existe todo tipo de prácticas dentro de la sexualidad. Unos las llaman prácticas, otros perversidades. Entre ellos están las ataduras, que se caracterizan por quererse sentir como un esclavo. Sería una posibilidad para explicar por qué el difunto no opuso resistencia a las cuerdas. Es lo que quería, a la espera de lo que iba a llegar después. —Ian tenía curiosidad por conocer la reacción de su interlocutor.

—Escuche, a mi modo de ver, está yendo usted demasiado lejos —sentenció *sir* Winston, que, evidentemente, no quería aceptar aquella alternativa.

—Pues explíqueme entonces por qué un hombre normal iba a permitir que le maniataran sin defenderse —replicó O'Connor, en cuyo rostro aparecía una mirada apremiante.

—Visto así...

—Escuche, señor, a mí tampoco se me ocurre ninguna explicación que encaje. Por lo menos ahora. También es posible que hubiera estado esperando a su asesino, claro que sin saber que iba a convertirse en su asesino. Pero a eso hemos de añadir que tenía los pantalones bajados. Aunque alguien sin posteriores intenciones sexuales lograra atarle las manos a uno, lo cual en mi opinión ya resulta bastante difícil, la persona en cuestión no se habría dejado además quitar o, como en este caso, bajar los



pantalones. ¿Qué haría usted en un caso así?

—Pues trataría de defenderme con las partes del cuerpo que me quedaran libres —aceptó *sir* Winston.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Lo normal sería revolverse en la silla sobre la que uno está sentado, que ésta cayera y quedaran trazos de que se había producido un forcejeo. ¿No es así?

—Sí, así es.

—Soy consciente de que el asunto suena muy delicado, pero por ahora no se me ocurre nada más. Cabe, dentro de lo posible, que el padre Toldrim hubiera tenido una cita amorosa.

—Se empeña usted en tener razón, pero la verdad es que este giro no me gusta nada.

—A mí tampoco, señor, pero de momento tiene toda la apariencia de ser así, por lo menos en mi opinión.

—¿Ha hablado usted ya de ello con los otros residentes de Clonmacnoise?

—No, todavía no. Han sido los otros policías quienes se han hecho cargo del interrogatorio, y sinceramente no creo que sus preguntas hayan ido en esa dirección. Por mi parte he estado charlando con el prior, el padre Creek, pero sólo una conversación general.

—¿Y él que opina? —quiso saber *sir* Winston.

—Él piensa que es obra de una secta religiosa y radical.

—¿Ha investigado ya en esa dirección?

—Señor... —O'Connor entornó los ojos y lanzó a su jefe una mirada de reproche.

—Está bien, está bien, había olvidado que se ha pasado la noche en el lugar del crimen —se excusó aquél.

—Si no avanzo en las pesquisas, iré a hablar con el hombre que me ha recomendado el padre Creek, un prelado llamado Montgomery que vive en Portadown. Pero lo haré en persona, no quiero hacerlo por teléfono...

—Muy buena idea —convino *sir* Winston.

Éste sabía que Ian prefería mirar a la cara a su interlocutor cuando hablaba con él. El inspector rehusaba tratar los problemas por teléfono. En ocasiones este sistema requería mucho tiempo, pero como sus éxitos hablaban por él, *sir* Winston hacía suya la forma de actuar de su subordinado.

—Lo primero que voy a hacer es ponerlo todo por escrito, y le dejaré el informe sobre su mesa para que pueda contentar a los buitres de la prensa. Quizás al publicarse la noticia salga algo más a la luz. ¿Podría usted ocuparse de la autopsia? No quisiera tener que esperar hasta el martes, pero sin duda es preferible que sea usted quien le arruine el domingo al médico forense. Luego volveré al monasterio y después tengo intención de dormir un poco.

—Haga como dice —convino *sir* Winston, al tiempo que se apartaba de la

ventana y se dirigía hacia la puerta—. Me ocuparé de la autopsia, no se preocupe. — Estaba a medio camino en la estancia cuando se volvió. Ian ya había vuelto a colocar delante la máquina de escribir y se disponía a continuar con la redacción—. Es genial, ¿verdad? —añadió sonriendo al hombre sentado detrás de la mesa—. Que seamos capaces de hacer lo que hacen en Limerick.

Tras este comentario expresado con toda seriedad, abandonó el despacho. O'Connor movió la cabeza sonriendo y se concentró en el informe.

\* \* \*

Eran las nueve y media cuando, agotado, pero satisfecho, perforó el informe y lo encuadernó en una carpeta. Había vuelto a leer todas las páginas. Todo estaba plasmado sobre el papel, nada había quedado en el tintero. También había leído las declaraciones de los interrogatorios que sus subordinados habían llevado a cabo con los otros clérigos de Clonmacnoise durante la noche. En contra lo que había esperado, no tenía reparo alguno que hacer. Sin embargo, no le aportaban nada nuevo, no contenían ninguna novedad. El padre Toldrim había sido muy apreciado, y no parecía haber nada que justificara el crimen. Cuando por la tarde regresara del lugar de los hechos, redactaría la solicitud de análisis al laboratorio criminalista y lo enviaría junto con las pruebas por mensajero.

Se puso en pie con dificultad. Se pasó las dos manos por la cabeza y se miró en el espejo que colgaba sobre un pequeño lavamanos que había en el mismo cuarto. Pocos años atrás, podía pasar una noche en vela como aquella sin que se le notara un ápice, sin embargo, en aquel momento se sentía hecho polvo. Malhumorado, le sacó la lengua a la imagen que le devolvía el espejo. Se pasó una mano por la mejilla y se dio cuenta de que ya lucía una barba incipiente. A pesar de todo, estaba contento. Se lavó las manos, se puso la chaqueta y se caló la gorra. Tenía hambre, y una visita al *pub* de Betty parecía ser la única solución lógica a ese problema. Después de echar un último vistazo al caos que imperaba en su despacho, cerró la puerta detrás de él y abandonó el edificio de la comisaría.

Afuera el sol matutino se abría paso a través de la cada vez más desmembrada capa de nubes. En las calles de Athlone reinaba la actividad habitual de todas las mañanas. Algunos habitantes se disponían a efectuar las primeras compras. Las tiendas iban abriendo una tras otra, e incluso vio a un par de turistas deambulando por la calle principal.

No había más que unos minutos a pie hasta el *pub* donde trabajaba Betty. Accionó alegre el picaporte de la puerta decorada con un cristal variopinto y entró en el local. Éste estaba vacío a aquella hora de la mañana. Ian ya se lo esperaba. Betty sonrió feliz al ver entrar a O'Connor por la puerta. Estaba inclinada sobre la caja y parecía estar haciendo las cuentas del día anterior.

—¡Cielo santo! ¡Vaya pinta tienes! —dijo ella riéndose.

—Eres la segunda persona que me lo dice hoy —murmuró el inspector mientras se inclinaba sobre la barra para darle un rápido beso a la mujer que estaba detrás. El *pub* era típico de la tierra, tanto en su estilo como en su decoración. El local era largo y estrecho. A un lado se hallaban las mesas y las sillas, y al otro, la larga barra. Todo estaba cubierto de madera oscura y aparecía pulcramente pulido. Filas de distintos licores y de vasos cubrían la parte posterior y superior de la barra. Montones de fotos, tanto de gente del lugar como del equipo local de fútbol llenaban las paredes. De vez en cuando se veían instantáneas de personas de la vida política de la ciudad y de sus alrededores.

Ian se sentó en un taburete y apoyó la cabeza en ambas manos.

—Me apetece muchísimo un buen desayuno, me muero de hambre.

Betty había interrumpido su trabajo y se inclinaba hacia él por encima de la barra. Sus rostros estaban a sólo un par de centímetros de distancia.

—Y a mí me apetece muchísimo una noche con un inspector —replicó, mirando coquetamente a Ian.

—Con un inspector, vaya, vaya... —dijo Ian fingiendo estar ofendido.

—Exactamente —convino ella sonriéndole—. Claro que me contentaría con el que está sentado frente a mí, por lo menos con él sé a qué atenerme.

—Si piensas en la próxima noche, te equivocas de medio a medio —espetó él—. Voy a caer redondo en la cama y ni siquiera tus cariñosas manos podrían persuadirme de otra cosa que no fuera dormir...

—¿Y eso? ¿Qué está pasando? —preguntó Betty con interés.

Ian le contó por encima la razón de su noche en vela.

—Qué espanto... ¿Cómo se puede matar a un sacerdote?

O'Connor no había mencionado lo del pene cortado. De todas formas, no iba a tardar en enterarse por la prensa. Además, no era de la incumbencia de ella. Ian rara vez hablaba de su trabajo y, cuando lo hacía, era sólo de forma superficial.

Mientras le iba contando, Betty le había colocado delante un cuenco con cereales y leche, que él se puso a comer con una cuchara. Luego ella había dejado la puerta de la cocina abierta para poderle oír mientras le preparaba los obligados huevos con beicon.

—¿Quieres que te ponga también un par de arenques? —le preguntó desde la cocina.

—Me comeré todo lo que me pongas —le contestó él.

Poco después apareció Betty con un gran plato que contenía unas cuantas tostadas, unas lonchas de tocino entreverado y cinco huevos al plato. Luego de la cocina sacó otro plato con tres arenques ahumados que puso delante de Ian sobre la barra. O'Connor comía con asombrosa velocidad y similar apetito, y ella lo observaba soñadora. De vez cuando él le devolvía la mirada, pero no tardaba en volver su atención al plato.

—¿Tienes que seguir trabajando? —quiso saber ella cuando al cabo de un rato le hubo retirado los platos y servido una taza de té.

—Me temo que tengo un largo día por delante —contestó Ian pensativo—. ¿No podrías liberarte esta noche? Podríamos ir a pasear con *Jessy* y luego pasar una velada tranquila. Me encantaría que pudieras venir.

—Ya, ya, lo único que tú quieres es alguien que te meta en la cama y te cuente un cuento antes de dormir —replicó riendo Betty.

—Tal vez no esté tan cansado como te crees —le dijo sonriendo al tiempo que pagaba y le daba luego una palmada en el trasero a la joven. Mentalmente ya se imaginaba a los dos metiéndose en la cama y juntando sus cuerpos desnudos.

—Veré lo que puedo hacer... pero no te prometo nada.

O'Connor hizo una mueca y se dispuso a abandonar el local. Antes de salir, se volvió y le pidió:

—¿Podrías llamar a Molly y decirle que voy a llegar tarde y si puede darle a *Jessy* un hueso de mi parte? —Luego cerró la puerta tras él.

Mientras se dirigía a la comisaría de policía comprobó que, si bien había saciado el apetito, se sentía aún más cansado que antes. Alzó los hombros y se sumió de nuevo en sus cavilaciones sobre el crimen. Daba toda la impresión de que iba a tener que luchar contra unos vientos borrascosos a medida que avanzara en el caso.

\* \* \*

El reloj marcaba ya las dos de la tarde cuando Ian se sentó en el coche patrulla para dirigirse a Clonmacnoise. Había estado redactando las peticiones de análisis, había enviado las pruebas por mensajero y además había mantenido una conversación con *sir* Winston. Tenía ahora intención de volver a examinar la estancia de la torre a la luz del día.

Seguro que la prensa ya se había apoderado del tranquilo lugar para convertirlo en un circo, y esperaba no tener que andar contestando a muchas preguntas al llegar.

Cuando el coche le dejó junto a los muros del recinto, se dirigió directamente a las dependencias de los frailes. Había mucha gente fuera que hacía fotos, pero no podía saber quiénes eran los habituales peregrinos y turistas y cuáles los periodistas. Era evidente que de entre estos últimos ninguno lo había reconocido, de lo cual se sintió aliviado cuando por fin pudo cerrar la puerta detrás de él y sentir la gran tranquilidad que reinaba en el zaguán.

—No le esperaba tan pronto —comentó el padre Creek en un tono afable al tiempo que iba a su encuentro—. ¿Ha podido dormir un poco?

—En un caso como éste las necesidades humanas deben quedar relegadas a un segundo plano —contestó Ian, al tiempo que movía la cabeza negativamente y estrechaba la mano del clérigo—. ¿Le han molestado los periodistas?

—No ha sido tan terrible como temía —le tranquilizó al padre Creek, que acto seguido le contó las últimas novedades del lugar.

Un joven novicio entró entonces en el vestíbulo y se acercó a los dos hombres.

—Le presento a Simón, nuestro novicio —le explicó Creek al inspector, el cual calculó que el joven tenía como mucho veinte años de edad—. Si en algún momento yo tengo que ausentarme, puede usted recurrir al hermano Simón. Le he dicho que le preste toda la ayuda posible.

Sonriendo discretamente, el joven estrechó la mano de Ian.

—Padre, me gustaría comentarle algo a solas. —O'Connor miró alternativamente al prior y al joven novicio, y el primero hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Puedes dejarnos un momento solos? Ya te llamaré cuando terminemos. ¿De acuerdo? —Observó al joven con mirada afable, y Simón asintió antes de abandonar la estancia.

—Gracias —dijo Ian.

—¿Qué es lo que quiere preguntarme, inspector? —quiso saber el padre Creek al tiempo que tomaba asiento e invitaba a su interlocutor a imitarlo.

—Bien, padre... —De nuevo aquella sensación opresora. O'Connor no sabía muy bien por dónde iniciar la conversación—. Es sobre la situación en que hemos encontrado al padre Toldrim. —Se revolvió nervioso en la silla.

—No entiendo.

—Mire usted, padre, a simple vista no hay indicios de que haya habido ninguna discusión o altercado, y una persona normal no se habría dejado maniar sin oponer resistencia, y ni habría permitido que le bajaran los pantalones. Lo que quiero decir es que...

«Vaya papeleta», pensó Ian. ¿Cómo demonios podía expresarlo sin crear susceptibilidades?

—Está usted insinuando algún tipo de inclinación sexual por parte del padre Toldrim, si se puede expresar así —intervino el padre Creek, hilvanando así los pensamientos de su interlocutor, que lanzó luego un suspiro de alivio.

—Le ruego que no me malinterprete, padre, pero...

—Comprendo que deba preguntar sobre este punto. También yo he pensado al respecto. —Una sonrisa tranquila apareció en los labios del padre Creek—. La verdad es que no puedo hablar con conocimiento de causa, lo cual sin duda puede usted comprender, pero no soy consciente de nada en este sentido, ni ha llegado nada a mis oídos al respecto.

—¿Habría sido posible algo así? —insistió Ian.

—No necesariamente, pero en este pequeño rebaño que formamos aquí, es difícil mantener oculta una cosa de esa envergadura. Como mínimo se habría escapado alguna insinuación.

—¿Y de ser así me lo contaría?

—Sí, por muy difícil que me resultara, lo haría, porque aquí estamos hablando de

una vida humana, y esto es algo a lo que sólo Dios puede poner término, y no otro ser terrenal —fue la respuesta, que llegó espontánea y clara, por lo que Ian tuvo la sensación de que el padre Creek hablaba convencido de lo que decía—. ¿En qué línea piensa usted moverse con respecto a este punto? —El padre Creek había fruncido el ceño.

—Bien, como todavía no he encontrado ningún móvil para este crimen, voy a proceder según el principio de la eliminación —explicó O'Connor—. Me gustaría hablar con los otros residentes de Clonmacnoise, y la situación me obliga, pero por favor no lo tome usted a mal, a examinar las habitaciones y sobre todo la ropa de los otros clérigos. Allí arriba —O'Connor hizo una señal en dirección a la O'Rourke Tower—, ha habido mucha sangre derramada y, si alguno de los residentes tiene que ver con el delito, forzosamente habrá quedado rastro en la ropa. —Ya había levantado la liebre.

—Me temía que iba a tener que hacer algo así —comentó el padre Creek a O'Connor, para luego observar a su alrededor con una mirada vacía.

—Fíjese, padre, se trata de algo muy simple: o encontramos aquí una oveja negra en su rebaño y le damos el castigo que se merece, o debemos dirigir nuestras diligencias en otra dirección.

—Tiene usted un don especial, inspector, no es fácil conseguir que alguien comprenda e incluso vea bien el enojoso trabajo policial. —Creek se levantó—. Si quiere, podemos empezar por mi cuarto. Luego puedo también acompañarle a los otros porque dispongo de la llave maestra para todas las habitaciones.

\* \* \*

Al cabo de unas cuatro horas, el padre Creek e Ian O'Connor regresaron adonde habían iniciado aquella lamentable conversación. El inspector había registrado todas las habitaciones de los residentes de Clonmacnoise, había examinado los efectos personales de estos así como todas las estancias donde, en medio de la precipitación, se hubiera podido ocultar ropa manchada. Gracias a la activa colaboración del padre Creek, tampoco se salvaron ni la lavandería ni todos los cubos de basura. El inspector buscaba un hábito manchado de sangre u otro utensilio susceptible de servir para posibles juegos sexuales. Curiosamente había recibido de todos los religiosos completa comprensión para con las diligencias que había emprendido.

En apariencia daba la sensación de que el padre Toldrim hubiera sido allí una especie de santo, y todos, en apariencia, querían contribuir al esclarecimiento del caso.

A ratos sosegado, a ratos confuso y pensativo, Ian bebía a pequeños sorbos el té que el padre Creek le había ofrecido tras la inspección de Clonmacnoise.

—¿Se siente satisfecho? —preguntó Creek al cabo de un rato durante el cual los

dos hombres habían permanecido en silencio, sumidos cada uno en sus propios pensamientos.

—En lo que se refiere a su disposición, muy satisfecho, sí señor. Por lo que respecta a mi investigación, debo decir que no —contestó O'Connor, para luego darle una calada a la Parker, que había encendido cuando habían regresado al recibidor—. Sin duda existe la posibilidad de esconder algo en las inmediaciones, pero primero debo basarme en los hechos y estos indican que no he encontrado nada que pueda estar relacionado con este crimen —añadió antes de hacer una corta pausa—. Dígame, ¿cómo es que nadie se ha quejado de mi registro?

—Ya se lo he dicho antes, Dios nos da la vida y Él nos la quita, nadie más. Creo que aquí todos queremos encarecidamente que se aclare este terrible asesinato.

—Debe perdonarme por toda esta intromisión —se excusó O'Connor en un intento de justificar sus diligencias—, pero estamos hablando de un asesinato, y de las perversiones de la psique humana no se libran ni los sacerdotes.

—Me hago cargo de su trabajo y le comprendo a usted —dijo el padre Creek antes de tomar otro sorbo de té—. Debo admitir que me habría extrañado que no hubiera usted llevado a cabo esas... diligencias.

De pronto a O'Connor se le ocurrió una idea.

—Señor, ¿sería posible que me facilitara la llave de la O'Rourke Tower y de la habitación del padre Toldrim por unos días? Sólo quiero probar una cosa. Se las devolveré dentro de un par de días.

—Claro, no hay ningún problema. Si quiere, le puedo dar la llave maestra que debo tener en virtud de mi puesto. Aunque también puedo averiguar si tenemos duplicados —accedió el padre Creek, que luego hizo una breve pausa—. Está usted en su casa, y ya he comprobado que... aquí todos se van a llevar bien con usted.

—Por lo que a mí respecta ya puede llamar al joven hermano, creo que se llama Simón —concluyó O'Connor al tiempo que se levantaba de la silla.

Creek hizo lo propio y abandonó la estancia donde habían estado sentados. Regresó al cabo de poco rato acompañado del joven novicio.

—Bien, yo sugiero volver a examinar el lugar del suceso —propuso Ian—. Y si no les importa, les agradecería que me acompañaran.

—No va a ser una sensación agradable imaginar allí al padre Toldrim, pero vayamos.

Los tres hombres se dirigieron a la O'Rourke Tower. Ian abrió la puerta de ésta y notó de inmediato una tormenta de *flashes*. Unos cuantos fotógrafos de prensa habían seguido al grupito en la esperanza de obtener alguna instantánea sensacionalista. Los hombres se apresuraron a entrar en la torre, y el inspector cerró de inmediato la puerta detrás de ellos.

—¡Qué horror de gente! —gruñó.

—Tiene usted razón, pero estas personas sólo pretenden hacer su trabajo —replicó el padre Creek.

Pese a que era de día, la caja de la escalera de la torre no aparecía más iluminada que por la noche. Sin duda, se debía a que la luz sólo entraba por dos diminutas ventanas.

Cuando llegaron a la tercera planta, Ian se detuvo de repente.

—¿Qué hay detrás de ese tragaluz? —preguntó a la vez que señalaba la trampilla de madera que parecía conducir a otra planta.

—Podemos subir, si quiere —aclaró el padre Creek sin titubear—, pero allí no hay más que... trastos, podríamos decir.

—No hace falta —se apresuró a decir O'Connor—. Como pueden ustedes observar, el tragaluz está lleno de telarañas y no tiene pinta de que haya sido abierto en los últimos tiempos, por no decir nunca.

Abrió la puerta del despacho del padre Toldrim, y los tres hombres entraron tímidamente. La estancia tenía un cierto olor a moho, y la enorme y completamente seca mancha de sangre bajo el escritorio daba testimonio de que allí se había cometido hacía poco un crimen abominable.

—Les ruego que miren de nuevo si ven algo cambiado o si falta algo —pidió Ian a los dos religiosos—. Yo mientras volveré a examinar la ventana y la puerta.

—No está la cruz.

O'Connor se dio media vuelta y se quedó observando boquiabierto al novicio. ¡Era eso, la cruz! Era lo que le había estado obsesionando toda la noche y que no lograba discernir. En todos los otros cuartos de los pisos inferiores había visto un crucifijo de madera colgado en la pared, pero no así en la estancia del padre Toldrim.

—¿Qué tipo de cruz? —preguntó.

—Simón está en lo cierto —afirmó el padre Creek asombrado—. No caí en ello la noche pasada. Cielo santo, la cruz de nuestro Santo Padre.

—No comprendo... —intervino O'Connor, al tiempo que interrogaba al padre con la mirada.

—El año pasado —empezó a explicar Creek—, recibimos una sorprendente visita. Dos clérigos del Vaticano acudieron a nuestra morada y trajeron un regalo del santo padre Juan Pablo II. Se trataba de una preciosa cruz con la imagen de Cristo en madera tallada. Estuvieron charlando largo rato con el padre Toldrim y éste insistió en colgar dicha cruz en su despacho. Es completamente comprensible porque de no haber sido por todo su esfuerzo seguro que este lugar no sería lo que es.

El inspector O'Connor se había despejado del todo.

—¿Tenía mucho valor ese crucifijo?

—Bien, yo creo que el valor moral excedía con mucho al material. Como ya le he indicado, se trataba de una sencilla cruz de madera, de unos setenta centímetros de altura, y sin particularidad alguna, salvo la de ser un regalo del Vaticano. Aparte de esto, era un crucifijo que se habría podido comprar por una módica cantidad a cualquier carpintero de la zona. ¿Por qué alguien robó esa cruz?

—¿Dónde estaba colgada? —quiso saber Ian.



Los hombres se acercaron a la pared situada detrás de la mesa escritorio. El pequeño clavo se veía manchado de yeso blanco y, a primera vista, no parecía suelto. Allí, a la derecha de la ventana, detrás de la persona que solía sentarse al escritorio, había estado colgado el crucifijo.

—Les ruego que miren si falta algo más —rogó Ian al padre Creek.

En cierta forma estaba contento de comprobar que su presentimiento nocturno no le había engañado. Había desaparecido la cruz, un regalo papal que ni siquiera tenía un valor material significativo. ¿Por qué alguien iba a matar por una cruz de madera?

Mientras los dos clérigos recorrían la estancia en busca de otros artículos también robados, Ian se puso a examinar la ventana de la torre. Con mucho tiento retiró los objetos que había en el alféizar y abrió la hoja de la ventana. Estuvo observando tanto el marco de madera como el batiente, sobre todo en la parte de la cerradura. La ausencia de todo indicio de que la madera hubiera sido forzada ponía de manifiesto que la ventana no había sido abierta ni desde afuera ni desde dentro. Mientras llevaba a cabo esta inspección no dejaba de pensar en la cruz. Había muerto un sacerdote a causa de una cruz de madera. ¿Por qué si no faltaba aquella reliquia?

Cuando los tres hombres abandonaron la torre, había quedado claro que, aparte del mencionado crucifijo, no faltaba nada, ni nada aparecía fuera de lugar. Poco antes de marcharse del lugar, Ian anotó el número de teléfono de Montgomery.

—Mañana mandaré a un cerrajero para que desmonte la cerradura de la puerta de arriba —le explicó al padre Creek, que había acompañado al inspector hasta el coche patrulla que lo estaba esperando—. Si por casualidad se le ocurre algo más, por favor, no deje de llamarme —añadió al tiempo que le daba tanto el número de teléfono de la comisaría como el suyo propio—. Por mi parte, apenas sepa algo más, sobre todo después de la autopsia, me volveré a poner en contacto con usted. Ah, otra cosa... ¿podría usted mirar si hay alguna foto de la cruz?

—Lo averiguaré —le aseguró el padre Creek.

O'Connor se sentó en el asiento del pasajero y el clérigo cerró la puerta del coche desde fuera.

¿Por qué alguien había matado a un hombre para robar una cruz? Esta pregunta ocupó a O'Connor durante todo el trayecto de regreso a Athlone.

Eran ya las siete de la tarde cuando el inspector O'Connor llegó a su despacho. Habían transcurrido treinta y seis horas desde que se había levantado de la cama por última vez y, por consiguiente, empezaba a echar aquélla de menos. Estaba deseando llegar a casa, darse una ducha, dar un paseo con *Jessy* y meterse en la cama. Ojalá Betty hubiera logrado tener la noche libre. Arrastrando los pies, Ian recorrió el pasillo y vio que la puerta de *sir* Winston estaba entornada. Asomó la cabeza y vio que su superior estaba concentrado leyendo su informe. Entró en la estancia.

—Ha desaparecido una cruz —anunció de sopetón, lo que hizo que *sir* Winston levantara sobresaltado la cabeza—. Por otra parte, le he preguntado directamente al padre Creek sobre unas posibles inclinaciones sexuales de... bueno, señor, de lo que

hemos estado hablando. Nada en este sentido.

—Buen trabajo, Ian, un trabajo bueno de verdad —le dijo mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección al informe, que puso con cuidado a un lado—. ¿Qué cruz ha desaparecido?

—Según parece un regalo del Papa que le hicieron a la institución hace más o menos un año. Nada especialmente valioso, salvo por su gran valor sentimental. Un crucifijo de madera, de unos setenta centímetros de altura... Extraño.

—Existen dos posibilidades. O la cruz fue el móvil del asesino, o éste, por qué no lo sé, se la llevó tras el crimen.

—Sí, es lo mismo que he pensado yo —convino O'Connor—. Si seguimos considerando que se trata de una secta fanática quien ha perpetrado el crimen, entonces pueden aplicarse las dos teorías, y la última implica que conocían el origen de la cruz. Seguro que les pareció un sacrilegio despreciar una reliquia semejante. Sin embargo, sigue costándome creer en la posibilidad de una secta.

—Tal vez tenga usted razón, pero lo del robo pudo quizás tratarse de una reacción de pánico o...

—Me parece poco verosímil —replicó O'Connor—. Habrían podido llevarse alguna otra cosa, o libros, de los que allí hay para dar y tomar. Una cruz así no pasa desapercibida y el asesino debía de saber que iba a ser echada en falta después de su crimen. Además, dado el tamaño del objeto, le iba a resultar difícil pasar inadvertido.

—Entonces...

—Entonces significa que el asesino estaba al corriente de la existencia de la cruz —continuó Ian con su línea de pensamiento para, esta vez, llevarla hasta el final—. Creo que debemos descartar a los monjes y clérigos que residen allí. Los interrogatorios han puesto de relieve que nadie ha abandonado el recinto después del crimen. De estar el culpable entre ellos, éste habría calculado que tarde o temprano se iba a descubrir el cadáver, que todos iban a ser puestos bajo sospecha y que se iban a registrar todos los cuartos. No, no va por ahí; además, he rebuscado minuciosamente en todas las estancias de los religiosos. Ha sido un trabajo arduo, pero ha dado como resultado que allí no hay nada que se pueda relacionar con el crimen. Ni ropa manchada de sangre, ni la mencionada cruz, ni ningún artefacto sadomasoquista. —O'Connor se dejó caer sobre la silla que había ante el escritorio de *sir* Winston—. Tiene que haber sido una persona de fuera. Alguien que, al cerrar la puerta con llave, quisiera, por una parte, escapar sin ser descubierto y, por la otra, poner la cruz a buen recaudo para que no fuera encontrada.

—Suena plausible —comentó *sir* Winston haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Por cierto, la prensa ha reaccionado como una horda de buitres cuando les he ofrecido la noticia.

—Ya lo he advertido en el lugar de los hechos, pero por lo menos podemos contar con la discreción de los residentes. No hay ninguno de entre ellos susceptible de soltarlo todo a los medios de comunicación —comentó Ian para luego reflexionar un

momento—. Señor, tal vez sería conveniente que telefonara al padre Creek y le pidiera que no hablaran con la prensa de la cruz.

—¿Por qué?

—Pues no lo sé —contestó Ian pensativo—, es sólo un presentimiento. Pero si alguien ha observado algo, supongo que nos informará igual, independientemente de si la persona sospechosa llevaba o no una cruz.

—Es posible.

—Además, todavía no contamos con una descripción exacta de la cruz y, hasta que la tengamos, no tiene sentido levantar la liebre. Por otra parte, se supone que el o los culpables también leen los periódicos. Seguro que se pasaran un rato devanándose los sesos y preguntándose por qué no se menciona la cruz. Quizá, si realmente se trata de una secta que con cualquier propósito desconocido para mí quiere hacer uso de la cruz, obliguemos a los culpables a cometer un error.

—Sí, tal vez tenga usted razón. Telefonaré al padre Creek. Dígame, ¿qué tratamiento se le da a un religioso de esa categoría? —preguntó *sir* Winston.

—Su ilustrísima resultaría un poco falso, yo me limitaría a un simple «padre», pero no le dé demasiada importancia —dijo sonriendo. Ian al tiempo que se levantaba de la silla—. Y ahora, si no tiene inconveniente, me voy a casa y trataré de dormir un poco.

—Sí, sí, vaya usted. Por cierto, la autopsia se llevará a cabo mañana por la mañana a las diez en el departamento de patología de nuestro hospital.

—De acuerdo, allí estaré —anunció O'Connor antes de cerrar la puerta detrás de él. Pero volvió a entreabrir ésta para añadir—: Iré directamente de casa al hospital, porque los resultados de los análisis no estarán tan temprano. Espero que la autopsia sea un poco más esclarecedora que el resto.

Sin esperar palabra o reacción, abandonó el edificio de la comisaría y se dirigió arrastrando los pies al patio. Subió al sillín de la bicicleta y se puso en camino hacia casa. Intentó expulsar de su mente las últimas horas. Había trabajado mucho, y trabajado bien. Lo que quería en aquellos momentos, por lo menos hasta el día siguiente a las diez, no era otra cosa que ser una persona normal. Pensó en *Jessy*, en *Betty*, en su cama, pero también en el padre *Toldrim*, en la puerta cerrada y en la cruz robada. Sin embargo, a medida que se alejaba de *Athlone*, iba ahuyentando el trabajo de su cabeza. Estaba deseando llegar a casa.

\* \* \*

Transcurridos un par de kilómetros empezó a llover. Pero a O'Connor no le importó. La lluvia producía en él un efecto purificador, tanto psíquica como físicamente. De todas formas, toda la ropa que llevaba iba a dársela a *Molly* para lavar. Las gotas chocaban en su rostro para luego recorrer todo su cuerpo. Soplaba

una ligera brisa, pero no hacía frío.

Su rostro se iluminó cuando, desde lejos, advirtió al perro, que fue alegremente a su encuentro sin dejar de ladrar. Era un ladrido de alegría. Sólo quien tiene animales e intenta entenderlos puede percibir el estado de ánimo en que se halla un animal. *Jessy* estaba contenta y excitada ante la expectativa de estar con su amo. Ian bajó de la bicicleta y pasó por el acostumbrado ritual. La sonrisa de su rostro se ensanchó cuando vio a Betty a la puerta de la casa. Lo había conseguido. Ian suspiró y se sintió feliz y contento. En aquellos momentos el padre Toldrim estaba ya encerrado en un compartimiento de su mente.

Después de guardar la bicicleta en el cobertizo, se acercó a Betty a zancadas. Aunque *Jessy*, con sus grandes saltos, no le facilitaba precisamente la labor.

—Saltar así a tu alrededor sí que podría, pero el meneo de la cola ya me resultaría imposible —bromeó ella antes de que Ian la tomara en sus brazos y se dieran un largo beso.

—Qué bien que hayas podido venir.

Ian apartó un poco a la mujer y la miró de arriba abajo. Betty iba vestida con una falda floreada que apenas le cubría las rodillas y una blusa a juego que llevaba sujeta a la cintura mediante un nudo. Ian pensó que estaba muy guapa. Volvió a estrechar su cuerpo contra el suyo y le agarró el bien proporcionado trasero con las dos manos.

—Uy, señor inspector... ¿no estaba usted tan cansado? —bromeó Betty riéndose, pero sin hacer intento alguno de soltarse de su abrazo, pues, le gustaba Ian y su manera de ser, tal vez más de lo que ella quería reconocer—. He preparado algo para cenar... nada especial, un poco de carne, verdura y patatas. Imagino que, aunque evidentemente no estás cansado, debes de tener un hambre atroz.

—Me muero de hambre —contestó Ian al tiempo que le daba un cariñoso empujoncito para entrar en la casa. *Jessy* les hacía fiestas a los dos, pero no le sacaba a Ian los ojos de encima. Betty le dio a O'Connor un hueso de goma—: Toma, no le había dado nada aún. Mejor que se lo des tú.

Ian tomó el hueso y le puso a la perrita la golosina en la boca. Meneando feliz la cola, el animal se olvidó de los dos y se instaló delante de la puerta de entrada. Todavía llovía, pero no daba la sensación de que ello fuera a arruinar en absoluto el rato feliz que *Jessy* tenía ante ella.

—¿Habéis avanzado mucho? —preguntó Betty desde la cocina, de donde salía un olor estupendo.

—No —gritó Ian, que se había desnudado en el dormitorio y se dirigía sólo con una toalla en la mano al cuarto de baño—. Y en estos momentos me importa un bledo. Hasta mañana a las diez no quiero oír hablar del asunto.

—Pero ya sabes que soy muy curiosa —replicó Betty.

—Bien, te contaré algo, pero luego cuando estemos... en la cama —accedió él al tiempo que se asomaba por la puerta de la cocina y sonreía.

Ian se metió bajo la ducha, puso el agua tan caliente como podía soportar y dejó

que recorriera su cuerpo. Permaneció un par de minutos inmóvil bajo el ardiente chorro. Parecía como si el agua estuviera lavando la porquería mental de las últimas horas. O'Connor se enjabonó con fruición y al final se enjuagó con agua fría. Salió del plato de ducha con la piel de gallina, se secó y se puso un viejo y amplio chándal, sin calzoncillos ni calcetines. Cuando salió del cuarto de baño advirtió que Betty ya había puesto la mesa. Se le hizo la boca agua ante la visión y el olor de la comida. Comió en silencio, sólo lanzando de vez en cuando algún que otro gruñido de satisfacción. Su mirada se cruzó, sin embargo, a menudo con la de Betty, y en cada ocasión estallaba una chispa entre ellos.

Terminada la comida, O'Connor se estiró y se dio unas palmadas en el estómago.

—Qué te parece si fregamos luego —propuso—, y ahora nos vamos a dar un paseo con *Jessy*.

Betty estuvo de acuerdo, y juntos quitaron la mesa y lo llevaron todo a la cocina. Cuando salieron había dejado de llover. *Jessy* les saludó moviendo la cola e Ian tomó a Betty del brazo. Estuvieron paseando una media hora a lo largo del lago. Ian le contó sobre el caso, lo que había investigado, lo que pensaba él y en qué dirección tenía previsto continuar los días siguientes. Sabía que podía confiar plenamente en ella y que no iba a contarle a nadie lo que sabía.

—Oye —prosiguió Ian tras un breve momento de reflexión—, ¿no podría ser obra de una mujer? Una mujer que hubiera tenido en el pasado una relación con el padre Toldrim y ahora por algún motivo que desconocemos hubiese querido vengarse.

—Deduzco que hablas de una relación que incluyera sexo —concretó Betty, siguiendo la línea de pensamiento de su compañero.

—Exacto. No sería la primera vez que una mujer se queda embarazada de un sacerdote. Quizás haya sido ése el caso y tengamos ahí el motivo.

—Sí, puede tratarse de un acto de venganza, pero yo creo que entonces la mujer no habría esperado tanto tiempo para ello —replicó Betty, que evidentemente no compartía esta línea de la investigación.

—No tenía que ser ella misma —insistió O'Connor.

—¿Te refieres a un hijo que ahora fuera ya adulto? —preguntó Betty al tiempo que reflexionaba—. No se puede descartar, pero...

—¿Pero qué?

—¿No has dicho que el pene estaba en medio de un círculo que habían pintado?

—En efecto.

—En ese caso no me convence tu teoría. Al asesino, fuese la mujer o su hijo, le habría bastado con cortarle el pene. Seguro que él o ella no se habrían tomado la molestia de ponerse a hacer circulitos. Además...

—¿Además qué...?

—También has mencionado que ha desaparecido una cruz. No tendría ningún sentido que esto estuviera vinculado a esta teoría. Según tú, lo que quiso el asesino fue escarmentar a un supuesto culpable. En ese caso no iba a robar nada. No, no creo

que debas seguir en esa dirección.

—Era sólo una idea —concluyó O'Connor sumido en sus reflexiones al tiempo que estrechaba a la mujer contra él.

Cuando un rato después estaban juntos en la cama y Betty notó algo duro en su mano, se inclinó sobre el rostro de Ian.

—No sabes cuánto me alegro de que no seas la víctima, sería una verdadera lástima quedarse sin esto —dijo mientras apretaba todavía más.

Media hora después ella se había acurrucado en los brazos de Ian y se disponía a dormir y tener dulces sueños; él por su parte ya roncaba ruidosamente, pero sin que ningún sueño poblara su mente.

\* \* \*

Descansado, O'Connor apareció al día siguiente según lo convenido en el hospital de Athlone. Había recuperado el sueño perdido, a lo que sin duda contribuido Betty en gran medida. A pesar de todo, en aquel momento no se sentía completamente a gusto en su piel. Ya cuando se subió a la bicicleta e inició, acompañado del chirrido de fondo que hacía aquélla, el trayecto al hospital, volvió a su mente el caso del cruel asesinato. Ejercía con gusto su profesión, y no debería sentirse inquieto, pero había tres cosas que le desazonaban un poco. La primera era la inminente autopsia. La segunda, el hecho de que hasta el momento no tenía indicio alguno sobre el o los autores del crimen, y la tercera, que había aún mucho que hacer y habría preferido solucionarlo entonces y no tenerlo que postergar hasta después de la autopsia.

Mientras aparcaba la bicicleta en la zona dispuesta para ello delante de la entrada acristalada y le ponía el candado, observó que en el aparcamiento adjunto estaba el coche que ya había visto frente a la torre la primera noche que llegó a Clonmacnoise. El doctor de Greenhill Road ya había llegado.

Pese a que hacía unos quince años que no había asistido a una autopsia y además no había sido en el hospital local, sabía el camino. En todos los hospitales los diferentes departamentos están organizados más o menos de la misma forma. Ian se quitó la gorra y entró en el vestíbulo. La atmósfera aparentemente tranquilizadora de la recepción contrastaba, y mucho, con las enfermeras, médicos y auxiliares vestidos de blanco que se afanaban de un lado al otro. Luego estaban los pacientes, la mayoría en bata o en chándal, así como gran cantidad de visitantes.

O'Connor respiró hondo. Detestaba el aire que se respiraba en los hospitales. Mostró su identificación. Le hermana que estaba sentada detrás del mostrador, que parecía salida de una película de terror, examinó inexpresivamente a O'Connor, tomó el carné y le echó un vistazo a la foto. Después de haber comprobado que el rostro del hombre correspondía al de la foto, se lo devolvió.

—¿Quiere usted ir al departamento de patología, inspector?

—No quiero, debo —espetó Ian mientras volvía a guardar el carné en el bolsillo de la camisa.

—¿Sabe cómo llegar?

—Supongo que sí... —fue la respuesta.

—Siga las indicaciones y entonces...

O'Connor no quiso oír más. Ya se había puesto en marcha. No le apetecía en absoluto seguir hablando con aquel monstruo. Siguió a través de innumerables pasillos que probablemente fueron algún día lejanos pintados de un color que, bajo consejo de algún psicólogo, debía producir un efecto calmante en los pacientes. Pero según toda evidencia, la última capa de pintura había sido dada hacía mucho, mucho tiempo, y produjo en Ian el efecto contrario. Pensó que por suerte él no era un paciente.

A medida que se iba adentrando en el edificio, veía cada vez menos pacientes y hermanas. Le pareció, además, que el aire volvía a ser respirable y que las paredes en los últimos corredores ya no estaban pintadas sino embaldosadas. Al final del pasillo que seguía se abrió una puerta, y por ella asomó el médico. Iba ya vestido para la inminente operación, con gorro y bata.

—Venga, inspector, llega usted a tiempo —saludó sonriendo al recién llegado.

«Jodido curandero», pensó O'Connor. «Sabe perfectamente lo que siento, y cómo me voy a encontrar después. Sádicos... Todos iguales».

Sin embargo, O'Connor ni pestañeó. Una actitud impertérrita que había llegado a formar parte de sí mismo. Los extraños rara vez sabían lo que pensaba, y mucho menos lo que tramaba. Pero incluso a sus amigos les costaba en ocasiones desentrañar su expresión. Había sólo dos cosas con las cuales no cabían disimulos por su parte. Una de ellas eran las profundas arrugas que se le formaban en el entrecejo y que, cuando fruncía, indicaban a los presentes que no estaba el horno para bollos. Luego estaba aquella entrañable sonrisa, testimonio de la cual eran aquellas arruguitas de expresión que surcaban su rostro. Era un hombre muy risueño. Tal vez había que achacar las arruguitas también a la manía que tenía de sorber por la nariz, siendo esto último a menudo la expresión de la tensión interior que precedía al ceño antes mencionado.

El inspector traspasó la puerta que el risueño médico le mantenía abierta. En la antesala en la que se introdujo, O'Connor tomó también un gorro del guardarropía y se lo caló en la cabeza. También se puso una bata blanca que estaba allí para casos similares y siguió al médico hasta la sala de las autopsias.

Ian echó una rápida ojeada en torno a él. «Vaya mierda de sitio», se dijo. Otro médico ataviado igual que el primero se hallaba junto a la mesa embaldosada donde yacía el cadáver del padre Toldrim, y preparaba el instrumental quirúrgico. En una esquina se hizo visible otro hombre vestido de la misma forma.

—Permitan que haga las presentaciones —empezó a decir el médico que le había facilitado la entrada—. El inspector O'Connor, de la policía de Athlone, al cargo de

las diligencias del caso. —Ian saludó a los otros dos médicos mediante una ligera inclinación de cabeza. A continuación el primer médico señaló al hombre que se hallaba junto a la mesa—: El profesor Roughat, quien va a realizar la autopsia, y allí —añadió indicando al hombre de la esquina, que se volvió un segundo para la presentación— está el doctor Hunter, el disector.

—Un caso jodido, ¿verdad? —comentó el profesor a modo de inicio de la conversación, y a O'Connor le sorprendió la frialdad del tono.

—Tiene usted toda la razón.

—Bien, vamos a ver si encontramos algo y qué encontramos.

Con estas palabras se puso Roughat a la labor. O'Connor se mantuvo a una discreta distancia de la mesa de disección, si bien, al mismo tiempo y aunque no era un experto en medicina, trató de captarlo todo. «Apasionante», le pasó por la cabeza. El profesor Roughat puso en marcha su dictáfono y empezó con voz monótona a hacer una descripción del cadáver. Empezó a ir de un lado al otro de la mesa, a observar al muerto, a tirar de un cabello por aquí, a apretar la piel por allí, sin dejar de hablar y dictar lo que iba haciendo. La forma y la manera en que se manejaba ponía de relieve que hacer autopsias era algo que formaba parte de su vida cotidiana.

—... es evidente que los genitales han sido cercenados con un objeto cortante...

O'Connor escuchaba el dictado y observaba con ojos entornados a Roughat, el cual manoseaba la herida y examinaba los pellejos. La herida era mayor de lo que él recordaba haber visto en la torre.

Los tres doctores se afanaban en el trabajo. La normativa irlandesa prescribía para estos casos que el cadáver fuera abierto en la cabeza, el vientre y el pecho. Una tarea que los tres ejecutantes llevaron a cabo con minuciosidad y rigor científico. Los órganos internos fueron examinados y, bien enteros o parcialmente, extraídos por el disector. O'Connor notó que de cada uno de los tres cortes mencionados ascendía en la estancia un olor cada vez más apestoso. Pero todavía más terrible le pareció el ruido que producía la pequeña motosierra utilizada para separar los huesos de la cabeza y poder así desprender, examinar y medir el cerebro, así como llevar a cabo todo tipo de pruebas incomprensibles para una persona profana como él. El inspector tuvo más que bastante al cabo de dos horas y media.

—Bien —empezó a decir Roughat mientras se dirigía al lavabo y se ponía a lavar minuciosamente las manos—, un caso curioso, en el hecho. —O'Connor lo miró con interés—. Es decir, el corte de los genitales fue hecho *post mortem* y fue realizado mediante un instrumento muy cortante, me atrevería a decir que fue hecho con un escalpelo. Causa de la muerte: paro cardíaco, pero no causado por la pérdida total de sangre... muy extraño.

—Entonces, por lo menos no sufrió —insinuó O'Connor.

—Sin embargo, lo que me sorprende un poco es... —prosiguió Roughat, que se había vuelto a poner unos guantes y se acercaba de nuevo a la mesa—. Acérquese inspector, fíjese.



Le hizo señas al inspector para que se aproximara. Éste obedeció a regañadientes y se inclinó junto con el profesor sobre el cadáver.

—Mire aquí —le dijo el médico forense al tiempo que señalaba un punto en el brazo izquierdo. O'Connor siguió su dedo y creyó ver una diminuta decoloración de la piel, del tamaño de la cabeza de un alfiler—. Parece el pinchazo de una jeringuilla —comentó Roughat como explicación a lo que había observado—. Encontramos lo mismo aquí, en el muslo —añadió señalando una segunda y similar señal—. Es evidente que alguien le ha pinchado dos veces, sin embargo, no advierto ninguna de las típicas trazas de intoxicación —explicó el médico a la vez que se quitaba los guantes y repetía el proceso de lavado—. Supongo, de todas formas, que usted querrá hacer un análisis químico toxicológico de las sustancias recogidas. —O'Connor asintió en silencio con un movimiento de la cabeza. Roughat tomó el dictáfono, lo puso en marcha y se puso a hablar en él como si hubiera presupuesto la aprobación del inspector y tuviera ya formulada en su mente la siguiente frase—. En vistas a evitar eventuales errores es necesario hacer un análisis químico y toxicológico de los siguientes restos: la sangre del muslo, el interior del estómago, el intestino delgado, el bazo, un riñón y parte del hígado. En nombre del aquí presente inspector O'Connor de la policía de Athlone se solicita un análisis general químico toxicológico a fin de detectar la eventual presencia de elementos tóxicos procedentes de sustancias ajenas al cuerpo. Como siempre. Fin.

Ian se alegró de poder, por fin, abandonar el hospital. Se apoyó en la bicicleta y respiró hondo un par de veces. Qué refrescante podía ser el aire en el exterior de ciertos edificios, sobre todo hospitales con un departamento de medicina forense. Parecía que al padre Toldrim le habían pinchado, ¿pero qué y por qué? El pene había sido cortado *post mortem*, es decir, cuando el padre Toldrim ya no vivía. ¿Por qué? ¿Sólo por una cruz? ¿Podían las sectas ser y actuar de forma tan escrupulosa? Era imprescindible que se documentara más al respecto. Debía hablar con el tal Montgomery, a ser posible aquel mismo día. Con todas estas incógnitas en la cabeza se puso en camino hacia la comisaría de policía.

\* \* \*

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido la autopsia? —fue la frase de bienvenida de sir Winston al inspector—. Tiene usted un aspecto horrible.

A decir verdad el rostro de O'Connor estaba más pálido que de costumbre, y sin duda la causa de ello no había sido el esfuerzo de pedalear desde el hospital hasta la comisaría de policía.

—Pues sí, fíjese qué tontería, me ha puesto la piel de gallina y todavía no se me ha ido —replicó irónicamente Ian al tiempo que se dejaba caer en una silla ante el escritorio de su superior—. No sabe en cuan alta estima tengo a los médicos forenses

y cómo aprecio la luz que arrojan sobre nuestros casos con su ciencia, sin la cual, jamás se descubrirían ciertos aspectos de las muertes, pese a ello, su trabajo siempre me recuerda a las viejas películas de Frankenstein.

—A mí me pasa lo mismo —convino *sir Winston*—. Sí, sí —prosiguió al advertir la mirada asombrada de Ian—, antes de tomar posesión de mi cargo, aquí en Athlone, seguro que hay más de uno que no se lo cree, yo también tuve que hacerme cargo directamente de algún que otro caso de asesinato. Para su conocimiento le diré que soy consciente de cuánta iniciativa y dedicación implica un trabajo semejante, y por ello tengo la firme convicción de que este caso no podría estar en mejores manos. — Como Ian seguía mirándole sorprendido, añadió—: Y no estoy diciendo esto sólo por hablar, para motivarle. Sé cuando alguien cuenta con idealismo y motivación, y ése es usted. ¿Le apetece una taza de té?

*Sir Winston* se puso en pie y regresó del pequeño *office* que tenía con una tetera y dos tazas. O'Connor no sabía cómo interpretar aquella manifestación de su interlocutor. Éste llenó las dos tazas y tomó asiento junto a O'Connor en la otra silla frente al escritorio.

—Ya he recibido un par de llamadas de Limerick —empezó de nuevo—, querían saber cómo iba todo, si había algo nuevo... en fin, mucha curiosidad y sobre todo muchas ganas encubiertas de que nosotros no podamos resolver el caso.

—Primero debieran... —empezó a protestar O'Connor cuya frente había vuelto a fruncirse.

—Yo sé cómo sortear esas tonterías y no quiero de ninguna manera que esto influya en usted en absoluto. —*Sir Winston* hizo un gesto tranquilizador en dirección a O'Connor—. Si puede resolver el caso será bueno para usted, por supuesto, también para mí y para toda la policía de Athlone, al margen de que se pueda hacer justicia y castigar al culpable de tamaña fechoría. Pero si usted no pudiera resolver el caso, créame que estoy completamente convencido de que nadie más lo habría conseguido tampoco... y mucho menos esos petimetres de Limerick.

Ian tomó un sorbo de té mientras pensaba que ya no entendía nada.

—Y bien —prosiguió *sir Winston* dando un giro a la conversación—, vayamos ahora a los hechos. ¿Qué ha podido dilucidar de la autopsia? ¿Qué tiene previsto hacer a partir de ahora?

—La autopsia ha puesto de relieve que la causa de la muerte fue un paro cardíaco. Las circunstancias que lo provocaron todavía no están claras. Se ha podido descubrir algo: que al muerto le habían puesto dos inyecciones. Esperemos que el análisis químico de las sustancias nos aporte alguna clave. La herida, es decir, el corte del miembro y del escroto, se produjo después de la muerte, según parece con un instrumento muy cortante, seguramente un escalpelo o algo similar. He solicitado un análisis de los preparados y estamos a la espera de los resultados. —Ian sacó la pipa del bolsillo de la chaqueta y miró expectante a *sir Winston*—. ¿Puedo? —A lo que su interlocutor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Tenemos, por

consiguiente, un asesinato —prosiguió—, donde el asesino le cercena los genitales a la víctima una vez ésta ha fallecido. Hasta ahora no encuentro un móvil, aunque creo...

—¿Qué cree?

—Creo, sin embargo, que está relacionado de alguna forma con el crucifijo que, según parece, es el único objeto que falta del despacho del difunto. Por otra parte, esta cruz no se caracteriza por ser de un material especialmente valioso, al margen del alto valor sentimental por tratarse de un regalo del Papa. La póstuma amputación del miembro significa, por lo menos en este punto de la investigación, que nos las tenemos que haber con un asesino psicópata o con una secta fanática. El padre Creek habló de satanismo o de un grupo similar. Lo cierto es que todavía sé muy poco al respecto para poder hacer una valoración acertada. Por ello quiero llamar luego a ese especialista, el prelado Montgomery de Portadown, y quedar con él para mañana. Si fuera hoy, sería sólo una rápida charla vespertina, y tal vez no sacara mucho en claro. Pero con la información que consiga mañana y con los resultados de los análisis químicos, habremos dado un gran paso... espero.

Ian encendió la pipa y fumó a grandes bocanadas.

—He leído un par de artículos de Montgomery —dijo *sir* Winston meditabundo—. Según parece es una autoridad en este campo. Tengo entendido que estuvo mucho tiempo al cargo de la diócesis de Portadown, pero posteriormente lo dejó a fin de dedicarse por completo al estudio de las sectas. Estoy de acuerdo con usted en que una charla con él no puede perjudicarnos. Le telefonaré y le anunciaré su visita para mañana. No pretendo inmiscuirme en su trabajo, por supuesto, pero creo que a veces es bueno potenciar la autoridad que da el título de director. Pero puede usted estar seguro de que, cuando hable con él, voy a dar de usted las mejores referencias.

Ian asintió halagado con la cabeza.

—En ese caso, hoy voy a dedicarme a la cerradura de la puerta del despacho. Esto es algo que también me lleva de cabeza —observó al tiempo que se ponía en pie—. Muchas gracias por el té y la conversación, señor.

—No deje de mantenerme informado, por favor... Y ya sabe, Limerick le manda saludos —dijo sonriendo *sir* Winston mientras cerraba la puerta detrás de Ian.

\* \* \*

Ian fue en busca de su bicicleta. Tras la autopsia y las confidencias de su jefe, necesitaba aire fresco. Mientras atravesaba la ciudad recordó la hierba de su casa. Se le ocurrió que, de camino a Clonmacnoise, podía desviarse para pedirle a Terry Cullingham que fuera a su casa con su rebaño. Después de cruzar un par de bocacalles llegó al domicilio deseado. Terry vivía en la ciudad. Era un hombre que podía ser descrito como un bohemio; en verano se ganaba la subsistencia con su

pequeño rebaño de ovejas, y durante los meses de invierno iba tirando mediante alguna que otra chapuza. Terry era considerado raro y hosco. Y tal vez fueran estos atributos los que le hacían parecer tan simpático a los ojos de O'Connor.

Cullingham estaba sentado delante de su casa y se dedicaba a tallar un bastón mientras observaba el gran movimiento que reinaba en la calle.

—Hola, inspector, mucho curro estos días, ¿no? —le dijo a modo de saludo—. Lo he leído en el periódico... un caso jodido, y además un cura. No me gustaría estar en tu piel.

—A mí tampoco —gruñó Ian, mientras apoyaba la bicicleta en la pared de la casa y se dirigía luego a Terry—. Dime, ¿podrías pasarte por casa con tu rebaño? La hierba está altísima y, además, tengo todavía una botella abierta de whisky Potheen que tampoco quiero acabarme yo sólo.

—Ningún problema. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Tú mismo. Ya sabes lo que hay que hacer. Durante los próximos días no voy a estar en casa de forma regular... pero el Potheen nos lo tomamos juntos, palabra de honor.

—Estás preocupado por lo del asesinato, ¿verdad?

—Digamos que sí. Ahora voy a ocuparme de la cerradura de la puerta.

—Estaba cerrada por dentro, ¿no? —apuntó Cullingham antes de escupir en la acera—. Una chapuza, todos lo hemos visto en las series norteamericanas de televisión, en las de... ¿cómo se llama...? Colombo, pero también otro.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Ian al pastor con los ojos abiertos de par en par.

—Oye, ¿tú no miras la tele? Pues, siendo policía deberías informarte un poco mejor, con las películas policíacas y eso...

—Como comprenderás, cuando estoy en casa, lo último que quiero es ver esa mierda —replicó Ian—. Además, ya ni me acuerdo de la última vez que vi la caja tonta. Y deberías saber que con un tiempo así no es bueno apoltronarse en casa.

—En eso tienes razón. Pero ¿de verdad el caso te está llevando de cabeza?

—Pues si tengo que serte sincero, sí.

—¡Vaya! Ahora me acuerdo. Era Edgar Wallace. Coges una llave y la haces girar casi hasta el tope. Entonces pasas un cordel fuerte y delgado por la abertura, cierras la puerta con cuidado y tiras del cordel. La llave gira y la puerta queda cerrada. Tiras a continuación del cordelito que se ha quedado entre la puerta y el marco, y asunto acabado —explicó Cullingham, para luego quedarse mirando al inspector con expresión triunfante—. ¿De verdad no lo sabías? Lo he visto en la televisión. ¿Qué Wallace era en realidad...?

—¿Y tú crees que funciona?

—Por supuesto, yo mismo lo probé después de ver la película. Funciona, de verdad.

—Um, Terry, ¡no se te ocurra decirle a nadie lo tonta que es la policía irlandesa! Si tienes razón, te voy a conseguir una botella entera —prometió Ian antes de tomar

la bicicleta y subirse en ella—. No se lo cuentes a nadie, ¿me has oído? —le gritó a Terry de nuevo tras recorrer unos cuantos metros.

—No te preocupes —dijo sonriendo Cullingham—. Si se puede echar una mano a la policía...

«Voy a tener que mirar más series policíacas», pensó Ian mientras llegaba al muro de Clonmacnoise. En todo el trayecto no había podido sacarse de la cabeza la descripción que había hecho Terry.

Se dirigió directamente a las dependencias de los clérigos con la esperanza de encontrar allí al padre Creek. Cuando entró en el vestíbulo, le saludó el novicio Simón.

—¿Está el padre Creek en casa? —quiso saber O'Connor.

—Lo siento, pero ha tenido que asistir a un acto en una guardería de cuyo patrocinio se ha hecho cargo... pese al terrible suceso la vida debe seguir, ¿no es cierto?

—Sí, claro —murmuró Ian decepcionado—. ¿Podría acompañarme usted a la torre? Quisiera echarle un vistazo a la cerradura de la puerta.

—Naturalmente —se apresuró a contestar Simón—. Un momento, que voy a buscar la llave.

—¿Tendría por aquí un cordel fino, un alambre delgado o algo parecido? —le preguntó Ian.

—¿Qué es lo que necesita exactamente?

—Algo que sea muy delgado para que se pueda introducir entre la puerta y el marco, pero que sea a la vez lo bastante fuerte para que no se rompa al manipularlo.

—Creo que detrás, en el almacén, he visto algún hilo de nailon. Hay un par de cañas de pescar, voy a ver —dijo el novicio antes de desaparecer.

Al cabo de unos minutos regresó con varios y resistentes hilos de nailon que enseñó orgulloso al inspector.

—¿Cree usted que esto le servirá?

—Sí, creo que sí —asintió Ian tras examinar los hilos—. Vayamos a la torre —añadió, sorbiendo por la nariz y excitado ante la idea del experimento que estaba a punto de llevar a cabo.

Cuando llegaron al despacho del padre Toldrim, el novicio miró al inspector con curiosidad.

—Quiero probar si con la ayuda de este hilo se puede cerrar una puerta desde afuera —explicó Ian en un tono ceremonioso—. Entre usted en el cuarto y hágame saber lo que va pasando.

Obediente, Simón entró en la habitación. Ian comprobó mediante una rápida ojeada que ya habían intentado eliminar el enorme charco de sangre. Sólo un par de manchas oscuras en el parqué ponían de manifiesto el terrible suceso.

A continuación O'Connor tomó uno de los trozos de nailon que consideró bastante fuerte y, con la puerta abierta, lo pasó por el ojo de la cerradura. Luego cerró

la puerta desde fuera y tiró de los dos cabos. El hilo se movía sin problema. Volvió a abrir la puerta. Movi6 la llave por dentro. Se trataba de una cerradura muy corriente. Gir6 la llave hasta el tope. Ante el ligero movimiento, la llave gir6 y la cerradura se bloque6. Ian tuvo mucho cuidado de mantener los bordes del hilo de nailon en alto, para que 6ste se mantuviera por encima de la llave. Cerr6 la puerta con cuidado desde afuera. Sim6n observaba la operaci6n con mirada esc6ptica. Una vez hubo cerrado la puerta, O'Connor tir6 de los dos cabos del hilo de nailon. Se produjo un clic met6lico y audible cuando la llave gir6 y con ello se accion6 la cerradura. Con cuidado tir6 s6lo de un cabo del hilo y al cabo de un par de segundos ten6a todo el hilo fuera en la mano. A fin de comprobarlo, puso la mano en el picaporte y empuj6 hacia abajo. ¡La puerta estaba cerrada!

—Abra desde dentro, por favor —orden6 orgulloso al joven novicio.

—¿C6mo ha podido hacerlo? —pregunt6 maravillado el muchacho.

—¿Ha visto alguna pel6cula de Edgar Wallace?

—Pues, creo que no.

—Pues, debiera hacerlo, porque en una de ellas sale este truco —explic6 O'Connor al tiempo que se met6a el hilo en el bolsillo—. Informe al padre Creek de esto, yo me pondr6 en contacto con 6l en los pr6ximos d6as.

Ufano y contento, Ian baj6 la escalera de la torre. Hab6a resuelto uno de los enigmas. No cab6a duda de que deb6a ver m6s televisi6n. Despu6s de despedirse de Sim6n, se fue a casa en bicicleta. El que se hubiera puesto a llover de nuevo y que estuviera a punto de quedarse empapado, no le molest6 absolutamente nada en aquellos momentos. No le llevaba muy lejos en el caso, pero por lo menos hab6a resuelto el enigma de la puerta cerrada. Que hubiera sucedido de aquella manera o de otra similar, no le importaba. Lo que contaba es que hab6a funcionado.

Cuando Ian llegó a casa se sentía francamente bien, y ello llegó también a percibirlo *Jessy*. En primer lugar su amo le dio de comer, claro que esto, aunque era muy sabroso y estupendo, tampoco era nada significativo. Luego habían ido juntos a pasear. También estupendo, pero nada fuera de lo corriente. ¡Pero ahora estaban los dos sentados en el comodísimo sofá azul de la salita de O'Connor! Su amo había esparcido un montón de libros y revistas a su alrededor y, mientras él revolvió y hojeaba con una mano, ella iba recibiendo caricias con la otra. Una circunstancia que sólo acontecía cuando su dueño estaba feliz en extremo. De vez en cuando le molestaban las endiabladas hojas y el crujido de las revistas, pero ella no se atrevía a gruñir por ello. Era demasiado hermosa la sensación que sentía en aquellos momentos allí acurrucada.

Ian había colocado dos botellas de cerveza Stout en la mesita auxiliar, y después estuvo buscando entre los innumerables libros de su librería obras que pudieran arrojarle algo de luz sobre sectas o pequeñas agrupaciones fanáticas. Primero había echado un vistazo al programa de televisión, pero éste no ofrecía ninguna serie ni película policíacas, así que pudo consagrarse por completo a los libros. Pero por mucho que hojeaba y rebuscaba, sólo había podido encontrar dos o tres datos que se refirieran a una agrupación o secta. Sobre satanismo no había encontrado absolutamente nada, y si debía ser sincero consigo mismo, tampoco sabía por dónde debía empezar a buscar.

Así, sumido en profundas reflexiones, se puso, a saborear la segunda botella de Stout y a observar el cielo irlandés. Las nubes, cuya presencia parecía perpetua, ofrecían un paisaje inigualable que hacía de aquella tierra un lugar apreciado no sólo por sus adeptos.

Alguien había acudido a la estancia de la torre. Como no había rastro de pelea alguna, debió de ser un conocido del padre Toldrim, o alguien a quien éste estuviera esperando. ¿La monja? No. El padre Creek había explicado que las visitas, incluso de hermanas, no eran algo inhabitual. Además, una mujer no habría podido actuar de un modo tan vil y profesional, mucho menos una monja. Sin embargo, este «alguien» debía de haber planeado su crimen con minuciosidad. Debía de saber que a aquella hora no había nadie en la torre a excepción del padre Toldrim. En caso contrario el riesgo habría sido enorme. Estaban además las dos inyecciones en el cadáver. Por consiguiente, ese «alguien» debió de pensar con anterioridad en llevarse las jeringas. Y estaba también el escalpelo. También había sido planeada la cercenación del pene. Un psicópata o el miembro de una secta... ¿o las dos cosas? Pero ¿por qué? La cruz. ¿Un coleccionista fanático? Ian había oído hablar de lo obsesivos que podían llegar a ser los coleccionistas. Quizás era alguien que había puesto sus miras en aquella reliquia papal. Pero entonces ¿por qué el asesinato? El culpable podría haber esperado a que no hubiera nadie en la torre y luego, dados sus conocimientos en

cerraduras, le habría resultado facilísimo robar la cruz y marcharse de nuevo sin pasar advertido. La cruz había desaparecido, y el padre Toldrim había tenido que morir por ello. No había otra explicación, por lo menos no para Ian. Pero la cruz carecía de valor material. ¿Por qué entonces todo aquel esfuerzo? ¿Qué vínculo había entre la cruz y el padre Toldrim? ¿Y qué significado tenían el círculo hecho con sangre y el trozo de carne en su interior? El crimen debía de ser obra de un grupo fanático. Las ideas bullían en su cabeza. ¿Qué sustancia le habían inyectado y por qué? ¿Había algo más que pudiera caracterizar a la cruz? No. Era un regalo del Vaticano. ¿Por qué el Papa había hecho aquel regalo? Bien, al fin y al cabo Clonmacnoise no era una institución religiosa insignificante y el padre Toldrim era su abad. Suponiendo que el móvil fuera la cruz, ¿cómo había tenido el asesino conocimiento de su existencia en el recinto?, se preguntó O'Connor. No recordaba que los periódicos, que él leía a diario, hubieran informado sobre este presente. En una ciudad pequeña como Athlone una cosa así habría supuesto un verdadero notición.

Ian acabó de un trago lo que quedaba en la botella. Notó que le invadía el cansancio. Los últimos días habían dejado rastro. Otra botella se la podía permitir aquel día. Al fin y al cabo había resuelto uno de los enigmas del caso, si bien, no había sido mérito propio, pero daba igual. O'Connor le dio a *Jessy* una palmadita y ella, gruñendo, saltó del regazo de su amo y se levantó. Él fue a la nevera y sacó la tercera cerveza. Era posible que la bebida tuviera también algo que ver con su fatiga. No importaba. Después de aquella botella se iría a la cama a dormir. Ian confiaba en que la entrevista del día siguiente con el prelado arrojaría alguna luz. Era de esperar que estuviera en casa y tuviera tiempo para él. Aquellas personalidades a veces eran muy raras.

De repente Ian recordó la llave de la torre que le había dejado el padre Creek. Tras un momento de reflexión, fue a buscar la bicicleta al cobertizo. Mientras pedaleaba advirtió que la Stout que había bebido le había bajado a las piernas, pues las notaba pesadísimas. Pero, a pesar de todo, quería hacer una prueba. No sabía lo que iba a aportarle. Pero se le había metido en la cabeza y los irlandeses son tozudos.

Tardó un poco en llegar al complejo monástico. Los edificios y las ruinas aparecían fantasmagóricamente ante él. De alguna que otra ventana de los edificios habitados surgía una luz débil. O'Connor dejó la bicicleta fuera del recinto y avanzó sigilosamente. No quería que nadie lo viera, y por ello dio un gran rodeo para que no pudieran avistarlo desde las ventanas de los religiosos. Afuera ya no había nadie.

Cuando llegó a la torre tenía la cabeza como un bombo. La cerveza Stout hacía su efecto. Ian sacó del bolsillo el manojito de llaves que le había dado el padre Creek. Abrió con cuidado la puerta de la torre y se apresuró a cerrar de nuevo apenas estuvo dentro. Con la siguiente llave abrió la puerta del despacho del padre Toldrim. Los escenarios de crímenes eran mucho más imponentes de noche que de día, pensó al ver la gran mancha de sangre que había quedado en el suelo. Se dirigió a la ventana, que daba a las dependencias habitadas. Tomó aire y se puso a gritar con todas las fuerzas



que le permitieron los pulmones y la garganta. Y, mientras gritaba, tomó una silla y se puso a golpear vigorosamente con ella el suelo de madera.

Todo este espectáculo duró unos dos minutos. Luego O'Connor volvió la silla a su sitio y miró por la ventana. Nada. Ninguna reacción. No se abrió ninguna de las ventanas donde vivían los clérigos, y mucho menos se asomó o salió alguien.

No le habían oído. Por consiguiente, aunque el padre Toldrim hubiera gritado en su último trance, aunque hubiera habido una pelea, lo cual, a juzgar por la situación del lugar del crimen no se había producido, nadie lo habría escuchado. Sus gritos agonizantes no habrían traspasado los gruesos muros, o por lo menos no habrían llegado a oídos de los otros sacerdotes.

Ian reflexionó unos segundos. No había adelantado mucho con aquella prueba, pero estaba contento de haberla hecho. Era ya medianoche cuando llegó de nuevo a casa.

El inspector tomó una pipa de los cinco ejemplares que guardaba en una caja especial con tapa. La encendió. Era una preciosa Stanwell. Era ligeramente corva, es decir, con forma de cuerno, y llevaba incrustada la inicial del fabricante así como la simbólica corona. Su preferida era y seguía siendo la Parker. Pero como en los últimos días la había maltratado demasiado, y al día siguiente no iba a ser muy distinto, O'Connor había decidido dejarla descansar por una noche. Fumó de la Stanwell y salió con la botella abierta de cerveza. Estaba muy oscuro, y siempre aquel constante viento que revolvía su cabello rizado. Ian respiró hondo y luego tomó un largo trago. Le gustaba el viento, le gustaba su tierra, le gustaba su profesión y, pese a las muchas incógnitas que pululaban en su cabeza, se sentía satisfecho. Estuvo media hora sentado en el banco que había delante de su casa absorto en sus pensamientos, hasta que finalmente se levantó para ir a acostarse. Como durmió profunda y tranquilamente, al día siguiente se despertó relajado y descansado.

\* \* \*

Se alegró cuando *sir* Winston le informó de que el prelado Montgomery había accedido a recibirle y que le esperaba en el curso de la mañana. No se tenían todavía los resultados del análisis de los objetos aportados como prueba, lo mismo ocurría con los análisis químicos que él había solicitado después de la autopsia. Por consiguiente, no había nada que pudiera hacer aquel día aparte de la visita concertada. Curioso ante la expectativa de la reunión, O'Connor se puso en camino con el único vehículo civil de que disponía la comisaría, un Rover de color *beige*. El coche era viejo y ya contaba con más de 150 000 kilómetros en su haber. Carecía de prestaciones como dirección asistida o radio, pero no solía dejar al conductor en la estacada y, si tras un trayecto largo, aquél notaba dolor de espalda, ello se debía sin lugar a dudas al nefasto estado del asiento. A O'Connor le daba igual. Podía

perfectamente recorrer los doscientos kilómetros que le separaban de Portadown sin necesidad de todos aquellos lujos.

Portadown está en el norte de Irlanda, y en su camino pasó por la N55, la N54, la N12 y la N3. Cruzó las ciudades de Edgeworthstown, Cavan, Monaghan y Armagh, y llegó al cabo de dos horas justas a la avenida que le iba a conducir al corazón de Portadown. *Sir Winston* le había explicado con detalle el modo de llegar a la mansión de Humphrey Montgomery, y no tardó mucho en detener el coche delante de la puerta de Heartherstone House. Sorbió por la nariz, apagó el motor y bajó del vehículo.

La mansión estaba dentro de una finca inmensa repleta de frondosas y antiquísimas arboledas. La gran cantidad de árboles y matorrales impedían que la casa se viera desde la calle. Rodeaba la propiedad un grueso y también antiguo muro de piedra. La verja que daba acceso a la finca estaba abierta y su anchura era más que suficiente para que pudiera pasar un coche como el suyo, pero el inspector había preferido aparcar en la calle. Como no encontró ningún timbre o campanilla, enfiló el camino de grava en dirección a la casa.

El edificio era evidentemente muy antiguo, pero había sido restaurado con mucho primor. Se componía de planta baja y una planta. En el saledizo del tejado había varias ventanas, cuyo ordenamiento recordaba a un pequeño castillo.

Todo allí daba la sensación de salir de un cuento de hadas. Montgomery o su jardinero debían de tener mucho gusto. Había otros dos edificios casi pegados a la casa. Si bien era evidente que habían sido construidos posteriormente, se había intentado integrarlos de forma armónica dentro del estilo de la mansión.

La gran aldaba de hierro en la puerta era también un timbre, y O'Connor no tuvo que esperar mucho a que le abriesen. El hombre que lo hizo debía de rondar los sesenta años y era alto y majestuoso. Iba vestido con un *clergyman* negro del que sobresalía un alzacuello blanco. Lo más notable era, sin embargo, la enorme nariz aguileña que destacaba en la cara y que le daba un aspecto algo grotesco.

—Usted debe de ser el inspector O'Connor —saludó el hombre con una voz sonora al tiempo que le alargaba amablemente la mano.

Ian se la estrechó al tiempo que con la otra buscaba su identificación en el bolsillo del pecho.

—Para confirmarlo, quiero mostrarle mi carné.

—No hace falta, inspector —se rió el hombre—. *Sir Winston* ya me anunció su visita y hoy no esperaba a nadie más. Entre, se lo ruego. Me alegra tener la oportunidad de ayudar a la policía —añadió Montgomery mientras sostenía la puerta abierta—. *Sir Winston* trató el asunto con gran misterio. Tengo curiosidad por saber de qué se trata.

O'Connor entró. El vestíbulo estaba decorado de modo funcional y moderno, y era inmenso. El prelado acababa de cerrar la puerta de entrada cuando hizo su aparición una mujer procedente de uno de los cuartos adyacentes.

—Permítame que le presente a mi colaboradora, la señorita Lorraine Bown.

Lorraine, te presento al inspector O'Connor, de la policía de Athlone. Ya te había dicho que iba a venir hoy.

Ian estrechó la mano de la mujer. Debía de tener algo menos de cuarenta años y era cierto que contaba con una figura estupenda. El padre Creek tenía mucho gusto. Sin embargo, escondía su atractivo femenino bajo un recatado vestido de lana gris claro cerrado hasta el cuello. Asimismo, llevaba el cabello oscuro recogido en un severo moño. Lorraine Bown sonrió amablemente a O'Connor cuando le dio la mano.

—Me alegro de que haya venido —saludó con una voz grave que, si uno prescindía de su atuendo, daba a su apariencia un toque erótico—. Espero haya tenido buen viaje y que no le haya costado mucho encontrar Heatherstone House.

—No, gracias a sus indicaciones no me he perdido ni una sola vez. Y eso en mí es mucho decir.

—¿Quiere usted dejar la gorra y el chaquetón? Déselo a Lorraine, ella se ocupará. Creo que será mejor que vayamos a una sala de reunión, la pequeña estará bien —propuso Montgomery—. Paso delante...

Ian se quitó el chaquetón y la gorra y se lo entregó a la mujer, que desapareció en uno de los cuartos que daban al vestíbulo. Tal vez su atuendo fuera una especie de uniforme de trabajo, que por un lado no debía provocar un efecto incitador entre las visitas, en su mayoría clérigos, y por otro debía crear una especie de barrera psicológica. Ian siguió al prelado.

La salita de reunión adonde se dirigieron estaba decorada con gusto y resultaba acogedora y cómoda. Había una chimenea que, sin embargo, dada la estación en que estaban, no estaba encendida. Las cortinas de las ventanas eran de brocado verde y pesado. En los antepechos había unas cuantas plantas extrañas que no parecían proceder de los campos locales. Varias alfombras, que a juzgar por el entorno debían de ser todas auténticas y hechas a mano, cubrían parte del suelo de madera. De las paredes colgaban distintos cuadros, algunos eran retratos de personas que él no podía identificar, y otros eran paisajes. En medio de la estancia, que era enorme a pesar de ser denominada la pequeña, había una mesa ovalada de caoba rodeada de diez sillas.

—Por favor, tome asiento —ofreció Montgomery conforme él mismo se acomodaba en una silla. Ian lo hizo en la contigua—. Le he pedido a Lorraine que nos traiga un poco de té. En mi opinión se charla mejor con una taza de té en la mano, ¿no le parece?

—Desde luego, lo tomaré encantado —agradeció Ian—. Debo decirle que tiene una casa decorada con mucho gusto.

—Muchas gracias. La mayor parte de lo que hay aquí son cosas que he ido trayendo de mis viajes al extranjero —explicó el prelado para luego mirar en torno a él—. Allí verá distintas orquídeas de la selva tropical. Las alfombras son de Cachemira y de Irán. Y también algún que otro regalo de una y otra tierra. Me alegro de que le guste.

Entró Lorraine Bown. Llevaba en las manos una bandeja redonda de plata sobre

la que había un servicio de té también en plata. Puso sendas tazas delante de los hombres, y la suya, junto al prelado Montgomery. Cuando hubo llenado las tres tazas, colocó la tetera en un calentaplatos y señaló un platillo con galletas.

—Sírvese, inspector. —De nuevo la voz profunda y grave.

—Muchas gracias —dijo Ian.

Acto seguido tomó una galleta, le dio un mordisco y bebió un trago de té. Miró asombrado la taza.

—Es mate —aclaró Montgomery—. Lo traje, es decir, lo trajimos, de Brasil. De hecho se bebe en un vaso, pero no creo que nos haga falta. Tiene un sabor extraño al que hay que habituarse, pero va bien para levantar el ánimo y además es muy sano.

—Es cierto que tiene un sabor peculiar, pero me ha gustado desde el primer sorbo —afirmó Ian antes de volver a posar la taza.

Le habría sentado mucho mejor un verdadero té inglés, pero la cortesía ante todo, y además nada más lejos de su intención que molestar al prelado con su franca opinión sobre la bebida. Por otra parte, confiaba en su ayuda.

—Bien, inspector, y ahora cuénteme. *Sir Winston* me dijo que se trataba de un asesinato. ¿En qué puede ayudarle la Iglesia católica, y en especial nosotros? Ah, perdone, ¿le apetece fumar? —dijo Humphrey Montgomery al tiempo que alargaba a su huésped una caja con puros.

—Si no les importa, preferiría encender mi pipa —solicitó O'Connor a modo de tanteo.

—Le ruego no se reprima —fue la respuesta—. El tabaco de pipa es más agradable que el de los puros, si bien, de vez en cuando me gusta saborear uno de estos cigarrillos Churchill. Además son de Cuba.

Agradecido, Ian llenó la pipa y la encendió.

—Se trata del padre Toldrim —empezó su exposición—. Era el abad de Clonmacnoise y ha sido asesinado... —Lanzó una cauta mirada en dirección a la ayudanta—... de una manera espantosa.

—¡Cielo santo, el padre Toldrim! —exclamó Montgomery moviendo la cabeza de lado a lado—. Es horrible. Tuvimos la fortuna de conocerlo con ocasión de una corta visita, no hace mucho tiempo. Estábamos llevando a cabo un ciclo de conferencias por todo el país sobre distintas asociaciones religiosas, ¿comprende?, y nos paramos brevemente en Clonmacnoise donde conocimos al padre Toldrim. Un hombre encantador e inteligente... ¿Está muerto? *Sir Winston* no nos dijo de quién se trataba.

—Sí, una historia terrible —prosiguió Ian, que a continuación explicó en qué circunstancias había sido encontrado el cadáver—. Sí, y lo más cruel del caso es que... —Miró algo desorientado a Lorraine Bown.

—Expóngalo todo sin rodeos, inspector. Nuestro conocimiento de las sectas nos ha llevado, tanto a Lorraine como a mí, a estar familiarizados con todas las atrocidades posibles, ¿no es así? —dijo Montgomery a la vez que lanzaba una mirada a su colaboradora, la cual se limitó a hacer un gesto discreto de asentimiento con la

cabeza.

—Pues, bien, el asesino cercenó el pene al padre Toldrim. Con su sangre dibujó un círculo sobre el vade del escritorio y colocó en el centro el miembro cortado —explicó O'Connor de un tirón y contento de que la mujer hubiera soportado la exposición sin signos visibles de perturbación.

—Un círculo... y el genital en el centro... —repitió Montgomery.

—Sí, y *sir* Winston opina que tal vez pudiera tratarse de la manifestación de una secta fanática y religiosa.

—Satánica —puntualizó Montgomery.

—Lo mismo dijo *sir* Winston, pero como no estábamos muy seguros decidimos acudir a usted, que es una verdadera autoridad en la materia.

—Un círculo hecho con sangre, con un miembro sexual en el centro... —volvió a repetir Montgomery al tiempo que se ponía en pie—. Espere un momento, voy a buscar unos libros sobre el tema —añadió antes de salir de la sala de reunión.

Ian tomó una galleta.

—Están buenísimas —dijo en un intento desesperado de darle un giro a la conversación, pero la mujer junto a él se limitó a asentir en silencio.

Humphrey regresó a la estancia con tres gruesos libros bajo el brazo.

—Creo que he encontrado lo que necesitamos —afirmó mientras se sentaba y se ponía a hojear las páginas de uno de los volúmenes.

—Aquí... lo he encontrado. Brujería y satanismo. Lo sabía —anunció triunfante levantando la vista en dirección a Ian—. El círculo con un símbolo en el centro como manifestación de la brujería maléfica, que en la mayoría de los casos debe suponerse en relación directa con el satanismo. Fíjese en esto. —Señaló con el dedo una ilustración y empujó el libro hacia O'Connor—. Un círculo mágico según Aleister Crowley. Creo que está usted en la pista adecuada, inspector.

—¿Pero qué significado tiene? ¿Sería tan amable de ilustrarme un poco sobre estos grupos? —pidió O'Connor interesado.

—El círculo tiene, especialmente en el satanismo, un significado capital, al igual que todas las demás figuras geométricas —empezó a explicar Montgomery—. Pero creo que será mejor que me extienda un poco sobre el tema. Al satanismo pertenece la magia negra. Y un ámbito fundamental de esta última se caracteriza por la tortura de animales. Esta práctica consiste en maltratar animales de forma habitual, infligirles grandes sufrimientos, como castrarlos en vivo, para acabar matándolos. Según el satanismo, cuando alguien actúa de esta forma, cuando alguien causa dolor de forma consciente, esta acción ejerce un influjo especial en su autor. El satanismo sostiene que el interfecto queda imbuido de un poder especial. Y el poder es, como en todos los grupos, algo muy importante. Poder, influencia sobre los otros seres humanos y el inevitable afán, también relacionado con lo anterior, por el dinero, que, sin embargo, los responsables niegan rotundamente. Pero no hay nada más detrás de ello. Poder y dinero, aunque enmascarados bajo un pretendido trasfondo pseudoreligioso.

—¡Pero esto es pura demencia! —exclamó Ian—. ¿Cómo puedo yo obtener poder mediante la tortura e incluso la muerte de un animal?

—Éste es precisamente el sinsentido fanático con el que nos tenemos que enfrentar, la presunta misión divina o, como en nuestro caso, precisamente en contra de ella. Hay que haber leído muchos libros para intentar como mínimo entender esta locura. Una mente normal, en especial la de un cristiano, jamás entenderá algo así. Fíjese usted por ejemplo en los muchos conflictos bélicos del Medio Oriente o en el terror al que estamos sometidos aquí con el IRA. Todo se justifica bajo el término genérico de fe. ¿Y de qué se trata siempre? De poder, de influencia y de dinero. Así de fácil. Y mientras haya unos cuantos cabecillas que le saquen provecho a todo ello, no dejarán de existir, digamos, estas diferencias. Sin embargo, el satanismo va todavía más lejos. Los rituales no se limitan a los animales. En los rituales brutales de las misas negras se cometen las peores barbaridades. Ya no se conforman con animales. En los tiempos actuales, estamos hablando de brutalidades con mujeres embarazadas o recién nacidos.

—¡Horrible! —convino O'Connor después de beber un trago de té.

Tras aquellas afirmaciones de Montgomery, el extraño sabor de la bebida había pasado a un segundo plano.

—Existen distintas formas de misas negras —prosiguió el prelado—. En muchos casos impera el siguiente principio: la orgía desenfadada y la continencia vinculan las fuerzas. Encontramos, sin embargo, en este campo diferentes variantes según la orden o la logia. Está, por ejemplo, el satanismo místico, que se dedica principalmente, para expresarlo de forma simple, a invertir todos los símbolos eclesiásticos y cristianos, con la finalidad de insultar, pero también, de resultar adorar al adversario de Dios, es decir, Satán. Las subsiguientes y frecuentes orgías sexuales durante las misas negras se contradicen asimismo con las ideas morales cristianas.

Montgomery tomó a su vez un sorbo de té. Lorraine Bown advirtió que las tazas estaban vacías y volvió a llenarlas.

—En algunos grupos encontramos rituales que sólo realizan el acto carnal, o sea, la sexualidad de forma simbólica. No tiene que ser forzosamente Satán a quien se adore, si lo puedo expresar de este modo. Se venera a los propios demonios, por ejemplo en forma de serpientes, dragones y seres fabulosos entre otros.

»Se habla entonces del culto al ser. Otras facetas del satanismo están relacionadas directamente con la magia del sexo y fomentan, por ejemplo, el culto al semen. En estos casos, un sacerdote y una sacerdotisa celebran una misa similar a un servicio religioso con eucaristía; duele tener que utilizar estos términos vinculados a estas atrocidades. Toda la acción se concentra en el cuerpo de una mujer desnuda. En el clímax del mencionado acto, se mezcla el esperma del sacerdote con la sangre de una víctima animal. Mediante una hostia como símbolo, dos de los participantes se hacen entonces cargo de este ritual. Se les administra un afrodisíaco para que se lancen a una orgía desenfadada. Por último se producen también actos extremos de

simbología sexual. Los participantes de este tipo de misas se estimulan recíprocamente, sin embargo, no está permitido eyacular. Piense usted en las palabras: continencia reprimida. Aquí entramos en un campo donde, según indica el satanismo, es posible transformar un instinto bajo en una fuerza espiritual, es decir, darle la vuelta al deseo.

—Es aberrante —intervino Ian—. ¿Y realmente hay tantas personas que se adhieren a semejantes agrupaciones?

—Más de las que usted pueda imaginar, inspector. Se pueden contar a miles en todo el mundo. Piense usted en las muchas y diferentes razones imperantes hoy día, como la insatisfacción, el desempleo, las deudas, o simplemente la búsqueda de algo que les haga vibrar, que les estimule. Ya sabe que los seres humanos aspiran a lo más alto, si pensamos en los términos sociológicos de la pirámide de Maslow. Fue Aleister Crowley quien lo expresó del modo más sencillo: Haz lo que quieres. Tal vez usted no lo sepa, pero este Crowley fue íntimo amigo de Lafayette Ronald Hubbard, el fundador de la scienciología. Llevaban ya años experimentando y querían hacer al «niño perfecto». Es inimaginable cuántas mujeres se han expuesto a los rituales sexuales de estos dos hombres. Si lo desea, le puedo leer un pequeño poema de Crowley, el *Himno a Lucifer*.

—No, muchas gracias, no es necesario —se apresuró a replicar O'Connor—. ¿Entonces, señor, quiere usted decir que en nuestro país contamos también con semejantes idiotas fanáticos que creen en esas cosas y por ellas serían capaces de matar?

—Ya se lo he dicho, inspector, más de los que podamos imaginar. También aquí en nuestras latitudes. Sin embargo, jamás habría creído que se hubieran vuelto tan cínicos y hubieran incluso empezado a matar. Se ve su intención, o por lo menos es lo que yo creo, pues no cabe duda de que el asesinato de un sacerdote haya aportado, según expresión moderna, una megaestimulación al o los culpables.

—Creo que tiene usted razón, señor —convino Ian a la vez que asentía con la cabeza—. A juzgar por lo que usted dice, debo buscar a mi culpable en este ámbito. Pero hay algo que no entiendo —añadió mirando al prelado Montgomery—. ¿Por qué robaron una cruz del despacho?

—¿Una cruz? —intervino por primera vez Lorraine Bown al tiempo que miraba a Ian con mirada interrogadora.

—Así es, lo único que se echó en falta fue un crucifijo de madera. Parece ser que era un regalo del Vaticano.

—¡Cielo santo! —exclamó Montgomery que evidentemente parecía asustado—. ¿Dice usted que era una cruz de madera procedente del Vaticano? ¿Cómo era?

—Bien, todavía no he tenido ocasión de ver ninguna foto. Me han contado que mide unos setenta centímetros de alto y es de madera con un Cristo también tallado en ese material. ¿Por qué lo pregunta, señor?

—Bien... —empezó cauteloso Montgomery—. Porque pueden haber dos de esas

cruces aquí en Irlanda.

—¿Dos? No lo entiendo —replicó Ian en un tono irritado.

—Hace más o menos dos años, algunas instituciones cristianas de nuestro país gozaron del privilegio de recibir algunos presentes procedentes del Santo Padre. Se trataba de una especie de reconocimiento a la labor realizada por el agasajado o su institución. Y según parece eran unas cruces. Es evidente que el padre Toldrim mereció una por la línea de acción de Clonmacnoise, que ostenta un lugar preferente en la sociedad cristiana.

—¿Y quién fue el merecedor del segundo regalo, supuestamente la segunda cruz?

—El prelado Humphrey Montgomery —sonó la voz profunda de Lorraine Bown—. Por su lucha contra las sectas anticristianas —añadió a la vez que se quedaba observando a O'Connor con mirada asustada.

—¿Cómo? ¿Usted tiene una cruz igual a ésta, señor? —exclamó O'Connor, que a punto estuvo de que se le desencajara la mandíbula.

—Así es, inspector —afirmó Montgomery, a quien de pronto se le veía muy cansado—. Venga, voy a enseñársela.

—¿Está aquí?

—Sí, venga conmigo.

Montgomery y Lorraine Bown se pusieron en pie. O'Connor les siguió. El prelado le condujo a su despacho. Una vez allí, señaló con la mano la pared que había detrás del escritorio. Justo en el centro de aquélla, encima de la mesa, había una cruz de setenta centímetros con el crucificado en ella. A O'Connor le recorrió un escalofrío por la columna vertebral.

—Igual que la del padre Toldrim —murmuró.

\* \* \*

Fuera de sí, O'Connor entró en la estancia y se dirigió a la pared de donde colgaba la misteriosa cruz. Montgomery y Bown lo siguieron. Ian se situó justo delante de la reliquia. Pese a que se trataba de un sencillo crucifijo, desprendía cierta fascinación. La madera de la cruz era de color marrón oscuro y no estaba muy trabajada. Lo especial era la figura del crucificado. Estaba hecha con una madera considerablemente más clara. Tanto el rostro como el cuerpo estaban tallados de modo magistral. Sobre la cabeza se asentaba una, en opinión de Ian, descomunal corona de espinas. Sin duda, el maestro que había llevado a cabo aquella obra había querido así hacer hincapié en la atrocidad que habían cometido los responsables de la crucifixión y de los consiguientes daños a Jesús. O'Connor no podía apartar la vista de la cruz. En apariencia había muerto un hombre a causa de aquella sencilla obra de arte. La cabeza de Jesús aparecía ligeramente inclinada hacia la derecha. También O'Connor inclinó su cabeza hacia el mismo lado.



—Dígame, señor, ¿hay alguna nota que acompañara al regalo?

—No —contestó Montgomery—. Y es algo que me sorprendió. Un día, prácticamente sin previo aviso, se presentaron dos altos dignatarios del Vaticano y me hicieron entrega de esta cruz junto con los mejores deseos del santo padre Juan Pablo II. Ensalzaron todo lo que había hecho hasta la fecha en contra del anticristo y pusieron de manifiesto que al Papa tampoco le habían pasado inadvertidos mis esfuerzos. Por esta razón había decidido hacerme llegar aquel regalo. Como es de suponer me sentí conmovido y halagado —concluyó.

—Es completamente comprensible, señor. ¿Podría recordar cuándo aproximadamente recibió usted este regalo y quién se lo trajo?

—A la segunda pregunta, le puedo contestar de inmediato, inspector. Fueron el cardenal Pontolucci y el arzobispo D'Augusto. Dos personalidades en la curia. El cuándo es más difícil. Lorraine, por favor, ¿podrías ir a echar un vistazo en las antiguas agendas? Creo recordar que anoté algo al respecto.

La mujer se apresuró a obedecer y abandonó la estancia.

—Gracias a Dios, entonces la prensa no se hizo eco del asunto, y, por consiguiente, ahora tampoco puede informar de nada, en caso contrario...

—En caso contrario deberíamos considerar si no está usted ahora en un peligro cierto. —Ian terminó la frase iniciada por el prelado—. Pero la prensa tampoco publicó nada sobre el regalo papal al padre Toldrim, porque no supo nada al respecto. ¿Es normal que el Vaticano no haga públicos actos como estos?

—La verdad es que no lo sé. El asunto me cogió completamente por sorpresa, y debo confesar que no he vuelto a tener contacto con el Vaticano desde entonces. No sé cómo se procede en estos casos. Por otra parte, como puede usted comprender, tampoco me preocupé en absoluto. No soy alguien a quien le agrade ser el centro de la atención pública. No cabe duda de que mi actividad lo lleva consigo, o mejor dicho, no siempre se puede evitar que la prensa informe sobre mis conferencias, ponencias o coloquios. Pero es algo que he intentado ver siempre desde un punto de vista positivo. Cuanto más sepa la gente sobre los asuntos que me ocupan, más fácil será que eviten tentaciones y pruebas malsanas.

O'Connor asintió con un gesto de la cabeza. Lorraine Bown regresó en aquel momento a la sala.

—Lo siento, pero no he encontrado nada entre sus papeles. Sin embargo, creo que fue hace un año y medio o dos años.

—Esto me basta, le agradezco las molestias —dijo Ian rascándose la cabeza—. Señor, ¿le importaría mucho esconder la cruz por un tiempo? Me refiero, hasta que tengamos una pista y no haya peligro de que usted sea también víctima de esos locos.

—Tal vez esté usted en lo cierto, inspector, y voy a reflexionar sobre su sugerencia. Tocaré también todos los resortes para tratar de descubrir qué dimensión ha tomado el satanismo en nuestro país y quién pudo estar detrás de todo ello. Por cierto, estoy pesando que tal vez le interesen un par de nombres, ¿no es así?

—Le estaría realmente agradecido, señor, pero por su propio interés debiera tomarse muy en serio mi sugerencia. Voy a comentar el asunto con *sir* Winston. Tal vez sea conveniente que tanto usted como la señorita Bown sean puestos bajo protección policial.

—Esto es realmente amable por su parte, inspector, pero tenga en cuenta de que yo trabajo, si se puede decir así, por encargo de nuestro Señor, y él cuidará de mí. No obstante, si mediante su propia investigación obtiene usted información adicional, no sabe lo mucho que me ayudaría si la compartiera conmigo. Por otra parte, considero que, hasta que usted descubra al culpable o culpables, debemos estar en contacto y mantenernos mutuamente informados. No cabe duda de que en cierta forma ahora estamos trabajando en un frente común. Yo, de hecho, en un ámbito preventivo, pero con todo... No puedo tolerar que esos infieles difamen y ensucien la obra de nuestro Señor —concluyó Montgomery, que parecía sinceramente indignado.

—En cualquier caso, le agradezco infinito la ayuda que me ha prestado hoy, y no dude de que le mantendré informado de cualquier novedad que se produzca. Permítame una última cosa, señor.

¿Tendría usted por casualidad una foto de esta cruz? Todavía no sé muy bien para qué me servirá con exactitud, pero estoy seguro de que me será de gran utilidad.

—Puede usted contar con ello, inspector. Haré una fotografía de la cruz y le haremos llegar una copia, ¿verdad, Lorraine? Nos ocuparemos de inmediato del asunto.

La mujer hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bien —dijo Ian conforme se dirigía a la puerta—, ya les he entretenido bastante. Regresaré a casa sin prisa, así tendré ocasión de asimilar y evaluar todo lo que me ha contado.

—Ay, sí, la perversidad de la humanidad con la que ambos tenemos que enfrentarnos en mayor o menor medida. ¿No cree usted, inspector, que se trata de un trabajo de importancia vital y además apasionante?

Lorraine Bown le había ido a buscar el chaquetón y la gorra, que O'Connor se puso después de agradecerle su amabilidad.

—Yo también creo que mi trabajo tiene su lado apasionante, pero también espero que Dios nuestro Señor lo tenga un poco en cuenta cuando llegue allá arriba —replicó Ian al tiempo que lanzaba una fugaz mirada al cielo.

—Así será, inspector. Estoy seguro de que así será. Le deseo mucha suerte en su investigación y, por favor, no deje de informarme apenas haya novedades.

Ian estrechó la mano a Montgomery y a Lorraine Bown, y se encaminó al coche. «Satanistas. Ahora tengo que habérmelas con esa gente», iba pensando. Había aprendido mucho, pero de momento no veía cómo aplicarlo a su caso.

La cruz.

Subió al coche y puso éste en marcha. La cruz era la clave del asunto. ¿Por qué? No tenía una explicación al respecto. Pero él solía tener una especie de sexto sentido.

Bien, por lo menos algunas veces. Y aquélla era una de ellas. Debía saber más sobre la cruz. Y debía mantener a Montgomery al corriente de sus investigaciones. Seguro que él, con sus conocimientos y sus contactos, iba a poder arrojar luz sobre aquel asesinato.

Cuando llegó a Athlone, era ya media tarde. Jackson estaba otra vez de guardia.

—¡Hola, señor exorcista! —saludó al inspector—. ¿Hemos adelantado algo? —preguntó con sorna.

—Pues, sí, porque yo he estado en Portadown, en cambio tú no parece haber hecho mucha cosa —replicó O'Connor.

A continuación dejó la llave del coche sobre el mostrador, hizo un ligero saludo y se fue en busca de la bicicleta. Jackson se quedó mirándolo pasmado y boquiabierto.

\* \* \*

Cuando Ian llegó a la mañana siguiente *sir* Winston ya le estaba esperando. Leía un grueso informe cuando aquél entró en su despacho.

—Ya han llegado los resultados de los análisis —anunció *sir* Winston al tiempo que señalaba con el dedo las hojas que tenía delante.

—Uy, ha ido más de prisa de lo que yo había imaginado —comentó Ian asombrado—. Y bien, ¿han revelado algo?

—Sí, pero por lo menos para mí carece de mucho sentido. Han encontrado rastros de ketamina.

—¿Ketamina? ¿Y qué es eso?

—Yo no soy médico, pero creo que es una especie de anestésico —contestó *sir* Winston—. Sin embargo, no estoy completamente seguro. En cualquier caso, hay una nota manuscrita del profesor Roughat. Creo que fue quien realizó la autopsia, ¿no es así?

—En efecto. ¿Y qué es lo que dice?

—Que le debe usted llamar urgentemente, o si es posible mejor que vaya a verlo al hospital. Ha subrayado «vaya a verlo».

—Bien, en ese caso, y puesto que parece que una llamada telefónica no basta, me voy enseguida al hospital.

—Pero un par de minutos podrá concederme —lanzó *sir* Winston—. Me interesa mucho saber si sacó algo en claro de su entrevista con el prelado Montgomery.

—Tiene usted razón —aceptó Ian al tiempo que tomaba asiento en una de las sillas que había delante del escritorio—. En primer lugar, decirle que estuvo muy amable y cooperador. Según parece hay grandes probabilidades de que el o los culpables tengan algo que ver con una asociación o secta religiosa, mejor dicho, pseudoreligiosa: los satanistas —informó Ian para luego hacer una breve descripción de esos grupos, según le había contado Montgomery.

—Qué gente más horrible... —comentó *sir* Winston evidentemente impresionado.

—Pero lo más interesante viene ahora.

—¿Y eso? ¿A qué se refiere? —preguntó curioso *sir* Winston a su interlocutor.

—Existe una pareja de la cruz que le robaron al padre Toldrim —anunció Ian, para luego hacer una pausa a fin de que la noticia hiciera su efecto, como así fue.

—¿Qué está usted diciendo?

—Pues sí, existe una segunda cruz. El mismo tipo de la que debieron de robar del despacho del padre Toldrim. También un regalo del Papa. —Una nueva pausa retórica.

—¿Dónde está? —siguió preguntando *sir* Winston cada vez más impaciente.

—No se lo va a creer, señor. La tiene el prelado Montgomery.

—¿Cómo?

—Como lo oye, señor. Mi reacción fue la misma. A continuación Ian le contó la visita de los enviados del Papa e hizo una descripción de la cruz en el despacho de Montgomery.

—Pero eso podría entonces significar...

—Exactamente, que el prelado Montgomery pudiera estar en peligro, señor. La pregunta es, sin embargo, cómo el o los asesinos pueden saber que hay una cruz semejante a la del padre Toldrim. Ayer volví a llamar a los periódicos locales y les pregunté de forma subrepticia si en los últimos años habían tenido conocimiento de que alguna institución eclesiástica hubiera sido honrada con un presente de relevancia. No podía recordar haber leído nada del género. Y tenía razón. Nada semejante había llegado a oídos de las redacciones locales. Por consiguiente, nuestro hombre u hombres, obtuvieron la información de otra fuente. Y estoy convencido de que la cruz es la clave de todo el asunto. Por ello, en mi opinión no tiene ningún sentido proceder como de costumbre, sobre todo porque no hemos recibido ninguna pista por parte de terceros. Nadie, ni siquiera de forma aproximada, ha aportado algún dato que pudiera estar relacionado con el suceso. Desde que se produjeron los hechos y su correspondiente publicación, nadie de entre la población ha podido aportar datos útiles y esperanzadores sobre el crimen. Por consiguiente, he decidido ocuparme de inmediato y plenamente de esta cruz. Tiene que haber algo, con ella o con el propio regalo que sea la clave del caso y que nos conduzca a la pista, a un rastro concreto del culpable.

—Sí, yo también he estado reflexionando en la mejor forma de proceder. Pero coincido con usted. No cabe duda de que la cruz robada no tiene un papel accidental en este caso. ¿Qué tiene usted previsto hacer a continuación?

—Lo primero que voy a hacer es ir a ver al profesor Roughat. Es evidente que tiene algo que comunicarme, algo que a su parecer es importante. Además, esta noche se me ha ocurrido que podría recurrir a mis contactos en el extranjero —explicó Ian sonriendo al ver la expresión asombrada del rostro de su jefe.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe que soy miembro de la IPA, la Asociación Internacional de Policía, como su nombre indica, una agrupación internacional de policías que facilita y fomenta contactos con otras instituciones policiales, y asimismo organiza encuentros e intercambios de experiencias.

—De hecho, yo también pertenezco a esta asociación.

—Sí, lo sé. Hace un par de años hubo un seminario de la IPA en París. ¿No recuerda lo difícil que fue obtener la autorización para que yo asistiera?

—Sí, algo creo recordar. ¿De qué trataba exactamente aquel seminario?

—Era un simposio sobre falsificadores internacionales de dinero... Fue muy interesante.

—¿Y qué tiene esto que ver con nuestro caso?

—Bien, como le he dicho se trataba de un encuentro internacional. Había policías de toda Europa, e incluso dos procedían de Estados Unidos. Allí conocí a Antonio Calabrese, un policía de Roma. Nos pusimos a charlar y llegamos a entendernos muy bien. Ya sabe lo que ocurre durante las veladas en estos encuentros. Se conversa, se come, se bebe con uno y con el otro de modo informal. Y se intercambian opiniones al margen del rígido protocolo del propio seminario. Congeniamos mucho. Espero que todavía se acuerde de mí —explicó Ian al tiempo que sonreía maliciosamente—. Toni no era sólo un colega simpático, sino también un verdadero ligón. Como todo italiano que se precie, no había mujer a salvo de su galantería.

—¿Y qué quiere usted de este ligón? —quiso saber *sir* Winston, que había fruncido el ceño.

—La verdad es que todavía no lo tengo muy claro. Como le he dicho, ha sido sólo una idea que he tenido esta noche. Pero quizá, siempre teniendo en cuenta que se acuerde todavía de mí, nos pueda ser de ayuda. Pero repito, era sólo una idea que por el momento parece tal vez algo absurda, pero que pudiera servir en el futuro.

—Es posible —murmuró *sir* Winston en tono de duda—. Pero creo que ahora lo mejor será que vaya a ver al profesor Roughat.

—Sí, estoy de acuerdo —convino O'Connor conforme se ponía de pie—. En el intervalo le ruego que piense en el prelado Montgomery y en su cruz. Quiero decir que estoy seguro de que tenemos aquí un peligro cierto, tal vez todavía nada concreto, pero como mínimo abstracto. Tal vez deberíamos considerar la idea de proporcionales protección policial, preventiva por supuesto.

—Lo haré inspector. Le ruego que cuando vuelva de entrevistarse con el profesor no deje de informarme sobre eso tan importante que tiene para usted.

—Lo haré, señor —dijo Ian antes de marcharse.

Se dirigió al puesto de guardia a fin de recoger la llave de uno de los coches. Como el vehículo civil que había utilizado el día anterior estaba ocupado, tuvo que conformarse con el coche patrulla negro. Sumido en profundas reflexiones condujo hasta el hospital de Athlone.

La hermana que había detrás del mostrador de la recepción no le causó en aquella ocasión una impresión tan monstruosa. O'Connor se apresuró a mostrarle su identificación.

—He venido a ver al profesor Roughat.

—¿Ha quedado con él? —preguntó la hermana, en cuyo tono se percibió un tonillo escéptico y nada afable.

—Naturalmente —replicó O'Connor—. El profesor me espera hace rato, así que por favor apresúrese a decirle que ya he llegado.

La mujer vestida de blanco, que, por otra parte, ninguna semejanza tenía con un hada también ataviada de blanco, lo fulminó con la mirada, pero, aunque con evidentes signos de repugnancia, obedeció al requerimiento.

—Profesor Roughat —susurró transformada al auricular después de haber marcado un número interno—. Aquí hay un policía, se...

Con toda evidencia le habían interrumpido al otro lado del hilo. Su rostro se puso blanco como la tiza.

—Sí, sí... se llama O'Connor... sí, entiendo profesor, enseguida —balbució antes de colgar el auricular y observar a Ian; aquel policía debía de ser importante para el profesor—. Le ruego que me siga, inspector —le dijo dirigiéndose a él e intentando mostrarse algo más amable, lo cual fue, sin embargo, un intento vano porque aquel hombre no le gustaba.

—Encantado, hermanita —murmuró Ian sonriendo, lo cual le valió una mirada furibunda.

Salieron por una puerta que conducía a un anexo del hospital. Allí no parecía que estuviera uno en un centro sanitario. Las paredes estaban revestidas de madera, la iluminación era indirecta, la moqueta era nueva y en las mesitas diseminadas por el pasillo había flores frescas. Ella se detuvo en una puerta forrada de cuero, y llamó tímidamente golpeando el marco.

—Adelante —gruñó alguien desde el interior.

—Entre usted, por favor —invitó ella mientras mantenía la puerta abierta para O'Connor.

—Muchas gracias por su gran amabilidad, hermana —dijo él con una sonrisa en los labios mientras pasaba por delante de ella y entraba en la estancia.

—Inspector, me alegro de que haya venido... —dijo el profesor antes de que ella cerrara la puerta para volver a su puesto de trabajo.

El profesor Roughat se había levantado para ir a estrechar efusivamente la mano a O'Connor. Tenía un aspecto más afable y menos estéril que con el atuendo que llevaba puesto para la autopsia.

—¿Ha tenido ocasión de leer los resultados de los análisis? —preguntó.

—Todavía no del todo, pero les he echado un vistazo y he leído lo de la ketamina —contestó Ian con sinceridad para luego sentarse en la silla que le había ofrecido Roughat, el cual volvió a tomar asiento detrás de su escritorio. Contento y al mismo

tiempo asombrado. O'Connor advirtió un paquete de Camel sobre la mesa del profesor—. ¿Fuma usted?

—¿Por qué no? Los médicos también somos humanos, ¿o cree usted que nosotros vivimos en una especie de celibato sanitario? —replicó el profesor Roughat al tiempo que le tendía el paquete a Ian. Éste negó con la cabeza, pero él tomó un cigarrillo.

—Si no le molesta, yo prefiero la pipa.

—Usted mismo, inspector. Siempre la misma creencia sobre los médicos. No fumamos, no bebemos, sólo comemos alimentos sanos, hacemos ejercicio varias veces al día, y sólo sabemos hablar de temas intelectuales.

—Pues, sí, tal vez no tan drástico, pero algo parecido —comentó O'Connor riéndose.

—También debe de haber policías que no respetan los límites de velocidad, ¿no es así?

—Uno a cero —concedió O'Connor sonriendo—. Entendido.

—Por qué quería verle... —empezó a explicar el profesor Roughat conforme hojeaba el informe de los análisis—. Bien, empezaremos por el principio... El padre Toldrim tenía una salud de hierro —explicó mirando a O'Connor a los ojos—. Ninguna enfermedad interna, el hígado perfecto, todo funcionaba correctamente, ningún signo de sobrepeso o de hemorroides. Pero hubo un fallo cardiovascular. Es cierto que esto puede producirse de golpe y porrazo, pero cuando está relacionado con un asesinato siempre da que pensar. ¿Recuerda usted los pinchazos que le enseñé? —Ian asintió—. Es un punto que me trae de cabeza.

El profesor hizo una pequeña pausa para dar una chupada al cigarrillo y expulsar el humo.

—He observado mediante la autopsia que el padre Toldrim tuvo una salivación bastante importante poco antes de su muerte —prosiguió. O'Connor miró al profesor con los ojos abiertos de par en par—. Le explico, inspector. He vuelto a examinar la parte superior de la ropa del difunto. Presenta en la parte del cuello, bajo la boca, unas señales que me recuerdan a saliva. Señales parecidas he observado alrededor de la boca, y se puede apreciar en la barbilla restos de líquido claramente reconocibles. Y tuve la ligera sospecha de que se había utilizado ketamina.

—¿Ketamina? ¿Qué es eso?

—La ketamina es un anestésico en forma de inyectable que se comercializa bajo el nombre de Ketanest o Ketalar, pero esto no viene al caso. Se dice que es un monoanestésico, lo que significa que no se debe, bajo ningún concepto, mezclar con otras sustancias. La aplicación puede ser tanto «iv», como «im».

—Le ruego que me perdone, profesor —interrumpió desconcertado el inspector—. Mire, yo soy un simple policía, y además puedo decirle que sólo ver a sus colegas vestidos con la bata blanca ya me dan unos extraños escalofríos. Por consiguiente, no me entero de nada de lo que me cuentan los médicos y, mucho menos, de lo que me está diciendo usted ahora.

—Tiene razón, inspector, y le ruego que me disculpe. Siempre doy por sentado que estoy hablando con médicos y, sin embargo, gracias a Dios, hay personas normales sobre la capa de la tierra —se excusó Roughat sonriendo—. Estoy seguro de que si usted se pusiera a hablar en su jerga policíaca yo tampoco me enteraría de nada.

—Es posible —admitió O'Connor.

—Bien, pues, para los...

—Tontos —terminó Ian con ironía la frase.

—La ketamina es un anestésico que se puede administrar tanto mediante una inyección intravenosa, es decir, «iv», o intramuscular, o «im», directamente en el tejido muscular, siendo en este último caso el efecto inmediato.

—¿Y qué pasa entonces?

—Parece ser que empieza a hacer efecto al cabo de unos treinta segundos. El paciente, si se puede utilizar este término, queda inconsciente por un corto espacio de tiempo. A continuación se producen unos efectos farmacológicos que pueden compararse a los alucinógenos del LSD.

—Ahora empiezo a entender algo —dijo Ian al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Bien. La ketamina produce un estado en el cual el paciente se abstrae de su entorno, por decirlo así, es decir, se distancia y se aleja. El efecto final se traduce en una amnesia y una analgesia.

—¿Puede usted ir un poco más despacio, profesor? Tengo la impresión de que espera demasiado de mi intelecto —dijo Ian conforme sorbía por la nariz.

—¿Le parece que voy demasiado deprisa? —dijo Roughat mientras, acompañando su gesto de una sonrisa suficiente, dejaba el cigarrillo en el cenicero de cristal que había sobre su escritorio—. Voy a intentarlo. Como ya le he dicho, después de la inyección se produce en el paciente una breve pérdida de conocimiento, unos diez minutos como máximo, ¿de acuerdo? —explicó, y miró a Ian que hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Luego la persona abre los ojos, pero está completamente apática y apenas consciente. Además, aunque esté un poco despierta, casi no siente el dolor, de ahí la palabra analgesia. Esta falta de sensibilidad se manifiesta sobre todo para dolores en zonas corporales superficiales... piense por ejemplo en quemaduras graves.

—Lo de «anal» siempre me ha sonado a otra cosa —intervino O'Connor.

—Seguro que le suena la palabra amnesia.

—Se trata de una falta de memoria, ¿no es así?

—Bien, inspector, muy bien, y ahora podemos seguir. Mientras el paciente está despierto sobreviene frecuentemente en éste algo parecido a sueños o alucinaciones. Como estos efectos se pueden comparar a los producidos por el LSD, se les puede denominar viajes malos o viajes infernales.

—Si no recuerdo mal —intervino Ian en tono reflexivo—, el LSD puede provocar que el drogado perciba estas alucinaciones muy intensificadas si se producen en su



entorno ruidos y voces elevados.

—Esto también es cierto, inspector —dijo Roughat mientras asentía satisfecho con la cabeza y sacaba otro cigarrillo del paquete—. Si en esta fase uno le canta al paciente directamente al oído, incluso sin llegar a lanzar grandes gallos, aquél llega a experimentar un verdadero viaje infernal. —Roughat encendió el cigarrillo—. Tras la inyección, el efecto general dura entre veinticinco y treinta minutos. Por su parte, la efectividad psíquica del medicamento se alarga entre cuatro y ocho horas, lo cual depende del peso y de la constitución del paciente. En esta fase posterior se ha perdido, sin embargo, todo el efecto analgésico.

—Creo que, aunque lentamente, empiezo a entenderlo. Pero según se ha comprobado el miembro fue cortado después de la muerte —dijo O'Connor como pensando en voz alta.

—Efectivamente. Y para mí tampoco tiene sentido. Por lo cual dudo que perdurara, incluso bajo la ketamina, la insensibilidad al dolor tras un desmembramiento letal. Pero deje que vaya todavía un poco más lejos. Como a causa del evidente flujo de saliva tuve la sospecha de la presencia de ketamina, llevé el examen en esa dirección. Y debo decirle que tenía razón. La ketamina, después de ser inyectada, es absorbida primero por el tejido adiposo del cerebro y, al cabo de unos diez minutos, se distribuye, por decirlo de alguna manera, por el organismo, ¿me sigue?

—Por lo menos lo intento —dijo Ian.

—Bien. En el organismo, el hígado lo metaboliza en norketamina y dehidro norketamina. Estos dos productos son posteriormente expulsados con la orina. La norketamina se puede detectar tanto en la sangre como en la orina, y en el padre Toldrim hemos advertido norketamina. Espere, inspector, un poco de paciencia. Si ha podido usted seguirme hasta aquí, y creo que así es, entonces también entenderá lo que sigue. Es muy interesante. —Roughat echó la ceniza de su cigarrillo en el cenicero—. Hemos encontrado dos pinchazos en el cuerpo, ¿cierto?

—Cierto.

—Como hemos tenido que excluir el desangramiento como la causa de la muerte y no hemos detectado heridas externas que puedan explicar el motivo de la defunción, debemos por el momento deducir que fue la segunda inyección la causante del fallo cardíaco.

Ian asintió con un movimiento de la cabeza. Todo empezaba a girar en su mente, lenta pero seguramente.

—Así, imaginemos que la inyección letal, por llamarla de alguna forma, hubiera sido administrada justo después de la inyección de ketamina, ¿qué habría pasado entonces? —preguntó Roughat en tono misterioso al tiempo que miraba O'Connor.

—¡Espere! Eso significa que... el padre Toldrim debió de vivir todavía como mínimo diez minutos antes de que le pusieran esa inyección mortal, en caso contrario...

—¡Vaya, inspector! —exclamó el profesor Roughat encantado—. ¿No le apetecería venir a trabajar conmigo? No me iría nada mal otra persona. Exactamente. Después de la muerte del paciente de hecho no tiene lugar degradación alguna de la sustancia. Por el volumen de norketamina apreciada en Toldrim, he deducido que debieron de transcurrir unos quince minutos entre la primera inyección y el momento de la muerte.

O'Connor hacía grandes esfuerzos para digerir mentalmente la breve exposición del médico. Un proceso que, sin embargo, le estaba planteando un considerable problema.

—Volvamos de nuevo a la posible causa de la muerte —prosiguió el profesor Roughat—. Fallo cardíaco en un hombre que parecía estar sano. Y se plantea forzosamente la pregunta: ¿Por qué un paro cardíaco sin unas heridas manifiestas, aparte de esos pinchacitos? ¿Me sigue usted, inspector?

Ian recurrió de nuevo al gesto de asentimiento de la cabeza y encendió la Parker.

—A decir verdad —continuó el profesor—, por ahora sólo veo dos posibilidades. Pese a que ninguna de las dos puede ya ser comprobada.

—¿Y cuáles son?

—La primera una inyección de aire. Simple aire. Veinte milímetros de aire en las venas y, ¡pang!, muerto. Sólo detectable cuando, en la autopsia, se abre el corazón previamente sumergido bajo el agua.

—¿Y eso?

—Ya verá, inspector. La circulación sanguínea forma un sistema cerrado. Caso de que le sea inyectado aire, éste llega al corazón y provoca el paro cardíaco. Cuando se sospecha de la presencia de un proceso como el descrito y se abre el corazón sumergido en agua, ¿qué cree usted que ocurre?

—Que surge el aire en forma de pequeñas burbujitas.

—Perfecto, inspector. Sin embargo, ya no contamos con esta posibilidad. Por otro lado esta causa ya no se puede comprobar.

—Si ha hablado usted de la primera posibilidad al referirse a una inyección de aire, significa que en su opinión existe una segunda.

—En efecto, y ésta es tan poco verificable como la primera, ni siquiera bajo el agua. Se trata de una inyección de cloruro potásico. Unos diez mililitros de cloruro potásico en el cuello, el brazo o la pierna, y es el fin del así tratado —explicó Roughat al tiempo que observaba triunfante a su interlocutor.

—¿Y ese cloruro potásico, o como se llame, no deja rastro?

—No, porque el cloruro potásico ya se encuentra en las células que produce el propio cuerpo y, por consiguiente, la cantidad administrada es absorbida por el organismo. *Ergo*: no se puede probar que algo que abunda por naturaleza pueda haber provocado la muerte, y punto. Sólo lo hace la dosificación usada —concluyó el profesor. Roughat, que cruzó a continuación los brazos sobre el pecho y cuyo cigarrillo colgando de la comisura le daba, teniendo en cuenta su profesión, un aire

bastante grotesco.

—Acaba de echarme un jarro de agua fría, profesor —se lamentó Ian a la vez que se rascaba la cabeza y sorbía por la nariz—. Creo que voy a necesitar un poco de tiempo para encajar todo esto.

—No me cuesta imaginarlo, inspector —dijo Roughat sonriendo—. Pero estoy seguro de que acabará encontrándole la explicación.

—Asimismo esto significa que el autor debe de tener algún conocimiento de medicina.

—Bien, por lo que respecta a las inyecciones, con un poco de práctica se alcanza el nivel de una estudiante de enfermería; lo del aire sale de vez en cuando en las series o novelas policíacas. En cuanto al cloruro potásico... bien, por poco que uno se interese en medicina, tampoco es algo tan extraño.

—Vaya...

—Pero hay algo peor, mi querido inspector —anunció Roughat con una sonrisa de lado a lado—. Y de hecho es el motivo principal por el cual le he hecho venir. Estuve dándole vueltas durante toda la autopsia. El asunto de los genitales cortados me sonaba de algo, y no me faltaba razón. Fíjese en esto.

El profesor tomó una revista médica y la puso delante de O'Connor. Ian se puso lívido. Leyó el titular:

«Dos sacerdotes polacos asesinados, y con los genitales cortados».

Mientras leía, O'Connor se iba pasando la mano por el cabello.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Lo dice ahí abajo. Le haré una fotocopia de todo el artículo y así podrá leerlo tranquilamente. Sucedió hace unos dos meses. Se trata de una revista bimensual de medicina. En ocasiones hay artículos útiles, y a veces hay este tipo de artículos. Interesante, ¿no es cierto? Otros dos religiosos de algún convento en Polonia. Y también privados de sus órganos viriles una vez muertos. ¿No es demasiada casualidad?

—Todavía no sé lo suficiente para poder contestarle —replicó O'Connor, que trataba de seguir la conversación del profesor al tiempo que leía el artículo, pero sin demasiado éxito.

—Sí, ya lo imagino. Sólo soy un médico, pero a nosotros también nos interesan estas cosas, pues debemos ampliar nuestros conocimientos. Supongo que a usted le pasa lo mismo.

—Claro.

—Debo decirle que me he puesto en contacto con el médico que llevó a cabo las autopsias de los dos sacerdotes, un tal doctor Janusz Wisczynski, y le he dicho que tenía previsto ir a hacerle una visita. También le he indicado que posiblemente fuera acompañado. Y por supuesto he pensado en usted. Desconozco si su profesión se lo permite o si la policía tiene presupuesto para ello, pero creo que vale la pena, porque pudiera haber alguna conexión. Por lo menos nunca estará de más saber... ¿no le

parece? —De nuevo aquella expresión triunfante.

Ian no sabía qué decir. Tenía un muerto en su jurisdicción y de pronto dos asesinados más en parecidas circunstancias en Polonia, Dios sabía a cuántos miles de kilómetros de distancia. ¿Estaría también allí el círculo de sangre? Debía leer el artículo con detenimiento. Tal vez allí también faltaba algún objeto. Pero esto sólo iba a poder averiguarlo a través de la policía polaca. No le quedaba más remedio que convencer a *sir* Winston de que debía acompañar al profesor. No tenía idea de lo que podía costar el viaje y si iba a suponer una partida demasiado elevada para el presupuesto de la policía local, pero no le importaba. Volvió a rascarse la cabeza por centésima vez.

—Sabía que le iba a parecer muy importante, inspector, y me gustaría mucho que pudiera acompañarme. Para su información, salgo mañana por la mañana de Dublín. Confírmeme si va a venir conmigo. Por si acaso, he dejado un billete reservado para usted, no tiene más que llamar y decírmelo. Y en caso de que *sir* Winston albergue alguna duda sobre la necesidad de este viaje, hágamelo saber y hablaré con él — concluyó Roughat al tiempo que se ponía en pie—. Tome la revista, llamaré a la hermana de la recepción para que le haga una fotocopia del artículo.

Ian se levantó a su vez. Su cabeza era un revoltijo de pensamientos. Después de estrechar la mano del profesor Roughat abandonó el despacho.

Luego, con la fotocopia del artículo bajo el brazo, se dirigió al coche patrulla.

\* \* \*

Ian O'Connor estaba algo nervioso cuando entró en el despacho de *sir* Winston. Apenas había puesto un pie dentro cuando el jefe de la policía de Athlone levantó impaciente la vista hacia su inspector. Intuyó de inmediato que no eran pocas ni nimias las cosas que preocupaban a aquél. Sin embargo, en aquella ocasión fue incapaz de descifrar la expresión de su cara. O'Connor se sentó en una silla al tiempo que sorbía ligeramente por la nariz.

—¿Bien? ¿Qué era eso tan importante para lo que Roughat quería verle con urgencia?

—La verdad es que no sé por dónde empezar. En estos momentos mi cabeza es como un torbellino.

—Pues le sugiero que empiece por el principio.

—De acuerdo, entonces empecemos con la ketamina. Tenía usted razón, señor, se trata de una solución anestésica —empezó O'Connor para narrarle a continuación lo que le había contado el profesor—. De momento no parece tener mucho sentido. Mediante la ketamina se logra aturdir a alguien, de acuerdo, luego incluso se llega a inmovilizar a ese alguien mediante unas cuerdas, pero, a pesar de todo ello, sabemos que se le cortó el miembro viril una vez muerto. Además, en opinión del profesor

Roughat, mediante la mencionada administración no se llega a conseguir una completa insensibilidad al dolor porque los efectos se limitan a la superficie corporal. ¿Pero entonces por qué la ketamina?

—¿Tal vez fuera algo que no estuviera planeado por el criminal?

—Es posible, señor. Sin embargo, lo que me parece más importante es la forma en que el padre Toldrim, el cual, según todos los indicios, gozaba de una salud perfecta, pasó a mejor vida. Aquí, según el profesor Roughat, hay dos posibilidades que podrían explicarlo.

A continuación informó O'Connor a su superior sobre los métodos del aire y del cloruro potásico. *Sir Winston* se había reclinado contra el respaldo de su silla y escuchaba con atención.

—Bien, una de las dos posibilidades podría encajar en nuestro caso. No obstante, creo que carece ahora de importancia cuál sea de ellas, en primer lugar, porque ya no se puede probar nada y, en segundo lugar, porque tampoco sería relevante. El método también prueba que el padre Toldrim fue asesinado con premeditación. ¿Por qué, en cambio, esos quince minutos de intervalo hasta que el asesino le puso la inyección letal? ¿Era un sádico y lo que quería era disfrutar del espectáculo? No lo creo, porque en ese caso el efecto habría sido mayor sin anestesia. Además, estaba el riesgo de que el padre Toldrim hubiera gritado en busca de ayuda, o de dolor. La verdad es que no logro dilucidarlo —explicó Ian, a lo que su interlocutor se limitó, como también él con el profesor, a asentir mediante un movimiento de la cabeza—. Pero ahora viene algo completamente absurdo, creo —prosiguió buscando las palabras adecuadas—. Ha habido dos asesinatos que, aparentemente, se han producido en parecidas circunstancias, por lo menos a primera vista. —*Sir Winston* alzó las cejas—. Ha sido en Polonia, en unos conventos —acabó por fin explicando O'Connor a la vez que ponía la fotocopia del artículo médico delante de su interlocutor—. Si le parece, lo mejor será que le lea el artículo —propuso conforme miraba a su jefe con expresión interrogadora.

—Sí, adelante.

Ian leyó el titular y luego añadió:

—Voy a limitarme a lo que nos interesa y pasaré por alto la jerga médica.

—De acuerdo.

—La Dirección General de Seguridad de Polonia ha informado de que en el intervalo de veinticuatro horas se han producido dos asesinatos, de los cuales han sido víctimas sendos sacerdotes. La primera víctima era el pastor Wolsycz, del convento de Lublin. Fue encontrado muerto en su habitación. El miembro viril que, según el resultado de la autopsia debió de estar erecto poco antes, le fue cortado. Al parecer acaeció después del fallecimiento. Asimismo, la autopsia puso de manifiesto la presencia en la sangre de restos de norketamina. La apertura del corazón sumergido en agua no indicó señales de que se le hubiera inyectado aire en la sangre.

»Un día después, en su habitación de Allenstein, fue encontrado asesinado de la

misma forma el padre Wlodystaczinski. También en este caso le habían sido cercenados los genitales, si bien no se tiene la absoluta certeza de que ello se hubiera producido tras la defunción. Cabe destacar la presencia en el pecho del pastor Wolsycz de unos cortes que sin duda tuvieron consecuencias mortales. Además le arrancaron un pezón. Las autoridades locales tratan de dilucidar todos estos enigmas. Sin embargo, como responsables de los hechos, todo apunta a personas pertenecientes a una organización religiosa y fanática.

»El resto es jerga médica. No hay mención alguna a un robo. Claro que esto es un artículo para una revista médica. Por consiguiente, a primera vista yo diría que estas dos muertes tienen conexión con la nuestra. —Ian concluyó su exposición sin saber a ciencia cierta la forma de plantearle a *sir* Winston el viaje previsto.

—De hecho creo que deberíamos entrar en contacto con las autoridades polacas, ¿no le parece?

—Yo también lo creo, señor —convino O'Connor asombradísimo.

—Pero algo así no se puede hacer mediante nuestro sistema de télex... No podemos arriesgarnos a que haya fallos en la transmisión —prosiguió *sir* Winston.

—También en esto debo darle la razón. A mi modo de ver sólo hay una forma de obtener una información exhaustiva sobre estos casos de asesinato.

—Creo que vemos el asunto de la misma manera.

—Es decir, que lo mejor sería que yo...

—Exacto —interrumpió *sir* Winston—, que fuera usted a Polonia. Pero...

—Ya he pensado en ello, señor, y el profesor Roughat también ha considerado esta posibilidad —se apresuró a añadir Ian.

—¿De veras?

—Sí, señor, y tiene previsto, por motivos médicos naturalmente, viajar hasta allí para entrevistarse con sus colegas, y ha apuntado que tal vez a la policía de Athlone le interesara ir también... —dijo Ian de un tirón para luego quedarse sin más argumentos con los que proseguir.

—Pues ¿a qué espera usted? Yo en su lugar no dejaría perder esa oportunidad. Es evidente que existen paralelismos con nuestro caso y, por consiguiente, toda la información que podamos obtener allí seguro que nos ayudará aquí.

—Precisamente iba a proponérselo, señor —dijo Ian perplejo—. El profesor Roughat se marcha mañana en avión.

—Pues en ese caso llámele de inmediato y dígame que le va a acompañar. Aquí, a juzgar por sus informes, no hay mucho por hacer de momento, ¿no es así?

—Así es, señor —contestó Ian al tiempo que se ponía en pie dispuesto a abandonar el despacho a la mayor brevedad posible—. ¿Pero cómo es que...? —empezó a preguntar, volviendo la cabeza en dirección a su superior.

—El profesor Roughat me ha telefoneado hace un rato para explicarme su intención, y yo en su lugar reaccionaría ahora de la misma forma —contestó sonriendo *sir* Winston.

O'Connor negó con la cabeza y salió del despacho para dirigirse al suyo, desde donde llamó al prelado Montgomery para ponerle al corriente de las últimas novedades.

—Ha dicho usted Polonia, ¿cómo se llaman las poblaciones, Allenstein y Lublin? —comentó Montgomery a modo de reflexión—. He contactado con un par de personas y he llevado a cabo alguna que otra pesquisa, pero es evidente que esto ha adquirido otra dimensión. Satanismo internacional... extraño. Por regla general estos grupos actúan sólo en un ámbito local. Voy a tener que investigar también en esa otra dirección. En cualquier caso, le agradezco que me haya puesto al corriente. Le ruego no deje de informarme sobre cualquier novedad que pueda producirse. Tal vez en el intervalo pueda hacer algo por usted; Lorraine ya ha tomado la foto de la cruz. Se la haré llegar apenas esté revelada.

—Muchas gracias, señor. Me pondré en contacto con usted cuando regrese de Polonia.

—¡Ah! ¿Va usted a ir? Sí, es lo mejor. Tal vez consiga allí nuevos datos que le ayuden en su investigación. Le deseo mucha suerte.

Ian le dio las gracias y colgó el auricular. Debía ir pensando en marcharse a casa, pues le esperaba un día duro. Pero antes tenía que llamar a Roughtat para confirmarle que le iba a acompañar.

Apenas concluida la llamada, O'Connor recogió sus cosas y se fue a casa. De nuevo aquel viento en contra que, sin embargo, le aclaraba las ideas.

Desde casa telefoneó a Molly Field, la cual no pareció demasiado entusiasmada con los planes de viaje que le comunicó.

—¿Y qué pasa con *Jessy*? —fue lo primero que preguntó.

—Le pediré a Betty que se ocupe de ella. Además, sólo voy a estar fuera un par de días.

—En Polonia hace frío. Llévase cosas de abrigo...

Había salido de nuevo el instinto maternal. Siguió dándole un par de consejos bienintencionados e Ian se sintió feliz cuando por fin pudo colgar el auricular.

—*Jessy*, venga, nos a tomar algo a la ciudad.

Ian miró con cariño a su perrita. Ésta no entendió muy bien de qué iba, pero sonaba excitante. Y cuando vio que Ian iba a buscar la bicicleta y la invitaba a acompañarlo, no lo dudó un momento y salió disparada de su caseta. Meneando el rabo y lanzando agudos ladridos, corrió todo el camino junto a la bicicleta de Ian. No le importaba el destino, sólo aquel trayecto ya era de por sí divertido.

Era ya de noche cuando aquellos dos seres que sumaban seis piernas entraron en el *pub*. En la barra había aún dos asientos libres. Cuando entraron, Betty estaba sirviendo a otro parroquiano, pero al advertir a Ian y *Jessy* les saludó dedicándoles una sonrisa. Ian se sentó en uno de los taburetes libres. *Jessy* por su parte se instaló en el suelo, pero sin dejar de observar a O'Connor de soslayo. Aquella mirada no resultó estéril. Ian se agachó, tomó en brazos a la perrita y la colocó sobre el taburete libre.

*Jessy*, sin caber en sí de gozo, se tumbó sobre el asiento de cuero tras haber dado un par de vueltas sobre sí misma.

—Tengo que ir a Polonia un par de días —informó Ian a Betty—. ¿Te importaría cuidar de *Jessy* hasta que vuelva?

—Pues, claro, además seguro que nos lo vamos a pasar en grande, ¿verdad *Jessy*? —dijo Betty mientras acariciaba al animal detrás de las orejas. Como la mayoría de los presentes eran clientes habituales, conocían a O'Connor y su costumbre de pasearse con el perro. Betty puso un vaso de cerveza Stout sobre la barra delante de Ian—. ¿Es por el caso que tienes entre manos?

—En efecto, y confío en que me sirva de algo —contestó Ian.

En aquel momento se abrió la puerta del *pub* y entraron dos extraños con pinta de turistas. Uno de ellos se acercó a la barra y se hizo sitio junto a Ian.

—¿Qué hace este perro sentado en un taburete? —preguntó con una expresión de reproche en el rostro.

Ian se lo quedó mirando de arriba abajo. Se hizo el silencio en el local. Todas las miradas estaban puestas en Ian y el hombre.

—Somos unos clientes —replicó O'Connor al hombre por respuesta.

—Pero el perro aquí sentado en el taburete... —siguió protestando el recién llegado en un tono claramente recriminatorio.

—¡Ah, es eso! —exclamó Ian en tono de asombro mientras acariciaba a *Jessy*—. Qué tonto soy. Tiene usted razón. Yo con la cerveza y mi pobre perro todavía sin nada. Betty, por favor... —añadió Ian dirigiéndose a la mujer cuya expresión era claramente divertida—, ¿podrías traerle a *Jessy* lo de siempre?

—Por supuesto, Ian —contestó ella antes de desaparecer en la cocina.

El extraño observaba la escena con mirada escéptica. Al cabo de un momento regresó Betty, y puso un cuenco con agua y una pequeña salchicha sobre la barra.

—Gracias, Betty —dijo Ian, para luego volverse hacia el perro—: Bien, chica, perdona que me haya olvidado de ti... Que aproveche.

Luego dio un ligero golpe en la barra. *Jessy* entendió la señal, se incorporó, colocó las patas delanteras sobre el borde y se zampó la salchicha con fruición.

Todos los presentes se pusieron a reír. Ian miró condescendiente al turista.

—Gracias de nuevo... Y ahora ya puede pedir usted, nosotros estamos servidos.

Ante estas palabras, el interpelado se dio media vuelta y abandonó el local.

Poco a poco el bar fue volviendo a la normalidad y dejaron de escucharse las carcajadas.

\* \* \*

¿Qué debía uno llevarse para un viaje como aquél? O'Connor no tenía ni idea de cómo empezar a hacer la maleta. Se puso a reflexionar. Cuando era pequeño había



ido de vacaciones con sus padres a Inglaterra con el *ferry* y habían estado allí un par de semanas. Pero sólo lo recordaba vagamente, y no había estado nunca en el extranjero. ¿Qué se hablaba en Polonia? Ian sólo hablaba su lengua vernácula; era capaz, sin embargo y en caso necesario, de reprimir el gaélico irlandés de modo que el resultado pudiera considerarse inglés.

Sacó una maleta del armario del dormitorio. No recordaba para qué ni cuándo había comprado aquella maleta. Con la manga de la camisa le sacó la impresionante capa de polvo que se había acumulado a lo largo de los años. Iba a tener que hacer limpieza de los armarios un día de aquellos. No podía ya exigirle a Molly este tipo de tareas. O'Connor permaneció un par de minutos pensativo delante de la maleta. Primero la ropa interior, ¿pero cuánta? ¿Cuántos días se iba a quedar allí? Los que fueran necesarios. ¿Pero cuántos eran necesarios? Bien, en principio, iba a calcular para una semana, y en caso necesario también podía comprarse ropa allí. Tres o cuatro camisas, un pijama. ¿Dónde iba a dormir? Se le hizo un nudo en el estómago. Tantas incógnitas le producían cierto malestar. Ah, sí, zapatos. Ian sacó dos pares de zapatos del armario del pasillo. Unos marrones y unos negros. ¡Jersey! Molly había dicho que en Polonia hacía mucho frío. ¿Cómo lo sabía? ¿Y si la llamaba y le preguntaba qué más sabía sobre ese país? No, era preferible no hacerlo. El neceser. Ian fue a buscar una bolsa de tela que había en un cajón de la cocina. Máquina de afeitar, espuma de afeitar, cepillo de dientes, pasta... Jabón debía de haber allí. ¿Necesitaba una toalla? Si se hospedaban en un hotel no les haría falta, pero en caso contrario... Bien, pues, tres toallas medianas.

Jessy estuvo observando la frenética actividad de su amo, pero cuando al cabo de un rato se dio cuenta de que ya no había nada excitante para ella, se retiró al sofá de la sala.

Un cepillo para el cabello. Ian se sentía orgulloso de haber conseguido meter en la maleta tantas cosas importantes e imprescindibles. Pero a primera vista parecía que allí cabía como mínimo cinco veces más. No debía olvidarse de la gorra. También se iba a llevar la Parker. Pero tal vez incluso un par de pipas más, no se sabía nunca. Ah, y el chaquetón, por el frío.

«Bien, ya basta», pensó satisfecho al cabo de un rato, y cerró la maleta. Las tarjetas de crédito las llevaba, de todas formas, siempre consigo, así como el carné de policía. Metió el pasaporte en un portadocumentos y puso éste sobre la maleta. Finalmente sacó su viejo maletín y metió en él el expediente del caso y el resultado de los análisis. ¿Cuánto tiempo debía de durar el viaje en avión? Él ya había viajado un par de veces en aviones pequeños por el interior de Irlanda, pero jamás había puesto los pies en uno grande. Tampoco quería pasar por un patán delante del profesor Roughat, si bien tampoco daba la impresión de que éste fuera uno al que se le hubiera subido el título a la cabeza. Seguro que era fácil entenderse con él. Había sido muy amable por su parte considerar la posibilidad de que él le acompañara en aquel viaje.

O'Connor sacó una botella de *whisky* Potheen del armario de la salita y se sirvió un vaso. Tenía otra botella entera en el armario del pasillo. «Para Terry», escribió en un trozo de papel que colocó junto a aquélla. Molly ya sabía lo que tenía que hacer con ella. Ian se sentó a continuación en el borde del sofá, pues *Jessy* se había echado cuan larga era y además no parecía tener intención alguna de moverse. Tomó un sorbo de la bebida. ¿Qué significaría que los asesinatos de Polonia tuvieran realmente conexión con su caso? ¿Sería entonces éste de una envergadura demasiado grande para un simple inspector de una ciudad pequeña? ¡Bobadas! Al revés, ello todavía le motivaría más. ¿Qué pasaría si aquellos hechos no tuvieran conexión? ¿Podría él advertir la relación si la había? Si los casos estaban relacionados... se preguntó Ian, ¿habría también desaparecido en Polonia algún objeto? En caso afirmativo, ello supondría la confirmación de que los objetos robados eran la clave del caso. Demasiadas preguntas que se arremolinaban en su cabeza y que por el momento era incapaz de contestar. Tomó un nuevo sorbo de *whisky*. ¿Y si se caía el avión? ¡Tonterías! Apuró el vaso y se fue a la cama. Se pasó la noche soñando, sin embargo, a la mañana siguiente, no pudo recordar ninguno de los sueños.

O'Connor se levantó muy temprano y, después de arreglarse, se dirigió a la carretera principal donde, como habían quedado, el profesor Roughat iba a pasar a recogerlo. *Jessy* se quedó al principio un poco triste cuando Ian se marchó. Notaba, sin saber cómo, que aquel día no era como los demás. Pero Ian se había arrodillado y le había asegurado que Betty iba a ocuparse de ella. Tanto este nombre como la persona que lo ostentaba eran familiares para el animal. Por consiguiente, cuando su amo abandonó la casa, ella se quedó meneando ligeramente el rabo.

A la hora acordada se detenía el coche del profesor Roughat delante de Ian, el cual metió la maleta en el asiento trasero y se sentó junto al médico.

—Bien, inspector, vamos a ver qué nos aporta este viaje.

—Puedo decirle que siento tanta curiosidad como usted.

Al cabo de dos horas habían llegado al aeropuerto de Dublín, y poco después habían ya facturado las maletas. Roughat se dejó caer relajado en su asiento del avión. Algo menos relajado, O'Connor hizo lo propio en el asiento contiguo. Y esta tensión que le embargaba apenas disminuyó durante todo el vuelo. Pese a ello, O'Connor informó a su vecino de la parte de la investigación desconocida para éste, así como de su conversación con el prelado Montgomery. Roughat era una persona que sabía escuchar y sólo interrumpió un par de veces para hacer alguna que otra pregunta.

—Un asunto verdaderamente misterioso, aunque no carente de cierta fascinación... Nos espera una estancia muy interesante, tanto desde el punto de vista médico como policial.

El avión aterrizó en Cracovia a primera hora de la tarde. El cielo estaba cubierto y un fuerte viento les golpeó a los dos en el rostro cuando salieron del aparato e iniciaron el descenso por la escalerilla.

\* \* \*

—Me pregunto si habrán venido a recogernos —comentó el profesor al tiempo que miraba en derredor—. Ye le he dicho que les había anunciado a mis colegas que llegaba con usted.

—Eso quiere decir que podemos esperarnos una ambulancia o un coche patrulla —ironizó Ian.

Este último estaba encantado de pisar finalmente tierra firme. Su buen humor había ido aumentando a medida que bajaba la escalerilla del avión. Los dos hombres advirtieron a cierta distancia un coche negro donde aparecía escrito «POLIO».

—Propongo que nos acerquemos por lo menos podrán orientarnos —sugirió O'Connor.

—De acuerdo, pero le dejo a usted la iniciativa de la conversación. No hablo ni una palabra de polaco, ni hablo ni entiendo...

—¡Pues tenemos un problema, porque yo tampoco sé nada! —exclamó O'Connor al tiempo que se rascaba la cabeza—. Es algo en lo que no había pensado.

—Bien, yo creo que si hacemos un esfuerzo en convertir nuestro dialecto en inglés, seguro que en esta era de la Europa unida nos deberían entender —añadió Roughat que, aunque durante el viaje se había confirmado en su idea de que sus ámbitos de acción eran muy distintos, era consciente de que quería tener al inspector de su lado.

—Por lo menos el clima me recuerda a casa —observó Ian conforme miraba el cielo cubierto.

Había empezado a llover. En los charcos del asfalto de la pista de aterrizaje, que se iban llenando lentamente, brillaba el queroseno de los aviones. O'Connor se caló todavía más la gorra y se subió el cuello del chaquetón.

Se abrieron dos de las puertas del coche de policía cuando los irlandeses se aproximaron a éste. Bajaron dos hombres de mediana edad que se pusieron a observar a los recién llegados con curiosidad. Iban ataviados con uniformes negros. Cuando los viajeros llegaron a su altura, uno de los hombres esbozó un saludo.

—¿Los señores Roughat y O'Connor? —preguntó en inglés con fuerte acento, pero inteligible.

—Él es el profesor Roughat, y yo soy O'Connor —contestó Ian tratando de hablar despacio para ser entendido, un hecho que el hombre uniformado agradeció mediante una ancha sonrisa.

Se estrecharon las manos.

—Mi nombre es Bolislaw Kurnow —se presentó el funcionario polaco—. Soy el comandante de la policía de Lublin. El doctor Wisczynski de la Universidad de Lublin nos ha informado de su llegada. Me alegro de ser yo quien tiene el honor de recibir a nuestros huéspedes en este país —añadió antes de saludar de nuevo.

Ian tuvo la impresión de que la palabra «huéspedes» había sido escogida adrede y además enfatizada. Evidentemente, en aquella zona oriental de Europa todavía existía un claro escepticismo para con las personas procedentes de la parte occidental.

—Si están ustedes de acuerdo, iremos primero a nuestro puesto de policía. Allí podremos hablar con tranquilidad, ¿de acuerdo?

—Es una buena idea —convino Roughat tomando la iniciativa—. ¿Cómo es que habla usted tan bien inglés? —añadió en un intento de aportar algo de afabilidad a aquel recibimiento algo tenso.

—Le agradezco el cumplido —replicó el aludido—. Pero tengan en cuenta que desde la caída del telón de acero tampoco nosotros hemos sido ajenos a la influencia occidental; además, en la Academia de Policía de nuestro país se imparten cursos de idiomas. Haré un esfuerzo para expresarme de forma que puedan entenderme.

—Estoy seguro de que lo va a conseguir —intervino Ian en apoyo del cumplido del profesor Roughat.

El policía le dijo algo en polaco al otro hombre, el cual era según toda evidencia un subalterno porque se mantenía en un discreto segundo plano. Tras las palabras del comandante, que los dos irlandeses no entendieron, pero que por el tono les recordó a una orden, se apresuró a dar la vuelta al coche para recoger las maletas y demás bolsas. Lo colocó todo en el maletero y se puso presto al volante del coche patrulla. Kurnow les abrió una de las portezuelas traseras a Ian y a Roughat, y éstos subieron al vehículo. Él por su parte tomó asiento delante, junto al conductor. Éste puso el coche en marcha y Kurnow conectó la sirena. La lluvia había arreciado y, pese al afanado trabajo del limpiaparabrisas, al conductor le costaba ver con claridad a través del cristal.

—Comandante Kurnow —empezó a decir Roughat al cabo de un rato, cuando el golpeteo de la lluvia y el movimiento monótono del limpiaparabrisas habían empezado a amodorrarlo—, si a usted no le parece una descortesía por nuestra parte, nos gustaría descansar un poco, cerrar un momento los ojos.

—Me parece muy bien —se apresuró a replicar Kurnow, que sin duda alguna estaba encantado de evitarse una conversación dificultosa en un idioma extranjero durante todo el trayecto—. Pero, por favor, nada de comandante. Con Kurnow o Bolek es más que suficiente.

Tras lo cual volvió a concentrarse en la carretera. Roughat lanzó a Ian una expresiva mirada, se reclinó contra el asiento y cerró los ojos. Aunque Ian se sentía también un poco cansado, sólo pudo adormilarse por cortos espacios de tiempo. El paisaje que atravesaban parecía gris. Daba la sensación de que tanto las casas como sus alrededores estaban inmersos en matices grises. Qué bonito y variado era el verde de su país. Con cierta añoranza, O'Connor recordó el trayecto que hacía cada día desde la comisaría de policía hasta su casa, lleno de árboles, plantas y praderas. Allí había de lo mismo, sin embargo, era gris, mientras que donde él vivía era verde.

Durante lo que empezaba a ser un trayecto bastante largo, había podido leer

algunos letreros de la carretera. Wieliczka, Tarnów, Rzeszow, Nisko. En cambio no había podido descifrar muchos otros por el desconocimiento que tenía de la grafía. Desde Krasnik se introdujeron en una carretera que parecía denominarse 19, y al cabo de un corto espacio de tiempo O'Connor pudo ya reconocer el letrero de Lublin. Agradecía que el viaje estuviera llegando a su fin. Le dio un ligero codazo a Roughat en el costado y, cuando éste hubo abierto los ojos, le indicó un letrero ante el que estaban pasando.

Los pocos transeúntes que había en las solitarias calles por donde pasaba el coche observaban con cierto reparo la sirena en pleno funcionamiento. En la periferia habían advertido un polígono industrial. Ahora estaban ya en una zona céntrica que, a primera vista, no se diferenciaba mucho de otras ciudades. Atravesaron un barrio que, sin duda alguna, era la parte vieja de la ciudad. Y este término no podía ser más acertado. Había allí unas casas soberbias pero, desde hacía mucho tiempo, a nadie se le había ocurrido darles una mano de pintura o llevar a cabo cualquier otro tipo de reforma. Parecía, sin embargo, que, si bien no era mucho lo que se podía ofrecer, el turismo empezaba a florecer. Y había también entre los edificios ruinosos unas casas limpias y bien conservadas. Muchas fachadas aparecían cubiertas de andamios.

Tras un brusco giro de volante, el coche entró en una pequeña calle secundaria de suelo todavía adoquinado.

—Señores, hemos llegado —anunció Kurnow al tiempo que se volvía hacia el asiento posterior.

El vehículo cruzó a través de una verja y entró en un patio también provisto de adoquines. El chofer aparcó y quitó el contacto.

—Bien, aquí tienen la comisaría de policía de Lublin —anunció Kurnow, una vez sus huéspedes hubieron bajado del coche, al tiempo que señalaba el edificio que había en el patio, en cuya fachada se observaban aún numerosos impactos de bala y sin duda anterior a la segunda guerra mundial—. Paso delante. Vamos primero a mi despacho.

Kurnow condujo a los irlandeses dentro del edificio. El conductor debió de quedarse junto a su coche patrulla. En el vestíbulo había un olor especial que O'Connor identificó como una mezcla de cera para el suelo y tufo de cigarrillos. El despacho de Kurnow era amplio, si bien, incluso para un sobrio irlandés, algo espartano. En la estancia esperaba una joven que también vestía de uniforme.

—Les presento a Larissa Selnikova —explicó Kurnow a modo de presentación.

—Llámenme simplemente Larissa, creo que será más fácil —dijo ella al tiempo que alargaba amablemente la mano a los dos hombres.

—He hecho venir a la señora Selnikova desde una comisaría cercana —empezó a explicar Kurnow después de presentar a su vez a los dos hombres—. Habla perfectamente inglés porque trabaja en el departamento de asuntos externos. Ella se ocupará de ustedes durante su estancia. He tomado esta decisión porque mis ocupaciones no me permitirán acompañarlos en todo momento.

O'Connor y Roughat sonrieron a la mujer.

—Me he permitido —dijo ella tomando la palabra—, acomodarles en un hotelito muy agradable que está muy cerca de aquí. —Su inglés era ciertamente perfecto, tanto que apenas se le notaba el acento—. Es un sitio limpio y confortable, y se come bastante bien.

—Pues parece una idea estupenda —dijo O'Connor adulator—. De hecho, me encantaría refrescarme un poco antes de entrar en materia. ¿Usted qué dice, profesor?

—Que sí, refrescarme un poco no me irá nada mal. Podríamos encontrarnos dentro de, digamos, una hora, donde les parezca que podamos hablar tranquilamente.

—En el club de los oficiales, que puede hacer las veces de cuartel general durante su estancia —sugirió Kurnow—. Allí podrán comer y beber y no serán molestados.

—Bien, entonces les acompaño al hotel. Yo también he reservado una habitación allí, así estaré a mano y podrán acudir a mí para cualquier pregunta o colaboración.

Kurnow acompañó a los tres hasta la puerta. Ian salió el último, detrás de Larissa y Roughat. ¿Se trataba de simple hospitalidad o de medidas de precaución? Daba igual, seguro que la mujer podía serles de ayuda, aunque no fuera lo que se puede decir una belleza. El recuerdo de Betty acudió a su mente, y le sobrevino un ataque de añoranza. Lanzó un breve suspiro.

—¿Aquí todos van vestidos de uniforme, o hay también civiles entre ustedes? —preguntó Roughat con curiosidad a la mujer.

—No, también entre nosotros existe una especie de policía criminal —contestó ella—. Pero como a mí hoy por hoy me mandan llevar uniforme, pues lo llevo y basta. Pero si ustedes lo desean, también puedo ir vestida de paisana.

—En absoluto, no es imprescindible, pero no cabe duda de que el ambiente parecería más relajado.

Larissa se dirigió al hombre que estaba detrás de la recepción y se puso a hablar con él en polaco. De vez en cuando señalaba a Ian y Roughat y también dio la impresión de que ponía mucho énfasis en parte de la conversación. Al final el hombre sonrió afablemente a los dos irlandeses conforme entregaba tres llaves a la señora Selnikova.

—Es en el primer piso —explicó esta última.

Les dio una llave a cada uno y empezó a subir delante de ellos. Ian miró brevemente en torno a él. No había mucho que criticar. Parecía realmente limpio y acogedor. Las tres habitaciones eran contiguas.

—Propongo que nos encontremos aquí, en el pasillo, dentro de tres cuartos de hora —sugirió Roughat al tiempo que consultaba su reloj de pulsera.

—De acuerdo —convino Ian antes de cerrar la puerta de su habitación.

—Profesor, voy a llamar al doctor Wisczycynski a ver si puede reunirse con nosotros más tarde. Supongo que querrá usted hablar con él —dijo Larissa mirando interrogativamente a Roughat.

—Pues se lo agradezco mucho, es una idea estupenda.

—Bien, entonces dentro de cuarenta y cinco minutos aquí afuera —concluyó ella antes de desaparecer dentro de su cuarto.

La habitación era decorosa y de hecho no le faltaba de nada. Una colcha floreada y aparentemente limpia cubría la cama, había un armario que contenía varias perchas, también un pequeño escritorio con una silla. La mesilla de noche contaba con un despertador eléctrico, y sobre una mesita junto a la ventana había un aparato de televisión.

O'Connor dejó la maleta y conectó la televisión. Después de haber recorrido varios canales encontró una emisora donde daban música pop. Miró por la ventana. Empezaba a oscurecer. Abrió la puerta que daba al cuarto de baño. Era pequeño, pero constaba de un inodoro, un lavabo, un plato de ducha, una toma de corriente... Ian lanzó un gruñido de satisfacción. Era cierto que el hotelito estaba muy limpio. Volvió a la habitación y deshizo la maleta. Cuando ya lo tuvo todo ordenado, encendió la Parker y se deleitó fumando. De hecho no tenía ganas de cambiarse. Desde que había bajado del avión se sentía de maravilla, y tenía curiosidad por lo que iba a dar de sí la conversación en ciernes.

Sacó del maletín los documentos del caso y se puso a leer el informe de la autopsia. Transcurridos tres cuartos de hora exactos desde que había entrado en la habitación, abrió la puerta para salir al corredor. Llevaba la pipa en una mano y el maletín en la otra. En aquel momento el profesor Roughat salía a su vez al pasillo. Poco después apareció Larissa Selnikova. Iba ahora vestida con unos téjanos, un jersey de colores y unas bambas. Sin el uniforme había dejado de tener aquel aspecto tan oficial.

—He podido hablar con su colega —anunció con orgullo a Roughat—. Hemos quedado en el club de los oficiales.

—Perfecto, entonces no le hagamos esperar.

Los tres salieron juntos de la pensión y, un par de minutos después, llegaron al club. Parecía un bar occidental. Estaba organizado del mismo modo, con mesitas y sillas alrededor de cada una de ellas.

Cuando entraron en el local, un joven alto y delgado se levantó y fue a su encuentro.

—¿Quién de ustedes es el profesor Roughat? —preguntó en un inglés impecable. Selnikova hizo las presentaciones en polaco y el doctor Wisczycynski les indicó que tomaran asiento en una de las mesitas—. ¿Les apetece tomar algo?

—Buena idea, estoy sediento. ¿Qué dice usted, inspector? No vaya a decir que no —añadió al advertir que Ian titubeaba—. Yo creo que en los viajes de trabajo hay que dejar de lado el reglamento. Quiero decir que nos podemos permitir una cerveza.

—De acuerdo, profesor —aceptó O'Connor rápidamente convencido.

—¿Me permiten que antes les ofrezca una especie de bebida de bienvenida típica del país? —preguntó el doctor Wisczycynski.

Como sus tres invitados asintieron con la cabeza, se dirigió al hombre que había

detrás de la barra. Al cabo de un momento, éste apareció con cuatro enormes vasos, por lo menos es lo que le pareció a Ian, que contenían un líquido transparente.

—Bien, confío en que nuestro encuentro sirva para la lucha contra la criminalidad internacional.

El doctor Wisczycynski alzó su vaso y brindó con los demás. A continuación se bebió el contenido de un trago y se quedó mirando a los demás.

Los dos irlandeses olieron la bebida. Parecía una mixtura con un fuerte aroma a enebro. También ellos se tomaron el aguardiente de un trago. Tenía un sabor fuerte y aromático, y quemaba la garganta al pasar por ella. Ian miró dentro de su vaso con los ojos entornados. Larissa vació a su vez el suyo, pero como a todas luces ya conocía el efecto, no hizo mueca alguna.

—No pienso revelarles lo que es —dijo riendo el doctor Wisczycynski—, porque sólo existe aquí en el club. —Luego se reclinó contra el respaldo y añadió dirigiéndose sólo al médico forense—: Bien profesor, me muero por conocer su relato.

—Supongo, inspector —dijo Roughat—, que esta conversación técnica no debe de interesarle. En cualquier caso, Luego le contaré lo relevante.

—De acuerdo —convino Ian al tiempo que se volvía hacia Larissa—. ¿Quiere empezar usted, o prefiere...?

—Empezaré yo si quiere —decidió ella a la vez que se acomodaba bien en la silla. Los dos médicos habían empezado ya a charlar y ella dio comienzo así a su relato—: Primero debo situarle, señor O'Connor.

—Prefiero que me llame simplemente Ian.

—De acuerdo, Ian. Debe usted saber que aquí en Lublin contamos con una larga tradición en cuanto a instituciones eclesiásticas. Tenemos una universidad católica, de hecho la única en Europa del Este que, por decirlo de alguna manera, está en constante lucha contra las pretensiones anticristianas del Estado. Es la KLU. Las siglas no le dirán nada y su significado carece de importancia ahora. Además tenemos una curiosa iglesia dominica con la también curiosa capilla Firley. Al lado hay un pequeño museo donde, junto al arte autóctono, se pueden admirar iconos de los siglos XVIII y XIX. El director, tanto de la iglesia como del museo, era el pastor Wolsycz, cuyos comienzos fueron en la KLU. Hace dos meses fue encontrado muerto en su pequeña vivienda situada junto a la capilla. Estaba desnudo de cintura para abajo y tenía también la sotana desabrochada en el pecho. Había sido salvajemente asesinado. Le habían cortado el pene y habían dejado éste en el suelo dentro de una especie de círculo con distintos símbolos. Éstos estaban demasiado borrados para poderlos identificar posteriormente. Tanto el círculo como los símbolos habían sido hechos con la sangre del pastor. En el pecho aparecían varias heridas de arma blanca, de entre las cuales un corte que le cercenó el pezón izquierdo.

Larissa hizo una pausa durante la cual Ian pensó que hasta el momento lo había descrito todo con un realismo carente de emoción.



—Mientras que los genitales le fueron cortados una vez muerto —prosiguió ella —, los mencionados cortes le fueron inferidos cuando el cuerpo estaba aún con vida. La autopsia reveló rastros de narcótico.

En aquel momento se acercó un camarero y colocó delante de ellos sobre la mesa cuatro grandes vasos de cerveza. Luego, tan discretamente como había llegado, desapareció detrás de la barra.

—¿Norketamina? —preguntó Ian con cierta aprensión.

—Exacto, norketamina... y supongo que conoce usted su forma originaria y sus efectos. —Como O'Connor asintiera con la cabeza, ella prosiguió—: Bien. Como causa de la muerte se diagnosticó fallo cardíaco, no desangramiento. Lo debieron de matar de alguna otra forma, pero todavía no hemos dado con la explicación.

—¿Detectaron pinchazos de jeringuilla en el cadáver?

—No, aunque algo parecido sospechamos. La autopsia del padre Wlodystaczinski nos proporcionó más información, pero ya volveré sobre ello luego. Si al pastor Wolsycz le pusieron alguna inyección debieron de hacerlo directamente en una de las heridas, porque no hemos podido encontrar nada que nos lo hiciera pensar. Según se ha puesto de manifiesto mediante la autopsia, el pene cortado tenía aún una cantidad relativamente grande de sangre en el tejido eréctil, de lo que se deduce que antes de ser arrancado estaba erecto. Esto no es seguro del todo porque la pérdida de sangre fue enorme, pero todo lleva a pensar que así fue. Sea como fuere, el pobre hombre debió de sufrir muchísimo antes de morir a causa de las heridas letales. ¿Pero sabe?, tengo mis dudas sobre el efecto de la ketamina.

—¿Se pudo comprobar si había sido robado algo en el lugar de crimen?

—Sí, un crucifijo de madera, nada más.

A Ian le recorrió un escalofrío por la espalda.

—Y ahora me va a decir que la cruz era un regalo del Vaticano.

—Así es —confirmó ella, mirando a su interlocutor con los ojos abiertos de par en par—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque en Clonmacnoise pasó lo mismo —explicó el inspector—. ¿Han podido averiguar algo sobre la cruz?

—No, y es un problema. Lo único que hemos podido descubrir es que, un par de meses antes, el padre Wolsycz había recibido la visita de dos emisarios de Roma. Dedujimos que durante aquella visita le entregaron la cruz. No sabemos cuál fue el motivo. Desgraciadamente hasta ahora no hemos podido contactar con los mencionados dignatarios del Vaticano. Lo único que hemos logrado saber es que de vez en cuando, y por iniciativa del propio Papa, se reparten regalos de ese estilo a las ovejas de su grey que se lo merecen; es decir, que no era nada insólito. Además, según parece la cruz carecía de un valor material concreto. Y me parece muy raro que hayan robado un objeto como ése, cuando tras el asesinato hubieran podido llevarse tranquilamente los valiosos iconos.

—¿Se tiene alguna pista sobre el asesino?

—Creemos que debe de tratarse de alguien perteneciente a una secta.

—¿Satánica?

—Exacto. Es a la conclusión que hemos llegado. Desde que nuestro país se ha abierto a Occidente se nos han colado aquí semejantes personajes. Hemos interrogado a todos los testigos posibles. Lo único que hemos averiguado es que hacia la hora del crimen que, como usted comprenderá no se puede establecer con total exactitud, fue vista una persona vestida con un hábito oscuro que se dirigía a la casa. Sin embargo, esto puede no tener nada que ver con el crimen. Cada día entran y salen del recinto monjes y otros clérigos de diversas procedencias, no sólo de por aquí. Lo único que sabemos de ese personaje misterioso es que llevaba un hábito oscuro y que era de constitución más bien endeble. Pero, como le he dicho, tampoco hemos adelantado mucho en este sentido. —Selnikova bebió un trago de cerveza—. Pues esto es todo lo que puedo contarle sobre este caso. ¿Cómo fue en, cómo se llama, Clonmacnoise?

—Entonces voy a contarle yo, antes de que me refiera el segundo asesinato —dijo O'Connor.

Y empezó a relatar lo que había sucedido y lo que había descubierto hasta la fecha. También refirió la entrevista con el prelado Montgomery. Ahora fue la mujer quien aguzó curiosa el oído.

—Si no he entendido mal, ustedes también creen que sólo ha podido ser obra de unos fanáticos anticristianos.

—Efectivamente, todo apunta en esa dirección —respondió O'Connor—. Y a juzgar por lo que estoy viendo hasta ahora, está claro que tiene que haber una conexión entre el asesinato de allí y los de aquí. En los tres casos se trata de religiosos. A todos les han cortado el pene, pues deduzco por el artículo aparecido en la revista médica que así fue también en el caso del tercer religioso. Luego tenemos los extraños símbolos con sangre, en cuyo centro dejaron el miembro, y también en dos de los casos está la desaparición de la cruz. ¿Falta también este objeto en su segundo asesinato?

—Sí, exactamente el mismo —se apresuró a contestar ella.

—En nuestro caso había una monja cuya visita esperaba el padre Toldrim, en el suyo vieron a un presunto sacerdote. Todavía no sé si debo creer en casualidades, o si está relacionado con el asunto —comentó Ian—. Pensando en lo que me ha contado, ¿verdad que me ha dicho que los cortes en la parte superior del cuerpo habían sido infligidos mientras la víctima estaba todavía con vida?

—Así es.

—Pero ¿por qué? Si parto de la base que nuestro hombre es un sádico sin respeto alguno por la vida humana, como, por otra parte, es lo que sucede y se puede demostrar entre los satanistas, entonces para mí sólo existe una razón para que lo torturaran de esa manera, y además después de haberle administrado ketamina. —Miró a Larissa—. Que debía ser torturado.

—Tal vez esté en lo cierto. Nosotros también hemos pensado en ello.

—Significa también que el asesino quería averiguar algo que sabía el difunto. Pero una vez le hubo sacado a éste lo que quería, su víctima debía desaparecer porque en caso contrario corría el riesgo de ser identificado y de que entonces saliera a la luz lo que el culpable había querido saber de la víctima.

—Una deducción lógica, ¿pero de qué puede tratarse? —dijo Selnikova al tiempo que reflexionaba.

—No tengo idea, pero ha de tener alguna relación con esas malditas cruces. Pero ¿por qué el padre Toldrim no tenía señales de haber sido torturado?

—Tal vez porque habló voluntariamente... esto o que el asesino tuviera miedo de que le oyeran los otros residentes.

—Es posible... ¿Han conseguido por casualidad fotos de las cruces robadas?

—Sí, en los dos escenarios pudimos encontrar fotos donde aparecía la cruz al fondo. Hicimos copias y ampliaciones. Se trata de unas cruces normales y corrientes con Jesús crucificado... nada especial. Debían de tener entre sesenta o setenta centímetros de altura.

—¿Y las puertas? —quiso saber O'Connor—. Ya le he dicho que la puerta del padre Toldrim estaba cerrada por dentro.

—No, no fue así en los casos de aquí. Estoy pensando que tal vez su asesino tuviera miedo de que lo descubrieran. En los casos nuestros fue distinto. Cuando se hace de noche aquello es muy solitario, también la calle por donde debió de huir el asesino. Por consiguiente, el culpable tuvo tiempo de sobra para marcharse con la cruz, aunque ésta fuera de tamaño considerable.

—Se me está ocurriendo algo —dijo O'Connor al tiempo que se rascaba la cabeza—. Si pensamos que el asesino ha salido del país, entonces habrá tenido que pasar por alguna frontera, en un aeropuerto o por carretera.

—Hemos interrogado a todos los puestos fronterizos. Y, créame, nuestro sistema interno de información funciona todavía perfectamente. Nadie ha cruzado la frontera con una cruz.

—En ese caso, o aún está aquí o ha desmontado la cruz, si ello es posible, claro.

—Esto descarta la idea de un coleccionista fanático. Porque uno de éstos no se habría atrevido a llevarse un objeto de modo tan descuidado, por temor a que pudiera sufrir algún daño.

—Es cierto, y seguimos entonces con la versión de los satanistas. ¿Se tiene conocimiento de su existencia aquí en su país?

—Como puede usted imaginar, aquí, y especialmente en asuntos de ese estilo, no nos andamos con remilgos cuando se vislumbra un posible sospechoso. Pero no ha salido nada. Seguro que también aquí existen grupos satánicos, pero es evidente que hasta la fecha no hemos dado con el nido adecuado. Ninguna evidencia.

—¿Quieren beber algo más? —preguntó en aquel momento Roughat, que se había vuelto hacia ellos dos con su vaso vacío en la mano—. Deduzco por su expresión que su charla transcurre tan interesante como la nuestra, pero en el

intervalo nada nos impide beber otra copa... por prescripción facultativa —añadió sonriendo.

Tanto Selnikova como O'Connor se apresuraron a apurar sus respectivos vasos, tras lo cual Roughat pidió otra ronda.

—Antes ha mencionado la segunda muerte en modo misterioso —reanudó Ian la conversación—. ¿Qué tuvo de particular con respecto a las demás?

—Bien, en el caso del padre Wlodystaczinski el escenario fue más o menos el mismo. Hubo también el miembro sexual cercenado dentro del círculo de sangre, así como la cruz robada. Pero si nuestro asesino tenía intención de torturar a la víctima para arrancarle alguna información, no tuvo suerte en este caso.

—¿Por qué? —preguntó O'Connor con curiosidad.

—Porque el padre Wlodystaczinski sufrió un ataque cardíaco y murió ante los ojos de su verdugo, sin que éste le hubiera hecho nada. Es curioso, ¿no le parece? Llega un asesino para matar a alguien y la presunta víctima, como si fuera una broma pesada, fallece ante sus narices de muerte natural.

—¿O sea que ningún corte ni nada parecido?

—Nada. De todas formas, el asesino quiso asegurarse. La autopsia ha puesto de manifiesto un pinchazo de jeringuilla, pero ningún rastro de norketamina. Claro que ya no la necesitaba. Por consiguiente, le inyectó alguna otra cosa. Como en un primer momento pensamos en aire, se abrió el corazón sumergido en agua. No había aire.

—Ahí habíamos llegado nosotros precisamente... —intervino el profesor Roughat, que había escuchado las últimas palabras de Larissa. Sonrió y alzó uno de los vasos que acababa de llevar el camarero.

—Como no había aire, pensamos en cloruro potásico —prosiguió Selnikova imperturbable—. ¿Conoce los efectos del cloruro potásico?

—Sí, es terrible porque es letal y no se puede detectar.

—Exacto. Y además en el segundo caso no hay ningún testigo. Nadie que haya visto la figura oscura —observó sarcásticamente la policía polaca.

—¿Había o hay alguna conexión entre estos dos sacerdotes? —preguntó O'Connor.

—Según nuestras informaciones, ninguna. Es, no obstante, posible que hayan coincidido en alguna ocasión, sobre todo teniendo en cuenta que el padre de Allenstein estuvo aquí una vez, pero por lo que sabemos nosotros los dos hombres no habían estado en contacto antes.

—El padre Wolsycz fue el primero en ser asesinado, pero, dígame, ¿cuánto tiempo después fue el padre Wol...? ¡Cielos, qué difícil es pronunciar ese nombre!

—El padre Wlodystaczinski murió justo un día después.

—Pues ahora el asesino debe de tener un problema —comentó Ian al tiempo que sorbía por la nariz.

—¿A qué se refiere?

—Bien, si pensamos que quería averiguar algo de los curas y ese algo sólo podía

obtenerlo mediante la tortura, entonces no pudo saber nada del segundo porque éste se le murió antes, ¿no es así?

—Está usted en lo cierto —convino Larissa—. No se me había ocurrido.

—Sin embargo, esto tampoco nos lleva muy lejos por ahora —observó O'Connor ya con menos euforia—. Me gustaría volver al primer caso. Me ha dicho que hay fundadas sospechas para pensar que el miembro cortado tuviera previamente una erección. La verdad, es algo que no me lo puedo explicar.

—Bien, yo tampoco sé qué se puede deducir de ello. Si partiéramos de la base que el autor es una mujer, podríamos pensar en una excitación sexual por parte de él, pero francamente por ahora no creo en esa posibilidad. Yo creo más bien en una reacción biológica del cuerpo ante la agonía de la muerte, o el miedo a ésta. Se han observado también reacciones similares en los suicidas.

—Tal vez tenga usted razón y lo vemos más complicado de lo que en realidad es.

—Quizás. Bien, Ian, ya se lo he contado todo. Ahora sabe tanto como yo.

—Creo sinceramente que nuestros respectivos casos están relacionados. Mañana me gustaría visitar el lugar del crimen, el de aquí. Supongo que debe de tener fotos de Allenstein.

—Claro. Le llevaré al lugar de los hechos. Le enseñaré todo lo que tenemos —convino Selnikova.

—Señores —dijo Ian, volviéndose hacia los dos médicos, que estaban de nuevo bebiendo sus cervezas—, nosotros ya hemos terminado, ¿cómo van ustedes?

—Nosotros también hemos terminado —contestó Roughat—. Mañana quiero ir a ver las pruebas. ¿Se ha dado cuenta, inspector, de que aquí también aparece el cloruro potásico? Una vez vistos los análisis, mi misión aquí habrá terminado, si bien, seguiré en contacto con el doctor Wisczycynski.

Éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues mañana Larissa y yo iremos al lugar del crimen. Así podré hacerme una idea más clara.

—Está bien, en ese caso teóricamente mañana por la noche podríamos tomar ya el avión de vuelta, ¿no le parece?

—Sí, de acuerdo —contestó Ian, a quien la añoranza invadía ya su pecho y en su mente aparecían las imágenes de Betty y de *Jessy*.

—Bien, señores —intervino Selnikova—. En ese caso mañana me ocuparé de reservarles el vuelo de vuelta, así como de que alguien les lleve al aeropuerto. Propongo que nos encontremos todos aquí de nuevo hacia las dos de la tarde. Profesor, ¿cree usted que para entonces habrán terminado?

—Por nuestra parte no creo que vaya a surgir ningún problema.

—Bien, nosotros debiéramos también haber terminado con la inspección del lugar del crimen.

—Entonces —concluyó Ian al tiempo que se ponía de pie—, creo que tendríamos que ir a dormir. Por lo que a mí respecta, en primer lugar porque necesito digerir toda

la información que he recibido y, en segundo lugar, porque si he de ser sincero, estoy muerto de sueño.

—Yo estoy igual que usted, inspector —observó Roughat mientras se ponía en pie, y con él, su colega—. Larissa, si le parece vamos juntos al hotel y allí cenamos algo antes de acostarnos.

—Encantada, señores.

Después de despedirse del doctor Wisczynski, los tres emprendieron en silencio el camino de vuelta al hotel. Era evidente que cada uno de ellos estaba sumido en sus pensamientos. Tampoco hablaron mucho durante la realmente deliciosa cena que les sirvieron en el hotel. Antes de desaparecer en sus respectivas habitaciones, intercambiaron un par de palabras corteses. Pese a que O'Connor había temido no poder conciliar el sueño, durmió profundamente y de un tirón.

\* \* \*

La capilla estaba situada en las afueras de Lublin. Larissa Selnikova conducía con destreza un coche patrulla civil, que en su conjunto le recordó mucho a Ian los de su propia comisaría de policía.

—¿Cómo es que está al corriente de todos los pormenores de los dos casos? —preguntó al cabo de un rato.

—Porque me pidieron que trabajara en la investigación —contestó ella sin apartar la vista de la carretera—. Parece que aquí hay escasez de personal, y el comandante Kurnow recurrió a otros departamentos. Así fue como llegué aquí.

—¿Y normalmente qué hace?

—Digamos que mi departamento —empezó a explicar Larissa buscando evidentemente las palabras adecuadas— se ocupa de los delitos políticos del país. —Parecía satisfecha de la explicación que había hallado.

—¿Una especie de policía secreta? —preguntó O'Connor sin aflojar.

—Sí, algo así —se limitó a contestar ella.

Como Ian comprendió que el giro que había tomado la conversación no era en absoluto del agrado de su interlocutora, decidió volver a los casos que les ocupaban.

—¿Se ha acordado de las fotos de las cruces?

—Sí, por supuesto —contestó Selnikova contenta del giro de la conversación—. Las tengo en Lublin, se las daré cuando volvamos. Por cierto, ¿cómo suelen actuar ustedes en casos como éstos? —añadió lanzándose obviamente a la ofensiva—. Para este caso ¿trabaja usted solo o en equipo?

—Solo —contestó Ian en un gruñido—. Sin embargo, es una excepción. Por regla general, son nuestros colegas de Limerick los que se hacen cargo de este tipo de casos, pero ya veo que es un problema general.

—¿El qué?

—Pues lo de la escasez de personal, porque ésa es la razón de que esté yo aquí. Pero debo decir que no me importa, porque prefiero trabajar solo —fue la respuesta de O'Connor.

—Lo entiendo perfectamente, pero, por otra parte, supone un trabajo tremendo, ¿no cree?

—¿Sabe? —empezó a decir Ian, a la vez que miraba a la mujer—, desde que me fue confiado este caso de asesinato me ha venido a la mente varias veces la palabra «excitante». Por un lado no cabe duda de que puede aplicarse al trabajo policial, pero por el otro suena algo grotesco en relación con estos casos brutales de asesinato, ¿no le parece?

—Sí, pero que no deja de ser excitante. No todo el mundo tiene a lo largo de su carrera la oportunidad de demostrar su capacidad en un caso de asesinato, y desde este punto de vista creo que la palabra «excitante» es adecuada.

—Tal y como yo lo veo, tenemos entre manos como mínimo dos asesinatos que, en mi humilde opinión, están relacionados entre sí. Tal vez incluso tres si añadimos el infarto del pastor Wlodystaczinski, que probablemente se produjo ante la presencia del autor y los terribles preparativos. Lo malo es que —prosiguió Ian conforme se rascaba la cabeza—, soy consciente de la conexión, pero no tengo la mínima idea sobre un culpable concreto. Es cierto que seguramente tiene que ver con organizaciones satánicas, pero no tengo todavía ningún nombre, ni siquiera una vaga sospecha sobre una persona en concreto. Esto me está llevando por el camino de la amargura.

—¿Y cree que eso es un problema realmente? —replicó Larissa al tiempo que observaba brevemente al inspector irlandés—. No se trata de la velocidad, de lo rápido que se resuelve un caso, creo yo. Lo importante es resolverlo, y si se tarda varios años...

—Sí, tal vez tenga usted razón, pero en mi país se dice que si un crimen no se resuelve en un plazo de cuarenta y ocho horas ya nunca se resuelve, porque el tiempo trabaja a favor del criminal.

—Seguro que hay ahí algo de verdad, pero la filosofía de nuestra policía es que el tiempo también corre a favor de nosotros. Salvo por unas cuantas excepciones, se suelen solucionar todos los crímenes que han salido a la luz. Y cuanto más tiempo pasa, más errores suele cometer el culpable. Yo creo, y es una idea puramente mía, que es importante poder decirse siempre que uno hace todo lo que está en su mano para atrapar al criminal. Y si haciendo lo imposible no se consigue, pues es una situación que no se puede cambiar de momento. Seguramente mañana aparecerán nuevas pruebas que permitirán avanzar en la investigación.

—Una teoría interesante, reflexionaré sobre ello —observó O'Connor según se reclinaba en el asiento—. ¿Es una opinión de su propia cosecha o es algo generalizado aquí?

—Mitad, mitad —replicó sonriendo Selnikova—. Bien, estamos llegando —

añadió.

Se podía distinguir ya la capilla a cierta distancia. Larissa se dirigió hacia una explanada no muy grande situada entre la capilla y una pequeña casa.

—Con un poco de suerte —dijo—, estará el sacristán, Dariusz. Es quien creyó ver a la persona que le describí. —Aparcó el coche bajo un pino, apagó el motor y salió del vehículo—. ¿Quiere ir directamente a la casa o echar primero un vistazo a la capilla?

—Pues, a decir verdad, prefiero ir primero a la casa.

—Bien, sígame, Ian —ordenó Larissa al tiempo que echaba a andar.

Recorrió con pasos inciertos el camino de firme accidentado que conducía a la casa. Bajo la chaqueta asomaba la culata de una pistola. Era evidente que iba armada. A O'Connor no le iban mucho las armas. De hecho él también debía llevarlas a menudo, pero prefería no tener que hacerlo.

Selnikova llamó al timbre de la casa. Poco después apareció un joven vestido con una sotana gris claro.

—Buenos días, camarada... señora Selnikova —saludó en tono amable—. ¿Qué le trae por aquí?

—Le presento a un colega irlandés, el inspector O'Connor, de la policía de Athlone —informó Larissa—. Inspector, él es Dariusz, el sacristán.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Entonces hay algo nuevo? —quiso saber Dariusz.

—Sí y no —fue la respuesta de Larissa—. Pero sería preferible que habláramos dentro.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó el joven antes de dejar pasar a los dos recién llegados al interior de la casa.

—¿Vive en esta casa? —preguntó O'Connor a Larissa.

—No, viene por la mañana y se va por la noche. Vive en Lublin —contestó ella para luego volverse a Dariusz, que la estaba mirando con curiosidad, y explicarle—: El inspector ha venido a visitarnos porque en su país, Irlanda, se ha producido un asesinato similar y quería obtener más detalles sobre los acaecidos aquí.

—¡Qué espanto! ¿También un sacerdote? —exclamó el sacristán en cuyos ojos apareció la sombra del miedo.

—Sí, un clérigo de un convento bastante antiguo.

—Por favor, pregúntele cómo fue lo que vio. —O'Connor interrumpió el diálogo en polaco.

Larissa Selnikova transmitió al joven la pregunta. Éste miró a Ian con irritación y empezó a hablar. Al cabo de un momento hizo una pausa para que la mujer pudiera traducir.

—Dice que aquella noche, hacia las diez, salió de aquí para dirigirse a su casa. Siempre va en bicicleta... —Ian, sin dejar de prestar atención a la traducción, pensó que ojalá pronto él pudiera también hacer lo mismo—. A unos doscientos o



trescientos metros de aquí distinguió brevemente una figura oscura, que caminaba por el borde de la carretera en dirección a la capilla.

—¿Está entonces abierta la capilla por la noche? —quiso saber Ian.

—No, y todo el mundo sabe que se cierra tras el último servicio religioso —explicó Selnikova—. Es algo normal aquí y sabido por todos. En casos especiales, si aparece alguien, el capellán del lugar puede abrir la puerta, pero es algo que no ocurre prácticamente nunca.

Era ahora Dariusz quien escuchaba aquella lengua extranjera sin entender nada.

—Puede ser también que esta persona pretendiera ir a la iglesia y no a casa del padre Wolsycz —apuntó Ian.

—La verdad es que yo descarto esta posibilidad porque, como ya le he dicho, se sabe que las iglesias están cerradas por la noche.

—Cabe la posibilidad de que tuviera algo que hacer...

—Es posible, pero más bien improbable. Debemos deducir que pretendía ir a casa del pastor.

—¿Esperaba visita el pastor aquella noche?

Larissa tradujo la pregunta al sacristán, que movió la cabeza en sentido negativo.

—¿El padre Wolsycz solía recibir visitas a esas horas de la noche?

De nuevo siguió un breve diálogo polaco entre la mujer y el sacristán.

—De hecho, no era habitual y, si venía alguien, se trataba de otros clérigos.

—¿Se quedaba Dariusz en la casa cuando acudían estas visitas?

—No, él tenía unos horarios bastante fijos. Cuando él se iba el pastor Wolsycz se hacía cargo del resto. Contestando a su próxima pregunta, no había ninguna ama de llaves. Dariusz se ocupaba de todas las tareas domésticas.

—Y volviendo a la persona que distinguió. ¿Hay algo que pueda decir de él, algo que le haya llamado la atención? —preguntó O'Connor mirando al sacristán.

Éste se volvió hacia Larissa en busca de la traducción.

—No, todo sucedió muy deprisa y además, en un primer momento, no le dio mayor importancia. Lo recordó a la mañana siguiente, cuando descubrió el cadáver.

—Por la descripción que ha hecho debió de tratarse de un sacerdote —siguió sondeando O'Connor—. ¿Puede corroborarlo?

—Sí —fue la respuesta tras la traducción—, sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Dariusz dice —empezó a explicar Larissa sonriendo irónicamente—, que caminaba de una forma extraña.

—¿Por qué lo dice? ¿Puede describir mejor la forma de andar? Selnikova se dirigió hacia el sacristán. El cual, durante su explicación, cambió un par de veces el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Dice que le dio la impresión de que la forma de andar del sacerdote era un poco femenina.

—Eso significa como mínimo que debió de ser tan evidente que le quedó en el

subconsciente —dijo O'Connor pensando en voz alta—. Esa forma peculiar de andar se puede explicar porque iba escondiéndose, puesto que me han dicho antes que él iba caminando por el borde de la carretera. O bien porque era víctima de una necesidad apremiante —añadió siendo él en esta ocasión quien lanzó una sonrisita irónica—. O la tercera posibilidad: era una puta —concluyó O'Connor al tiempo que miraba a la boquiabierta Larissa—. Mis disculpas, pero eso son cosas que también pasan en los círculos eclesiásticos, ¿o aquí no ocurre lo mismo?

Larissa asintió con la cabeza.

—Ha pasado por alto una cuarta posibilidad, Ian —observó a continuación dentro del mismo contexto.

—¿Y cuál es?

—No se trataba de ningún clérigo, porque de hecho era una mujer que se hacía pasar por un sacerdote.

O'Connor se rascó la cabeza y sorbió levemente por la nariz.

—¿Cree usted capaz a una mujer de algo así?

—Inspector, ¿tiene usted idea de todo lo que somos capaces las mujeres? —replicó Larissa mirándole de modo elocuente y sonriendo con ironía—. Recuerde la monja que según parece esperaba su padre Toldrim.

Esta observación quedó sin contestar y reinó el silencio en la estancia. A O'Connor le incomodaba este pensamiento y decidió dar un giro a la conversación.

—¿Podría ver la habitación del crimen? —preguntó en cambio.

Larissa intercambió unas palabras con Dariusz, tras lo cual acompañó a Ian a la sala de estar de la vivienda. El mobiliario no difería mucho de otras salas. Una librería, un sofá, una mesita, un sillón, un aparador con una cadena de música y un aparato de televisión, y un sencillo escritorio detrás del cual había una silla giratoria.

—Aquí, en el sillón, fue donde lo encontramos, mejor dicho, Dariusz —explicó Selnikova según señalaba el asiento.

El joven sacristán permanecía junto a la puerta. A Ian le pareció advertir una expresión asustada en su rostro.

—¿Y el símbolo místico?

—Aquí, en una alfombra estampada que había. Supongo que Dariusz se la ha llevado. Da la impresión de que es un muchacho muy sensible, y es evidente que el suceso le ha afectado mucho.

—Y es comprensible, cuando uno no tiene que vérselas cada día con las miserias humanas.

—No subestime el trabajo espiritual que llevan a cabo los eclesiásticos, Ian —observó la mujer al tiempo que miraba a O'Connor—. Qué sabe usted de las miserias que se ponen de manifiesto en esa profesión. En cualquier caso, tiene usted razón y seguro que no es tan duro como en la nuestra.

—Um. ¿Dónde estaba colgada la cruz?

—Allí, en aquella pared.

Larissa señaló junto a la librería un espacio libre donde, por el color más pálido del papel pintado, se adivinaba claramente el perfil de una cruz que debió de haber estado colgada en aquel lugar.

—Bien, creo que ya he visto todo lo que podía ver —comentó Ian—. Por mí podemos marcharnos. Debe enseñarme todavía las fotos en la comisaría.

—Sí, de acuerdo, vayámonos entonces.

Se despidieron de Dariusz, el cual sintió un gran alivio cuando cerró la puerta detrás de ellos.

\* \* \*

Por la tarde, el profesor Roughat, Larissa Selnikova e Ian se reunieron en el despacho del comandante Kurnow.

—Señores, espero haberles podido ayudar un poco —observó este último, que estaba sentado detrás de su escritorio y miraba con expectación a los dos extranjeros.

—Bien, por lo que a mí respecta ha sido una estancia corta, pero muy instructiva —contestó Roughat tomando la iniciativa—. Su organización y sus métodos en medicina me han impresionado, y la charla que he tenido con el doctor Wisczycynski ha sido muy interesante. Estoy convencido de que, aparte de la ejemplar hospitalidad de su país, gracias a su ayuda y a la de la señora Selnikova, mis conocimientos médicos se han visto ampliados y sin duda me servirán en el futuro.

Kurnow dirigió la mirada a Ian.

—Ha sido muy interesante —empezó O'Connor adhiriéndose a la opinión de su compatriota—. Ahora sé que sus asesinatos y nuestro caso con casi toda seguridad están conectados. No me esperaba haber podido enterarme de tantos pormenores. Claro que ahora debo evaluarlo todo una vez haya llegado a mi país e intentar aplicar toda la información a mi propio caso. Por consiguiente, sugiero que sigamos en contacto. —Ian metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta de visita—. Aquí tienen mi número de teléfono. Les agradecería que me mantuvieran informado de cualquier novedad en el caso. Por supuesto, yo también les comunicaré todo lo nuevo que podamos averiguar con respecto al nuestro. Tal vez debamos intentar pasar por alto los pequeños trámites oficiales propios de países distintos, porque tengo la sensación de que estos satanistas seguirán actuando de una u otra forma. —Le entregó la tarjeta de visita a Kurnow.

—También yo he pensado en esos pequeños trámites a los que se ha referido, no se preocupe —replicó el comandante con una sonrisa en los labios al tiempo que dejaba la tarjeta sobre la mesa; luego tomó un sobre y se lo entregó a O'Connor—. Aquí encontrará nuestros números de teléfono. Le he puesto el mío y el de la señora Selnikova —añadió conforme se ponía en pie y estrechaba la mano de los dos hombres—. Les deseo un buen viaje de vuelta, y recuerdos de mi parte a esa isla tan

verde.

Roughat y O'Connor se despidieron debidamente de Larissa y salieron del despacho. Fuera esperaba un hombre uniformado que se aprestó a saludar apenas se abrió la puerta. Kurnow intercambió unas palabras con el hombre.

—Mi empleado les llevará al aeropuerto —anunció antes de desaparecer en su despacho.

El trayecto a Cracovia les pareció mucho más corto que el que habían hecho a Lublin. Roughat y O'Connor estuvieron charlando de banalidades y no fue hasta que despegó el avión que el primero inició la conversación.

—Y bien, inspector, ¿le ha servido de algo para su investigación?

—Más de lo que había imaginado. Así, a simple vista, ahora tengo indirectamente tres asesinatos a mis espaldas. —Ian se rascó la cabeza—. Mismo sistema, mismo objeto robado. Tengo un colega en Roma y ahora debo llamarlo sin falta. He de averiguar más sobre esas misteriosas cruces robadas. Imagínese, profesor, que haya todavía más de esos crucifijos. De ser así, debo temer que éstas no sean las últimas muertes, ¿usted qué opina?

—Me temo que lleva usted razón —convino Roughat—. A mi modo de ver, si pensamos en términos criminales, debemos descartar la actuación de un coleccionista chalado. De ser así, supongo que le habría bastado una sola cruz. Es importante sobre todo saber más sobre esos satanistas. Nombres, lugares, estructuras... pero, bueno, usted ya sabe lo que debe hacer mucho mejor que yo.

—En efecto, es imprescindible que vuelva a hablar con el prelado Montgomery. Tiene que averiguarme algo concreto lo antes posible. La verdad es que no sabría a quién recurrir para esto. Además, parece que se trata de una organización que, aunque por fuera parece anónima, es grande y con ramificaciones internacionales. —O'Connor hizo una corta pausa—. Primero llamaré a Antonio Calabrese y luego a Montgomery. Por cierto, este último tiene una colaboradora que está como un tren. No parece muy propio de un sacerdote, pero vaya, vaya...

—Suenan a un calibre muy distinto de las hermanas del hospital, ¿verdad, inspector? —bromeó Roughat—. Fíjese lo que tengo. —Abrió su maletín y sacó dos botellas de aguardiente—. Una es para usted. Las he conseguido del camarero del club esta mañana. Al principio no quería dármelas, pero cuando he pronunciado la palabra «Kurnow», me las ha vendido a un módico precio. —El profesor le dio una de las botellas a Ian—. No tengo la menor idea de lo que es porque es imposible leer lo que pone en la etiqueta, pero en caso de apuro siempre puede administrárselo a los sospechosos reacios a confesar. Yo, por mi parte, invitaré alguna que otra vez a un traguito a una de las hermanas de la recepción.

Los dos hombres se echaron a reír.

Cuando llegaron a Dublín se dirigieron al aparcamiento donde el profesor había dejado su coche. Roughat sacó un papel que había detrás del limpiaparabrisas.

—¡Serán idiotas! —exclamó molesto—. Tiempo superado. ¿Pretenden que venga

cada dos horas al coche para sacar un tique nuevo?

—Démelo a mí —propuso O'Connor al tiempo que le quitaba la multa de la mano—. Ya me ocuparé yo de esto, aunque sólo sea para agradecer sus atenciones.

Antes de subir al coche, respiró profundamente dos veces y una casi imperceptible sonrisa iluminó su rostro. Algo que no pasó inadvertido a Roughat.

—Es bonito estar de nuevo en casa, ¿verdad, inspector?

—¡Y que lo diga! Han sido amabilísimos y de lo más hospitalarios, pero no he podido sacarme de encima la sensación de estar llevando un corsé de hierro.

—Bien, en ese caso sáquese esa prenda interior tan poco *sexy* y suba al coche. Aunque le confieso que yo he tenido la misma impresión y estoy encantado de estar de vuelta.

Roughat dejó a O'Connor allí donde lo había recogido. Era ya de noche y a Ian no le apetecía en absoluto pasar por la comisaría. Levantó la gorra e hizo un gesto de despedida detrás del coche, que ya había proseguido su camino. Tomó la maleta y se dirigió hacia su casa.

Si su mascota hubiera sido mayor, sin duda habría hecho caer a Ian cuando se abalanzó sobre él. Llegó corriendo y se puso a saltar y a ladrar desesperadamente.

—Oye, oye, tampoco he estado fuera tanto tiempo.

O'Connor se arrodilló en mitad del camino y acarició a la perrita. Los dos estaban felices de volver a estar juntos. Y tuvo aún otra alegría cuando advirtió a Betty en el umbral de la puerta.

—Hola, señor inspector —lo saludó ella sonriendo—. ¿Ya estamos de vuelta? Veo que no le han gustado las mujeres polacas —añadió con ironía.

—Todo lo contrario, unas mujeres guapísimas —siguió él la broma—. Se lo aseguro, fogosas y predisuestas... pero demasiado agotador para un viejo criminalista como yo.

—¡Ay, pobrecito, qué pena me da! —exclamó Betty, para luego abrazar a Ian con una expresión compungida en el rostro—. Necesitará entonces que le ayude a recobrar las fuerzas.

—Exactamente, sobre todo si es en un sitio concreto —observó él riéndose al tiempo que estrechaba a la mujer contra sí.

—Eres un bellaco incorregible, O'Connor... —Se dieron un largo beso. Cuando ella pudo por fin soltarse y tomar aire, añadió—: Por cierto, esta mañana ha llamado *sir* Winston y ha preguntado por ti.

—¿Qué quería? Ya sabía que estaba de viaje.

—No tengo idea. No me ha dado explicación alguna.

—Bien, seguramente no debía de ser muy importante. Mañana ya me enteraré... ¿Te quedas esta noche? —preguntó O'Connor.

—Desgraciadamente no puedo. Tengo que ir al *pub* porque mi sustituto se ha puesto enfermo... pero es preferible así.

—¿Por qué?

—Así podrás descansar un poco y recuperarte de tu aventura amorosa —observó Betty riendo—. Ven, que antes de marcharme quiero comprobar si tu rendimiento corporal ha sufrido daños.

Sonrió maliciosamente y se llevó a O'Connor dentro de la casa.

\* \* \*

A la mañana siguiente, nada más llegar, O'Connor coincidió con *sir Winston* en el pasillo de la comisaría de policía.

—Me alegro de que haya regresado —saludó el primero.

—¿Hay algo nuevo por aquí?

—Más bien sí —fue la respuesta de *sir Winston* al tiempo que tomaba asiento detrás de su escritorio. Ian se quedó de pie—. Aquí tiene los primeros resultados del examen de las pruebas del caso. —Alargó a Ian una pila de papeles—. No he tenido ocasión de estudiarlos... —Miró a O'Connor fijamente—. Anteanoche entró un intruso en casa del prelado Montgomery.

\* \* \*

—¡Qué dice! —exclamó O'Connor mientras que se dejaba caer en uno de los confidentes del despacho de *sir Winston*.

—No se asuste, él está bien —se apresuró a explicar su superior—. Afortunadamente no estaba en casa.

—Menos mal —observó Ian pensativo, pero aliviado a la vez—. ¿Qué pasó?

—Él estaba dando una conferencia en un colegio de Portadown —empezó a explicar *sir Winston*—. Cuando regresó a casa advirtió que la puerta había sido forzada. Tuvo el acierto de avisar a nuestros colegas de Portadown y juntos entraron en el domicilio. Pero ya no había nadie dentro. Lo único...

—Lo único ¿qué? —preguntó O'Connor impaciente.

—En la alfombra de su estudio habían dibujado un enorme círculo en rojo con unos símbolos indefinidos en su interior. Y en el centro habían dejado un vibrador de plástico.

—¿Y la cruz?

—Gracias a Dios estaba en lugar seguro. El prelado Montgomery había seguido su consejo y la había puesto a buen recaudo fuera de la casa.

—¿Hay algún indicio sobre la identidad del intruso?

—Bien, deduzco por las inquietantes señales que ha dejado atrás el autor que está relacionado con nuestro caso. Supongo que esto no debemos ponerlo en duda. Antes de que me pregunte: no, no encontramos ni huellas ni otros indicios que nos pudieran

llevar a una conclusión.

—¿Y la señorita Bown?

—No estaba en la casa. Me explicó el prelado Montgomery que está en Francia, que ha ido a organizar un ciclo de conferencias.

—¡Esa gente está empezando a sacarme de mis casillas! —exclamó Ian, en cuyo entrecejo aparecieron unos profundos surcos—. Iré a visitarlo y a ver qué me cuenta —añadió.

—Yo también lo he pensado y voy a acompañarle. Dígame a qué hora quiere que vayamos. —*Sir Winston* se enderezó en su sillón—. Y ahora cuénteme por encima cómo le ha ido su visita a Polonia. Luego en el coche ya podremos hablar de ello más detenidamente.

—Creo que los autores tienen ahora dos problemas. —O'Connor inició su breve relato con la información que había obtenido durante su viaje. *Sir Winston* lo miraba lleno de expectación—. Debemos deducir que tanto los dos asesinatos de Polonia como el del padre Toldrim han sido obra del mismo grupo, y el móvil principal ha sido esa cruz.

—¿Y qué es eso de que tienen entonces dos problemas, como ha dicho antes?

—Le explico: uno de los dos sacerdotes polacos pasó a mejor vida ante el asesino y sin que éste tuviera que intervenir para nada. Parece que primero torturan a los curas. Si deducimos que quieren averiguar algo de ellos, entonces el padre Wlodystaczinski les dejó con un palmo de narices. Antes de que ellos pudieran siquiera empezar con él, se les murió de un infarto normal y corriente. Es decir, problema número uno: no pudieron enterarse de lo que habían ido a averiguar.

—¿Y problema número dos?

—Ni han encontrado al prelado Montgomery, ni han podido apoderarse de su cruz. Y, por motivos obvios, ya no pueden dirigirse al padre Wlodystaczinski.

—Pero sí al prelado Montgomery —observó *sir Winston* pensativo.

—Efectivamente. Hasta que tengamos una pista concreta debemos ponerle bajo protección policial. —O'Connor finalizó la reflexión de su superior—. Porque es evidente que quieren esa cruz a toda costa. Esos objetos han de esconder un secreto, pero créame, señor, voy a descubrir el misterio —aseguró Ian mirando decidido a su jefe.

—De eso no me cabe la menor duda, inspector. ¿Qué tiene pensado hacer ahora?

—Lo primero que quiero hacer es llamar por teléfono a Toni Calabrese, a Roma.

—¿Al que le gustan tanto las mujeres?

—Eso es. Voy a intentar que descubra lo que pasa con esas cruces, por ejemplo, cuántas iguales existen todavía.

—Sí —asintió *sir Winston*—, sí, creo que necesitamos algo más de información al respecto. ¿Confía usted en ese colega?

—Si no pudiera confiar en él, ya no podría confiar en nadie —aseguró Ian—. Que sea un mujeriego impenitente no quiere decir que no sea un buen policía, me parece a

mí.

—Claro, ¿y a qué está usted esperando?, llame a ese Toni de una vez —dijo *sir* Winston conforme se ponía en pie—. Yo mientras iré a reservar un coche.

O'Connor se levantó a su vez y, con los resultados de los exámenes periciales bajo el brazo, se dirigió a su despacho. Se sentó detrás del escritorio, se reclinó contra el respaldo y se puso a mirar al techo. Necesitaba urdir un plan a la mayor brevedad posible. ¿Era incapaz de resolver este caso, mejor dicho, esos casos? No. Hasta aquel momento no tenía nada concreto a donde agarrarse. Pese a que no tenía ni una pieza del retrato del culpable, había adelantado bastante. Una secta, parecía un hecho. Satanistas, también un hecho. Pero por qué parte del mundo se movía esa gente. Tenía que presionar más al prelado Montgomery. Ahora, como él mismo se había convertido en un blanco de los asesinos, iba a poder forzar algo más el interrogatorio. Eso.

Encendió la pipa y, entre bocanada y bocanada, se puso a leer el examen pericial. La sangre encontrada en la ropa pertenecía al padre Toldrim. ¡Vaya descubrimiento! Frunció el entrecejo. Como eso siguiera así de poco le iba a servir. Las huellas dactilares, nada; la mayoría pertenecían al propio padre Toldrim, y las otras, que habían sido cotejadas con el archivo nacional, tampoco habían dado resultado alguno. Si alguna de ellas pertenecía al asesino, éste no se había enfrentado hasta la fecha con nada tan grave susceptible de que sus huellas dactilares pasaran por el servicio de identificación. Hojas y más hojas, pero nada nuevo. De repente Ian volvió a arrugar el entrecejo.

El examen de la hebra de hilo que había encontrado y adjuntado a las demás pruebas. No era un hilo. Era un cabello humano. Un cabello oscuro. Sin raíz, pero, de todas formas, arrancado. Ian siguió leyendo. Había más. Habían encontrado otro cabello en la sotana. ¡Según parecía los dos cabellos eran idénticos!

Pero bueno. De hecho, tampoco eso conducía muy lejos, pero por lo menos la persona que entró en el despacho del padre Toldrim estuvo en tan estrecho contacto con el muerto que en el futuro se podría encontrar también algún cabello en sus propias ropas. Bingo. El cabello debía de pertenecer también al asesino.

Por desgracia faltaba la raíz, y en estos casos el análisis de ADN resultaba difícil y caro. Pero no había más que esperar un poco, hasta que tuvieran a un sospechoso entre manos. Satisfecho, Ian dio una bocanada a la pipa y alzó la bolsita de plástico, donde los especialistas habían guardado el cabello, contra la luz de la ventana.

«¡Te pescaré, bestia!», pensó antes de volver a dejar la prueba dentro del expediente. Luego abrió el cajón del escritorio y sacó una libreta negra de direcciones. Después de hojearla un poco, dio con el número de Antonio Calabrese. Solicitó línea a través de la centralita para una llamada internacional. Luego marcó el número de una comisaría de policía en Roma desconocida para él.

—*Polizia...*

Ian no entendió nada más de lo que dijo la voz masculina al otro lado de la línea.



—Aquí la policía de Irlanda. Me gustaría hablar con el señor Calabrese —dijo en un buen y redicho inglés.

—*Scusi?* —respondió la voz que evidentemente no entendía una palabra de inglés.

—*Io sono uno sargento di polizia in Irland* —chapurreó O'Connor en un italiano que había retenido de intentos anteriores de aprender aquella lengua tan cadenciosa—. *Signore Calabrese, prego.*

O'Connor tuvo miedo de que el hombre al otro lado de la línea creyera que le estaba tomando el pelo y de tener que seguir explicándose a duras penas hasta conseguir hablar con el interlocutor deseado, pero en cambio gritó algo incomprensible en la estancia donde se hallaba. Ian sólo entendió la palabra Toni. Tal vez estuviera de suerte y Toni estuviera de servicio. ¿Por qué no iba a tener suerte por una vez? ¡Tenía suerte!

—Calabrese —se oyó al cabo de unos segundos.

—Hola, Toni, soy Ian O'Connor de Irlanda, ¿te acuerdas de mí?

Una corta pausa para situarlo.

—¡Ian! —exclamó de pronto el italiano en un tono alegre—. *¡Santa Lucia, Ian! Tu come stai?*

—*Io sto bene, grazie* —contestó O'Connor en el auricular—. Pero déjame hablar en inglés, por favor.

—¡Claro, O'Connor! —aceptó Calabrese cambiando al inglés; a pesar de la distancia se le oía tan bien que parecía estar en el cuarto contiguo. Toni gritó algo en italiano a la estancia donde estaba y al instante dejaron de oírse las voces de fondo que Ian había percibido—. Vaya, Ian. ¿Y eso? Primero he pensado que era una broma. ¿Cuánto tiempo hace desde que coincidimos en aquel seminario? Unos cuatro o cinco años, ¿verdad?

—En efecto, Toni, como mínimo. —O'Connor carraspeó—. Oye, Toni, necesito tu ayuda. Tu ayuda profesional —se apresuró a añadir a fin de evitar malos entendidos.

—Yo pensaba que debía buscarte una fogosa *signorina* —replicó riéndose Calabrese al otro lado de la línea.

—¿Sigues yendo detrás de todas las faldas que ves?

—Claro, Ian, hasta que no las haya probado a todas no sabré por cuál me debo decidir. Pero, bueno, dime qué puedo hacer por ti. Estoy a tu servicio.

—¿Tienes cinco minutos? Porque lo que debo explicarte puede llevar un rato.

—Claro, hombre, para ti lo que sea, anda habla.

O'Connor hizo un resumen del caso en el que estaba trabajando y le contó sobre los dos asesinatos en Polonia.

—*¡Santa Maria...!* —fue lo único que iba exclamando de vez en cuando Calabrese, que evidentemente escuchaba con mucha atención.

—Entonces —prosiguió O'Connor—, parece que todo gira en torno a las cruces

que el Vaticano les regaló a los fallecidos. Desconozco si estás en condiciones de ayudarme, pero no sabía a quién dirigirme. La verdad, prefiero evitar esos artilugios modernos como el fax.

Se abrió la puerta del despacho de O'Connor y *sir* Winston entró en la estancia. Ian le invitó mediante un gesto de la mano a que tomara asiento.

—Toni, lo que necesito saber es cuántas de estas cruces existen, es decir, cuántas se han regalado desde hace un año y medio o dos años. Necesito saber la razón de estos regalos y si hay algo especial con respecto a ellas. ¿Crees que podrás ayudarme?

—Voy a ver lo que puedo hacer por ti, ¡aunque deba meterme debajo de las faldas de las monjas! —bromeó Calabrese según iba reflexionando—. Creo que ya tengo una idea. No hace mucho, le puse una multa a un monje regordete... ya no recuerdo la razón. Creo que trabajaba en el propio Vaticano. Me ayudará. En caso contrario le amenazaré con irme a confesar con él. Y creo que es algo que no podría soportar. — Se oyó una sonora carcajada en el auricular.

—Igual se le despierta la curiosidad —replicó Ian.

—¿Cómo te puedo contactar? —preguntó el italiano.

Al otro lado de la línea, en una comisaría de policía, se oyó un crujido. Aparentemente Calabrese había acercado un bloc de notas. Ian le dio los números de teléfono y de fax.

—Tan pronto como averigües algo, por favor, ponte en contacto conmigo — insistió Ian.

—Claro, hombre. Pero lo que debieras hacer es venir aquí y nos daríamos una vuelta en tren por la región —bromeó Calabrese—. Estoy convencido de que encontrarías algún vino o alguna mujer italianos a tu gusto. ¿O te has casado ya?

A O'Connor le sorprendió esta última pregunta, pues era evidente que su colega tenía del matrimonio la misma idea que él.

—A mí no me quiere ninguna —fue la sincera respuesta—. ¿Y tú?

—No, y yo tampoco quiero ninguna, pero tal vez aquí podríamos cambiar lo tuyo. Y piensa en nuestra cocina italiana —siguió insistiendo Toni.

—Es posible que algún día acepte tu invitación, pero primero tengo que solucionar aquí mi caso, y para ello necesito de tu ayuda.

—Te llamaré, Ian, cuenta con ello. *Ciao* —se despidió Calabrese antes de colgar el auricular.

O'Connor colgó a su vez el teléfono y se rascó la cabeza.

—Bien, otra cosa hecha —le dijo a *sir* Winston—. Nos vamos cuando quiera.

En su fuero interno se sentía satisfecho. No le quedaba más que confiar en que Toni Calabrese pudiera descubrir alguna cosa para él. De hecho, estaba convencido de que iba a conseguir algo. Y luego le iba a tocar a él ocuparse de seguir el asunto. Ian sorbió por la nariz y se puso en pie.

\* \* \*

Sonó el teléfono y O'Connor levantó el auricular. Era la centralita de la comisaría.

—Ha sido una conversación muy cara, inspector. ¿Tenía usted autorización?

—Pues, claro —contestó él sin entender y en un tono ligeramente irritado.

—Le ruego que me firme la llamada —insistió la mujer de la centralita.

—Cuando tenga tiempo me pasaré por ahí —replicó O'Connor antes de colgar de golpe—. ¡Será cretina! —murmuró para sí mismo mientras se ponía la chaqueta.

—He telefonado al prelado Montgomery para ponerle sobre aviso de nuestra visita —informó *sir* Winston al llegar al patio donde buscó con la mirada a su alrededor.

—¿Qué coche ha podido conseguir? —preguntó sonriendo Ian.

—Uno civil, pero dónde demonios...

Con aspecto desvalido, *sir* Winston recorría con la mirada el parque de automóviles allí aparcados. O'Connor tomó de su mano la llave y leyó una matrícula en la etiqueta de plástico.

—No busque el grande, el nuestro está allí —indicó al tiempo que señalaba el coche de equipamiento espartano que él había utilizado para ir a ver al prelado Montgomery la primera vez.

*Sir* Winston arrugó la nariz al ver aquel coche pequeño.

—Creo que para misiones representativas debiéramos contar con un coche representativo —refunfuñó mientras se encaminaba hacia allí.

—Tiene usted toda la razón, señor —dijo Ian reprimiendo una sonrisa—. ¿Quiere conducir usted o prefiere...?

—No, no, conduzca usted —contestó *sir* Winston, mientras observaba con mirada escéptica el utilitario donde iba a pasar las siguientes horas—. Es una vergüenza con la cual debe vivir la policía de nuestro país.

—En efecto, señor, así es —convino el inspector.

Luego abrió la puerta del pasajero para *sir* Winston y fue a instalarse a su vez detrás del volante. Su superior se dispuso a entrar en el vehículo, pero el sombrero rozó el techo y cayó al suelo. Lo recogió y sin dejar de renegar.

—¡Es realmente una vergüenza! —rezongó.

Durante el trayecto O'Connor le puso al corriente de las incidencias de su viaje a Lublin y de todo lo que, junto con el profesor Roughat, habían podido averiguar. *Sir* Winston escuchó atentamente y en silencio.

—¿Qué hacemos con el prelado Montgomery? —preguntó al inspector cuando éste hubo acabado su relato.

—Bien —empezó a decir Ian mientras buscaba las palabras adecuadas—. En mi opinión debe usted hacer uso de su autoridad para conseguirle protección policial. Si

lo pido yo, se me reirán a la cara.

—Tiene razón, Ian.

O'Connor dio un respingo. Según podía recordar, era la primera vez que su jefe llamaba por su nombre de pila a un funcionario de la policía de Athlone.

—Pero no sólo con la policía, señor.

—¿A qué se refiere?

—Bien, Montgomery es un hombre muy activo que no se dejará intimidar tan deprisa, por consiguiente, puedo suponer que no le dará valor alguno a nuestra protección. Al fin y al cabo ha declarado abiertamente la guerra a las sectas.

—Cierto. A ver qué se me ocurre... —dijo *sir* Winston antes de sumirse en sus pensamientos.

En aquella ocasión O'Connor cruzó con el coche la verja abierta y aparcó delante de la propia casa del prelado Montgomery. Apenas había apagado el motor cuando aquél apareció por la puerta para salirles al encuentro.

—Señores, no saben cuánto les agradezco que hayan venido tan deprisa... ¡qué horrible asunto! —dijo a modo de saludo a los dos policías—. Usted debe de ser *sir* Winston —añadió conforme alargaba la mano al jefe de la policía—. Inspector, tuvo usted razón al sugerirme que pusiera la cruz en lugar seguro. Me alegro de haber seguido su consejo.

O'Connor estrechó a su vez la mano del prelado Montgomery.

—Una historia espantosa —convino *sir* Winston con una expresión desolada en el rostro.

—Pero si esa gente cree que pueden amilanarme, se equivocan de medio a medio. Toda la Iglesia católica les ha declarado la guerra —replicó Montgomery en tono irritado—. Entren, señores, vengan a examinarlo todo. Le dije a nuestra policía que no tocaran nada —añadió mientras acompañaba a los dos hombres hacia el interior de la casa.

—Me alegro de que Lorraine no esté aquí. Con eso del pene... se habría impresionado demasiado y es una chica tan sensible.

—¿Dónde está? —quiso saber Ian.

—En París —contestó Montgomery—. Voy a tener el gran honor de dar una conferencia sobre mi especialidad en Notre Dame para clérigos franceses. Se ha adelantado para organizarlo todo.

Ian hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Los visitantes se quitaron los abrigos, y a continuación el prelado los llevó al lugar de los hechos.

—He dejado la alfombra como estaba... ¿Recuerda que le dije que la había traído de Cachemira? —observó dirigiendo la vista hacia Ian.

Sobre el lujoso artículo aparecía una circunferencia de aproximadamente un metro de diámetro. Era de un rojo muy vivo y brillante. En el borde había una serie de garabatos indefinidos situados a un par de centímetros el uno del otro.

—La policía se ha llevado el pene, han dicho que por las huellas digitales —

aclaró Montgomery—. Pero les he pedido que se lo hagan llegar a ustedes apenas hayan terminado con el examen. Además, tengo la impresión de que sus colegas no le han atribuido la importancia necesaria.

—Yo en persona me ocuparé del asunto —se apresuró a decir *sir* Winston.

—Menos mal que yo no estaba en casa. Estaba dando una conferencia en la St. Joseph School, para los padres. Y cuando volví a casa... —Montgomery hizo una pequeña pausa—. ¿Qué ha podido averiguar en Polonia, inspector?

Este último explicó lo esencial y las deducciones relacionadas con los asesinatos.

—Esta mañana me he puesto en contacto con mi colega italiano Toni Calabrese —prosiguió—. Quiero saber cuántas cruces salieron del Vaticano hacia la misma época y adonde fueron a parar. Tal vez arroje algo de luz sobre el caso.

—Una idea estupenda. Esperemos que ese... ¿cómo se llama?, Calabrese, pueda ayudarlo, inspector.

—Ojalá. Trabaja precisamente en una pequeña comisaría de policía en las inmediaciones del Vaticano. Si él no puede ayudarnos, nadie podrá hacerlo.

—Está bien. Por cierto, tengo algo para usted —anunció el prelado Montgomery sacando un par de notas de su mesa de trabajo. Ian lo observaba con curiosidad.

—He podido saber que de vez en cuando se reúnen unas cuantas personas en la orilla del Shannon y que según parece celebran misas u orgías. Nombres no he conseguido, inspector, pero debe de ser un lugar entre Clonmacnoise y Athlone. ¿Tiene idea de dónde puede ser?

—Creo que sí —contestó Ian pensativo—. Hay una explanada natural donde suelen ir de vez en cuando los enamorados en busca de intimidad. No puede tratarse de otro sitio. Iremos a inspeccionar. —Sorbió por la nariz—. Por lo menos tenemos un punto de referencia. ¿Y cree usted que son satanistas?

—Puedo enterarme. Pero, en cualquier caso, parece que hacen como misas negras, lo cual es algo característico de esta secta.

—Señor, si no le importa, me gustaría echar un vistazo afuera —propuso O'Connor—. Además, creo que *sir* Winston quiere comentar con usted un par de asuntos —añadió al tiempo que lanzaba un expresivo guiño a su jefe.

—Usted mismo, inspector —contestó el prelado Montgomery—. Por favor, tome asiento, *sir* Winston.

O'Connor salió y dio la vuelta a la casa. Sin embargo, no vio nada que pudiera ayudarlo en la investigación. Claro que habían transcurrido muchas horas y seguramente sus colegas de Portadown ya debían de haber estado buscando alguna pista. De todas formas, allí no parecía haber nada interesante.

\* \* \*

—¿Ha conseguido convencer al prelado Montgomery de que necesita protección

policial? —preguntó Ian durante el viaje de regreso.

—No estoy demasiado seguro. Tiene una gran y marcada personalidad, pero por lo menos me ha prometido que se lo va a pensar.

Era ya de noche cuando el coche entró en el patio de la comisaría de Athlone. Ian se despidió de su superior y recogió su bicicleta. Estaba cansado. Como Betty no tenía tiempo para él porque trabajaba aquella noche, decidió que se daría el lujo de una Stout y luego se iría a la cama.

Sumido en profundas reflexiones, llegó a casa y cumplió con la ceremonia habitual con *Jessy*. En el camino de entrada había recogido la correspondencia del buzón.

Después de haberse puesto cómodo y de haberse instalado en el sofá, le echó un vistazo a la pila de correspondencia. Periódicos y publicidad. Dentro de uno de los diarios había un sobre blanco sin remitente. Ian rasgó el borde y sacó una hoja de papel blanco.

*No metas las narices en cosas que no entiendes.  
¡En caso contrario, no tardarás en verte así!*

Ian se quedó de piedra. En la parte inferior de la hoja había pegada la foto de un hombre desnudo. El pedazo donde se hallaban los genitales había sido arrancado y pegado a un par de centímetros de la foto original. Le recorrió un escalofrío por toda la columna vertebral.

Acarició abstraído a *Jessy*, que no le quitaba la vista de encima. Se había sentado en el suelo y se arrimaba a la pierna de su amo. O'Connor volvió a leer la nota. Esos cerdos. ¿Qué significaba aquello? Examinó la foto. El hombre desnudo sonreía de modo ambiguo en su dirección. El mensaje era inequívoco. Era un aviso. ¿De quién? Claro, de los autores, o del autor. Ian tomó a *Jessy* para ponerla sobre su regazo. Tan pronto como ella notó el gesto, saltó sin reparo a la mano que se le ofrecía. O'Connor dejó a un lado la carta con su sobre.

Por consiguiente, sabían quién estaba al cargo de la investigación. Bien, tampoco era un secreto en una ciudad pequeña como aquella. Era el único criminalista dentro de la policía de Athlone. Se podía poner la mano en el fuego por que era él quien se ocupaba de aquel caso. ¿Por qué aquel aviso? No podía evitar que la vista recayera una y otra vez sobre el hombre con el pene arrancado. Un ejemplar imponente, no cabía duda. Papel brillante, como muchas revistas de ese tipo. ¿Por qué, sin embargo, ese aviso en aquel punto de la investigación? El mensaje era claro. E iba dirigido a él.

*Jessy* se había arrebujado en su regazo. Las caricias eran mecánicas pero, mientras no pararan, a ella le daba igual. Notaba que algo le pasaba a su amo. Conocía aquella atmósfera tensa que percibía en situaciones semejantes. Parecía otro. Ian se había puesto nervioso. Los animales advertían el humor de los humanos.

O'Connor volvió a tomar el sobre y la carta. Un papel muy grueso. Nada del que se acostumbra a utilizar en la máquina de escribir o en la impresora de una

computadora. De mayor gramaje, más consistente, es decir, un papel caro. También el sobre parecía de calidad. ¡Las huellas dactilares! En qué estaría pensando, tenía que haber pensado en ello. Por si acaso, agarró los dos documentos por las esquinas. Los iba a mandar al laboratorio para que los analizaran. Seguro que iban a encontrar tanto sus propias huellas como las del cartero. O'Connor se fijó en el sobre. Había sido sellado en la ciudad.

Entonces también las de los empleados de correos y cualquiera sabía cuántas más se podían encontrar. A lo largo de su carrera había recibido frecuentes amenazas, pero aquello era distinto. El mensaje no estaba escrito a mano, ni con una máquina de escribir, sólo impreso en una impresora de un ordenador. Ian alzó la hoja DIN A4 para ponerla contra la lámpara de la sala. Se distinguía una marca. Un papel caro. ¿Era una casualidad o había sido escogido de manera consciente? ¿Qué es lo que había descubierto para desencadenar aquella reacción en los criminales? De hecho, todavía no había averiguado mucho. Bien, tres asesinatos; bueno, dos y medio. Uno allí en Irlanda, dos en Polonia. La incursión en casa del prelado Montgomery. Ketamina, cloruro potásico. El autor debió ya de imaginar que la policía iba a descubrir esto. ¿Quién estaba al corriente de las pesquisas que había llevado a cabo hasta aquel momento? *Sir Winston*, el prelado Montgomery, el profesor Rought, Jackson, Betty, Cullingham, el padre Creek. Ah, sí, y además Molly, el joven policía y Toni. ¿Qué les había contado? Todo. ¡Bah! Todas las personas que habían acudido a su mente, o eran ajenas al caso, o les afectaba personalmente, o les interesaba que se aclarase. ¿Quién entonces?

Sólo quedaba una posibilidad. Lo estaban vigilando. Ello significaba entonces que el o los autores procedían de aquella comarca. Ian se pasó la mano libre por el cabello. El o los culpables habían cometido un nuevo error. Le dio a *Jessy* una suave palmadita que hizo que el adormilado animal saltase del regazo de su amo y lo observara con curiosidad. O'Connor se dirigió a la cocina para buscar una botella de cerveza Stout de la nevera. Sin dejar de darle vueltas al asunto, sacó un abridor de un cajón y abrió con él la botella.

«Te voy a coger, cerdo», pensó mientras regresaba a la sala. «No te vas a ir de rositas, puedes estar seguro». Ian era muy estricto a la hora de separar el trabajo y su vida privada. Cuando por la mañana se subía a la bicicleta, estaba de servicio y nada más. Cuando por la noche guardaba aquélla en el cobertizo, se convertía en un hombre corriente y seguía siéndolo aunque recurrieran a él desde la comisaría. Sin embargo, ahora alguien había traspasado el umbral de su vida privada, un umbral que para él era sagrado. Algo que no podía permitir de ninguna de las maneras.

O'Connor buscó una funda transparente para documentos en los diferentes cajones de la casa. Encontró una que contenía una vieja póliza de un seguro de vida. Con sumo cuidado cogió la carta y el sobre por los cantos y los introdujo en la funda. Tenía un cabello del asesino. Sabía que el culpable debía de tener inclinaciones sádicas, y también que su comportamiento rebasaba los límites de la cordura. Además

contaba ahora con una hoja de papel que parecía cara y que seguramente no era un artículo de gran consumo, así como con un sobre que en su humilde opinión se salía también de lo que se encontraba habitualmente en el comercio. Iba a aclarar el caso. De ello no cabía la menor duda, aunque ya hubieran transcurrido varios días desde los asesinatos.

¿Qué iba a hacer seguidamente? Debía ir a examinar el lugar descrito por el prelado Montgomery. Eso sin lugar a dudas. Tal vez pudiera así entrar en contacto con los satanistas o por lo menos conocer a una persona que le condujera hasta ellos. También debía someter a examen tanto el papel de carta como el sobre, a fin de averiguar dónde habían sido comprados. Y luego debía encontrar la revista de donde habían arrancado la foto. Quizás hallara allí indicios sobre las inclinaciones sexuales del remitente de la carta. Dentro de la pornografía había muchos grados. Tanto sencillos como complicados. Revistas para maricas, para lesbianas, para sadomasoquistas. Guarradas. Seguro que el cuerpo de policía no iba a financiarle semejantes revistas. Así pues, iba a tener que rascarse su propio bolsillo. Bien, pero el asunto valía el esfuerzo ¡Si el asesino quería guerra, pues la iba a tener!

O'Connor se dirigió a la puerta con la cerveza Stout en la mano. Fuera había anochecido y soplaban una leve brisa.

«¡Te voy a meter entre rejas, hijo de puta!», gritó al cielo nocturno antes de dar otro trago de cerveza. Ojalá Toni Calabrese averiguara algo. ¡Seguro que lo iba a conseguir! Tal vez le estaban observando en aquel preciso momento. Escudriñó en la oscuridad. Alguien se había atrevido a inmiscuirse en lo más sagrado de su vida, su hogar. Se arrodilló y se quedó mirando a la perrita, que se había echado en el felpudo para estar junto a él.

—Ahora debes ser muy cauta, *Jessy* —dijo en un tono serio que hizo que el animal alzara las orejas como si hubiera podido entender el contenido de las palabras—. Hay alguien que nos quiere asustar. ¿Vamos a dejar que lo haga? —preguntó conforme fijaba la mirada en los ojos marrones y confiados de su perra.

*Jessy* se irguió moviendo la cola y se puso a ladrar en dirección a la oscuridad. Ian sonrió y volvió a entrar en la casa. Los dos pasaron muy mala noche.



## 6

Habían pasado dos días desde la llamada telefónica de Irlanda, y Antonio Calabrese andaba revolviendo en los cajones de su escritorio. Prestaba servicio como *carabiniere* en la Ciudad Santa. Le gustaba ser policía. Le divertía su trabajo. Tenía que relacionarse con el género humano, a menudo incluso con el femenino, y de éste no faltaba en absoluto. Lo suyo era el sexo femenino.

Toni encarnaba la imagen soñada de un italiano típico. Rondaba los treinta y cinco años. Tenía el típico cabello latino, negro y consistente, que pese a los esfuerzos del peluquero crecía como sin orden ni concierto. Los ojos de Calabrese eran oscuros y en ellos a menudo las mujeres percibían reflejos de pasión. Además, con su flamante uniforme de policía tenía de verdad un aspecto imponente. Sin embargo, su verdadero atractivo estribaba en su carácter y en su irresistible sonrisa, con los cuales, tantos conflictos profesionales y privados había ya podido resolver. Para él, los términos tristeza, miedo y preocupación parecían no existir. La vida era fantástica, sobre todo en lo que respectaba a la femenina, y él parecía estar bendecido por el buen Dios del cielo, a juzgar por las oportunidades que le ofrecía una y otra vez de conocer a nuevas mujeres. No cabía duda de que un día u otro iba a tener que comprometerse y entonces ser fiel a la escogida, pero para ello quedaba todavía mucho tiempo. No se puede saber lo que la vida nos depara. Además, como es sabido, vivir es más importante que estudiar. Y Toni era un maestro a la hora de vivir.

—¿Cómo cuernos se llamaba el maldito cura al que le puse una multa hace un par de semanas? —gruñó para sí mismo conforme rebuscaba en la insondable profundidad de los cajones de su escritorio.

—¿Qué pasa, Toni? ¿Has tenido otra vez una aventura con una casada y ahora quieres confesarte para tranquilizar tu conciencia? —bromeó uno de sus colegas.

—¡Déjate de tonterías, Angelo! —le espetó Toni—. Hay un policía irlandés que me ha pedido ayuda. Y por ello necesito a mi vez la ayuda de ese clérigo.

—Esto es algo muy nuevo en ti, Calabrese.

—¡No entiendes nada! Maldita sea... Si pudiera encontrar esa maldita multa... —murmuró Calabrese, para a continuación revolver por centésima vez los cajones de su escritorio de arriba abajo. Finalmente, resignado, se quedó mirando el techo—: Sé que trabajaba en el Vaticano.

—Pues esto sí que es una buena pista —observó sarcásticamente Angelo—. ¡Como hay tan poquitos curas allí!

—¡Cállate y déjame pensar! —exclamó Toni enfadado, no tanto por las bromas de su colega como por no poder encontrar lo que andaba buscando.

—De acuerdo, entonces dime si después del servicio vendrás conmigo a tomar una copa al bar.

—No creo, no tengo la acompañante adecuada —replicó Toni sonriendo maliciosamente a su colega.

—¿Qué ha pasado con la pelirroja de hace poco? Estaba buenísima.

—Pues, chico, que era agotadora y uno debe dormir de vez en cuando. ¡Vaya pieza! Te lo aseguro. Y ya te digo, necesito dormir, y solo. Dime, ¿tienes algún contacto en el Vaticano?

—¿Qué quieres del Vaticano?

—Pues mira, conocí a un policía en un seminario, era un irlandés, un tipo estupendo, aunque algo paradito, y ahora resulta que me ha pedido ayuda. Han tenido allí uno o dos asesinatos y él cree que podrían estar relacionados con nosotros. Me ha pedido que averigüe un par de cosas.

—¡Y tú vas y aceptas! ¿No?

—Escucha, sabelotodo. Simpaticé mucho con ese tipo, y cuando alguien que me cae bien me pide un favor puede contar con Toni Calabrese, ¿has entendido?

—Está bien, está bien —tranquilizó Angelo a su interlocutor—. Si no logras encontrar esa famosa multa, siempre puedes ir adonde se reúnen todos los curas por la tarde al salir del trabajo.

—¡Muy gracioso! Pero de verdad, no sé por dónde empezar.

—Pues es tu problema. ¿Soy yo quien se ha comprometido con un irlandés o eres tú?

—Llevas razón. Lo que voy a hacer es dedicarme a patrullar por aquí. Ya sé que sólo hay ángeles encarnados y con sandalias y monjas, pero deben de tener también sus encantos escondidos —observó Toni, cuyo rostro había vuelto a iluminarse con una sonrisa.

—¿Te lo has hecho con una monja alguna vez? —preguntó Angelo curioso.

—¿Estás loco? Y ahora déjame en paz con tus tonterías. Voy a hacer una ronda. Va a ser un asunto pesado, pero una promesa es una promesa.

\* \* \*

Eran las cinco y media de la tarde cuando Calabrese salió por la puerta del cuartelillo de los *carabinieri*. Pese a lo avanzado del año, el sol brillaba en el cielo. La alegre actividad en las calles de la histórica ciudad estaba en su apogeo. El olor procedente de los muchos restaurantes y terrazas que ofrecían, junto a la pasta y todo tipo de marisco, dulces y el famoso helado italiano, se mezclaba con el parloteo políglota de los nativos que anunciaban sus mercancías y la animada charla de los turistas. A Toni le encantaba esa atmósfera. También la moda que se llevaba aquel año era muy variada y, sobre todo en el sexo femenino, muy de su agrado. Calabrese iba sonriendo para sus adentros mientras efectuaba su ronda. Las señoras embutían en unos vaqueros muy ceñidos unas formas corporales generalmente muy proporcionadas. En la parte de arriba parecía estar todo permitido, desde sencillas camisetas hasta elegantes y ligeras blusas que dejaban entrever lo que había debajo y

que estimulaba su ya de por sí despierta fantasía.

A pesar de estos estímulos tan agradables para él, no se le escapaba nada relacionado con su profesión. Trileros, carteristas y ladrones se sentían a sus anchas en medio de aquel torbellino de gente cuyo dinero parecía fácil, y contaban con muchas oportunidades para poner en práctica rápida y anónimamente su actividad ilegal. Las vespas pasaban junto a él zumbando. Los turistas, con la cámara en ristre, se fotografiaban los unos a los otros o todo aquello que les parecía curioso e interesante. No eran pocas las veces que prestaba auxilio a estos fotógrafos aficionados.

Cada vez que se cruzaba con un sacerdote, y ello iba ocurriendo cada vez con mayor frecuencia a medida que se acercaba a la milla santa, su cerebro se ponía a trabajar. ¿Por qué motivo había interpelado a aquel cura regordete? Toni estaba seguro de haberle puesto una multa. Pero por otro lado, de haber sido así, habría debido encontrar en la comisaría la prueba de ello. Además, ¿por qué habría debido él ponerle una multa a un sacerdote? Precisamente él, que más de una vez, o cuando era necesario, hacía la vista gorda y se limitaba a una reprimenda verbal.

Cuanto más pensaba en ello, menos creía que el encuentro estuviera relacionado con una multa. ¿Pero entonces qué? Los curas, monjas y otras personas que trabajaban en el Vaticano salían en tropel por las puertas de aquel imponente palacio que desde hacía siglos representaba el centro del mundo cristiano y seguramente así seguiría siendo por mucho tiempo. Jóvenes, viejos, gordos, delgados. Toni estaba desesperado. Ningún rostro le sonaba. Resignado abandonó la ronda para regresar al cuartelillo. Al día siguiente, cuando pudiera escaparse del servicio, lo intentaría de nuevo, pero apostándose en un lugar distinto. Mientras colgaba el uniforme en su taquilla y se quitaba la camisa, reflexionó si le apetecía ir al bar aquella noche. Para una breve aventura en aquella ciudad sobran las oportunidades, ¡y algunas realmente sabrosas! De todas formas, la última conquista, con la cual había pasado cinco días con sus correspondientes noches, le había costado un montón de energía, y un par de noches solo en la cama seguro que, además de recomendables, le iban a ayudar a recuperarse.

Toni Calabrese subió a su desvencijado Fiat, que tenía aparcado cerca de la comisaría de policía, bajó la ventanilla de su lado y se puso en marcha. El tráfico a aquella hora era muy intenso, y Calabrese se introdujo en la cola con los otros conductores que, de vez en cuando, se lanzaban mutuamente airados improperios. Pero los ojos del *carabiniere* sólo se posaban en los traseros bien formados que cruzaban la calle o paseaban por la acera. Vivía fuera de la ciudad y para llegar allí tenía que subir una empinada carretera con una hilera de casas a un lado y un escarpado precipicio al otro, sólo protegido por una endeble barandilla metálica situada a un metro de la calzada. A Toni le parecía un milagro que hubieran relativamente pocos accidentes. En especial por las mañanas, cuando iba cuesta abajo en dirección a la ciudad, pues en más de una ocasión había tenido que pisar con

fuerza el freno para evitar un encontronazo con alguno de los muchos autocares turísticos o camiones de mercancías que frecuentaban aquella carretera.

Llegó ante la casa donde en el segundo piso tenía alquilada su vivienda, aparcó el coche y echó el freno de mano. Delante de la puerta jugaban unos cuantos niños, y Toni le revolvió el cabello a uno de los más pequeños.

—Qué, Pepino, ¿has vuelto hoy a desplumar a unos cuantos turistas? —le lanzó riendo al pequeño.

—¡No, no! —se apresuró a negar el interpelado—. Sólo he hecho de guía dos veces y me han dado un poco de dinero, mira, mira. —El niño rebuscó en un bolsillo del pantalón y sacó orgulloso unas cuantas monedas extranjeras.

—No está nada mal, Pepino —dijo Toni en tono de admiración—. Vas a acabar siendo rico.

—Yo prefiero ser *carabiniere* y tener una pistola bonita.

El niño se puso a dar vueltas alrededor de Calabrese al tiempo que le iba disparando con un arma imaginaria. Toni se echó a reír y desapareció dentro de la casa. El olor que se percibía en la escalera de la casa apenas se diferenciaba de aquél de las calles de Roma. Calabrese entró en su vivienda. Las dos habitaciones, con sus correspondientes cocinita y baño, personificaban la típica vivienda de un soltero. Toni había convertido el mayor de los dos cuartos en el dormitorio, porque era donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando estaba en casa, ya fuera solo o acompañado. El mueble principal consistía en una enorme cama que ocupaba el centro de la estancia. El mobiliario se completaba con un armario, un tocador con su correspondiente butaquita, una nevera pequeña sobre la que había colocado el televisor con antena interior, una cadena de música con unos altavoces inmensos y todo tipo de velas repartidas por la habitación.

El cuarto contiguo, de menor tamaño y que hacía las veces de sala de estar, no contaba con muchos muebles. Un sofá y un sillón a juego, una mesita de centro, un par de estanterías llenas de vídeos, libros y todo tipo de revistas, así como una sencilla lámpara de pie convertían aquella pequeña estancia en un lugar acogedor. Calabrese se desnudó y arrojó la ropa sobre la cama. Pese a que estaba desnudo y no había cortinas en las ventanas, se metió en la cocina y abrió la nevera. Aún había algo comestible. Satisfecho volvió a cerrarla. Sacó una copa para vino y se sirvió un trago de Chianti. Después de haber guardado de nuevo la original botella de formas retorcidas y haber disfrutado del contenido del vaso, se dirigió al cuarto de baño y se metió bajo la ducha. Corrió la cortina de plástico y dejó que al agua le recorriera el cuerpo. Se miró satisfecho hacia abajo. Sí, muy impresionante todo lo que alcanzaba a ver. Un torso musculoso, un vientre duro como una piedra, y también lo que se hallaba bajo el ombligo y entre las dos piernas, que quedaba bien en cualquiera de sus formas. El jabón olía a lavanda. Le encantaba aquel olor de antaño típicamente femenino. Le recordaba cuando siendo pequeño, solo o con sus padres, iba a bañarse a un pequeño lago que había en medio de un campo de lavanda.

\* \* \*

Los tres siguientes días fueron para Toni Calabrese más bien deprimentes en todos los aspectos de su vida. Siguiendo con sus pesquisas, había llegado a ver cientos de religiosos entrando y saliendo del Vaticano, pero su cura particular no se había dejado ver. Toni era un estupendo fisionomista y estaba seguro de que no había pasado por allí.

Además, había frecuentado distintos restaurantes y bares las dos noches anteriores, pero sin haber llegado a hacer conquista alguna. No era porque su encanto hubiera mermado, no, sino porque daba la sensación de que sólo habían salido parejas a la calle. Alguna que otra mujer le había incluso lanzado cálidas miradas a hurtadillas, pero a la hora de la verdad se había marchado del brazo de su acompañante.

Ya iba siendo hora de que ocurriera algo. De mal humor, Calabrese se sentó a su escritorio de la comisaría de policía y se puso a hojear un listín telefónico del Vaticano, donde aparecían sus números más importantes y que poseían todos los cuartelillos de policía. Sin embargo, no encontró nada que pudiera darle alguna pista sobre la información que andaba buscando.

«No creo que pueda llamar y preguntar así por las buenas qué regalos hacen, y a quién, cuándo y dónde», pensó Toni. En el intervalo habían transcurrido ya cuatro días desde la llamada de O'Connor, el cual debía de contar con una contestación de un momento al otro.

En aquel momento se abrió la puerta de la comisaría y entró una joven en el puesto de guardia. Todos los policías presentes levantaron la vista y contuvieron la respiración, sobre todo Toni Calabrese. Aquella mujer era la pura imagen de lo que ansiaba en sus escasas noches insomnes. Era una mezcla entre una turista desvalida y una arrogante mujer de negocios. Toni conocía muchas como ella y tenía buena vista para ello. Llevaba un vestido blanco y entallado que le llegaba por encima de la rodilla. El tejido escondía buena parte del cuerpo, sin embargo, dejaba adivinar lo que se escondía debajo, y esto le pareció a Calabrese más que aprovechable y muy prometedor. Era una tela muy cara que debía de contener mucha seda. Los pies, que lucían una uñas pintadas, descansaban sobre unas sandalias marrones de tacón alto. El cabello rubio de la mujer se movía indolente sobre sus hombros al ritmo de sus movimientos. Unas gafas de sol, que Toni reconoció de inmediato como caras, descansaban sobre su cabeza. Unas cuantas pecas salpicaban su graciosa naricilla. Llevaba un maquillaje discreto y poco llamativo. Dejó una maleta junto a la puerta y se acercó al mostrador. Toni cerró de golpe el listín telefónico y observó expectante a la joven. Sus movimientos hacían balancear ligeramente sus pechos, que, por otra parte, parecían bien puestos en su sitio.

—Disculpen —empezó a decir en un italiano que, si bien no delataba su origen,

ponía claramente de manifiesto que no era italiana de nacimiento—. Estoy buscando a un *carabiniere* llamado Calabrese.

Se percibió que de las bocas de los demás colegas presentes salía un suspiro de decepción. La mujer no pareció haberlo advertido, o no quiso advertirlo.

—A sus órdenes, *signora* —se apresuró a contestar Calabrese—. Dígame en qué puedo servirle —añadió esgrimiendo su famosa sonrisa y mirándola de arriba a abajo con admiración.

—¿Es usted el *signore* Calabrese?

—Sí, soy yo, ¿qué le ha traído aquí, *signora*?

—Resulta que estoy en una situación algo delicada. Fue Luigi quien me habló de usted.

—¿Qué Luigi?

—Trabaja por aquí en un restaurante, sólo sé su nombre de pila y no sé cómo se llama el local donde trabaja —aclaró la mujer—. Oh, perdone, me llamo Carmela Ponti —se presentó.

—No entiendo, *signora* Ponti...

—Trabajo para una revista norteamericana y he venido aquí a hacer un reportaje fotográfico sobre Roma —empezó a explicar—. Hace unos años estuve aquí unos días, y conocía a este Luigi.

«¿Hasta qué punto debió de conocerlo?», se preguntó Calabrese para sus adentros.

—Me dio su número de teléfono y me dijo que si volvía a Roma me pusiera en contacto con él, que él me buscaría un hotel.

«Fácil de imaginar», pensó Toni.

—¿Y cómo puedo ayudarla yo?

—Bien, he llegado hoy y no he podido encontrar ningún hotel que tenga una habitación libre. Pero resulta que he perdido el número de teléfono de Luigi. He recordado que me había dicho que tenía un conocido que era policía, un tal Antonio Calabrese. Que en caso de apuro podía dirigirme a él.

Calabrese iba reflexionando. Conocía muchos Luigis, pero en aquel momento era incapaz de dar con uno que respondiera a lo mencionado por la mujer. Además, no tenía ganas de pensar más en ello.

—Y aquí estoy *signor* Calabrese, y espero que pueda ayudarme a encontrar una habitación.

Pese a que el batir de pestañas parecía un poco demasiado obvio, él albergó alguna esperanza.

—Bien, estoy seguro de que en toda la ciudad habrá algún hotel donde pueda usted hospedarse. Para una *signora* tan atractiva no debería haber ningún problema.

—Y de nuevo aquella sonrisa a la que tantas mujeres habían sucumbido.

—¡Ojalá, *signor* Calabrese! Estoy muerta de cansancio y no sé qué hacer. ¿Cree usted que va a poder ayudarme?

—Creo que sí, espere un momento, por favor —aseguró Toni antes de volverse y mirar a sus sonrientes colegas—. No contéis conmigo para el resto del día. Espero lo entendáis, alguien tiene que ayudar a esta *signora*.

Tras lo cual se metió en la parte interior del cuartelillo y se cambió de ropa. Al cabo de un par de minutos volvió a aparecer vestido de paisano, levantó la portezuela abatible del mostrador y se acercó a la mujer. Le embargó un aroma maravilloso. Toni no pudo definirlo, pero olía estupendamente.

—Acompáñeme —le dijo a la mujer al tiempo que recogía la maleta—, veamos lo que podemos hacer por usted.

Antes de abandonar la comisaría, se volvió un momento hacia sus colegas y les lanzó un guiño expresivo.

—Vaya suerte que tiene el tipo —murmuró Angelo antes de responder al teléfono que estaba sonando.

\* \* \*

Calabrese iba acompañando a la mujer por las callejuelas.

—¿Ha estado usted muchas veces en Roma?

—Sólo una vez, y pocos días —fue la respuesta.

—¿Cómo es entonces que habla usted tan bien italiano?

—Si se fija usted en mi apellido, se dará cuenta de cuáles son mis orígenes. Mis padres nacieron en Italia, emigrantes que viven ahora en Los Ángeles. Cada vez hablo menos italiano, pero me las arreglo para una conversación sencilla.

—Yo creo que incluso para una difícil, *signara* Ponti.

—Llámeme simplemente Carmela. Al fin y al cabo es usted amigo de Luigi.

—¿Tiene usted idea de dónde podríamos encontrar a ese Luigi? —No, como le he dicho he perdido su número de teléfono, debe de haber sido en el aeropuerto.

—Bien, tampoco importa mucho.

Toni iba echándole miradas a la mujer que llevaba a su lado. «Una mujer de bandera», pensó. «¿Qué hombre deja por ahí sola a una mujer así?».

—Primero vamos a probar en un par de hoteles por los alrededores. Si no funciona, entonces miraremos en la periferia, ¿de acuerdo?

—Es muy amable por su parte, *signore* Calabrese.

A continuación se acercó a él y apretó el costado de su cuerpo contra el suyo. Ante su contacto, a Toni se le puso la piel de gallina.

Buscó primero a sabiendas en unos cuantos hoteles donde no sólo lo conocían a él sino también a su inclinación por el sexo femenino. Con un guiño oculto para la norteamericana, preguntó en un tono profesional a los o las recepcionistas si tenían alguna habitación libre, pero en cada ocasión le dieron la misma respuesta: *scusi, signora*.

—Carmela, me temo que ha escogido usted una época malísima para su estancia en Roma. Confío en que tengamos más suerte en la periferia —tranquilizó Toni a la mujer mientras se dirigían al Fiat, donde abrió galantemente la puerta para que ella subiera—. Espero no le importe este coche tan destartado, pero me resisto a desprenderme de este viejo cacharro, soy un sentimental —añadió a modo de excusa por el desastroso estado del vehículo.

—Yo también soy una sentimental —comentó ella mientras subía al coche.

Con el movimiento, el vestido se le levantó y dejó a la vista uno de los muslos, pero ella no hizo gesto alguno para esconderlo. Parecía consciente del efecto que hacía en los hombres.

De nuevo Calabrese se puso a visitar hoteles, pero en esta ocasión bajaba sólo para preguntar si había una habitación libre, para regresar cada vez con una expresión compungida en el rostro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Carmela transcurrida una hora de ir de un lado para el otro.

—La verdad es que no lo sé —contestó Toni mientras trataba de fingir que estaba pensando.

—¿No podría dormir en la comisaría?

—¡Eso ni hablar! —replicó él—. Mire, yo vivo en un pisito pequeño, y no me atrevo a ofrecerle mi dormitorio...

—¿Eso haría usted? —dijo Carmela con el oído aguzado—. ¿Pero qué dirá su mujer?

—No estoy casado —se apresuró a contestar Toni—. Es que realmente ya no sé adónde acudir para encontrarle alojamiento...

—Bien, si realmente no le ocasiono ninguna molestia, acepto encantada su ofrecimiento, porque según parece hoy ya va a ser imposible encontrar una habitación. Mañana me pondré a buscar, pues no quiero molestarle.

—Tonterías, no es ninguna molestia, además ya verá que mi casa no está a la altura de lo que usted está acostumbrada.

—Uy, no soy nada exigente, porque la mayoría del tiempo estoy de viaje por el trabajo de la revista.

—¿De qué tipo de revista se trata? —preguntó Toni con curiosidad.

—Se trata de una publicación cosmopolita, más bien dirigida a las mujeres. Informamos sobre todo aquello que está de actualidad. Queremos publicar en breve un extenso reportaje gráfico sobre la Ciudad Santa, donde se manifiesten su encanto, su espíritu y su sagrada y eterna magia, y me han encargado que reúna la información y el material fotográfico adecuados.

—¿Entonces se quedará usted unos cuantos días?

—Pues supongo que sí, porque todo tiene que estar muy bien representado. Monumentos, personas...

—¡Ves con cuidado, estúpido gi...!



Calabrese había frenado en seco al ver a un niño salir corriendo de entre dos coches aparcados, y la presencia de Carmela Ponti había impedido que lanzara la retahíla de insultos que acudían a su mente. Su acompañante sonrió divertida.

—¡Cielo santo, ya lo tengo! —exclamó Toni al tiempo que golpeaba el volante y una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó Carmela asombrada mientras se volvía hacia él.

—Llevo días intentando recordar el nombre de un sacerdote con el que había coincidido en una ocasión. Ye me ha venido a la cabeza. —La mujer no entendía nada y lo observaba con los ojos abiertos de par en par.

—Ocurre que —empezó Calabrese a explicar, intentando que su tono no pareciera demasiado arrogante o pretencioso— el otro día me llamó un policía irlandés para pedirme un favor. Se está ocupando de unos asesinatos y me pidió si podía echarle una mano.

—¿Un policía de Irlanda... asesinatos? Qué emocionante. ¿Y usted debe ayudarlo?

—Pues sí, de vez en cuando —empezó a explicar en un tono tal vez algo demasiado pomposo—, me llaman del extranjero, porque claro como tenemos aquí el Vaticano... Y no se puede usted hacer una idea de todo lo que pasa aquí...

Dejó que sus palabras calaran; y tuvieron el efecto deseado. Carmela Ponti reflexionó un momento antes de hablar.

—Esto no estaría mal para mi reportaje... En medio de un poco de cultura aquí y allá, la vida cotidiana de un *carabiniere* italiano en esta ciudad, además uno bastante atractivo —dijo en un tono lisonjero—. De esta forma podría por lo menos pagarle de alguna forma su hospitalidad. ¡No tiene usted idea de cuantas mujeres norteamericanas leen mi revista y lo mucho que les gustaría el reportaje! ¡Y usted en especial!

—¿Está hablando en serio?

—Pues, claro... una foto con un sacerdote y un policía italiano... ¿Qué hay de más característico en la Ciudad Santa? —contestó ella, que parecía fascinada con su idea—. Por la forma en que ha reaccionado, deduzco que está usted buscando a ese cura, ¿me equivoco?

—Mañana mismo me ocuparé de ello, porque Ian O'Connor debe de estar impaciente esperando mis noticias.

—¿Se llama así su colega irlandés?

Calabrese asintió con la cabeza y siguió conduciendo por la empinada carretera llena de curvas que llevaba a su casa. No podía sacarse de la cabeza la idea de que miles de atractivas norteamericanas fueran a verlo en una revista. Sí, no cabía duda de que él podía dar una buena imagen del italiano medio.

—Adelante, *signora* —dijo Calabrese conforme abría la puerta de su piso y, mediante un gesto de la mano, invitaba a pasar a su acompañante.

Ella entró vacilante y miró a su alrededor.

—Es muy acogedor —comentó mientras observaba la habitación—. A decir verdad, ahora me alegro de no haber podido encontrar ningún hotel. Pero no quiero darle trabajo.

«¡Pues, ya me gustaría trabajar un poco!», pensó Toni.

—No se preocupe. Al fin y al cabo voy a ser famoso gracias a usted —replicó en voz alta antes de entrar en el dormitorio, cambiar las sábanas y alisar la colcha una vez hecha la cama—. Espero que se sienta medianamente bien. —Se apoyó en el quicio de la puerta y observó sucesivamente la cama y la mujer—. ¿Quiere que empecemos ya esta noche a explorar la ciudad y así aprovechamos y cenamos algo?

—Se lo agradezco mucho, Toni, pero me gustaría darme una ducha y luego acostarme. El viaje en avión ha sido cansado y largo, y me temo que mañana va a ser un día bastante duro. Entonces, si no le importa...

—Claro que no, lo entiendo perfectamente —se apresuró a contestar Calabrese.

«Toni, ándate con ojo, es una señora muy fina. Dale un poco de tiempo y no lo arruines todo con las prisas», se llamó él mismo al orden.

—¿Qué hay aquí? —preguntó ella riendo—. ¿Una nevera en el dormitorio?

—Bien —empezó Toni un poco cohibido—, así es, bueno, más práctico. La tenía cuando me mudé aquí. Ya había una en la cocina y necesitaba un mueble para el televisor... y además así no tengo que ir muy lejos cuando tengo sed por la noche...

—¡Original, muy original! —exclamó Ponti moviendo la cabeza para luego disponerse a deshacer la maleta.

—Espere, antes de que siga, ahí detrás está el cuarto de baño, ahí la cocina, que me parece que ya la ha visto... bien, siéntase como en su casa. Yo voy a la sala de estar.

Calabrese se dirigió a una puerta que había junto a la ventana de la sala y que daba a un balcón. Salió, se apoyó en la barandilla de hierro y lanzó un profundo suspiro. Parecía su día de suerte. Primero aquella supermujer que había podido llevarse a casa. Esperaba que no hubiera advertido su juego. Seguro que no. Luego estaba la idea salvadora de cómo encontrar al sacerdote. En efecto, había sido en Via Verde, donde aquel hombrecillo se había ocupado tan cariñosamente de un niño que había sido atropellado. Toni creía recordar que había dicho incluso que vivía en las inmediaciones. Mañana sabría más. Calabrese se volvió y vio que Carmela estaba ocupada arreglando sus cosas. Otro suspiro le devolvió al religioso. Debía buscar el expediente del accidente, allí seguro que estaba su nombre y su dirección.

La tibia brisa nocturna revoloteaba levemente a su alrededor. El aroma, el aire, el paisaje que se le ofrecía ante él... divino. Soñador, dejó correr su imaginación.

—Cielos, esto es maravilloso —murmuró.

Toni se quedó inmerso en sus sueños. Evidentemente se había quedado tan ensimismado durante unos minutos que no se había percatado de que Carmela estaba detrás de él.

—*Cara mia* —susurró al percatarse de su presencia.

Ella llevaba por todo vestido un albornoz corto que, a pesar de que le ocultaba casi todo su cuerpo, despertó la fantasía de Toni.

—¿Le he asustado? No era mi intención. Mañana haré una foto desde este lugar.

Calabrese era incapaz de apartar la mirada de la mujer. Aquella figura, aquel cuerpo dentro de aquel tejido blanco... «Calabrese, tranquilízate, no lo estropees todo...», pensó.

—Bien, me voy a la ducha. De nuevo muchas gracias por todo...

Carmela le dio un ligero y rápido beso en la mejilla y se encaminó al baño. Toni se apresuró a volverse para que no se le escapara ni un segundo de la visión que ofrecía la mujer de espaldas. Al cabo de un momento oyó el agua correr y, unos minutos después, ella volvía a abrir la puerta. Salió Carmela con una toalla a modo de turbante alrededor de su cabello mojado y con una sonrisa en los labios.

—*Buona notte* —dijo antes de desaparecer en el dormitorio y cerrar la puerta tras ella.

Calabrese se dirigió a la cocina y se sirvió una copa de vino Chianti. Luego regresó al balcón, se apoyó de espaldas a la barandilla y se puso a observar la puerta del dormitorio. Su mente estaba allí adentro, y se imaginaba a la mujer en la cama, sola, sin él, y arrebujada en las sábanas. Sí, era su día de suerte. Una vez vaciado el vaso, se desnudó dejándose sólo los calzoncillos, colocó un par de cojines en el sofá y trató de encontrar una postura más o menos confortable para dormir. Cuánto sacrificio... ¡pero el objetivo valía la pena! Se cubrió con una manta, pero se la quitó casi al instante. No, así ella podría observar a sus anchas su musculoso cuerpo si durante la noche sentía la necesidad de ir al cuarto de baño. Arrullado por la suave brisa que entraba a través de la puerta abierta del balcón, se durmió de inmediato.

\* \* \*

A la mañana siguiente, una vez se hubo vestido, Calabrese llamó con cuidado a la puerta del dormitorio. Sólo percibió un ligero murmullo.

—Debo ir a trabajar. Termino a las dos de la tarde. ¿Qué le parece si me va a buscar a la comisaría? Así podríamos ir juntos a buscar al religioso. —Desde dentro le llegó amortiguado un murmullo de asentimiento—. Puede cerrar la puerta de golpe. Yo tengo una llave. Le he dejado el número de teléfono de la compañía de taxis junto al aparato. Es lo mejor y lo más barato. Le llevará adonde usted quiera... —añadió Calabrese, que no percibía nada aparte del murmullo—. Le he dejado café en la cocina... usted misma. Bien, pues hasta luego —concluyó pese a que habría dicho mucho más y, sobre todo, le habría encantado poder alegrarse la vista viéndola, pero el deber era el deber.

Poco después entraba sonriente en el cuartelillo de la policía, pero se mostró muy reservado ante las preguntas curiosas y con doble sentido de sus colegas. A pesar del

mucho trabajo que tenía, no pudo remediar que su pensamiento se dirigiera constantemente hacia Carmela. Qué nombre tan bonito. No tuvo dificultad en encontrar las señas de su sacerdote, y en el expediente aparecía incluso el número de teléfono del trabajo. Trabajaba en la biblioteca del Vaticano. Después de haber llamado dos veces sin poder comunicar con él, al final consiguió que el padre Frühling se pusiera al aparato. Se mostró misterioso y le citó a las tres de la tarde en un pequeño café de los alrededores. Todo fue como la seda.

Nervioso, Calabrese esperaba que la aguja pequeña llegara al dos, pero daba la impresión de que las horas no pasaban aquel día. Ansioso, salió por la puerta de la comisaría de policía dos minutos después de las dos. Ella ya estaba allí. Unos vaqueros blancos, una chaqueta ligera y el cabello recogido por las gafas de sol como el día anterior. A Toni le dio un vuelco el corazón. En los últimos minutos había temido lo peor, que ella hubiera decidido dejarlo plantado y mudarse a un hotel. Pero estaba allí.

—*Ciao bella* —saludó él y, galante, la desembarazó de las dos cámaras fotográficas que llevaba colgando—. ¿Ha podido aprovechar el tiempo?

—¡Y cómo! ¡Qué ciudad tan maravillosa! No doy abasto para tanta foto. Creo que voy a tener que quedarme más tiempo del previsto —dijo Carmela, que parecía entusiasmada—. ¿Y usted? ¿Ha conseguido encontrar a su curita?

—Sí, y hemos quedado en un café por aquí cerca dentro de una hora. ¿Le apetece acompañarme?

—¡Por supuesto! Y les haré una foto.

—Está bien, pero antes vamos a comer alguna cosilla, ¿de acuerdo?

—Conforme, Toni.

Ella tomó al *carabiniere* del brazo y juntos se pusieron en marcha. Pocos minutos antes de las tres se sentaban a una mesita en el café donde Calabrese había quedado con el padre Frühling. Acababa de pedir Toni dos Camparis cuando el religioso hizo su entrada en el local. Toni se puso en pie y le hizo señas. Frühling se acercó a la mesa arrastrando los pies.

—¿Es usted el señor Calabrese?

—Yo soy —contestó Toni al tiempo que le alargaba la mano al fraile y lo saludaba con efusión.

—Veo que ha venido acompañado —observó el padre Frühling sonriendo a la mujer.

—Ella es una amiga mía —explicó Toni mientras lanzaba una mirada socarrona a Carmela—. Es periodista y está haciendo un reportaje fotográfico para una revista norteamericana. Sin embargo, ella no tiene nada que ver con el motivo de mi llamada. Espero que su presencia no le moleste, padre.

—En absoluto —replicó Frühling mientras se sentaba en una silla—. Se charla mejor en presencia de mujeres guapas. Tengo curiosidad por saber qué puedo hacer por usted, ¿por qué precisamente yo?

Calabrese le explicó que había recordado el encuentro que habían tenido los dos.

—En efecto, aquel niño —observó Frühling según iba haciendo memoria—. ¿Ha tenido noticias de él? De todas formas, creo que no tenía nada grave, sólo el susto...

—Pues no, padre, pero nuestro Señor demostró que tiene ángeles de la guarda por todas partes, ¿no es cierto?

—Esto es bien cierto, *signor* Calabrese. Hay más de los que imaginamos, pero necesitamos muchos más de los que rondan entre nosotros. Veo que ya han pedido algo.

—¿Qué le puedo ofrecer, padre, lo mismo?

—No, gracias, si no le importa, prefiero una taza de chocolate, grande.

Calabrese hizo señas al camarero y se lo pidió. Poco después el padre Frühling tenía ante sí la deseada taza. Después de haber saboreado el primer trago y haberse limpiado la nata de los labios, se reclinó contra el respaldo. La silla respondió a este gesto mediante un crujido.

—Y bien *signor* Calabrese, ¿y qué es lo que puedo hacer por usted?

—¿Les importa que mientras hablan yo les haga unas fotos? —preguntó Carmela Ponti al tiempo que se ponía en pie y preparaba la cámara sin dejar de mirar al padre Frühling.

—Pero le aconsejo que no las publique. En primer lugar, no soy nada fotogénico, y en segundo lugar, el marrón del hábito no queda nada bien en las fotografías —replicó riendo, pero también poniéndose en pose; un proceso que dado su volumen resultó ser algo dificultoso.

—Bien, le explico —empezó Toni Calabrese—. Hace unos cuantos días recibí una llamada telefónica de Irlanda, de un policía irlandés que según parece está tratando de resolver un par de asesinatos.

—¡Dios Santo, cuánta maldad hay en el mundo! —exclamó el padre Frühling, que parecía realmente impresionado.

—Pues resulta que Ian, es decir, Ian O'Connor, que así se llama mi colega, piensa que estas muertes pudieran estar relacionadas con unas cruces.

—¿Con unas cruces?

—En efecto, me contó que en cada asesinato había desaparecido una cruz. Además, en todos los casos se trataba de un regalo del Vaticano a la respectiva institución que dirigían los difuntos que, por cierto, eran todos clérigos.

—Es horrible.

—Así es, y O'Connor tiene miedo de que haya más asesinatos si hay todavía otras cruces semejantes.

—¿Pero qué tienen esas cruces de especial, aparte de proceder del Vaticano?

—No tengo ni idea. Ian tampoco lo sabe. Sin embargo, el hecho de que en apariencia hayan sido el móvil del asesinato de unos seres humanos, deja suponer que esas cruces sí tienen algo de especial. Me pidió que averiguara si en el Vaticano existe algún lugar donde, digamos, queden registrados los regalos. En caso

afirmativo, habría que saber si han sido regaladas más cruces iguales. —El padre Frühling se apoyó con los codos en la mesita y se quedó reflexionando—. Y no sé cómo me acordé de usted, padre, pues no habría sabido a quién dirigirme.

—Sí, tenemos algo parecido a un archivo, si se puede denominar así, donde seguro que se anotan los regalos que hace el Santo Padre. Sin embargo, la lista debe de ser muy larga, pues, lo de los regalos es una costumbre bastante arraigada.

—Ya, O'Connor dice que debió de ser hace unos dos años. No se ha pronunciado sobre fechas posteriores.

—Querido Calabrese, ¿cuántos regalos cree usted que se hicieron hace dos años?

—Lo sé, padre, pero tal vez podría usted tratar de echar un vistazo a la lista —insistió Toni mientras metía la mano en un bolsillo, de donde sacó una nota que entregó al sacerdote.

Mientras tanto, Carmela había vuelto a sentarse y tomaba tranquilamente su Campari.

—Padre Toldrim, en Clonmacnoise... primera vez que lo oigo... ¿Pastor Wolsycz, de Polonia? —preguntó mirando al policía, que se limitó a encogerse de hombros.

—Yo tampoco cuento con más detalles, pero seguro que las muertes están relacionadas. Hay otro difunto en Polonia...

—Padre Wlodystaczinski, en Allenstein... también Polonia. Esto no va a resultar tarea fácil —comentó pensativo Frühling—. ¿Cómo eran esos crucifijos?

—Bien, yo no sé mucho —contestó Toni—. Unos setenta centímetros de altura, madera sencilla, un crucificado. No sé nada más.

—Curioso —murmuró el padre Frühling mirando al vacío—. Pero me tiene que dar un poco de tiempo. No todo el mundo tiene acceso a esas listas, y tampoco sé si me lo van a permitir precisamente a mí. En definitiva, dentro del palacio yo no soy más que un pequeño y regordete ratón de biblioteca, nada más.

—Le estaría muy agradecido si pudiera ayudarme, padre, yo y mi colega irlandés.

—Está bien, al fin y al cabo uno de los deberes de la Iglesia es salvaguardar a los seres humanos de las fuerzas malignas, ¿no es cierto?

El padre Frühling puso un semblante resuelto y tomó otro trago de la taza. De nuevo había tropezado con algo que no era corriente y que parecía muy misterioso. Él era la persona indicada para aquello.

O'Connor no había avanzado mucho en su investigación durante los últimos días. Había tres muertos, relacionados en cierta forma. Había una sospecha sin pistas concretas. Había un cabello presuntamente del asesino. Se sabía cómo habían actuado y lo que habían robado. Había un vibrador de plástico donde no se habían podido encontrar huellas u atisbo de secreción alguna, había una carta anónima y conminatoria dirigida a él, y la posibilidad de posibles encuentros satánicos a la orilla del río Shannon.

O'Connor se pasó los dedos por el cabello. Debía obligatoriamente hacer algo, tirar por algún lado. Al día siguiente iba a organizar una batida para observar la explanada junto al río. Y tenía que ocuparse de aquella carta amenazante.

Se levantó decidido, le dio una bocanada a la pipa Parker y se dirigió al despacho de *sir* Winston.

—Tengo previsto montar un puesto de observación en la explanada que sirve de aparcamiento junto al Shannon durante unas cuantas noches —empezó a explicar Ian después de haber tomado asiento delante del escritorio de su jefe—. El prelado Montgomery habló de un lugar donde suelen acudir esos grupos satánicos.

—Pero eso requiere mucho personal —objetó *sir* Winston pensativo.

—No necesariamente, señor —replicó O'Connor—. Sólo hay un acceso a la explanada, y justo en el aparcamiento hay unos cuantos dólmenes, muy propios para esconderse. Quiero decir que sólo necesitamos los hombres que estén de turno en ese momento, porque en caso necesario no se tarda nada en llegar al lugar. Además, si mandamos muchos coches y policías íbamos a llamar la atención.

—¿Y cómo va a organizado? ¿Piensa ir usted? ¿No pensará hacerlo solo?

—No, señor. Me gustaría que me acompañara otro policía. Tenemos un teléfono móvil del cuerpo, con el que podríamos comunicarnos directamente con la comisaría en caso necesario. Siendo dos nos esconderemos más fácilmente, y además no sabemos cuánta gente se reúne y, sobre todo, cuándo van a aparecer por allí. Si desplegamos un gran dispositivo, nos encontraremos con el problema de las horas extras cuando toque día libre, y, por otra parte, la comisaría se quedaría mal atendida.

—He de reconocer que tiene usted razón, pero puede resultar peligroso. Ha comprobado con sus propios ojos de la brutalidad de que son capaces —observó *sir* Winston no demasiado convencido.

—Señor, ¿cómo sabemos que precisamente los asesinos acuden a ese lugar? Piense que también han actuado en Polonia. Cuanto más lo pienso, más me cuesta creer que los habitantes de esta región puedan estar metidos en este tipo de actividad.

—Pues sí, cabe la posibilidad de que tengan su residencia en otro país y que, una vez cometido el crimen, se hayan vuelto a marchar.

—Exacto, pero debemos hablar de crímenes, no olvide la incursión en casa del prelado Montgomery —corrigió O'Connor.

—Sí, Montgomery —murmuró *sir* Winston sumido en sus pensamientos—. Menos mal que ahora está en Francia, por lo menos durante unos cuantos días. Nuestros colegas de Portadown no parecían muy convencidos, pero por lo menos logré que hubiera un coche patrulla delante de la finca las veinticuatro horas del día. El problema estriba en cuánto tiempo vamos a poder mantener esta vigilancia. Además tampoco está prevista una protección en el extranjero. Presumo que sigue usted pensando que el o los culpables no apuntaban a las personas sino a esas mald... —*Sir* Winston carraspeó—, cruces.

—Por lo menos pienso que es un punto de partida. Ahora ya tengo cuatro fotos de las cruces robadas —replicó Ian al tiempo que sacaba del bolsillo cuatro instantáneas—. Aquí están. No son especialmente buenas, pero puede advertirse que las cuatro cruces deben de ser idénticas.

Colocó las fotos sobre la mesa delante de *sir* Winston para que éste les echase un vistazo.

—Por esto han muerto tres personas... increíble. ¿Qué hay de tan especial en estos objetos? ¿Ha tenido usted noticias de su amigo italiano?

—Ah, sí —empezó a decir Ian, cuyo rostro se iluminó brevemente—. Esta mañana me ha mandado un fax. Dice que ha entrado en contacto con un fraile que trabaja en el Vaticano. Ha hablado con él y le ha dicho que va a intentar averiguar algo. Le ha dado mi número de fax. Es decir, que tanto Toni Calabrese como ese sacerdote pueden ponerse en contacto conmigo... Se lo digo para su información, por si llega uno a su mesa, o llaman por teléfono.

—¿Cómo se llama ese cura?

—No lo sé, pero espero que no tardemos en saberlo.

—Bien —prosiguió *sir* Winston mientras juntaba las fotos y se las devolvía a Ian—. Mañana durante la reunión de la mañana tomaremos una decisión. Pero le adelanto que, si realmente cree que puede arreglarse con un solo hombre, puede intentarlo. ¿A quién tiene previsto escoger como acompañante?

—McNeall —se apresuró a contestar Ian.

—¿McNeall? —preguntó *sir* Winston con las cejas arqueadas—. ¿Por qué precisamente él?

—Porque es joven y todavía fresco. Aún no está viciado. Carece de ideas preconcebidas, es nuevo, dúctil y tiene ganas de aprender. Además, fue el primero en llegar al lugar de los hechos y, por consiguiente, debe de tener un cierto interés, aunque sólo sea psicológico por hallar una explicación. Creo que es la persona adecuada para esta misión.

—Si a usted le parece bien... —aceptó *sir* Winston pese a no estar todavía demasiado convencido—. ¿Y qué resultado ha dado el análisis de la carta anónima que le mandaron?

—Lo que yo había esperado, señor. Ninguna huella, ni siquiera un rastro de ADN en el adhesivo del sobre. Fue pegado con barra de pegamento. Lo único interesante es



que se trata de un papel muy caro, también el sobre. Esta calidad no se encuentra en lugares como Athlone. Aquí sólo hay artículos de gran consumo, baratos y además mal empaquetados y peor presentados. Ya lo he comprobado. Un papel de ese estilo sólo se consigue en algunas tiendas selectivas de lugares como Limerick o Dublín. Allí hay un público susceptible de comprar algo de esa calidad. Fue echada en Dublín, en uno de los muchos buzones de los cuatro distritos, es decir, que hasta el momento no tenemos ninguna pista al respecto.

—Quiere decir que el remitente tiene un gusto exclusivo... y dinero para permitírselo.

—En efecto, señor. Y por esto me temo que no vamos a obtener resultado alguno de nuestra vigilancia junto al Shannon, pero no quiero dejar ningún cabo suelto.

—Parece una deducción lógica, Ian. Aquí no vive gente tan rica que se permita un papel tan especial, tiene usted razón —aceptó *sir* Winston al tiempo que se reclinaba contra el respaldo de su asiento—. De acuerdo, vaya usted a esa batida en pareja, y veamos qué resulta de ello.

—Gracias, señor —agradeció O'Connor poniéndose en pie para abandonar el despacho de su jefe y dirigirse al suyo.

Era ya última hora de la tarde. Ian ordenó su mesa. Quería irse a casa. Desconectar. Quién sabía lo que iba a resultar de la observación, cuántas noches iba a estar en vela hasta que ocurriera algo. O'Connor decidió visitar a Betty para preguntarle si podía pasar la velada y la noche con él. Se puso la gorra, guardó las cuatro fotos y fue en busca de la bicicleta. Aunque todavía hacía calor, el otoño era incipiente y el aire afuera era cada vez más fresco. Cuanto más se acercaba con su vieja bicicleta al *pub*, más le apetecía la idea de pasar el resto del día con Betty. Ojalá ella estuviera disponible... y tuviera también ganas.

\* \* \*

El padre Frühling estaba en la biblioteca y hojeaba el listín telefónico interno. Toni Calabrese le había dado los números de teléfono y fax del irlandés, y él había guardado la notita en el cajón de su escritorio. Sin embargo, no sabía para qué iba a servirle porque si averiguaba algo sería al *carabiniere* a quien iba a informar primero.

Tras pasar algunas hojas, encontró el número de teléfono deseado. El departamento estaba en otra ala del enorme recinto, lejos de donde él trabajaba. El padre Frühling mascaba el bolígrafo que tenía en la mano. ¿Qué debía averiguar exactamente? Habían sido robadas unas cruces, presentes que había hecho el Vaticano. ¿Cómo funcionaba lo de los regalos? Había oído en más de una ocasión que era habitual hacer ese tipo de obsequios de vez en cuando. ¿Eran enviados? No, seguro que no. Sin duda, existían emisarios del Santo Padre que se ocupaban de este cometido. En caso contrario el envío resultaría demasiado impersonal y no estaría en

consonancia con el valor moral del presente. ¿Debía tomar en consideración también otros objetos? No, Calabrese sólo había hablado de cruces, de unas cruces bastante grandes. Frühling no tenía ni idea de cómo eran los registros de aquel departamento en concreto. ¿Cómo podía expresar su interés? ¿Debía ir y decir: «La policía está trabajando en unos casos de asesinato, enséñenme la lista de regalos»? Ni hablar. En esas secciones solían ser siempre muy reservados. Además, procurarían no darle mucha información. Debía proceder tácticamente.

En su fuero interno, el padre Frühling estaba excitado como un niño. Suponía un cambio en su rutina diaria. Se veía ya con el hábito negro y el sombrero de ala ancha corriendo por los pasillos. Le vino a la mente el Padre Brown. Claro que éste era delgado, pero ¿por qué no podía haber un detective regordete como él? La misión le excitaba.

La raza humana era malvada. Desde la expulsión del paraíso, salvo por contadas excepciones en las Sagradas Escrituras, no había más que envidia y mucho vicio entre los hombres, algo que no había cambiado sino que, por el contrario, había aumentado considerablemente. ¡Se disponía sin reparo de la vida de los demás! Cada día, cada hora, se atentaba contra los diez mandamientos del Señor, y nadie parecía preocuparse demasiado por ello. Era cierto que alguna que otra persona iba a confesarse de vez en cuando. Sin embargo, en el confesionario sólo se contaba lo imprescindible para obtener la absolución, y luego vuelta a empezar. A cometer nuevos crímenes. Y lo peor es que esto no ocurría sólo entre los ciudadanos normales y corrientes, no, también entre personas prestigiosas de la vida pública. Se podían encontrar seres pecadores entre los políticos e incluso en la Iglesia católica. Qué no hacían tanto ésta como, sobre todo, el Vaticano, para mantener las manos limpias de puertas para afuera. Se pagaba dinero, dinero para comprar el silencio. Se hacían negocios, los más miserables negocios. Se vendían armas, a sabiendas de su uso final. Cuántas veces se ha llevado a cabo la quema de brujas, y no sólo en la Edad Media, en nombre de la Iglesia. Sí, hubo seres humanos asesinados conscientemente en nombre de Dios. El padre Frühling sacudió con fuerza la cabeza. No tenía sentido seguir ese hilo de pensamiento. Un día, todos, y esos malvados incluidos, vamos a tener que comparecer ante nuestro Señor para ser juzgados por Él. ¡Y el padre Frühling sabía que allí arriba existía una justicia verdadera!

El mejor día era el viernes. Sí, viernes. También en el Vaticano habían hecho su aparición la era de la informática así como el reloj para fichar, y los viernes todos los empleados procuraban abandonar su puesto de trabajo poco después de mediodía. Eso, lo mejor era ir a la sección correspondiente el viernes poco antes de mediodía. Como todo el mundo estaría pensando en marcharse, tal vez tuviera así la oportunidad de indagar tranquilamente. Indagar... como el Padre Brown. Sí, al día siguiente era viernes. Sí, así lo haría, pero ¿qué pretexto iba a esgrimir? Frühling sacó un trocito de chocolate del cajón de su escritorio y se lo metió en la boca. ¿Cuál era la mejor forma de plantearlo? Debía de sonar creíble y poco extraordinario. Libros...

claro. Debía de estar relacionado con su campo de acción. Era lo más plausible. Y un segundo trozo de chocolate desapareció en su boca.

Se puso en pie. Había un libro escrito por un odioso periodista, crítico del Vaticano, que largaba todo lo que allí ocurría pero sólo para arrastrarlo por el fango. ¡Eso era! Una crítica sobre ese libro, y precisaba documentarse para poder desmentir lo escrito por aquél. Sí. Los últimos tres trozos de chocolate desaparecieron de la misma manera que los anteriores. Satisfecho de sí mismo, el pequeño fraile fue a buscar el mencionado libro en las estanterías. Al día siguiente iba a poner manos a la obra.

\* \* \*

Betty tenía tiempo y ganas. O'Connor subió feliz a la bicicleta y pedaleó con entusiasmo hasta su casa. Necesitaba de nuevo una velada sin pensar en los asesinatos y sus resultados hasta la fecha, ¡y una noche! Betty no sólo era guapa, sino también inteligente. Sabía perfectamente que Ian no hablaba sobre su trabajo, o sólo en muy raras ocasiones. Contaba además con un sexto sentido para saber cuándo podía inmiscuirse en sus pensamientos y cuando no.

Una hoja que el viento había arrancado de un árbol golpeó el rostro de Ian. Éste, irritado, se la sacó de encima y miró a su alrededor. Los árboles ya no lucían el verde intenso del verano. Prácticamente en el lapso de unos días habían empezado a cambiar de color. Ya podía verse un brillo rojizo, a trozos incluso un marrón claro. ¿Había estado tan absorto en sus pensamientos durante los últimos días o realmente la transformación había sido tan rápida? O'Connor se puso a silbar una melodía popular y se deleitó pensando en las horas que le esperaban.

Guardó la bicicleta en el cobertizo y le dio a Jessy la obligatoria golosina, al tiempo que le decía que no era la acostumbrada ración porque, como iba Betty, seguro que como mínimo recibía otra igual. Sin siquiera cambiarse de ropa, volvió a salir de inmediato y se llevó a la perrita, tras lanzarle una pelota de tenis, a dar un paseo. Como Betty iba a tardar como mínimo una hora en aparecer, tenía tiempo de sobra para llegarse hasta Lough Ree. La hierba del terreno había sido ya recortada. Ante la promesa de la botella de *whisky* Potheen, Terry había hecho bien su faena. La perrita no dejaba de saltar en torno a su amo, una y otra vez a la espera de que le volviera a lanzar la pelota para ella ir a recogerla. El viento vespertino soplaba fuerte e Ian se levantó el cuello de la chaqueta.

El agua se encrespaba bajo las ráfagas de viento. Hacía tiempo que no había ido a pescar. También tenía que empezar a reparar el tejado del cobertizo. ¡Había tantas cosas para hacer! ¿Qué había hecho en definitiva durante las últimas vacaciones? Pero, claro, en aquellos momentos ni pensarlo. Cuando hubiera resultado el caso, se tomaría unos días de descanso. Sí. Pero ¿y si no podía resolver el caso? De nuevo el

trabajo. Debía resolver el caso. O'Connor tenía mucho amor propio. Tampoco en exceso. Pero consideraba sus casos, y en especial aquél, una especie de desafío personal. ¿Qué había dicho Selnikova? El tiempo trabajaba también a favor de la policía. Tal vez tuviera razón y él no debiera preocuparse inútilmente por la lentitud del caso y el tiempo que tardara en dar por finalizada la investigación.

—¡Tú, bicho, ven aquí! —le gritó a *Jessy*.

Ésta se había metido en un lugar poco profundo del lago y había tenido la osadía de perseguir nadando a unos patos. Pero éstos, graznando ofendidos, habían tomado las de Villadiego y se elevaban sobre el lago. Ian creyó advertir una mueca en el morro de *Jessy* cuando salió del agua y se sacudió el agua de arriba abajo. Él consultó la hora. Había que regresar, Betty iba a llegar de un momento al otro.

O'Connor acababa de encender la chimenea cuando apareció Betty en la casa.

—He traído una *pizza*, ¿te parece bien? —preguntó ella mientras lo miraba expectante a la espera de su reacción.

Él terminó de poner otro tronco en la chimenea y se puso en pie.

—Estupendo. Déjalo todo ahí encima y ponte cómoda, yo voy a buscar algo para beber.

—¡Uy! —exclamó Betty, que estaba hojeando una de las revistas que había encontrado en un montón, cuando Ian entró en la sala con una botella de vino tinto y dos copas balón—. Veo que se te ha despertado el interés por nuevos estímulos sexuales —comentó sonriendo coquetamente.

—¡Chorradas! —espetó O'Connor, antes de dejar las copas sobre la mesa e ir a buscar un sacacorchos al cajón del mueble bufé—. Cuánto crees que me he gastado ya en estas revistas pornográficas. Sigo buscando el ejemplar donde aparecía la foto que incluyeron en la carta anónima.

—Así que tu curiosidad por este material no se considera de importancia para el servicio —siguió ironizando ella mientras contemplaba las satinadas páginas donde hombres y mujeres, solos o acompañados, se mostraban al lector en todas las posturas imaginables—. No sabía que hasta ahora no sabía nada... que en realidad se puede hacer todo, que la frontera está en el grado de agilidad que tenga cada uno.

O'Connor rasgó la cápsula del cuello de la botella con la punta del sacacorchos e introdujo luego la punta de éste en el propio corcho.

—Ya ves, de momento hoy ya empezamos con un buen tinto, y luego tal vez compruebes que he aprendido algo de las fotografías.

Tras oírse un sonoro plop al salir el corcho, Ian escanció vino en las copas, aunque sin llenarlas de todo.

—Claro que cuando observo a estos hombres tan generosamente dotados, no estoy segura de si me voy a conformar con un simple sucedáneo —observó ella con una expresión divertida y ensimismada mientras miraba provocadoramente los pantalones de Ian.

—¡Eres un verdadero monstruo, Betty Killary! —exclamó él en un tono grave

según tomaba asiento en el sofá y le daba a ella un cariñoso pellizco en el costado—. Siempre he oído que no es sólo el tamaño lo que os importa a las mujeres, ¿no es así?

—No sólo, pero... —empezó sin poder continuar porque Ian había cogido un cojín y se lo había estampado delante de la cara.

—Escucha, viciosilla, me parece que voy a tener que poner a prueba mi vena sádica contigo —amenazó entre dientes.

Betty se desasíó como pudo y apartó cariñosamente a su acosador. Dejó la revista sobre el montón donde la había encontrado y le dio un beso a Ian.

—Dejémoslo estar. No has de tener ningún complejo de inferioridad. Te aseguro que no me quejo, pero por lo menos ahora sé donde te duele —espetó la mujer, antes de darle un mordisco a su *pizza* y añadir—: Y bien, ¿has adelantado algo en el caso?

—Si tengo que ser sincero, no —respondió O'Connor mientras se limpiaba un hilillo de queso que le había quedado colgando de la comisura del labio—. Voy a pasar unas cuantas noches a la orilla del Shannon, a ver si puedo descubrir a alguna secta —Montgomery se abstuvo de contar que aquel sitio era también un punto de encuentro para las parejas—. La verdad es que yo mismo no acabo de creérmelo. Es un asunto de demasiada envergadura para un lugar como éste. Y si alguien fuera aquí responsable de una organización tan importante, con ramificaciones más allá de nuestras fronteras, seguro que se habría filtrado alguna que otra cosa. Ya sabes que el ser humano es chafardero por naturaleza y disfruta denigrando a los demás, ya sea a título privado o mediante denuncias a instituciones como la policía. —Ian bebió un largo trago de vino—. Pero hablemos de otra cosa. Me alegro de que hayas podido venir. Te he echado mucho de menos.

—Puedo imaginármelo —replicó Betty dirigiendo la vista hacia las revistas junto al sofá—. Y dime, ¿qué ha sido de tu policía italiano? —preguntó a continuación sin aflojar sobre el tema.

O'Connor suspiró.

—Hace ya una semana que le telefoneé, pero él sólo me ha mandado un fax donde me informa de que ha entrado en contacto con un fraile que tal vez pueda ayudarlo. Es lo único que sé, pero tampoco quiero agobiarlo. Además, quizás no es por ahí por donde deba ir...

—No lo creo, Ian. Tú eres un buen policía, eso lo sé, y vas a resolver el caso, tal vez no sea hoy o mañana, pero lo conseguirás —aseguró ella para luego posar el tenedor y acariciar el cabello de su compañero.

—Me alegra oírtelo decir —dijo O'Connor respirando hondo—, porque por momentos creo que esos asquerosos satanistas se me escapan de las manos.

Betty Killary se reclinó hacia atrás y puso las piernas dobladas sobre el sofá.

—No sé mucho sobre tu investigación en este caso, y es lógico que sea así —aseguró ella, que comprendía perfectamente que él no quisiera hablar de su trabajo. Tomó su copa de vino y bebió un trago. Luego lo miró a los ojos—: Pero dime, ¿has pensado que tal vez estén queriendo confundirte con pistas falsas?

—¿Qué te hace pensar eso? —respondió O'Connor, a quien la pregunta le había hecho salir de sus resignados pensamientos.

—Nada, se me ha ocurrido que es posible que alguien te esté guiando aposta en otra dirección. Sólo es una idea, llámalo intuición femenina, pero imagínate por un momento que todo estuviera amañado.

O'Connor se quedó mirando con curiosidad a la mujer que tenía junto a él.

—¿Supones que alguien se haya dedicado a cercenar penes uno detrás del otro sólo para cargar las culpas a una de esas mierdosas sectas?

—¿Y por qué no? Por supuesto, no niego que ese alguien sea un sádico redomado o un vicioso sexual, pero podría ser, ¿no te parece? —insistió ella sin bajar del burro.

—Pero el propio prelado Montgomery ha dicho también...

—Sí, está claro, no me refería a eso. Él es un experto en esas agrupaciones y quizás, por lógica, los indicios existentes le han hecho llegar a esta conclusión. Pero tal vez estemos... —prosiguió utilizando el plural para que él no se ofendiera— mezclando demasiadas cosas... o demasiado pocas.

—Pero en Polonia también opinaban que era obra de esa gente...

—Tienes razón —aceptó Betty al tiempo que se ponía el plato en el regazo y seguía comiendo de su *pizza*—. Era sólo una idea, algo que se me pasó por la cabeza... Estoy convencida de que lo harás muy bien —añadió para luego, y sin dejar de masticar, darle un besito en la sien—. ¿Sabes? Como vas a estar fuera unas cuantas noches me voy a llevar un par de estas revistas, así sobrellevaré mejor la añoranza mirando las fotos.

De nuevo sonrió con aquella maravillosa sonrisa. O'Connor la miró a la cara y se quedó observándola intensamente. Sin apartar la vista, movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Sabes que, a pesar de todo, eres guapísima? —Ella, azorada, se apartó de él—. Oye, ahora que hablas de fotos... —prosiguió mientras se levantaba y se dirigía al recibidor, donde había dejado su chaqueta—. Tengo aquí unas fotos espectaculares, son de las cuatro cruces que han desaparecido. —Regresó a la sala con las instantáneas prometidas—. Míralas —ofreció al tiempo que colocaba aquéllas sobre la mesita—, aquí tienes los objetos aparentemente causantes de toda esa carnicería.

La mujer posó su plato ya vacío y tomó las fotos en la mano.

—No son unas instantáneas muy buenas —comentó mientras observaba.

—Es lógico, son unas fotos donde las cruces sólo están por casualidad —explicó Ian—. Menos ésta, la de Montgomery. Él en cambio fotografió la cruz adrede, después de habérselo pedido yo —añadió mientras señalaba la foto donde sólo aparecía la cruz.

Betty las fue examinando una detrás de otra.

—¡Fíjate! —exclamó según ponía las cuatro fotos delante de Ian—. Su cruz es algo distinta de las otras tres.

O'Connor frunció el ceño y le tomó las fotos de la mano.

—¿Qué dices? Todas son iguales.

—Jolín, señor inspector, ¡ahora sí que me decepcionas! —susurró ella—. Fíjate mejor en el rostro del Cristo y compáralo con los otros.

Ian miró de nuevo, y en especial el rostro de Jesús.

—¿Dónde ves tú una diferencia?

—Pues, aquí —contestó Betty Killary conforme señalaba con su dedo índice el rostro del hijo de Dios—. En su cruz tiene los ojos abiertos, por lo menos así parece en la talla de madera, y en las otras el artista ha representado a Cristo con los ojos cerrados...

\* \* \*

El padre Frühling suspiró. Sacó un bloc de notas de su escritorio y lo escondió en la bocamanga de su hábito. Era viernes, acababan de dar las once y media. Después de cerrar la puerta de la biblioteca, cruzó los brazos delante del pecho de modo que sólo se vieran las mangas del hábito, y se puso en marcha. En su camino hacia su destino, el Archivo del Vaticano, se cruzó con dos monjas. Las dos religiosas iban charlando animadamente y era evidente que ya se deleitaban ante el merecido descanso del fin de semana. Ojalá no se hubiera él equivocado con sus elucubraciones. Por un lado estaba algo asustado, pero por el otro sentía una extraña curiosidad por lo que le esperaba.

Los corredores eran largos y en el aire flotaba un ligero aroma a incienso que, al mezclarse con el olor que desprendían unas velas encendidas, daba al lugar una atmósfera característica y misteriosa. De vez en cuando echaba un vistazo en las estancias cuyas puertas aparecían entornadas, y comprobaba que o bien estaban ya vacías o se disponían a imitar a sus vecinos.

Había estado dos o tres veces en el archivo. En aquel momento no recordaba el motivo. Quienes trabajaban allí ostentaban una posición especial en el palacio papal. En su mayoría eran sacerdotes ya mayores que llevaban trabajando muchos años en el Vaticano y que se habían distinguido por una probada discreción. Debía de ser increíble la cantidad de secretos que albergaba el Vaticano. En especial las listas de todos los empleados, y seguro que cada expediente con cantidad de información suplementaria. Frühling se preguntó qué habría registrado en el suyo. Tal vez valiera la pena averiguarlo algún día. Pero no en aquel momento. En aquel sitio debían de estar archivados todos los negocios realizados en nombre del Vaticano. Sin duda, había allí tanta información que él ni siquiera podía imaginársela. Reseñas y apuntes sobre todas las reliquias de la Iglesia católica a lo ancho y largo del mundo. Cuentas y conexiones con todos los contactos posibles, tanto políticos como menos serios, así como fondos históricos.

Frühling sacó una mano de la manga y se enjugó el sudor de la frente. Hacía

mucho calor. La ya normalmente tenue luz que iluminaba los corredores disminuyó de forma ostensible para mostrar a su manera que detrás de las siguientes puertas había un material guardado y escondido que debía permanecer oculto a la luz pública.

La enorme puerta de hierro estaba cerrada. Eran ya las doce menos cuarto. Frühling llamó y entró sin esperar respuesta. Esgrimía su sonrisa inocente. Sin embargo, ésta se desvaneció apenas vio que era una mujer quien estaba sentada detrás del enorme ordenador. La hermana Agnetha. Era la viva imagen de lo que uno entendería por una vieja monja amojamada, o mejor dicho, una escoba vestida de monja. Conocía a Agnetha. Había estado varias veces en la biblioteca para tomar libros prestados. Exteriorizaba su inaccesibilidad, que superaba con mucho la de otras monjas y que producía en todo el mundo una primera impresión de rechazo si no de puro terror, mediante su voz y su actitud general. Le tenía verdadera antipatía, que Dios lo perdonara. Pero estaba convencido de que aquella ojeriza era recíproca.

—Buenas tardes, hermana Agnetha —dijo el rechoncho fraile en un susurro, para a continuación tragar saliva.

—Vaya, aquí está nuestra ratita de biblioteca —replicó ella en un tono menos amable. Frühling pasó por alto la impertinencia—. ¿Y qué hace usted todavía en el archivo a estas horas? Además yo no sabía que estaba usted asignado a este departamento. —Allí estaba aquella horrible actitud emparejada con una voz desmayada y carente de emoción.

—Está usted en lo cierto, venerable hermana... —«Escoba» le pasó brevemente por la cabeza, pero se controló de inmediato—. Ya ve usted, los caminos de nuestro buen Señor a veces son insondables...

—¿Y por qué dirige usted estos caminos hacia mí a una hora tan poco cristiana? —replicó la hermana Agnetha que, más que trabajar, vivía allí—. Sabe lo tarde que es y que estoy a punto de cerrar —añadió en un tono que dejaba entrever un atisbo de amenaza.

—Lo sé, lo sé, mi querida hermana —susurró el padre Frühling haciendo acopio de todo su encanto—. Yo también preferiría irme de fin de semana, pero el trabajo... Pero ¿a quién se lo digo? Seguro que a usted tampoco le queda un minuto libre...

—Vamos, no se ande con rodeos. ¿Qué ha venido a hacer aquí, padre Frühling?

—Bien, ya se lo he dicho, el trabajo. Me han encargado... de las alturas... —empezó diciendo mientras señalaba el techo con los ojos— que busque sin demora material para una investigación sobre una crítica de un literato con no muy buenas intenciones para con el Vaticano.

—Vaya usted al grano, querido padre —espetó la hermana Agnetha antes de ponerse en pie y disponerse a abandonar su refugio—. Tengo prisa.

—Me han dado un libro donde un cerdo comunista se pronuncia sobre el afán de dispendio del Vaticano. Tengo que escribir, y como ya habrá comprendido tendré que sacrificar todo mi fin de semana para ello, una crítica sobre ese odioso trabajo. Para ello necesito cierta información de su archivo, querida hermana Agnetha. Presumo



que, si procedemos de forma sistemática, lo habremos conseguido en tres o cuatro horas...

Se la quedó mirando expectante. Ojalá su estrategia funcionara.

—Mi querido Frühling —empezó ella a decir en un tono que se había vuelto algo respondón—, como comprenderá no es mi problema si usted tiene que trabajar en sus horas libres, y supongo que no pretenderá en serio que yo malgaste las mías, ni siquiera unas cuantas, para ayudarle a desempeñar su trabajo. El asunto deberá esperar hasta el lunes. —Había dicho.

El padre Frühling puso una expresión resignada, movió la cabeza y torció la boca.

—Si de mí dependiera, le daría toda la razón, reverenda hermana Agnetha... pero no depende de mí. No podemos esperar hasta el lunes. Según parece, su Santidad tiene previsto ir este fin de semana con el material que yo le consiga a una determinada entidad, pero... quizás... claro. —El pequeño religioso puso entonces una cara resuelta—. Tiene usted razón. Voy a decirles arriba que no le pueden quitar a usted su tan merecido fin de semana. Seguro que ha trabajado a base de bien toda la semana. ¿Por qué tenemos siempre que cambiar nuestros planes cuando a alguien se le ocurre de repente alguna idea brillante? ¿Me permite que telefonee?

Sin esperar respuesta, el padre Frühling se dirigió al aparato de teléfono y tomó el auricular.

—Espere... —dijo la hermana Agnetha, que se mordía pensativa el labio inferior—. No creo que fuera muy acertado hacer una llamada de ese tipo.

—Pero, hermana. ¡Tanto usted como yo tenemos derecho a nuestro fin de semana! —exclamó Frühling conforme marcaba el primer número.

—No lo haga —ordenó la hermana al tiempo que ponía su mano sobre la horquilla del teléfono y apretaba hacia abajo—. ¿Es imprescindible que yo esté aquí mientras usted busca la información que necesita?

Parecía que iba a funcionar. Frühling notaba los latidos acelerados de su corazón.

—Bien, con su presencia mi trabajo sería más fácil. No sé muy bien cómo funciona su sistema.

—No hay nada que saber —le espetó ella—. Venga aquí. —Ante aquello que parecía una orden, el padre puso una expresión interesada y dirigió vacilante la mirada a la pantalla del ordenador—. Aquí, fíjese. Esto es el menú principal. Lo puede consultar hasta que encuentre lo que está buscando. En algunos ficheros no podrá entrar, porque para ello se precisa la correspondiente contraseña. Pero seguro que ello no será necesario. ¿Qué es lo que está buscando exactamente?

—Bien, yo pensaba empezar a desmentir las monstruosas afirmaciones de ese escritor poniendo de manifiesto algunas de las donaciones hechas por el Vaticano. ¿Son muy largos los listados, hermana?

—Mucho más de lo que usted puede imaginar —fue la respuesta lapidaria—. Aquí le dejo la llave de esta estancia. Cuando haya terminado, asegúrese de que la puerta quede bien cerrada y deje la llave en el puesto de guardia. Ahora les avisaré.

La hermana Agnetha fue presa repentinamente de una enorme prisa por salir del despacho. Era evidente que estaba convencida de que el padre Frühling tenía en mente un trabajo en colaboración. Y era algo que ni en el presente ni en el futuro tenía intención de hacer.

—Pierda cuidado, hermana Agnetha, me preocuparé de que todo quede como Dios manda —susurró Frühling—. Espero poder algún día demostrarle mi agradecimiento por su generosidad y su bondad para conmigo.

—Bien, haga lo que tenga que hacer —dijo ella en tono imperioso—. En cualquier caso, le deseo un buen fin de semana.

¿Había distinguido mientras hablaban algo parecido a una ligera sonrisa en los labios de ella? Frühling sacudió la cabeza. Impensable. Aquella boca no estaba hecha para nada que estuviera relacionado con una risa. Sin volverse, la hermana Agnetha salió del despacho.

El padre Frühling se quedó un momento inmóvil delante del monitor. ¿Había funcionado! Satisfecho, disfrutó del silencio que le rodeaba y miró en torno a él. El despacho no se diferenciaba mucho de los existentes en cualquier institución o empresa. Estanterías con archivadores, escritorio, ordenador. Sin embargo, no vio ninguna silla para visitas. Aparentemente no cabía en la cabeza una pretensión semejante y se había prescindido de esa pieza del mobiliario. Frühling se dirigió a la puerta y la abrió despacio. Lanzó una mirada cauta al pasillo. Ella se había ido. O más bien había huido. ¡Bien hecho, curita! Frühling cerró los puños, dirigió la vista al cielo y dijo por lo bajito un sincero gracias.

Algo excitado, tomó asiento en la silla del escritorio y se quedó observando el monitor. El menú principal mostraba una serie de abreviaturas con las que no sabía por dónde empezar. Fue buscando con la flecha del cursor, hasta que encontró el archivo deseado. Lo abrió y le apareció el año 1958. Aparentemente habían trabajado para actualizar los ficheros e informatizarlos. Frühling no era un experto en informática, pero debido a su trabajo había tenido que llevar a cabo el aprendizaje necesario y, aunque lentamente, había llegado a adaptarse. Con cierta torpeza sus dedos se deslizaban por el teclado o maniobraban el ratón. Primero debía familiarizarse con el archivo. ¿Cómo estaba organizado?

Según pudo entender, era un archivo hecho en un programa Excel. En la cabecera había enunciados como año, mes, destinatario, objeto, etc. Al final aparecía también un número de archivo. El padre levantó la vista del escritorio. Los gruesos archivos de las estanterías estaban numerados. Seguramente allí habían archivado otros pormenores relacionados con cada apunte. Frühling fue leyendo en las filas que aparecían en la pantalla. Los regalos que habían salido del Vaticano eran mucho más numerosos de lo que él había imaginado. Custodias, cálices, velas, copones, misales, cruces, había mucho allí registrado. Y además aquellos regalos iban a parar a todos los rincones del mundo. Unas veces aparecían iglesias y conventos como destinatarios, otras los regalos eran asignados a personas particulares. ¿Qué había

dicho Calabrese? Había que buscar unos dos años atrás. Frühling fue pasando páginas en el ordenador. Para él, cuya pericia con el ordenador era más bien mediocre, le parecía un proceso ímprobo y larguísimo. Cada vez que creía haber encontrado algo adecuado, abría el fichero correspondiente, lo ojeaba y luego lo volvía a cerrar decepcionado.

Calabrese había hablado de cuatro cruces. Más o menos por la misma época. Algo así no podía pasarle desapercibido. Frühling sacó de la bocamanga del hábito la nota donde había escrito los nombres de los destinos. Allenstein, Lublin, Athlone y Portadown.

Intentó no perder la calma. Sabía que existía una función de búsqueda. Un joven novicio se lo había enseñado con gran entusiasmo. Pero ¿cómo funcionaba? No había más que anotar el término buscado en algún lugar, apretar una o dos teclas y, milagro, se obtenía el objetivo deseado. Así de simple. Frühling apoyó la cabeza en las dos manos y se devanó los sesos en busca de la fórmula. Debía descubrirlo. Empezó a apretar teclas de forma indiscriminada, pero no logró encontrar la orden deseada. Apareció en medio de la pantalla una ventanita gris con un punto rojo en el centro. Este programa finalizará debido a una orden inválida. No apareció nada más, pero esto ya era suficiente para asustar a Frühling. ¿Había hecho algo erróneo? ¿Había sido inútil todo el esfuerzo realizado? ¿Y si el ordenador se había averiado? Como no se le ocurría otra cosa, apretó el ratón; y se cerró la ventana del menú. La pantalla quedó en negro. De haberse dejado llevar por su instinto, se habría marchado de allí en aquel mismísimo momento, pero su fe se lo impidió y se reprimió en el último instante.

Al cabo de unos penosos segundos, volvió a aparecer el menú principal en la pantalla. Gracias a Dios. Bien, pues a empezar desde cero. Frühling escogió el archivo correspondiente y lo inició. Con la ayuda del ratón, y en esta ocasión con todavía mayor cautela que antes, empezó a abrir unas cuantas ventanas más y, tras un montón de intentos fallidos, alcanzó su propósito. Había aparecido la palabra que había andado persiguiendo: Buscar.

El padre Frühling se pasó la lengua por los resechos labios. Para semejantes momentos difíciles, tenía siempre en su despacho una tableta de chocolate. Seguro que allí sólo había un viejo y amarillento papel de bocadillo. Escribió en la ventana abierta la palabra «Athlone» y apretó la tecla de retorno. Casi en el mismo instante centelleó detrás de esta ventana de búsqueda el cursor en un recuadro donde aparecía la palabra «Athlone». Frühling cerró el menú de ayuda. Ya lo tenía.

Sin embargo, aquella carpeta era distinta de las demás. Sólo estaba anotado el año, pero sin una fecha concreta del mismo. Asimismo, como destinatario aparecía sólo el lugar. Frühling comprobó la anotación anterior. Allí aparecía el nombre de una iglesia, un convento, e incluso el nombre de una persona en concreto. Bajo «Athlone» no había nada más. Extraño. En el apartado «artículo» había solamente una combinación alfanumérica; CH002. Frühling tomó el correspondiente archivo de la

estantería y buscó entre las hojas. Extraño. También la página que correspondía a la carpeta que había encontrado en el PC era distinta de las otras. Se trataba de un formulario corriente del Vaticano. Escrito a mano, aparecían únicamente el lugar y las letras y los números. Detrás de éstos, las letras, también escritas a mano, «P» y «DA». La mitad inferior de la hoja había sido arrancada y no estaba archivada. El lugar ya se veía de milagro. Faltaba la sección donde en los otros formularios aparecían el tipo de regalo y también el motivo del mismo. El padre Frühling se puso a tiritar. Se quiso tranquilizar pensando que hacía frío en el cuarto, pero no era así. Lo había encontrado.

¿Por qué faltaba la mitad de la hoja de un expediente relacionado con un asesinato? Frühling se apresuró a volver al ordenador y tecleó, uno tras otro, en la ventana de búsqueda los demás lugares que le había indicado Calabrese. Durante un breve momento se apoderó de él el orgullo de poderse manejar tan bien con un ordenador. Con mucho esmero, fue anotando todos los números de los archivos que había en las carpetas. El ordenador había encontrado todos los lugares. Regresó a las estanterías y buscó los archivos correspondientes.

La sensación de frío se repetía cada vez que encontraba los formularios en cuestión. En todos los casos era lo mismo que al inicio de su rastreo. En todos aparecían anotados el lugar, las letras «P» y «DA», y una combinación cifrada. El resto de la página no estaba, había sido arrancada. Ningún otro indicio. Tres asesinatos y tres formularios manipulados. No podía tratarse de una casualidad. El regordete religioso sacó su libretita y anotó todos los datos. Junto a la clave CH002 puso Athlone, escribió CH001 junto a Portadown, CH003 con Lublin y CH004 con Allenstein.

¿Cómo debía proseguir? Calabrese le había pedido que averiguara si se habían regalado más cruces como aquella. Cómo iba a averiguarlo si no tenía más puntos de referencia. Necesitaba un trozo de chocolate imperiosamente. En apariencia, habían designado las cruces con las claves CH001 hasta la CH004. Frühling no estaba acostumbrado a hacer muchas combinaciones y, por consiguiente, estuvo varios minutos cavilando delante del monitor. Buscó en las otras carpetas del archivo, pero no encontró la misma combinación. Tal vez pudiera... Nervioso se frotó las yemas de los dedos unas con otras. Señaló de nuevo la ventana de búsqueda y escribió «CHO». Lleno de impaciencia, apretó la tecla de retorno. El cursor saltó de nuevo a Portadown. Frühling tomó el ratón y escogió la opción «seguir buscando». El cursor se detuvo en Athlone. Ya lo tenía. Así iba a poder encontrar todas las carpetas que tuvieran esa indicación en el artículo. A Frühling se le escapó una sonrisa. Por el espacio de unos segundos, se vio en el papel del actor que representaba al Padre Brown. Otra vez el retorno. Lublin, luego Allenstein. Otro clic al ratón. Efectivamente: CH005: Massa Monte Ciamone. Frühling garabateó el número de archivo en un trozo de papel. Retorno: CH006 Rovigio. Retorno. Un sudor frío perlaba su frente. CH007 Cuenca. Y otro clic en el ratón: CH008 Tobarra. Pues era

cierto que un ordenador es un artefacto estupendo. Retorno: CH009. Pero en esta ocasión ninguna nota sobre el lugar. Bien, encontraría éste en los archivos de la estantería. Retorno: Portadown. Parecía que ya no había más. Nueve veces la carpeta «CHO». En ocho ocasiones con la indicación del lugar, en una, nada. Era evidente que no había más carpetas. Si todo encajaba, significaba que debían de haberse regalado nueve cruces en total. Ya había tres clérigos muertos relacionados con aquellos archivos. ¡Cielo santo! ¡Con lo que había topado!

A continuación fue sacando uno por uno los archivos correspondientes de las estanterías. Cada vez igual que con los cuatro primeros. En cada ocasión la misma escueta repetición de la información que había en las carpetas del ordenador, y todas las hojas rotas por la mitad. En el último formulario ni siquiera aparecía el nombre del lugar. Había sido arrancado junto con el trozo inferior de la página. Sólo un CH009 con las letras «P» y «DA». Sobre el escritorio se amontonaban los nueve archivadores junto al teclado del ordenador.

Frühling se puso en pie, saco los formularios de los archivadores e hizo fotocopias de todos en la fotocopidora que había en el despacho. Antes había tomado nota de todos los datos. Después de haber vuelto a colocar todos los archivadores en su sitio, consultó el reloj. Llevaba allí, en aquel despacho, tres horas. Pero había sido provechoso, y merecía una recompensa. Algo que ya rondaba por su cabeza y le producía de antemano un gran placer.

Como le habían ordenado, dejó la llave en el puesto de la Guardia Suiza. Antes de ello había procurado dejar el despacho tal y como él recordaba que lo tenía la hermana Agnetha. Una vez fuera, encontró una cabina telefónica en una calle lateral. Marcó el número de teléfono de la comisaría de los *carabinieri* donde Calabrese prestaba sus servicios. Como no lo encontró allí marcó el número privado.

—Dígame —contestó Calabrese al otro lado de la línea.

—Soy el padre Frühling —dijo con una voz algo temblorosa.

—¡Padre! —exclamó Toni con alegría—. ¿Ha podido averiguar algo?

—¡Y cómo! —replicó Frühling orgulloso—. Según parece hay nueve cruces en total. Pero es demasiado complicado para contarlos por teléfono. ¿Podemos vernos en algún lugar?

—Por supuesto, dónde y cuándo usted quiera —fue la rápida respuesta.

Frühling nombró un pequeño café en las inmediaciones y quedó con el policía allí en una hora.

\* \* \*

—Ha descubierto algo —le dijo Toni encantado a Carmela Ponti—. Dentro de un rato tendré más detalles —añadió para luego contarle cómo había ido la conversación telefónica.

—Te felicito, Toni —le dijo ella utilizando el tuteo, como habían ya acordado—. No tardes, yo te espero aquí, y esta noche podemos ir a celebrar tu éxito —propuso ella con una voz melosa.

—La verdad es que suena muy prometedor —dijo él mientras se ponía la chaqueta marrón y cogía las llaves del coche—. Seguro que no tardaremos mucho, me daré prisa, *ciao bella*. —Le lanzó a Carmela un beso con la mano y salió por la puerta.

Hacía varios días que estaban juntos y todavía no se habían acostado. Ya llegaría el momento. Tal vez pudiera aprovechar la celebración de aquella noche. Pensativo, se metió en el coche y bajó a la ciudad. Aparcó cerca del café y continuó a pie la distancia restante. Cuando entró en el local el padre Frühling le hizo señas. Calabrese se sentó junto a él y lo saludó afablemente.

—He metido en este sobre toda la información que he podido recopilar —empezó Frühling, para luego extenderse en explicarle sus averiguaciones—. No es mucho, pero tal vez a su colega irlandés le sirva para empezar.

Calabrese tomó el sobre marrón.

—Ha hecho usted un trabajo de primera, padre —lo felicitó encantado—. Mañana mismo le enviaré por fax a O'Connor lo que hay aquí dentro —añadió conforme agitaba el sobre—. Cuando sepa algo más de él, se lo haré saber. De nuevo le doy mil gracias. Espero como mínimo poder agradecer su trabajo con un par de tazas de chocolate.

—Uy, a eso no digo nunca que no, muchas gracias, señor Calabrese —dijo Frühling mientras se volvía para llamar al camarero.

—Sin embargo, va a tener que disculparme, me espera la *signora*... —se excusó Toni esgrimiendo su encantadora sonrisa.

—Vaya, vaya, hijo mío —aceptó el padre en tono paternal según se incorporaba para despedirse del policía.

Luego tomó las monedas que este último había dejado sobre la mesa y se las guardó. Una sonrisa iluminó su rostro. Con ese dinero tenía para unas cuantas tazas. Y se lo había merecido, de verdad.

Cuando Toni llegó a su casa el sol ya se estaba escondiendo detrás de unas nubes nocturnas. Echó una ojeada al dormitorio. Allí estaba Carmela rebuscando entre su ropa. Iba vestida sólo con una faldita corta y, al verlo, se tapó el desnudo pecho con las manos.

—¿Ya estás de vuelta? No mires, quiero ponerme guapa para ti —dijo ella para luego dirigirse a la puerta y cerrarla en las narices de Calabrese.

—¡Mira lo que tengo aquí! —dijo él antes de volver a abrir un poquitín la puerta y, sin mirar adentro, blandir el sobre y añadir—: Hay nueve cruces. Aquí está todo.

—Estupendo, pero ahora deja que me vista tranquila —replicó ella desde dentro.

—Yo creo que podrías quedarte cómo estás, no hace falta que salgamos —murmuró Calabrese entre dientes.

—¿Qué has dicho? —gritó la mujer, que no lo había entendido.

—Nada, nada importante —contestó Toni en voz alta—. Me apetece mucho salir esta noche...

Calabrese puso música y luego fue a sentarse en su sillón. Volvió a repasar mentalmente todo lo que le había contado el padre Frühling.

Así que había nueve cruces. Deseó que a O'Connor le sirviera este dato como punto de partida. Sabían que por lo menos ocho de las nueve cruces habían sido asignadas a localidades de Europa. De la última, la novena, sólo se sabía que existía. Abrió el sobre y hojeó las fotocopias hasta dar con ésta. Aparecía el dato «cruz», justo debajo había la clave CH009, significara lo que significara, y escritas a mano las letras mayúsculas «P» y «DA». Para él todo aquello no tenía sentido alguno.

Toni dejó el sobre en la mesa y se puso a escuchar la música. Estaba sonando *Vaya con Dios*. En aquel momento se abrió la puerta del dormitorio y salió Carmela. Calabrese se quedó sin aliento. Él ya había visto a la mujer vestida de muchas maneras distintas, y en cada ocasión había comprobado que tenía un cuerpo de ensueño, pero hasta aquel momento la ropa había cubierto la mayoría de aquél. Con lo que se había puesto aquel día se confirmaba su constatación. Ella mostraba lo que hasta aquel momento le había sido ocultado y con lo que a menudo él soñaba por las noches.

Carmela se plantó en el umbral de la puerta y se apoyó provocadora en ésta. La diminuta falda que llevaba no sólo ponía de manifiesto sus piernas espectaculares, sino que además los dos cortes laterales atraían vertiginosamente la mirada de Toni. La parte superior del cuerpo había sido mínimamente cubierta por un trozo de tela negra. Carmela se contoneó junto a la puerta, consciente del efecto que estaba causando en Toni.

—¿Te parece bien? —susurró ella al tiempo que lanzaba a su admirador una mirada provocativa.

—¡*Santa Maria!* —exclamó Toni—. Y me lo habías ocultado hasta ahora...

Carmela no hizo ademán alguno de abandonar el lugar donde estaba. Se puso a balancearse al ritmo de la música, que parecía hecha a medida para sus movimientos. Sus manos se sujetaron a la parte alta del marco de la puerta y Toni pudo oír claramente el roce de sus uñas en la madera. Él se levantó despacio y se dirigió a la mujer que tenía ante sí. Y superaba a todo lo que se le había puesto por delante. Y que no era poco. Se apoyó en el marco de la puerta, frente a ella.

«Ahora o nunca», pensó antes de acariciarle la mejilla derecha con la mano. Carmela cerró los ojos, se puso a ronronear como una gatita y apretó el cuerpo contra la madera. Despacio, la mano de él fue descendiendo hasta llegar al cuello. La mujer, sin duda transportada por su tacto, se retorció. Calabrese sentía calor y frío a la vez. Introdujo la otra mano en el suave cabello mientras con el dedo índice de la otra se iba deslizando lentamente hacia abajo. Tocó la cadenita de oro que llevaba al cuello y siguió su trayectoria. El escote de la blusa era amplio y dejaba a su mano camino

libre. Sus sienes se perlaron de sudor. No había botón alguno que lo molestara. Con cautela dirigió su mano con suavidad hacia el pecho. Carmela parecía extasiada. El ronroneo se había convertido en un gemido continuo. Tomó un pecho entre sus manos y apretó firme, pero suavemente. No se había equivocado. Tampoco allí había prenda alguna que impidiera su actividad. En el momento en que su mano izquierda se apoderaba del otro pecho, ella apartó con gran ímpetu su cuerpo del marco de la puerta y apretó su bajo vientre contra él. Sobresaltado, él hizo también un movimiento en dirección a ella. Con aquella presión de los dos cuerpos, seguro que a ella no le había pasado desapercibido lo que se agitaba en el pantalón del hombre. De pronto, Carmela bajó las manos, que tenía sujetas al marco de la puerta, y las clavó en su camisa con una fuerza que él no hubiera imaginado en aquella mujer. Se la arrancó provocando que se soltaran varios botones de la tela. Le clavó las manos en su pecho y se lo quedó mirando con ojos encendidos. Pese a que los arañazos eran dolorosos, él no sentía nada.

—Creo que ya es hora de que te demuestre lo agradecida que estoy por tu hospitalidad, ¿no te parece?

Toni Calibrase no podía articular palabra. Estaba demasiado perplejo. Carmela se apartó de un bandazo y se encaminó despacio y riéndose a la mesa de la sala, donde tomó el sobre marrón. Lo mantuvo en alto.

—Y además has tenido éxito —observó.

Su voz había cambiado completamente en un mínimo intervalo de tiempo. Sonaba distinta. Acabados los ronroneos, acabados los gemidos, sólo aquel ya conocido timbre de voz que desde que la había conocido no había dejado de resonar en los oídos de Toni.

Perplejo, Toni se apartó a su vez de la puerta y trató de recomponerse la camisa desgarrada. En su bronceado pecho se veían unos cuantos arañazos profundos.

—Sí —dijo él todavía confuso—. Hay en total nueve cruces y, salvo una, han sido asignadas a lugares determinados. Hay unas siglas ininteligibles, pero supongo que O'Connor será capaz de descifrar el enigma, o no. Pero no puedo dejar de pensar...

Carmela Ponti se dejó caer en el sillón donde se había sentado antes Toni y cruzó las piernas.

—¿Por qué no te vas arreglando? Tengo ganas de salir, de beber algo, de bailar... Pero con una camisa rota yo no salgo contigo —dijo riéndose de modo enigmático.

—Eres la mujer más extraña que me he cruzado en mi vida —susurró él al tiempo que movía la cabeza para después dirigirse al dormitorio.

—Y así seguirá siendo —murmuró ella.

—¿Qué has dicho? —preguntó Calabrese después de volver a abrir la puerta y asomarse, ya sin la camisa rota.

—Date prisa, me apetece salir —contestó Ponti para luego reclinarsse contra el respaldo del sillón, no sin antes haber dejado que su mirada resbalara por el cuerpo musculoso del policía.



\* \* \*

McNeall, nervioso, esperaba a Ian. Iba vestido de paisano. Eran las once de la noche y se agitaba en la dura silla del puesto de guardia. Ya tenía el coche preparado y se había provisto de teléfono móvil, aparato de radio y linterna. Era su primera misión de aquel tipo y no quería cometer ningún fallo. Además, cuando sus colegas hablaban a veces de forma un poco despectiva sobre Ian O'Connor, él percibía una cierta envidia en sus palabras. El inspector contaba con algo que ellos nunca, o por lo menos hacía mucho tiempo, habían sentido: idealismo y fe en la justicia. De hecho él, antes de ir a la Academia de Policía, pensaba que todos los policías estaban dotados de esos atributos, pero en el curso de sus primeros tres años de servicio había descubierto, y a su pesar, que ello era la excepción. En general se mostraban negativos, criticaban el equipamiento, el exceso de trabajo, las malas condiciones de éste, la escasa posibilidad de ascenso y en definitiva todo aquello que implicaba la profesión de policía.

McNeall siempre se había aplicado mucho en la academia para sacar buenas notas, había estudiado como ningún otro. No era un empollón, pero quería convertirse en un buen policía. Cuando una vez finalizada su instrucción fue asignado al cuerpo de Athlone, vio un modelo en el inspector O'Connor. Por su talante y la concepción que tenía sobre aquella profesión, le recordaba muchísimo a su padre, que era policía en Dublín. Cuando acabó la época del colegio, supo que iba a seguir aquella carrera. A veces tenía la impresión de que los últimos tres años habían pasado volando. Todavía recordaba cuando su padre hablaba de su actividad como policía, y ahora estaba él desempeñando el mismo trabajo. A McNeall seguía gustándole ser policía, y la misión que tenía por delante le tenía en un sin vivir desde hacía horas. Tal vez porque había sido el propio *sir* Winston quien había acudido a él para informarle que O'Connor quería llevar a cabo aquella observación con él. En la comisaría había bastantes policías experimentados, pero lo quería a él. En un primer momento el haber sido el escogido le había llenado de satisfacción, pero luego se había sentido intrigado. ¿Por qué precisamente él, con tan poca experiencia? Su padre le había dicho en una ocasión que él, que prefería trabajar solo, solamente trabajaba con colegas en los que pudiera confiar ciegamente en caso de peligro. Pero también le había dicho que de éstos no sobraban en las comisarías, sino todo lo contrario. ¿Por qué el inspector O'Connor le metía en aquella aventura? Ya había fallado una vez ante la vista del cadáver del padre Toldrim. Se había mareado, se había comportado como un niño. ¿Confiaban en él? En cualquier caso, iba a hacer todo lo posible para no defraudar las expectativas de sus superiores.

A los otros policías que estaban de servicio no les pasó inadvertido el nerviosismo del joven colega, que se había convertido en el blanco de sus bromas y al que agobiaban con unas historias horripilantes. Pese a que McNeall no las tomaba en

consideración, un par de ellas le rondaban todavía por la cabeza. Había previamente limpiado y pulido su arma, y aquel día llevaba incluso una nueva funda que se había comprado para la ocasión.

Poco después de las once apareció Ian en la comisaría. Sonrió al ver a McNeall. O'Connor conocía su hoja de servicios y no le costaba imaginarse cómo debía de sentirse en aquellos momentos.

—¿Todo en orden? —saludó al joven.

—Sí, señor. El coche ya está preparado. Y he metido allí el teléfono móvil, una linterna y una radio, y...

—Basta, basta, no hará falta tanta cosa. ¿Has pensado en llevar algo de comer?

—Oh, no, señor... —contestó McNeall algo irritado. ¿Cómo alguien podía pensar en comida con una misión semejante? Él no había pensado en ello.

—No importa —le tranquilizó Ian—. Betty me ha preparado tanto que bastaría para tres como nosotros. Empecemos. ¿Dónde están los demás?

—En la sala, señor —contestó McNeall al tiempo que se ponía en pie.

Ian lo tomó por banda.

—Escucha, mi nombre es Ian, pero seguro que tú ya lo sabes. El «señor» puedes ahorrártelo y reservarlo para *sir* Winston. Además, en momentos de peligro los títulos suenan muy ridículos. ¿Cuál es tu nombre de pila?

McNeall no daba crédito a lo que oía.

—Timothy, eh, señor.

—Estupendo, Timothy, pues en marcha.

A continuación prácticamente empujó al joven a la sala de reunión. Había cinco policías dentro. Casi todos estaban viendo la televisión y comiendo.

—¡Bien, muchachos! —dijo O'Connor al hacer su aparición en la estancia, y todas las cabezas se volvieron hacia él—. Supongo que sabéis que habrá algo de jaleo durante las próximas noches. Existe una sospecha, relacionada con el asesinato del padre Toldrim, de que hay un grupo de satanistas que según parece se reúnen en la explanada que hay junto al Shannon. No tenemos más detalles, sólo esta pista. Tampoco sabemos si o en qué medida están involucrados con nuestro caso. — O'Connor hizo una pausa para servirse una taza de té y volver a la mesa—. Durante las próximas semanas tengo previsto hacer turnos de observación con Timothy — añadió según miraba al joven, que se había quedado de pie junto a la puerta. O'Connor advirtió que algunas cejas se habían alzado cuando él había pronunciado el nombre—. Nos podéis localizar mediante el teléfono móvil y la radio. —Les indicó el canal de la radio—. Pero, por favor, llamadnos solamente en caso de emergencia. Nosotros nos pondremos en contacto con vosotros si lo necesitamos. De ser así, hará falta la mayor celeridad para llegar a donde estamos. O sea, nada de terminar de ver el partido de fútbol, si no de inmediato a los coches y para el río. ¿Está todo claro?

Le respondieron silenciosos gestos de asentimiento con la cabeza.

—Bien, ¿alguna pregunta?

En esta ocasión la respuesta fue varias cabezas moviéndose de un lado al otro en sentido negativo.

—Si está todo claro, nosotros nos vamos.

O'Connor se levantó, apuró la taza de té y abandonó la estancia seguido de McNeill. Apenas habían salido cuando oyeron un claro cuchicheo procedente del interior. Ian sonrió y miró a Timothy, el cual, como no sabía la forma en que debía reaccionar, se limitó a imitarlo.

—¿Es la primera vez que te encomiendan una misión como ésta? —preguntó O'Connor ya instalado detrás del volante.

—Sí —contestó el joven después de agitarse en el asiento del pasajero—. Y estoy muy emocionado, señor... —añadió sin poder seguir al darse cuenta de lo mucho que le costaba tutear a su superior.

—No te hagas muchas ilusiones —observó Ian sonriendo—. Verás que una guardia así es más bien aburridísima. Con un poco de suerte, todo lo que veremos serán unos cuantos coches en el aparcamiento. Y sus ocupantes seguro que se dedican a algo bien distinto que a celebrar una misa. —McNeill lo miró sin entender—. ¿Para qué te crees que los jóvenes van por la noche a un aparcamiento oscuro? ¿No has estado nunca en un aparcamiento? —añadió riéndose.

—No, hasta ahora no —replicó McNeill sonriendo tímidamente—. ¿Cree usted, ay, perdón, tú, que pillaremos a esos satanistas?

—Si tengo que serte sincero, me temo que no, pero no quiero quitarte la ilusión. Esto tampoco tiene nada que ver con lo poco que me apetece esta misión. Hay que hacerlo, y basta. Pero seamos sinceros, tú eres joven y, por lo que sé, vives también aquí, en Athlone, ¿no es así?

—Sí.

—Supongo que vas a locales u otros lugares que yo ya no frecuento, ¿sí o no? —Es posible.

—¿Y? ¿Has oído hablar alguna vez de satanistas por estos andurriales?

—Pues no...

—¿Lo ves? Es un asunto de demasiada envergadura para nuestra gente. No sé si te has enterado, pero en Polonia ha habido otros dos asesinatos en similares circunstancias que el del padre Toldrim.

—Por cierto, quería disculparme, por haberme comportado de forma tan estúpida aquel día —intervino McNeill.

—No hace falta. Si supieras cómo vomité cuando asistí a la primera autopsia. Y te digo una cosa, de no haber habido tanta gente cuando lo del padre Toldrim, habría devuelto hasta la primera papilla... pero uno aprende a controlar su propio cuerpo. Tú también lo conseguirás.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Pues bien, tenemos tres asesinatos entre manos, pero ni borracho puedo imaginarme que alguien de aquí pueda tener algo que ver con ellos.

—¿Y entonces por qué hacemos esto?

—Porque no estoy seguro, así de fácil. Y porque no quiero dejar cabos sueltos. Mira, no siempre se resuelven todos los casos, pero es aceptable cuando uno puede decir: «No he podido resolver el caso, pero he hecho todo lo posible por conseguirlo». Si puedes decirte esto honestamente, no tienes ninguna razón para sentirte deprimido, ¿lo entiendes?

—¿Cómo vamos a proceder cuando llegemos al aparcamiento? —quiso saber McNeall que poco a poco iba sintiéndose más relajado junto al inspector. Se iba confirmando lo que él ya pensaba, que O'Connor era un buen policía.

—Todavía no lo sé —contestó Ian—. Hace tiempo que no he estado en esa explanada.

—Pues... yo estuve ayer —informó cautelosamente McNeall.

—Bien hecho, Timothy, muy bien, entonces dime qué sugieres —replicó O'Connor sonriendo.

—Cuando *sir* Winston me explicó el asunto, decidí ir a echar un vistazo. No había nadie allí, así que nadie me vio...

—Está muy bien —aprobó Ian sin dejar de sonreír.

—Hay un par de dólmenes entre los cuales podemos escondernos, y hay también una pequeña arboleda donde dejar el coche. Además me he traído los gemelos.

—Timothy, debo decir que estoy gratamente sorprendido. —La sonrisa se hizo más amplia.

—Y si dices que la gente de los coches tienen otras intenciones...

—De lo cual puedes estar seguro —interrumpió Ian.

—Entonces les pasaremos inadvertidos, porque creerán que estamos allí para lo mismo —terminó el muchacho de un tirón y con las mejillas ruborizadas.

—¡Pero no por eso te creas que me puedes meter mano! —soltó O'Connor para lanzar después una sonora carcajada, apenas secundada por su compañero—. Pero tienes razón —añadió según detenía el coche—. ¿Para qué demonios estoy conduciendo yo? Tú te conoces esto mejor que yo, anda, conduce. —Tras lo cual bajó del coche para dejar que McNeall se instalase en el sitio del conductor—. De todas formas, me temo que no vamos a ver un alma —comentó O'Connor mientras bajaba la ventanilla—. Todavía hace frío y seguro que hay sitios mejores que éste, pero ya veremos.

Volvió a subir la ventanilla y se arrellanó en el asiento. El resto del trayecto transcurrió en silencio.

No había aún ningún coche cuando ellos llegaron a la explanada. McNeall se dirigió al lugar que había sugerido con anterioridad. Lo cierto era que había tenido razón, porque ofrecía un escondite bastante bueno. Si llegaba más gente, no advertiría su presencia. Una vez apagado el motor, Ian bajó del coche y se estiró. Estaba negro como boca de lobo. El cielo estaba tapado y no se veía ninguna estrella. A unos cuantos metros del vehículo, se elevaban los inmensos dólmenes, allí colocados por

Dios sabía quién desde tiempos inmemoriales. O'Connor se dirigió hacia ellos y McNeall le siguió.

—Si hiciera un poco más de calor, hasta se podría estar cómodo aquí —observó mirando las enormes piedras—. Lástima que haga más bien fresco. Pero mientras no venga nadie, es mejor que nos quedemos aquí, porque ya tendremos tiempo de estar metidos en el coche, que, por cierto, no creo que sea demasiado cómodo, ¿verdad? —McNeall asintió con un gesto de la cabeza—. Déjame tus prismáticos, por favor —pidió O'Connor, que había visto que el muchacho los llevaba colgando del cuello. Los tomó y se puso a mirar—. Unos prismáticos caros, ¿verdad? Y con lentes nocturnas —comentó mientras escrutaba los alrededores.

—Son de mi padre —explicó Timothy—. Me los ha dejado porque él apenas los utiliza.

—Tú padre es también policía, ¿verdad? ¿En Dublín?

—En efecto.

—¿Y decidiste hacerte también policía? —preguntó asombrado el inspector y dirigiendo ahora la mirada hacia el joven.

—Sí, porque quería hacer lo que hace mi padre —fue la respuesta poco original de McNeall.

—Bien, yo tampoco te habría aconsejado otra cosa. ¿Tu padre es un buen policía?

—Yo creo que es muy bueno —respondió Timothy con timidez.

—Pues intenta imitarlo. Y no te dejes contagiar por la cháchara de los otros, sobre todo de los bocazas que no saben de qué hablan. En nuestra profesión, quien quiere realizarse, lo consigue, de ello estoy firmemente convencido. Lo único que hay que tener son los huevos bien puestos y estar dispuesto a dar el callo. Nadie te regala nada. Y ni la satisfacción exterior ni las promociones, por muy bonitas que éstas sean, son importantes. Lo que cuenta es la propia satisfacción, ¿comprendes?

—Creo que sí.

\* \* \*

Calabrese estaba bañado en sudor. Habían estado en varios bares y también en una sala de baile. Él era un hombre preparado físicamente y, sin embargo, el esfuerzo al que le tuvo sometido su acompañante exigía de toda su energía. En cambio ella estaba fresca como una rosa. No había parado de arrastrarlo a la pobremente iluminada pista de baile. Ella se movía como una serpiente. Daba igual la música que tocaran, ella adaptaba su cuerpo a todos los ritmos. Varias veces durante el baile ella se había arrimado a su cuerpo y, mediante el balanceo de su pelvis, provocado en él una reacción intencionada. Sin embargo, al cabo de un momento, al siguiente acorde de la música, ella lo había apartado de su camino y había dado la impresión de que se sentía dueña de la pista.

—Ahora quiero irme a casa —dijo Carmela por fin cuando estaban en el décimo bar camino del coche.

Se trataba de una orden que no admitía réplica. Además, tampoco Toni tenía razón alguna para negarse. Subieron al coche, él se instaló al volante y se pusieron en camino. Roma estaba iluminada y desprendía una elegancia romántica a la luz del alumbrado nocturno. Todavía hacía calor. En el camino, de pronto, Carmela se agarró al volante.

—¡Párate!

Toni Calabrese detuvo el coche. Ella quitó la llave del contacto y bajó del vehículo. Estaban a mitad de camino de la casa y el auto había quedado detenido junto a un muro bajo. A sus pies yacía la Ciudad Santa con toda su iluminación nocturna. La mujer se quitó los zapatos, los arrojó dentro del coche y, descalza, se dirigió al muro donde, después de darse impulso, se sentó. Toni sólo le veía las piernas.

—¡Ven! —le instó ella.

Sin pensárselo dos veces, él obedeció la orden. Le separó los muslos con las manos y se puso delante de ella. La mujer se le agarró al cabello y le alzó el rostro hacia ella. Como un volcán apretó su boca contra la de él y empezó a mover frenéticamente la lengua dentro. Toni abrazó a Carmela y correspondió al beso. Ya no sabía lo que hacía. Carmela no sólo no lo apartó sino que con sus piernas le envolvió las caderas. Toni estaba a punto de perder la razón. Al cabo de lo que parecieron tan sólo unos segundos, ella lo soltó.

—Vayamos a casa. Quiero sentirte dentro de mí toda la noche —dijo al tiempo que saltaba del muro y, agitando la llave, corría al coche y abría la puerta del pasajero.

Calabrese se apresuró a recorrer el camino que los separaba de su piso a través de la empinada y estrecha carretera. Aparcó el coche y, por fin, entraron en la casa. Una vez cerrada la puerta de abajo, sujetó a la mujer, que a cada paso parecía arrimarse más a él, y se apresuró a subir la escalera. Cerró la puerta de su piso y estrechó a Carmela contra él. En esta ocasión fue él quien buscó y encontró su boca.

—Escucha —dijo ella de pronto después de apartarse con suavidad y buscar aliento—, espérame en la habitación. Tengo que ir al coche porque me he dejado allí los zapatos.

—Puedes recogerlos mañana —replicó Calabrese a la propuesta de Carmela mientras la arrastraba hacia el dormitorio.

—¡Nada de eso! —respondió ella resueltamente—. Quiero que me mires mientras me desnudo, zapatos incluidos.

—Pero puedes ponerte otros...

—Ésos son los que me combinan con lo que llevo —explicó Pontí al tiempo que apartaba a Toni y lo empujaba sobre la cama. Con dedos diestros, le desabrochó el cinturón—. El resto puedes hacerlo tú solito. Tengo ganas de ti...

Con esto desapareció del piso. Toni Calabrese se desnudó.

\* \* \*

O'Connor dio por finalizada la observación a las cuatro de la madrugada. De hecho, no había sido ninguna observación, puesto que ningún vehículo había hecho acto de presencia en la explanada del aparcamiento. Algún que otro conejito había pasado corriendo junto a su coche, eso había sido todo. McNeall, dada la desacostumbrada tranquilidad de aquel servicio, había dado un par de cabezadas en varias ocasiones. Ian condujo de vuelta y acompañó a Timothy a su casa. El muchacho se había quedado un poco decepcionado. No había pasado nada. Él ya se había imaginado la detención de los imaginarios asesinos en todas sus formas.

Las noches siguientes se sucedieron de idéntica manera. A la tercera aparecieron dos coches en el aparcamiento, pero dentro se desarrolló lo que ya O'Connor había profetizado.

Al cabo de una semana, interrumpió la misión. Tenía una marcadas ojeras bajo los ojos. Aquellas noches de servicio le estaban afectando demasiado. Ya no era tan joven y era evidente que necesitaba más horas de sueño que hacía unos años. Al día siguiente de haber finalizado la observación, cuando apareció en la comisaría con evidentes síntomas de la semana pasada en vela, salió a su encuentro McNeall, en apariencia completamente despabilado.

—Hola, señor, ¿cómo está? —preguntó en tono amable sin rastro de cansancio o vestigios de las pasadas velas.

—¿Estás loco? ¿Adónde vas con ese «señor»? Ya sabes cuánto lo detesto, y no quiero volver a repetirlo, ¿entendido?

Tras lo cual dejó al muchacho pasmado y subió a su despacho. Apenas había tenido tiempo de sentarse y sacar su pipa, cuando sonó el teléfono. Al otro lado de la línea estaba *sir* Winston.

—Dese prisa y venga a mi despacho, ha llegado algo para usted —ordenó para luego colgar sin más.

Sin embargo, por el tono de voz, era evidente que debía de tratarse de algo importante. O'Connor se levantó y se dirigió al despacho de su superior. Éste estaba sentado con expresión inquieta a su escritorio, donde delante de él había una hoja de papel. Una vez Ian hubo tomado asiento delante de la mesa, *sir* Winston le alargó en silencio la hoja de papel. O'Connor miró perplejo a su jefe.

—Lea.

O'Connor se quedó mirando el pliego. Se trataba de un fax. En la parte superior reconoció unas palabras en italiano. Levantó las cejas. Un fax de Toni Calabrese. Por fin. Leyó el texto que estaba redactado en un inglés bastante bueno. Eso fue antes de ponerse blanco como la cera.

*Al inspector O'Connor:*

*Se habrá usted preguntado por qué no había sabido nada de su colega Calabrese. Yo no lo he leído en el periódico hasta hace un par de días. Ha muerto de un accidente de coche. Yo soy a quien él pidió ayuda para un caso en el que usted trabaja. Me dio su número de fax. Necesito su ayuda sin falta y le ruego que haga lo posible para venir a Roma. No puedo explicarle por teléfono de qué se trata.*

*Padre Frühling*

Lívido, O'Connor se quedó mirando a *sir* Winston. Toni Calabrese había fallecido. Se pasó las manos por el cabello mientras observaba fijamente la hoja de papel. Pero por mucho que mirase, las letras no se transformaban. Toni Calabrese había muerto en un accidente de coche. O'Connor se golpeó los puños. Se contuvo, pero tenía ganas de ponerse a gritar.



También *sir* Winston, en cuyo rostro lucía normalmente una sana y fresca tonalidad, se puso blanco cuando se percató de la reacción de su subalterno. Mientras éste fijaba la vista en las líneas del papel, como si no pudiera apartar la mirada, su superior lo estuvo observando pensativo. Era evidente que Ian estaba pugnando por contener las lágrimas. *Sir* Winston se levantó y se dirigió al otro lado de la mesa. Puso una mano en el hombro del inspector.

—Lo siento por su colega —observó con voz ahogada—. Tengo una reunión fuera, pero le propongo que nos veamos aquí de nuevo dentro de una hora.

Cuando salió del despacho no estaba seguro de si O'Connor había entendido lo que le había dicho. No tenía cita alguna, pero creía poder entender lo que estaba sintiendo su subalterno. Era un hombre muy comprensivo y no quería atormentarlo en aquellos momentos con preguntas inútiles. Salió al pasillo y bajó a la calle.

Ian permanecía inmóvil en el despacho de su superior. Tenía un pliego de papel delante de él que lo miraba fijamente. Por lo menos es lo que percibía en aquel momento. Un trozo de papel. Unas cuantas letras negras que, de un momento al otro, tenían el poder de suscitar semejantes emociones. Al cabo de un tiempo indefinido para él, tomó el fax y se dirigió a su propio despacho. Con movimientos lentos, dejó el papel sobre su escritorio, encendió la pipa y se puso a mirar por la ventana. Ante sus ojos pasó toda la película. El seminario donde había conocido al simpático y despreocupado policía italiano. Estuvieron juntos casi una semana. ¿Qué es una semana en la vida de un ser humano? Casi nada y, a la vez, mucho tiempo. En un par de días la vida podía cambiar completamente. Cierto que eso no pasó durante aquel seminario, pero los dos advirtieron que tenían una gran afinidad. No cabía duda de que Ian era mucho más reservado que Toni, pero desde el primer momento se había puesto de manifiesto su mutuo amor por la profesión, su predisposición y su generosidad. Y habían simpatizado de inmediato.

Durante aquella semana, habían pasado juntos las veladas, charlando sobre la profesión y riendo. También habían conversado sobre la cocina irlandesa e italiana, sobre sus respectivas aficiones, sobre las mujeres, claro, las mujeres, el tema preferido de Calabrese. O'Connor pronunció bajito su nombre. Antonio Calabrese, aquel mujeriego recalcitrante. Alguien con quien no se podía estar enfadado, alguien que fuese cual fuese su estado de ánimo siempre sabía abrir una caja de Pandora en el momento apropiado.

Toni Calabrese había muerto.

¿Se podía sentir tristeza ante la pérdida de alguien a quien se había visto sólo unos cuantos días en toda la vida, con quien se había estado sólo un corto espacio de tiempo, una persona con la que seguramente no se iba a coincidir nunca más? Se podía.

Una y otra vez acudía a la mente de Ian la sonrisa fresca y amplia en el rostro de

su colega. Desaparecido. Para siempre, para él, para todos...

Un accidente de coche.

Si hubiera muerto en acto de servicio... el dolor habría sido el mismo, pero en cierta forma sería distinto. Un accidente de coche.

Qué cruel podía ser el destino. O'Connor no podía sacárselo de la cabeza. ¿Qué había dicho *sir* Winston? ¿En su despacho al cabo de una hora? Imposible, no podía ser, hoy no. Resuelto, O'Connor se volvió y se enjugó una lágrima de los ojos. Garabateó unas líneas en un trozo de papel y fue a dejarlo sobre la mesa de *sir* Winston. No estaba en condiciones de hablar ni con él ni con nadie.

Ian metió el fax en el bolsillo de la chaqueta y abandonó la comisaría de policía. Necesitaba aire fresco, y fue en busca de la bicicleta. A pesar de que a su alrededor se respiraba un precioso día de otoño, le costaba pedalear como solía hacerlo. Cruce tras cruce fue recorriendo las calles de Athlone, sin rumbo fijo, hasta que decidió irse a casa.

No se fijó en nada durante el trayecto. No fue consciente de nada hasta que *Jessy* llegó ladrando a su encuentro. Dejó la bicicleta y se arrodilló para acariciar a la perrita. Pero no sirvió de nada. Sus sentimientos se habían desbocado. Ian se desplomó en el suelo y se puso a llorar. El animal advirtió el cambio de humor en su amo y su alegría cesó de inmediato. Con sumo cuidado, se abrió paso con el morro húmedo hasta el rostro de O'Connor. Le lamió la mejilla con afecto.

\* \* \*

*Sir* Winston regresó a su despacho al cabo de un rato y leyó la nota que le había dejado O'Connor. Se había ido a casa y le rogaba posponer la conversación hasta la mañana siguiente. Lo entendió. Nunca había visto a su inspector en aquel estado. El fallecimiento de aquel colega parecía haberle afectado más de lo que él hubiera imaginado.

Se caló el sombrero hongo y volvió a marcharse de la comisaría. Se dirigió al *pub*. Cuando llegó había sólo unos pocos clientes. Betty, que estaba detrás de la barra, levantó la vista y se extrañó ante aquella visita tan poco habitual. Los dos se conocían y sabían la relación que cada uno tenía con respecto a O'Connor. Alguna vez que éste había hablado de su superior, lo había hecho siempre con respeto. Estaba claro que aceptaba aquella jerarquía.

*Sir* Winston se sentó en un taburete y pidió un té.

—Es usted muy caro de ver, *sir* Winston —comentó ella a modo de saludo.

—Sí, y desgraciadamente hoy no vengo por placer, señorita Killary —empezó a decir él, pero cuando advirtió la mirada asustada de la mujer se apresuró a añadir—: No se preocupe, a O'Connor no le ha pasado nada.

Sin embargo, sus últimas palabras no habían producido el efecto tranquilizador

que él había pretendido. Miró a Betty de forma penetrante. Ella fue consciente de que él no había ido para pasar el rato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer impaciente.

—Ian se ha enterado hoy de que su colega italiano ha fallecido... No sé si le había hablado de ello.

—No, no sé nada —mintió ella.

—El inspector O'Connor le había pedido ayuda a un policía italiano en relación al caso del que se está ocupando. Creía que le podría aportar cierta información para seguir adelante con su investigación. Pero hoy ha recibido un fax de un clérigo. Decía que el colega que le he mencionado había fallecido en un accidente. Parece que se apreciaban mucho. Le ha afectado terriblemente. Se ha ido a casa. —Betty miraba en silencio al hombre que tenía ante ella—. Me permito la libertad de decirle que creo que hoy la necesita. ¿Podría tomarse el día libre? —concluyó *sir Winston*.

—Creo que sí —dijo Betty antes de secarse las manos con un trapo y desaparecer en la cocina. Cuando volvió al cabo de un momento le confirmó a *sir Winston*—: No hay problema. Ha dicho que está en casa, ¿no?

—En efecto, y le agradezco que vaya, me preocupa su estado de ánimo. He pensado que tal vez usted pudiera...

—Entendido, *sir Winston*... muchas gracias por haber venido —dijo ella mientras salía de detrás de la barra—. El té es una invitación de la casa —añadió antes de salir del local.

*Sir Winston* suspiró hondo y tomó un largo trago de té.

—Qué oficio más asqueroso a veces —murmuró entre dientes.

\* \* \*

Cuando ella llegó a la casa vio que la bicicleta de O'Connor estaba tirada en medio del camino, junto a la cuneta. Apoyó la suya contra el muro de la casa y entró. Ian estaba sentado en el sillón y miraba al frente con los ojos enrojecidos. Betty tomó su cabeza entre las manos y lo estrechó contra su pecho. Dulcemente, sin decir una sola palabra, se puso a acariciar el rizado cabello de su compañero. Éste se puso a sollozar como un *niño*. *Jessy* se arrebujó en el suelo a los pies de los dos.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo? —preguntó ella cuando al cabo de un rato remitieron los sollozos.

O'Connor asintió en silencio y se levantó del sillón. Tomó mecánicamente la gorra y salió al jardín. Betty lo siguió. Soplaba un poco de brisa e Ian sorbía de vez en cuando por la nariz. De pronto se detuvo y abrazó a la mujer.

—Me alegro de que hayas venido. ¿Cómo has sabido...?

—*Sir Winston* ha ido al *pub* y me lo ha contado.

—¿*Sir Winston*? —exclamó O'Connor, mirando a Betty con los ojos abiertos de

par en par. En esta ocasión fue ella quien se limitó a asentir mediante un gesto de la cabeza—. ¿Por qué ha tenido que pasar? —añadió conforme miraba al cielo de forma interrogadora.

—No tengo idea.

—Es mi culpa —afirmó Ian con una seguridad irrefutable.

—¿Por qué dices esto? ¿No ha sido un accidente de coche? —replicó Betty en un tono confundido.

—No me lo creo —replicó él con rotundidad, para luego reanudar el paseo y tomar con fuerza la mano de Betty—. Escucha, este hombre vivía tranquilo y despreocupado; un día lo llamo para pedirle un favor y, dos semanas después, aparece muerto. —O'Connor miró a la mujer antes de proseguir—: ¿Y esto es una casualidad? ¡En absoluto!

—¿Entonces qué crees tú que ha pasado?

—Creo que tiene que ver con mi investigación. Si yo no lo hubiera llamado, seguro que todavía estaría con vida...

—No puedes decir esto. No puedes saberlo.

—¡Puedo decirlo, y lo digo! —replicó él con una sombra de irritación en su desesperada afirmación—. Y estoy convencido de ello.

Betty Killary no le había visto prácticamente nunca una mirada tan resuelta. De hecho no recordaba haberla advertido nunca.

—Pero tú no puedes echarle la culpa, Ian —observó ella al tiempo que con la mano libre le acariciaba la mejilla.

—Betty, te lo juro, no sólo voy a resolver este caso, sino que voy a averiguar quién es el responsable de la muerte de Antonio Calabrese, y que Dios lo coja confesado cuando le eche el guante encima... —El resto quedó implícito.

—¿Por qué no me hablas de ello? —preguntó la mujer en un intento de llevar al hombre al plano racional.

—Sí, estoy convencido de que la clave está aquí. En algún lugar de las inmediaciones, cerca de mí —afirmó O'Connor antes de sorber una vez más por la nariz y luego enjugarse los ojos.

Hacía ya casi media hora que estaban fuera. Betty advirtió complacida que Ian llenaba y encendía su pipa. Parecía que iba recobrando poco a poco la calma. También era consciente de que debía ser muy cauta. Ver cómo iba él a reaccionar a continuación. A lo largo de los años había observado que era muy sensible. Pero no sensiblero. No, lo que pasaba es que no quería admitirlo. Tal vez fuera esto lo que hacía de él un buen policía.

—Pero si es cierto que su muerte está relacionada con tu caso, ello significa que había descubierto algo de vital importancia —prosiguió ella a fin de seguir la conversación por él iniciada.

—Eso es lo que yo creo. Todavía no sé de qué se trata. Pero lo voy a averiguar.

—¿Quién es ese cura que te ha enviado el fax?

—No tengo ni idea. Pero es alguien a quien Toni le pidió ayuda para mí. Y este religioso quiere hablar conmigo. Y no por teléfono.

—Ello significa que tal vez sepa lo que había descubierto Toni.

—Exacto. Y por eso tengo previsto irme a Italia. Mañana mismo.

O'Connor se quedó mirando fijamente a la mujer. Su decisión era firme. Y Betty sabía que nadie, ni siquiera *sir* Winston, iba a hacerle desistir. Y ella todavía menos, pese a que lo habría hecho de buena gana, puesto que presentía que también Ian podía estar en peligro. No dejó que se notara el miedo que sentía. Sólo serviría para abrumarlo todavía más.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Crees que *sir* Winston estará de acuerdo?

—Después de lo que ha hecho hoy, creo que sí. Pienso que había subestimado su humanidad. Todos lo tienen por un petimetre, pero es más humano que muchos policías juntos.

—Pero tú nunca lo has menospreciado, ¿no es así?

—No, eso no, pero jamás hubiera pensado que fuera tan comprensivo. No es fácil encontrar en nuestro trabajo, y menos a su nivel, humanidad y comprensión...

—Oye, ¿tú crees que los satanistas están por aquí?

—A la mierda los satanistas. Ya no creo que hayan sido ellos.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Creo que el asesino no está lejos de mí. —Volvió a estrechar a la mujer contra sí y la miró con temor en los ojos—. Cerca de nosotros.

Prosiguieron el camino en silencio por espacio de unos minutos. *Jessy*, que se había apuntado al paseo, iba delante y de vez en cuando ladraba feliz. Por lo menos ella había recobrado la alegría.

—Escucha —reanudó O'Connor la conversación—. Primero, la carta anónima; luego, esto. Es evidente que de alguna forma estoy en el punto de mira. Pero hay alguien que me quiere asustar, para que no siga adelante. El miedo debe impedir que continúe con mis pesquisas. ¿Sabes lo que esto significa?

—No.

—Pues que estoy sobre la pista correcta, Betty. Hay alguien que teme que yo lo descubra.

—Pero ¿quién?

—Ni idea, pero está aquí. Tal vez nos esté observando en estos momentos —contestó Ian al tiempo que miraba en torno a él. No había nadie a la vista. El viento agitaba el agua del Lough Ree, a cuya orilla paseaban, y revolvía su cabello—. ¡No te vas a escapar, cerdo! —gritó O'Connor de pronto, tan alto que hasta la propia Betty se sobresaltó—. ¡Has llegado demasiado lejos! Volvamos, ¿quieres?

\* \* \*

Cuando O'Connor se despertó al día siguiente se sintió por un lado vacío, pero por otro lleno de determinación por emprender la lucha con su adversario desconocido. Betty había tenido que marcharse temprano la noche anterior y él se había permitido el lujo de beber varios vasos de Potheen. Tenía la boca seca, con un sabor extraño. Se miró en el espejo del cuarto de baño. No supo decidir si las marcadas ojeras bajo sus ojos eran el fruto de toda aquella semana de vela en la explanada del aparcamiento junto al Shannon o el resultado del terrible disgusto del día anterior.

Se duchó y se lavó los dientes. Poco a poco se fue despejando. Le había costado mucho conciliar el sueño la noche anterior. Los sucesos de los últimos tiempos acudían una y otra vez a su mente. No había muchos resultados, pero suficientes para seguir adelante.

Ian se dirigió a la cocina y se preparó algo para desayunar. Tomó el periódico y fue a instalarse junto a la ventana de la salita para echarle una ojeada a las últimas noticias. La rebanada de pan tostado estaba seca y no le gustó. La dejó de lado y se puso a tomar el té. De nuevo acudían a su mente fragmentos del caso. Estaba metido hasta el cuello en el asunto. Pero el desconocido era evidentemente más rápido... hasta el momento. Y tenía miedo. En caso contrario ¿por qué le había mandado la carta anónima? ¿Por qué si no había matado a Antonio Calabrese? Estaba convencido de que no había sido un simple accidente de coche. Debía ir a Italia, de entrada para comprobar que tenía razón. Debía conocer al autor del fax. Si tan explosivo era lo que éste había descubierto, entonces también debía de estar en peligro. Sí, no había más remedio, tenía que ir a Roma.

La puerta de la casa se abrió y dejó paso a una mujer corpulenta.

—No hace usted muy buena cara —comentó Molly Field sin demasiada emoción en la voz al advertir la presencia de O'Connor en la sala—. ¿Hoy no tiene que ir a trabajar? —preguntó después, siendo más una aseveración que una pregunta curiosa.

—Es que no estoy muy bien —contestó Ian sinceramente.

—Ya, ya, ese maldito trabajo acabará un día con usted...

—Gracias por los ánimos —replicó él lleno de autoconmiseración antes de levantarse—. Molly, es posible que esté fuera unos cuantos días, no sé cuántos con exactitud.

—¡Vaya! ¿Otra vez? ¿Trabaja usted ahora en la Interpol o como se llame?

—No, nada de eso, pero no tengo más remedio que marcharme. ¿Podría ayudarme con la maleta? Ahora tengo que ir a la comisaría y luego vuelvo a por ella.

—¿Pero qué debo ponerle en la maleta? ¿Adónde va?

—A... —empezó a decir O'Connor, pero lo pensó mejor—, bueno, es igual, me prepara unas cuantas cosas de invierno y unas cuantas de verano. ¿De acuerdo?

—Claro, no puedo saber a dónde va pero tengo que hacer una maleta a ciegas, estupendo —murmuró entre dientes la señora antes de irse a la cocina para prepararse un café.

Jessy la siguió moviendo la cola, porque sabía que el café de Molly incluía su segundo desayuno.

—No se enfade conmigo, Molly, es mejor que nadie sepa donde estoy... tanto para usted como para mí. Resulta que en estos momentos ya no sé en quién puedo o no puedo confiar.

La mujer desde la cocina gruñó algo ininteligible para luego, muy sonoramente en cambio, ponerse a realizar sus tareas.

O'Connor salió de la casa y se dirigió a Athlone en bicicleta. Tenía que hablar con *sir* Winston. El día anterior había tenido una idea breve pero impactante; sin embargo, en medio de los efluvios del *whisky* Potheen, aquélla se había diluido en su mente. Pero ahí estaba de nuevo. Y al pensar en ello se había estremecido.

*Sir* Winston estaba ya en su despacho cuando él llegó.

—¿Y bien? ¿Cómo está hoy? —preguntó en tono afable.

—Mejor gracias, señor —contestó, para acto seguido cerrar la puerta y sentarse delante de la mesa sin esperar a ser invitado—. Señor, tengo que hablar con usted. —*Sir* Winston se inclinó hacia delante y se quedó mirando al inspector con curiosidad—. Por cierto, muchas gracias por lo que hizo usted ayer —añadió un poco tímidamente.

—No tiene importancia. Lo que ocurre es que no imaginaba que el asunto le tocara tan de cerca, de haberlo sabido se lo habría comunicado de un modo distinto. Pero dejemos eso. ¿Qué quería decirme?

—No sé muy bien cómo debo empezar, señor. Bien, lo mejor es que me limite a comenzar, pero, por favor, no me interrumpa para preguntarme nada.

Miró a *sir* Winston y éste hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bien, en primer lugar no creo que Toni Calabrese haya fallecido víctima de un simple accidente de coche. Yo no lo me parece, y tampoco puedo demostrarlo. Por lo menos de momento. Además creo que el culpable vive aquí, en mi entorno inmediato. No tengo todavía ninguna prueba concreta de ello, si así fuera ya sabría de quién se trata, pero ese fax ha consolidado mi convicción. Está primero esa carta anónima que me han enviado. No creo que provenga de uno de esos chalados o mequetrefes que se divierten aprovechando los conocimientos que sacan de leer el periódico. Este tipo de gente, y nosotros lo sabemos muy bien, no se gasta dinero en un papel caro. Y tampoco creo ya en la teoría de unos satanistas detrás de los asesinatos. Hasta la fecha ni por asomo la policía ha tenido que investigar aquí a este tipo de sectas. Y con ello me refiero también a antes de la muerte del padre Toldrim. Por lo menos no creo en un trasfondo concreto de sectas. Es posible que el asesino proceda de este círculo, pero ello no significa que tenga forzosamente que ver con el caso. Considero más bien que ha utilizado sus conocimientos sobre estas sectas con el fin de despistarme.

*Sir* Winston escuchaba atento la exposición de O'Connor. Tenía incluso una expresión meditabunda en el rostro, de lo cual era prueba su entrecejo fruncido.

—Fíjese, señor en este fax. Si mi teoría no es errónea, y Toni ha muerto porque

había descubierto algo, ello prueba que el asesino, de alguna forma, ha tenido conocimiento de mi línea de acción. Y ahora viene una cosa que me está procurando muchos quebraderos de cabeza. Tengo una sospecha terrible que, sin embargo, considero demasiado prematura para revelársela. Pues bien, ese cura escribe que tiene que hablar conmigo a toda costa, y a ser posible en persona. Podría significar que, a través de este clérigo, Toni hubiera dado con algo que pudiera estar relacionado con los asesinatos que nos ocupan. Es evidente, y esto lo he leído entre las líneas del fax, que este religioso tiene miedo, y no creo estar muy equivocado. Pero ahora viene la pregunta: ¿Quién conocía la intermediación de Antonio Calabrese?

Ian miró a su jefe de modo desafiante.

—Pues yo, por ejemplo. Me lo contó usted —contestó *sir* Winston al tiempo que se agitaba en la silla.

—En efecto, señor. Pese a que tampoco puedo fundamentarlo, lo he descartado de inmediato. Si he de serle sincero, no sé hoy por hoy en quién puedo confiar de mi entorno.

—Le agradezco el honor que me hace —murmuró *sir* Winston poco convencido.

—En definitiva, usted sabía que había hablado con Calabrese. ¿Quién más? Luego estaba el profesor Roughat, a quien se lo comenté en el avión cuando volvíamos de Polonia. Además está el prelado Montgomery. También con él mencioné el nombre de pasada. Después Betty Killary... —Las cejas de *sir* Winston se alzaron interrogadoras—. Sí, señor, estoy citando a todas las personas que sabían que yo había telefoneado a un italiano. También a ella se lo dije incidentalmente, y, además, sabía quién era desde que estuve en el famoso seminario. Es asimismo posible que Molly Field, ya sabe que ella se ocupa de las tareas domésticas en mi casa y es una especie de segunda madre para mí, se hubiera enterado. Luego un par de colegas de aquí, de la comisaría, y la telefonista de la centralita a través de la cual pasé la llamada y que no se corta a la hora de escuchar las conversaciones telefónicas. Por el momento no se me ocurre nadie más, a menos que hubiera nombrado a Calabrese y expuesto mis intenciones delante del padre Creek. He hablado con él unas cuantas veces desde entonces. —O'Connor hizo una breve pausa—. Son todas ellas personas de mi entorno, si puedo expresarlo así. Todas ellas personas que pueden permitirse comprar un papel caro para una carta anónima. En el fondo, tengo la culpa de la muerte de Toni.

—Ahora creo que está usted exagerando, inspector. Nadie puede echarle a usted culpa alguna.

—Qué más da eso ahora. El culpable pertenece a mi entorno y se ha enterado de algo que busca o que necesita. De qué se trata sólo puedo saberlo mediante ese religioso. Y por ello debo ir a Italia.

—Ian, por favor... —intervino *sir* Winston interrumpiendo el monólogo—. En mi opinión sus reflexiones son muy aventuradas, por llamarlo de una forma suave. No creerá de verdad que Betty o el profesor Roughat, o incluso el prelado Montgomery,



están involucrados en el caso.

—¡No creerá que me hace ninguna gracia pensarlo! Pero por ahora no puedo considerar otra cosa. Usted es el único a quien he confiado estos pensamientos, y a partir de ahora sólo con usted compartiré mis proyectos. Tengo una sospecha mucho más aventurada, pero es demasiado pronto para exteriorizarla. Seguro que me mandaría usted directamente al manicomio.

—Está insinuando también que el culpable no ha alcanzado todavía su objetivo —murmuró *sir* Winston, en un intento de situar la línea de pensamiento de su inspector en un nivel lógico.

—En efecto. Y me necesita a fin de conseguir informaciones vitales para él. Hasta ahora no lo había notado, pero ahora que lo sé...

—Que lo sospecha... —le corrigió *sir* Winston.

—De acuerdo, como quiera. En cualquier caso, ahora podemos dar la vuelta a la situación y manipular al criminal, ¿comprende? —dijo Ian, que estaba completamente convencido de lo que decía y así lo indicaba la mirada que lanzaba en aquel momento a su superior.

—Del todo no llego a entenderlo... ¿Qué es lo que propone?

—En primer lugar es imprescindible que contacte con ese sacerdote italiano. Para ello, no voy a tener más remedio que ir a Roma. Sin embargo, no será un viaje oficial.

—¿Qué quiere decir que no será oficial?

—Muy sencillo, señor. Usted me aparta del caso... por lo menos de puertas para afuera.

—¿Por qué iba a tener que hacer algo así? No sabría a quién poner en su lugar.

—He dicho sólo de puertas para afuera. Todo el mundo, incluido el personal de aquí, debe pensar que ya no estoy trabajando en el caso. De esta forma conseguiremos que las personas con las que me relaciono dejen de estar en peligro, puesto que si ya no tengo nada que ver con el asunto ya no hay que preocuparse de ellas. De esta forma puedo seguir tranquilamente con mi investigación e intentar, llegado el caso, provocar al culpable para hacerle caer en una trampa; que ojalá así sea... Todo depende de lo que descubra en Roma —concluyó O'Connor para luego reclinarsse en la silla y cruzar satisfecho los brazos delante del pecho.

—Esto no me gusta nada en absoluto... —dijo *sir* Winston, que no dejaba de devanarse los sesos.

—Señor, con toda seguridad habrá mucha gente que preguntará por mí, que por qué y todo eso. Y tenga por seguro de que entre ellos está el asesino, o por lo menos el instigador de todo el asunto. Como puede imaginar, me horroriza pensar que alguien que conozco pueda estar relacionado con los asesinatos, pero de momento, por lo menos para mí, todo apunta a que es un hecho.

—¿Entonces nadie debe saber que se ha ido a Roma? —preguntó *sir* Winston, que poco a poco iba asimilando la línea de pensamiento del inspector—. Tal vez no sea tan mala idea... Pero su teoría es, sin embargo, muy atrevida.

—Atrevida sí, estoy de acuerdo, pero no imposible, ¿no es cierto?

—Sí, claro... todo podría ser.

—Por supuesto, usted y yo debemos estar en contacto. Le iré informando sobre las novedades que se produzcan. Pero si usted no tiene nada en contra, creo que sería preferible que no le llamara aquí, sino a su casa.

—¿Y eso?

—Ya se lo he dicho. Debemos evitar a la telefonista de la centralita. Y también a los otros policías... y posibilidades técnicas de comunicarnos no nos va a faltar, ¿no le parece?

—Tiene usted razón. ¿Y qué le va a decir a Betty?

—Nada. Y le aseguro que esto se me hace especialmente difícil. Tengo previsto marcharme ahora mismo desde aquí a Dublín, y allí ver qué avión hay para Roma. Le agradecería si pudiera llamarla y decirle que ha tenido que enviarme a hacerme un reconocimiento, por ejemplo, debido al grado de estrés que tenía, que estaba usted preocupado... sólo como medida de precaución, y sobre todo que no puedo recibir visitas. Estoy seguro de que ya se le ocurrirá algo.

—Pero tenga en cuenta —empezó a decir *sir* Winston pensativo—, que en Italia no podrá contar con protección policial, puesto que en la práctica no estará allí, por lo menos no oficialmente como policía.

—Eso lo tengo claro, pero tal vez tampoco tenga mucho que hacer allí. Como ya le he dicho, todo depende de lo que me cuente ese cura.

—Pues de acuerdo —accedió finalmente *sir* Winston con un suspiro—. No me siento nada cómodo con esta situación, pero, por otra parte, su exposición no suena tan ilógica. Espero que tenga razón en todo lo que ha dicho.

—Gracias por su apoyo —dijo O'Connor conforme se ponía en pie—. Por cierto, ¿sabe si el prelado Montgomery ha vuelto ya de Francia?

—No, no tengo idea.

—Bien, no importa —replicó Ian para añadir tras una breve reflexión—: Le ruego que compruebe qué vuelo y a qué lugar de Francia han viajado él y su colaboradora. Pero, por favor, hágalo de forma discreta, ¿de acuerdo?

—Está usted loco, O'Connor.

—Lo sé, pero le aseguro que el asesino o un colaborador están entre las personas que le he citado. Créame, señor.

Sin volverse de nuevo, salió del despacho, y poco después, de la comisaría de policía. Desde un teléfono público llamó a un taxi, que lo llevó hasta su casa.

El taxi lo esperó delante de la casa, dentro de la cual Ian desapareció por un breve momento para recoger la maleta que con tanta amabilidad le había preparado Molly. Le dejó una nota donde le indicaba que no sabía cuánto tiempo iba a estar fuera y que, por favor, se ocupara de *Jessy*. Ésta percibía algún cambio y, mientras él estuvo en la casa, no dejó de revolotear a su lado. O'Connor echó un vistazo rápido a todas las habitaciones y se arrodilló luego delante de la perrita.

—Por lo menos tú no estás involucrada, pequeña. —Le acarició suavemente detrás de las orejas—. Voy a estar fuera unos cuantos días, ¿entiendes? No me olvides y vigila nuestra casa. Regresaré pronto. Volveré, te lo aseguro.

Ian se incorporó y salió de la casa.

El taxi lo llevó directamente al aeropuerto de Dublín. No conocía al conductor. Mejor así. De momento no se fiaba ni de su sombra. Cuando llegaron a su destino, O'Connor le dio una propina bastante elevada y desapareció entre los viajeros que, como él, se disponían a entrar en el aeropuerto.

Después de haber pasado el control de pasaportes y de haber recuperado su maleta de la cinta transportadora, O'Connor salió del enorme edificio que era el aeropuerto de Roma, aquella ciudad plagada de historia, pero que a la vez estaba siempre a la cabeza de la moda. Aquella ciudad de la que tanto había leído y oído hablar. Pese a lo avanzado de la estación, hacía mucho calor y la gente a su alrededor iba vestida con ropa ligera y veraniega. Dejó la maleta en el suelo y se quedó observando un momento el gran barullo que reinaba a su alrededor. Había hombres en manga corta, unos con corbata, otros sin ella, con trajes de todos los colores posibles. Mujeres elegantes, otras vestidas informalmente, pero no por ello carentes del peculiar estilo italiano. Gente alta, gente baja, pero todos con prisa y aspecto de andar muy atareados.

Ian sorbió por la nariz, se quitó la gorra con la mano derecha y se rascó la cabeza. Iba vestido con una chaqueta de *tweed*, una camisa gris y unos vaqueros. Bien, no respondía exactamente al prototipo de la alta costura italiana, pero iba correcto y, además, le gustaba su ropa. Roma era también el lugar donde Rómulo mató a su hermano Remo. Y donde ojalá se desenmarañase la madeja que le llevara al esclarecimiento del caso. Había sido la ciudad de Toni Calabrese. Lástima que no se le hubiera ocurrido antes ir a pasar una semana de vacaciones allí con él. Seguro que se lo habrían pasado en grande. Pero eso ya formaba parte del pasado, de un pasado irrecuperable. Toni ya no estaba, e Ian dudaba de que se fuera a divertir esos días en Roma. Ahora tenía que tratar de localizar al padre Frühling. Lo único que tenía de él era un número de teléfono. Confiaba haber interpretado bien el fax recibido y que ese cura no cayera de las nubes cuando él le dijera que estaba en Roma para verlo.

Una Vespa con dos chavales encima pasó como un rayo junto a él. El que iba detrás sujetaba un bolso junto a su pecho. Apareció casi de inmediato una mujer que gritaba histérica en lo que él reconoció como italiano y corrió un trecho tras la moto mientras iba gesticulando con furia. La Vespa dobló una esquina y desapareció del campo de visión de Ian. La mujer se detuvo a unos cuantos pasos de él. Un torrente de cadenciosas palabras italianas brotaron de su boca y, pese a que la retahíla sonaba muy melodiosa, Ian creyó adivinar indignación en sus palabras. También aquello formaba parte de Roma. Sonrió. La mujer, que había advertido su sonrisa, le dijo algo. Él no lo entendió y tuvo la sensación de que era preferible así.

Ian O'Connor tomó de nuevo su maleta y buscó un teléfono público. Los había en cantidad a su alrededor, pero él agitó irritado la cabeza. Con las prisas había olvidado cambiar dinero y no tenía moneda local. Se dio media vuelta y volvió a entrar en la terminal del aeropuerto. Cambió dinero en uno de los bancos que había allí y salió de nuevo al exterior. Se metió en una cabina telefónica y colocó la maleta en el suelo, entre las piernas. No sería fácil que una Vespa se la llevara de allí, pero no se sabía nunca. Luego rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y sacó el fax. Notó la pipa y

sintió de pronto el deseo de encenderla. No había fumado en el avión y empezaba a tener ganas de hacerlo. Pero primero quería llamar al padre Frühling.

Ojalá fuera un teléfono directo, pues él no entendía nada de italiano. Cuando conoció a Toni, éste le había enseñado un par de palabras, eso era todo. Sorbió por la nariz y marcó el número que aparecía en el papel.

Contestó una voz de hombre hablando en italiano. O'Connor sólo entendió algo de «Vaticano».

—Eh, soy el inspector Ian O'Connor... —empezó con voz titubeante—, quisiera hablar con el padre Frühling. —Ian se había esforzado por hablar despacio y claro, pero no oyó nada al otro lado de la línea por espacio de unos instantes—. Soy el inspector O'Connor —empezó de nuevo—. Quisiera...

—¿Es usted el inspector de Irlanda? —dijo una voz masculina y en inglés, que no era especialmente bueno, pero bastaba y sobraba para entenderlo.

—Sí, soy yo... eh, estoy aquí en Roma y preguntaba por...

—Está usted hablando con el padre Frühling, ¿dónde está? —Se percibía algo de sorpresa en la voz, e Ian creyó notar asimismo una pizca de temor.

—Aquí, en Roma —contestó O'Connor—. Acabo de llegar y estoy todavía en el aeropuerto. Recibí su fax y me dio la sensación de que quería usted hablar conmigo...

Ian confiaba en que así fuera. Pues, en caso contrario, todo su montaje se iba a paseo y debía empezar de cero.

—¿Y cómo puedo saber que es usted realmente el inspector O'Connor?

—Ayer recibí en Athlone, es decir, en Irlanda, un fax donde usted me informaba de que Toni había muerto. ¿Quiere que se lo lea? Lo tengo aquí delante. En caso contrario no tendría su número de teléfono —contestó O'Connor, cuya voz se había vuelto un poco dura y había alzado las cejas.

—No, señor O'Connor, no es necesario —accedió el padre Frühling—. ¿Tiene ya hotel donde hospedarse?

—No, acabo de llegar —explicó Ian según añadía un par de monedas.

—Bien, en ese caso tome usted un taxi y vaya al hotel Catalonia. Seguro que allí encontrará una habitación. Por desgracia estoy trabajando y ahora no puedo salir, pero le propongo que nos encontremos en el café Bella Casa a las cinco de la tarde. Pero ¿cómo voy a reconocerle?

Ian reflexionó un momento. Buena pregunta.

—Voy con una chaqueta de *tweed* y estaré fumando en pipa.

—De acuerdo —convino el padre Frühling al otro lado de la línea—. Si hay algún problema con el hotel, vuelva a llamarme y veremos de solucionarlo.

—Oiga... ¿y yo cómo le reconoceré? —quiso saber O'Connor.

El hombre al teléfono lanzó una risita.

—No se preocupe, me reconocerá. Hasta las cinco entonces —concluyó antes de colgar.

O'Connor se quedó mirando el auricular un poco perplejo y luego colgó a su vez.

Recogió las monedas sobrantes y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. Cogió la maleta y salió de la cabina telefónica. A continuación, fue a la parada de taxis y tomó uno.

—Al hotel Catalonia —le dijo al taxista.

Éste le habló a su cliente en italiano, pero al darse cuenta de que no lo entendía, lo intentó con otros idiomas de acento muy marcado. Al final Ian se dio a conocer como inglés hablante, pero como evidentemente no era un idioma que hablara el taxista, éste se limitó a encogerse de hombros y mirarlo con simpatía a través del espejo retrovisor.

O'Connor se puso a observar el movimiento de las calles. ¡Cuánto tráfico había! Aparte de Londres, donde había estado algunas veces, no recordaba un caos semejante. Parecía que los conductores sólo se entendían entre sí mediante bocinazos y gesticulaciones con el brazo izquierdo. Ian había comprendido dos o tres señales de tráfico, pero no estaba muy seguro de si su taxista también las había visto. Tal vez él las había interpretado erróneamente. Se reclinó contra el asiento y siguió mirando por la ventana. Roma era una ciudad preciosa. Se mezclaba lo antiguo con lo nuevo. De vez en cuando leía nombres de empresas o establecimientos que también existían en su país. Era evidente que abundaban los bancos y las industrias.

El taxi pasaba tanto por calles anchas como por callejuelas, unas y otras abarrotadas de gente. En las calles reinaba el mismo ajeteo que en el aeropuerto. Ian no tardó en convencerse de que tanta gente habría acabado por desquiciarlo. El taxi se detuvo ante un edificio antiguo de varias plantas sobre cuya puerta aparecía un visible letrero con el nombre «Catalonia». O'Connor pagó al taxista y bajó del coche. No supo cuánta propina le había dado porque todavía no estaba familiarizado con la nueva moneda.

Entró en el hotel por la puerta giratoria de cristal. Muy agradable. Un ambiente italiano mezclado con matices modernos. No era precisamente del gusto de O'Connor, pero estaba limpio y era confortable y acogedor. La recepcionista le sonrió. Ian dejó la maleta en el suelo y preguntó si tenían una habitación. La mujer consultó el ordenador, sonrió de nuevo y asintió con un gesto de la cabeza. Hablaba un inglés perfecto.

—¿Cuántos días piensa quedarse?

—Todavía no lo sé —contestó O'Connor—. Como mínimo tres o cuatro días, tal vez más.

—Está bien, por favor, rellene este formulario. —Ella se lo puso delante y él lo rellenoó antes de devolvérselo—. Habitación número 413 —prosiguió la recepcionista al tiempo que le entregaba una llave que colgaba de un pesado llavero donde aparecía grabado en relieve el nombre del hotel—. El desayuno se sirve a partir de las siete de la mañana. No dude en llamar aquí, a recepción, si necesita algo más. Le deseo una agradable estancia en Roma.

O'Connor tomó la llave, le hizo un gesto cortés a la mujer y se dirigió al ascensor,

que lo llevó silenciosamente hasta el cuarto piso. Una mullida moqueta verde cubría tanto el suelo del pasillo como el del ascensor. De las paredes colgaban cuadros tan modernos que O'Connor ni siquiera pudo reconocer los objetos allí representados. Sin embargo, se respiraba en general un ambiente muy tranquilo.

Ian abrió la puerta de su habitación y entró en ella. Era una estancia bien iluminada, limpia y provista de mobiliario moderno. Cama, armario, cómoda, escritorio, silla, nevera, teléfono y televisor. Arrojó la maleta sobre la cama y abrió la puerta del cuarto de baño. Completo y limpio. Claro, al fin y al cabo estaba en Roma. El inspector consultó el reloj. Tenía ante sí tres horas hasta su cita con el padre Frühling. Tenía la sensación de que éste había reaccionado de forma extraña al teléfono. ¿Cómo debía de ser? Un clérigo que, además trabajaba en el Vaticano. ¿Un burócrata, viejo y con aires de superioridad? ¿O un joven dinámico? No, estos atributos no encajaban con la imagen que Ian tenía de los curas modernos. Bien, no tardaría en salir de dudas. Había dicho que lo iba a reconocer. O'Connor deshizo la maleta y comprobó que Molly había pensado en todo. De pronto sintió remordimientos por haber incluido a Molly en el círculo de los sospechosos. Pero había que dejarse de sentimentalismos. Se habían cometido unos horribles asesinatos y él estaba firmemente decidido a descubrir al culpable, fuera quien fuera a quien tuviera que culpar. De pronto sintió la tentación de llamar a Betty. Pero se contuvo. No, no debía hacerlo.

Una vez se hubo instalado, volvió a bajar con el ascensor. Allí estaba todavía la sonriente mujer detrás de la recepción. No sería un trabajo para él. Siempre con buena cara. ¡No, por Dios! Le preguntó si sabía dónde estaba el café Bella Casa y la mujer le indicó el camino. Según parecía, estaba a sólo unas cuantas calles de distancia. Podía ir a pie. O'Connor le dejó la llave y, después de darle las gracias, salió del hotel.

A su alrededor reinaba la más absoluta animación. Tiendas, tenderetes con *souvenirs*, cafés, restaurantes. Gente por todas partes. Algunos más o menos atareados, otros claramente relajados. Distinguió el café desde lejos. Estaba medio lleno. Ian se estuvo paseando todavía un rato por las inmediaciones antes de sentarse a una mesa libre. Cuando se aproximó el camarero, le pidió un té. Daba toda la impresión de que aquella no era una bebida muy solicitada en aquel lugar. Por lo menos es lo que dedujo Ian ante la mirada asombrada del camarero. Pero poco después le llevó un vaso con agua caliente en la cual nadaba con relativa precariedad un sobre de té. Ahora fueron los ojos de Ian los que se eclipsaron ante aquella visión. Bien, ya había aprendido que la próxima vez debía pedir otra cosa. Sonriendo, recordó lo que había encontrado en su maleta. La buena de Molly había puesto entre la ropa una botella de Potheen. Removió el sobre de té con la cucharilla, que al contacto con el cristal produjo un cierto tintineo. Había llegado la hora. Se arrellanó en la silla, sacó su pipa Parker del bolsillo, la llenó y la encendió. Aspiró el tabaco con deleite y se puso a mirar en torno a él. Una mujer joven, que estaba sentada a dos

mesas de distancia, evidentemente había estado observándolo todo el rato, y lo estaba mirando de forma ambigua. Ian le sonrió a modo de saludo y se concentró en el té.

\* \* \*

Durante el rato que siguió, se tomó dos expresos y un plato de tortellini y, poco antes de las cinco de la tarde, vio que se le acercaba una persona. «Me reconocerá», había dicho. Cuánta razón había tenido. Bajito, rechoncho y vestido con un hábito marrón. No podía ser otro. O'Connor se irguió en la silla.

—Soy el padre Frühling —se presentó el fraile mientras miraba a Ian de arriba abajo.

—Y yo Ian O'Connor —dijo a su vez el inspector conforme se ponía en pie.

—No pensé que hubiera usted reaccionado tan rápidamente a mi fax —comentó el padre según tomaba asiento.

No cabía duda de que era un cliente habitual del local porque le bastó hacer un gesto al camarero para que, al cabo de un momento, tuviera una enorme taza de chocolate frente a él. Ian rebuscó en su camisa y sacó su carné de policía. Lo puso sobre la mesa delante del monje. Frühling lo tomó y examinó la foto que aparecía en el documento.

—Muchas gracias, inspector —dijo mientras se lo devolvía—. Le ruego que me excuse por ser tan cauto, pero las circunstancias me obligan a... —añadió sin terminar la frase.

—Y aquí está el fax que me ha enviado, padre —prosiguió O'Connor al tiempo que ponía la hoja de papel sobre la mesa.

Frühling le echó una rápida mirada para asegurarse de que se trataba realmente del texto que él mismo había escrito.

—¿Cómo es que ha venido tan deprisa? A decir verdad, no había contado con ello, por lo menos tan rápido —comentó el padre antes de tomar un sorbo de chocolate—. ¿Ha tenido suerte con el hotel?

—Sí, muchas gracias, es un hotel muy agradable.

—Así es. A veces, cuando no tenemos sitio suficiente, mandamos allí a algún hermano que otro. No es muy caro, es tranquilo y limpio. Espero que le haya parecido bien.

—Es perfecto; además, no estoy aquí de vacaciones. ¿Por qué he venido tan deprisa? En primer lugar porque estoy investigando tres asesinatos, uno en Irlanda y otros dos en Polonia, que, sin duda, están relacionados, y en segundo lugar porque la noticia de la muerte de Toni Calabrese me ha afectado mucho.

—¿De qué conocía al señor Calabrese? —quiso saber Frühling, en cuyo tono de voz y en sus gestos se advertía ya una mayor confianza en su interlocutor.

O'Connor le contó lo del seminario y también que desde el principio había



simpatizado con el italiano.

—... Y porque no me creo lo del accidente de coche —concluyó su exposición haciendo hincapié en este último punto mientras miraba al pequeño monje con insistencia.

—Es posible que tenga usted razón —convino el padre Frühling con una expresión meditabunda—. Por eso le mandé el fax, porque tal vez deberá añadir a los tres asesinatos que ha mencionado otros dos.

En esta ocasión fue él quien clavó su mirada en el rostro de O'Connor.

—¿Cómo dice? —exclamó Ian tras estar a punto de volcar su taza vacía.

—Bien, se trata de una sospecha mía —aclaró el padre Frühling cautamente—. Pero marchémonos de aquí. Necesitamos un lugar tranquilo, y como habrá podido comprobar éste no es el sitio más adecuado.

—¿Qué idea tiene, padre?

—Vamos a ir a mi casa —fue la desconcertante respuesta—. Vivo justo en la calle contigua, venga.

Frühling empezó a rebuscar en su hábito.

—Deje, deje, ya pago yo —se ofreció O'Connor al tiempo que dejaba el importe de la nota sobre la mesa.

Uno junto al otro y en silencio, los dos hombres se pusieron en camino para desembocar, ya en la siguiente bocacalle, en Via Verde. Frühling acompañó a su huésped irlandés a su pisito.

—¿Le apetece tomar algo?

—¿Tiene té?

—Uy, sí, a mí me encanta. Voy a preparar para los dos. Enseguida vuelto, puede curiosear sin problema. Seguro que no ha tenido muchas veces la ocasión de visitar el hogar de un cura.

Tras lo cual desapareció en la cocina, donde se le oyó claramente trajinar arriba y abajo. Tardó un poco en regresar, pero por fin volvió a hacer acto de presencia en la salita.

—No es el tipo de té al que usted debe de estar acostumbrado en su país, pero...

—En cualquier caso, estará mejor que el que me han dado en el café —le tranquilizó Ian, riendo al tiempo que pensaba que le caía simpático aquel monje bajito y regordete—. Y bien, cuénteme... —le exhortó después de que aquél hubiera tomado asiento frente a él.

—Pues... —empezó el padre Frühling—, hace unos cuantos días el señor Calabrese me pidió un favor; de hecho, era para usted.

Y Frühling le contó la conversación que sostuvieron él y Toni.

—¿Y ha descubierto usted algo?

—¡Cómo! ¿No lo sabe? —preguntó asombrado el monje.

—No, lo primero que supe de Italia fue su fax con la terrible noticia.

—Significa que él no tuvo la oportunidad de contárselo —dijo Frühling moviendo

la cabeza.

—Pero ¿de qué se trata, por el amor de Dios? Oh, perdone, pero por favor, comprenda mi impaciencia.

—Lo entiendo —le excusó el padre a la vez que hacía un gesto apaciguador con el brazo—. Yo debía averiguar si había más cruces como las que me describió Toni Calabrese. Pues hay más. Nueve en total.

—¡Cielo santo! —exclamó O'Connor.

—Hice fotocopias de todo lo que encontré y se las entregué al señor Calabrese. Me dio la impresión de que estaba muy satisfecho y se lo iba a mandar todo por fax a usted. —Frühling hizo una pausa, los dos hombres la necesitaban y la aprovecharon para tomar un sorbo de té—. Dos días después leí en el periódico la noticia de su muerte, que había debido de producirse dos noches antes. Esto por sí solo ya era bastante malo, pero en un primer momento no me pareció sospechoso. Ya sabe que nuestro buen Dios nos da la vida y nos la quita cuando quiere. Y sólo Él sabe porqué. Pero entonces me enteré, también por la prensa, de dos asesinatos aquí, en Italia. Habían sido asesinados dos religiosos, y de una forma terrible. Además, se explicaba en el periódico, habían sido sustraídas dos cruces de madera. Una de las muertes tuvo lugar en el monasterio de Massa Monte Ciamone, y la otra, en una iglesia de Rovigio. Luego le enseñaré la noticia, la recorté. Lo curioso es que estas dos localidades aparecían de hecho en la lista donde encontré las cruces de Athlone, Portadown, Lublin y Allenstein. ¿Comprende? En mi opinión esto no puede ser casual, ¿no le parece?

El padre se quedó mirando a O'Connor. Éste sorbió por la nariz.

—Pues me temo que tiene usted toda la razón. ¡Vaya mí...! —exclamó al tiempo que miraba avergonzado al padre, que lanzó una breve risita—. ¿Qué tendrán esas cruces de tan importante para que por su causa hayan muerto ya cinco personas?

—Seis... No olvide al señor Calabrese.

—Entonces mis sospechas eran fundadas... Tengo la muerte pegada a los talones —murmuró Ian casi para sí mismo.

—¿A qué se refiere?

—Luego se lo cuento, pero primero, por favor, contésteme a una pregunta, padre. ¿Hay algún indicio sobre la autoría de los asesinatos de aquí en Italia?

—Según se desprende de la prensa, ninguna en concreto.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que, por el escenario de los asesinatos, se especula que pueda tratarse de una secta, o algún grupo semejante, tal vez satanistas, o algo así...

—Deduzco que aquí también les cortaron los genitales a las víctimas, y luego los dejaron en lugar bien visible, ¿me equivoco?

—Exacto, ¿cómo lo ha sabido?

—Porque es el mismo patrón de los otros asesinatos —se limitó a aclarar Ian—. ¿Qué opina usted de esa teoría?

—Pues que sí, podría ser. No sé si sabe usted que yo trabajo en la biblioteca del Vaticano. —Ian movió la cabeza en sentido negativo—. ¿Tiene usted idea de cuántos escritos, libros, apuntes y similares desde tiempos inmemoriales hay allí almacenados? Se calcula casi cuarenta kilómetros de estanterías con libros en las impenetrables profundidades del Vaticano. Yo trabajo sólo en el sector oficial, donde no se incluyen los archivos secretos, a los que casi nadie tiene acceso. Imagínese lo que puede haber allí sobre sectas, grupos y corpúsculos. Después de haber leído lo que dijo la prensa sobre los asesinatos, me procuré unas cuantas obras oficiales. De hecho todo parece señalar a una agrupación de ese estilo. Sin embargo, en esos libros no encontré ningún indicio que haga pensar en una conexión internacional de esa gente. Pero ¿por qué lo pregunta? ¿Tiene usted alguna otra teoría? —acabó preguntando el fraile según se quedaba mirando asombrado a O'Connor.

—Eso es precisamente, padre, lo que no me deja conciliar el sueño. Tanto en Irlanda como en Polonia, adonde fui para hablar con la policía local, se da por sentado que ha sido obra de alguna secta, pero en cambio yo no estoy de acuerdo con esta teoría. En primer lugar tengo la certeza de que las cruces son la clave de todo, lo más importante. Y en segundo lugar, su propio relato ratifica mi idea de que yo constituyo en cierta forma una especie de figura clave. Pero todavía no sé cómo encajarlo todo.

—Podría usted dirigirse a la policía de aquí, inspector.

—Hay un problema, resulta que oficialmente no estoy aquí, ¿comprende?

—¡Pues, no! —fue la sincera respuesta.

—Se lo voy a explicar. Cuando encontramos al padre Toldrim, en la forma que usted ya conoce, todos dimos por sentado que habían sido los satanistas. Luego me enteré de otros dos asesinatos similares en Polonia...

—¿Lublin y Allenstein?

—Exacto. Fui allí con un médico forense para informarme de lo que había pasado. También allí son de la misma opinión. El patrón fue el mismo que en Irlanda...

—Bien, siendo así todo encaja, ¿no? ¿En qué se basa para albergar dudas?

—En su fax, padre —contestó O'Connor mientras observaba pensativo al religioso—. Resulta que, a propósito o sin darle demasiada importancia al asunto, no me retuve de explicar que iba a recurrir a Antonio Calabrese para que me echara una mano en mis pesquisas. Luego recibí una carta anónima donde me instaban de forma inequívoca a dejar de meter las narices en el asunto. A continuación, y mediante su ayuda, Toni descubre algo. Poco después aparece muerto, y además tienen lugar otros dos asesinatos en unos lugares que sólo usted y Toni conocían. ¿No le parecen demasiadas coincidencias? Si quiere que le diga la verdad, ni siquiera sé si me puedo fiar de usted... Discúlpeme, padre, pero he llegado a un punto en que he incluido en el círculo de mis sospechosos a las personas de mi entorno inmediato... mi interina, mi amiga, y todos los demás que estaban al corriente de mi llamada a Toni, ¿lo

entiende ahora?

—Creo que lo voy entendiendo poco a poco —murmuró el padre Frühling mientras se revolvía nervioso en su silla—. Pero ¿por qué no está aquí oficialmente? Esto no lo acabo de comprender.

—Porque no quiero poner en peligro a más personas inocentes por culpa de mi investigación. Oficialmente he dejado el caso. Nadie sabe que estoy aquí, aparte de mi jefe, a quien, pese a estar incluido en mi lista de sospechosos, tuve forzosamente que hacer partícipe de mis dudas y propósitos. Así puedo estar aquí trabajando sin ser molestado y sin poner en peligro a terceras personas. ¿Lo comprende ahora? Antes me ha dicho que había fotocopiado el material que había encontrado y se lo había entregado a Toni. ¿Estaba solo cuando se lo dio?

—Sí, lo llamé por teléfono y quedamos en vernos. Estaba solo.

—Es extraño. O bien esa gente le seguía los pasos y le arrebataron el material, o...

—Deben de estar en alguna parte —terminó la frase el padre.

—Exacto, padre. No tengo más remedio que entrar en su casa y examinar el coche con el que tuvo el accidente. ¿No le parece?

—Um... —murmuró Frühling mientras se rascaba su enorme barriga—. De hecho, cuando me enteré de su muerte, llamé al cuartelillo donde trabajaba y me hice pasar por un pariente.

—¡Pero, padre, mintió usted! —constató Ian perplejo.

—Así es, hijo mío —aceptó Frühling—. Pero le pedí perdón a nuestro Señor, era una excepción necesaria, y yo creo que ya me ha perdonado.

—¿Y le dijeron algo interesante?

—No. Parece ser que iba camino de la ciudad desde su casa y el coche se salió de la carretera y rodó por un terraplén de unos diez metros de altura. Hay varias curvas muy cerradas en ese trecho. Lo sacaron ya muerto del coche. Nada más.

—¿Se quemó el coche?

—Eso no lo dijeron.

—Podríamos probar por ahí, padre. Tal vez las fotocopias estén todavía en el coche. Ha dicho usted que tenía previsto mandármelas enseguida por fax.

—En efecto. Murió a la mañana siguiente de darle yo el sobre con las fotocopias —dijo Frühling claramente excitado.

Si bien, todo aquel asunto en el que ya estaba metido era más bien peligroso, podía más aquella terrible curiosidad que siempre había sido el punto débil de su carácter.

—Bien, debemos entonces averiguar dónde está el coche para poder examinarlo —reflexionó Ian en voz alta—. Y si no encontramos allí lo que buscamos, tendremos que ir a su casa, ¿o tiene usted alguna otra sugerencia?

—No, es correcto, pero...

—Tengo una idea, padre Frühling —le interrumpió O'Connor a la vez que lo

miraba con una sonrisa en los labios—. ¿Cree usted que nuestro buen Señor nos autorizaría a otra mentirijilla piadosa y necesaria?

—Pretende usted... no, ni hablar, yo no... —negó el padre en un tono irritado.

—No, yo sólo quería decir que los parientes suelen tener derecho a las posesiones del difunto... y un coche lo es, ¿no es así? Además quizás encontremos en el vehículo algo más que nos ayude en la investigación. ¿No podría usted volver a llamar al puesto de policía y preguntar dónde está el coche? Si la policía da por sentado que fue un accidente, el coche les importará un bledo.

El padre Frühling se levantó y fue a buscar una copa de vino al aparador.

—¿Le apetece una copa de vino? Tengo un estupendo Gewürztraminer alsaciano.

—De acuerdo. Quizás le ayude a tomar una decisión.

Frühling fue a buscar una botella de vino a la cocina y sirvió dos copas. Concentrado en lo que hacía, degustó un primer sorbo. Ian le imitó. Denso y dulce, el vino pasó por su garganta. Uno frente al otro, los dos hombres permanecieron en silencio durante un rato.

—Inspector, deje que lo consulte con la almohada —dijo por fin el religioso al tiempo que observaba cautelosamente a su interlocutor—. Escúcheme, no soy precisamente lo que se dice un héroe, muy al contrario, no soy más que un religioso normal y corriente que no sabe hacer otra cosa más que ocuparse de los libros. Un trabajo que me encanta, porque muy a mi pesar estoy aquejado de un gran afán de saber. Los malintencionados lo llaman curiosidad profana. Y ahora todo esto. Es demasiado para mí y debo digerirlo. Espero lo entienda, inspector.

—Claro que lo entiendo —aceptó O'Connor antes de vaciar el vaso de un trago y ponerse en pie—. Yo también debo digerir todo lo que usted me ha contado. Creo que una buena noche de sueño nos hará mucho bien a los dos. Voy a ver si la cama de mi hotel es cómoda. ¿A qué hora podemos vernos mañana, padre?

—Le propongo que nos encontremos para tomar café en el bar donde hemos quedado esta tarde.

—¿Para tomar café? ¿A qué hora entra usted a trabajar?

—Bien... —empezó a decir Frühling mientras buscaba algo en su hábito—, cuando me ha llamado esta mañana y me ha dicho que estaba en Roma, me he quedado tan perplejo que he preferido tomarme dos días de vacaciones. He pensado que tal vez iba a necesitar mi ayuda, ¿comprende?

—Bien hecho, padre. Estoy seguro de que vamos a formar un buen equipo —dijo sonriendo O'Connor al tiempo que se disponía a salir del apartamento.

—Inspector, tengo algo para usted —le detuvo el clérigo mientras se levantaba de su asiento y se dirigía al dormitorio, de donde regresó con un montón de recortes de periódico—. He estado guardando todos los artículos y noticias relacionados con las muertes mencionadas. Ya verá que se trata de prensa muy diversa, hay periódicos serios, revistas del corazón, en fin todo lo que cayó en mis manos. Quizás le sirva de lectura instructiva antes de dormirse —añadió poniendo la pila de recortes en las

manos de Ian.

—No deja usted de sorprenderme, padre —observó riendo este último para luego despedirse.

Una vez se hubo quedado solo, el padre Frühling se dirigió suspirando al dormitorio y se arrodilló ante una gran cruz de madera que colgaba de la pared, y se puso a rezar. El Cristo tallado que, a pesar de tener los ojos cerrados y estar padeciendo todo aquel tormento, irradiaba su grandiosidad, parecía comprender compasivamente la plegaria murmurada. La cruz que estaba colgada sobre su cabeza medía unos setenta centímetros.

\* \* \*

O'Connor regresó paseando al hotel. Una vez en la habitación, se desnudó, se tumbó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Se sirvió un poco del *whisky* de Molly en el vaso del cepillo de dientes. El padre Frühling tenía razón. La prensa que hacía referencia a los asesinatos era muy diversa. Todos daban versiones diferentes sobre los dos casos. Había comentarios pragmáticos y objetivos; otros, recargados, exagerados y sensacionalistas. O'Connor vio fotos de los lugares de los hechos. Fotos de los féretros llevados por unos hombres vestidos de negro. Algunos periodistas habían hecho incluso fotos de los charcos de sangre en el lugar del crimen. Había comentarios de testigos, declaraciones de policías al cargo de la instrucción, peticiones de información. Era evidente que nadie había visto nada en ninguno de los dos casos. Ni el menor indicio sobre alguna persona, fuera testigo o autor, nada. Al cabo de media hora Ian se frotó los ojos, apagó la luz y se puso a dormir. Sin embargo, el ruido de la calle, que por la noche sólo disminuía de forma casi imperceptible, hacía imposible conciliar el sueño. Cansado, O'Connor se levantó y fue a cerrar la ventana. Media hora después ya dormía, pero fue un sueño ligero e inquieto. Y no paró de moverse de un lado al otro de la cama. A las siete y media de la mañana siguiente le despertó la agradable voz de la recepcionista.

¿Qué iba a aportarle el día? Bastante cansado, O'Connor se levantó y se metió bajo el chorro de la ducha. Tenía que llamar a *sir* Winston. Se vistió. Decidió llamar a casa de su superior por la noche. Se sentía algo más despejado cuando entró en el comedor para desayunar. A su mente acudieron de golpe todos los pensamientos y las informaciones de los últimos días. El desayuno era bueno y él comió abundantemente. Hacia las nueve salió del hotel y se encaminó al café donde había quedado con el padre Frühling.

Éste ya le estaba esperando. Cuando vio al inspector, se incorporó atento y le hizo señas.

—No es que haya dormido muy bien... —comentó O'Connor según se sentaba; luego pidió un café expreso. No le apetecía en absoluto repetir el té que había tomado

allí el día anterior—. Estuve leyendo los recortes que me dio usted ayer... pero parece que la policía no tiene ninguna pista sobre la autoría de los hechos. —Tomó un sorbo de café y se quemó la lengua con la bebida ardiente. Volvió a posar la taza con los ojos entornados—. ¿Qué le pasa, padre, le ha comido la lengua el gato? —preguntó.

Frühling sacó un pequeño trozo de papel de la bocamanga del hábito y se lo entregó a Ian.

—Aquí está la dirección del garaje donde está el coche de Toni, o lo que queda de él. Pero no se quemó —anunció mientras miraba expectante al inspector.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de este último.

—Creo que a partir de ahora voy a llamarle Padre Brown —dijo conforme se guardaba la nota—. ¿Nos vamos?

—Cuando haya terminado de desayunar, inspector —replicó Frühling al tiempo que se metía un trozo de cruasán en la boca y masticaba satisfecho—. Pero, por favor, llámeme Franz. Me llamo Franz-Josef —anunció al tiempo que lanzaba una mirada al rostro radiante del inspector.

—Encantado, Franz. Yo me llamo Ian. Ya que ahora somos, por decirlo así, un equipo, es mejor que nos tuteemos, ¿de acuerdo?

\* \* \*

El cuadro que se ofreció a aquellos dos hombres tan distintos fue el de un clásico y pequeño taller de coches italiano. En el centro de una vieja fachada, ante la cual les dejó el taxi, había un portal que daba a un enorme patio interior, el cual estaba dotado de todo aquello que pudiera constituir parte de un coche, o que por lo menos lo recordara vagamente. En el rincón del fondo había una garita de madera, de donde salía la voz ronca de Adriano Celentano cantando su *Azzuro*.

Un italiano de baja estatura y vestido con un sucio mono azul salió de la garita al advertir la llegada de los dos hombres a su garaje. Se limpió las manos engrasadas en la pernera del pantalón. Se inclinó respetuosamente ante el padre Frühling.

—¿En qué puedo servirles, señores? ¿Quieren comprar un coche? Tengo, por cierto, un Alpha estupendo, que podría dejarles a un precio muy bueno.

—Nos gustaría ver el coche del policía muerto, señor —contestó el padre Frühling en italiano, que en boca del pequeño fraile tenía algo de peculiar.

El mecánico torció el gesto contrariado y acompañó a los dos hombres hacia donde había una enorme montaña de coches y piezas sueltas.

—¿Qué es lo que busca, padre? —preguntó curioso.

—Ay, los parientes me han pedido que venga a ver si podemos encontrar todavía unos objetos personales en el coche. Ya sabe, como recuerdo del fallecido... él es su hermano —explicó Frühling conforme señalaba a O'Connor con aire apesadumbrado.

Este último no había entendido nada, pero correspondió al triste gesto del mecánico.

—Está allí. Les dejo solos, tengo mucho trabajo.

—Vaya, vaya, hijo mío, y muchas gracias —dijo al tiempo que hacía un signo de la cruz—. Éste es el coche —prosiguió ahora en inglés.

Señaló el coche para el desguace. Estaba tan maltrecho que se hacía difícil imaginar que hubiera sido un vehículo completo con anterioridad. El coche estaba volcado del lado del conductor y se apoyaba sobre un montón formado por los otros vehículos destinados a chatarra.

—Bien, vamos allá —dijo Ian conforme subía por la montaña de piezas de coche. Le dio con fuerza unas cuantas patadas a la puerta del pasajero del coche de Toni para que el vehículo quedara derecho, o más bien echado, en la montaña de chatarra, lo cual consiguió tras varios intentos vanos. Ahora ya podía entrar sin peligro—. Tú quédate ahí, aquí basta con uno de nosotros. —Con las dos manos tiró de la puerta de la derecha hasta que, con un ruido metálico, se abrió un poco. La abertura era suficiente para que Ian pudiera pasar de lado. Todos los cristales estaban rotos. Sacó la cabeza por la ventanilla destrozada—: ¿Qué es lo que debo buscar, Franz?

—Un sobre marrón, de este tamaño más o menos —explicó Frühling al tiempo que indicaba con las dos manos el tamaño del sobre que buscaban.

La cabeza de Ian desapareció en el interior del vehículo. Tanto el asiento del conductor, como el volante, el techo y otras partes del coche aparecían manchados de sangre. No era de extrañar que Toni no hubiera podido salir con vida de allí dentro. Al cabo de casi veinte minutos, O'Connor hizo de nuevo su aparición. En su mano agitaba un sobre marrón.

A Frühling le dio un vuelco el corazón. Con cuidado, Ian bajó de entre los trozos de coche. Se sacudió el polvo de la ropa y le dio el sobre al religioso. Éste lo abrió y sacó varias hojas. Miró a O'Connor atónito.

—Están vacías —constató—. Son hojas en blanco. No son las que yo le di a Toni Calabrese.

—Pues no hay nada más —dijo O'Connor al tiempo que tomaba las hojas y las examinaba también. Hojas en blanco, vacías. Sacudió la cabeza. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta una funda transparente para documentos y metió en ella las hojas sueltas así como el sobre—. Esto podría ser la prueba de que realmente Toni fue asesinado —afirmó en tono decidido antes de mirar en la parte inferior del vehículo—. ¿Podrías pedirle al mecánico si puede bajar el coche al suelo?

Tras hacer un gesto de asentimiento con la cabeza, Frühling se dirigió a la garita de madera. Regresó al cabo de un momento. El mecánico italiano iba subido a una carretilla elevadora y se acercó a la montaña de piezas de desguace. De nuevo aquel rechinar metálico cuando la horquilla se introdujo bajo el coche para dejar un momento después éste en el suelo sobre las cuatro ruedas. El hombrecillo, picado ya por la curiosidad, permaneció junto a ellos y observó a Ian que, con una pieza a modo



de palanca que había encontrado en el montón, abrió el capó del vehículo. No pasaron más de tres minutos antes de que encontrara lo que andaba buscando. O'Connor señaló un pequeño cable.

—Pregúntale qué es este cable —le pidió al fraile.

—Es el cable del freno —tradujo éste, y miró perplejo al inspector.

—Fue un asesinato premeditado, padre, mira aquí... —explicó mientras señalaba el cable. Un corte incisivo indicaba que había sido cortado. Aquella avería no se había producido durante el accidente, había sido provocada con anterioridad—. Tenemos que ir a su casa, Franz. ¿Sabes dónde vivía?

El padre Frühling asintió en silencio. Se despidieron del mecánico y salieron a la calle.

—Primero debo cambiarme —dijo O'Connor mientras se miraba los pantalones manchados de aceite—. ¿Hay por aquí una buena tintorería rápida?

El taxi que tomaron los llevó de vuelta al hotel, donde O'Connor se puso otros pantalones. Tomó los sucios y volvió de nuevo al taxi que esperaba. De camino a la casa de Calabrese se detuvieron en una tintorería. Era ya primera hora de la tarde cuando llegaron adonde había vivido el *carabiniere*.

\* \* \*

Una anciana, que estaba sentada delante de la casa, se santiguó cuando vio salir del taxi al rechoncho fraile. Éste le hizo un afectuoso gesto con la cabeza. O'Connor se quedó observando el panorama que tenía ante sí. Allí había vivido Toni Calabrese. Habían pasado por el lugar donde el coche se había precipitado por el talud. Era cierto que para llegar hasta allí habían tenido que pasar por unas curvas cerradísimas. Sin embargo, no tan accidentadas como para que un vehículo en condiciones no pudiera subirlas o bajarlas sin problema. La barandilla que había roto el vehículo en su caída había sido debidamente reemplazada. Un contratiempo dentro de la historia moderna. Eso era todo. Y la vida continuaba.

Ian dejó que su mirada recorriera la Ciudad Santa, que desde allí, si uno era capaz de imaginarse en ella, ofrecía un aspecto impresionante.

Después de haber hablado con la anciana, Frühling se acercó a Ian.

—Vivía en el segundo piso —explicó—. Según parece todavía no ha estado nadie aquí desde el accidente —añadió al tiempo que agitaba la llave de la puerta.

—¿Cómo has conseguido también esto? —preguntó O'Connor asombrado—. Yo ya me había hecho a la idea de forzar la puerta. No deja usted de sorprenderme, Franz-Josef Brown.

—He introducido una nueva costumbre —susurró el padre Frühling que, aunque la anciana ya no podía escucharle, prefirió utilizar un tono bajo—. He venido para bendecir la vivienda para que el próximo inquilino pueda ocuparla libre de

preocupación. Así que podemos entrar —concluyó sonriendo con suficiencia—. Y pon cara seria, ahora eres un monje. —O'Connor lo miró boquiabierto—. Lo único es que he tenido que prometerle a la anciana que antes de marcharnos pasaremos también por su casa. Es vieja, está débil y ya no puede ir cada domingo a la iglesia. Una cosa por otra...

Ian puso una cara supuestamente clerical y siguió al monje dentro de la casa. O'Connor tuvo entonces ocasión de comprobar lo que eran verdaderos olores italianos.

—También me ha dicho que la amiga de Toni se marchó el mismo día. Es comprensible...

—¿Tenía una amiga? —preguntó, Ian a quien se le acababan de despertar todos los sentidos y en cuyo rostro se reflejó la impresión que le habían causado las palabras del monje. Se quedó petrificado en el descansillo de la escalera.

—Sí, había conocido unos días antes a una joven que sin duda vivía aquí con él. Recuerdo que la primera vez que nos vimos, cuando me pidió que intentara averiguar lo de las cruces, iba acompañado de una joven... una mujer guapísima, por cierto —añadió el padre Frühling.

—¿Y por qué no me lo has contado hasta ahora?

—Porque no lo consideré importante. Me la presentó como periodista. Nos hizo incluso unas fotos juntos a él y a mí.

—Cuéntame cómo era —rogó Ian con el ceño fruncido.

—Pues una mujer muy guapa... creo que Toni habría dicho una mujer de bandera. —Miró a O'Connor—. ¿Se puede expresar así?

—No tengo ni idea, no fui yo quien la vio —replicó O'Connor impaciente—. Por favor, descríbeme a la mujer con más precisión. Altura, cabello, etcétera.

—Bien, pues estatura media, tal vez... —empezó el padre Frühling al tiempo que reflexionaba—. Cabello oscuro, creo, ondulado. —E hizo un gesto explicativo con las manos.

—¿Era italiana?

—No creo. Pero hablaba italiano, si bien con un ligero e indefinido acento. Creo que Toni dijo que era norteamericana. Sin embargo...

—¿Qué, Franz? Habla por favor...

—Tenía una voz extraña, no sé, ronca diría, no ronca no... había algo de enigmático en ella...

—¿Un poco grave para una mujer?

—Exacto, eso es, como tú dices. ¿Conoces a la mujer? —preguntó Frühling con el entrecejo fruncido y mirando a O'Connor de soslayo.

—Me temo que sí —respondió O'Connor, cuya espalda se cubrió de un sudor frío. Movi6 la cabeza y continu6 subiendo la escalera.

—Háblame de la mujer, Ian.

—Luego, padre, luego, primero me gustaría ver el piso.

Franz-Josef Frühling abrió la puerta de aquél y dejó que pasara primero O'Connor.

—Antes de empezar a buscar nada... como decimos nosotros, «las manos en los bolsillos y silbando». Primero quiero echar un vistazo.

Frühling entendió y apartó las manos, que llevaba cruzadas en el pecho, para meterlas en las bocamangas del hábito. Examinó con curiosidad la pequeña vivienda. Ian cruzó el pasillo y entró en la sala de estar, que estaba ordenada. Dejó vagar la mirada. Luego, lo mismo en la cocina. Olía a rancio, y daba la sensación de que allí no se había aireado desde hacía algún tiempo. O'Connor entró en el dormitorio. La cama estaba hecha, las almohadas ahuecadas y la colcha bien estirada.

—Franz, mira si encuentras algún indicio de la presencia de una mujer. ¡Pero no toques nada! ¿De acuerdo?

Tras un gesto de asentimiento de la cabeza, Frühling se puso a observar las diferentes estancias. Ian por su parte se dirigió al cuarto de baño. El espejo parecía estar recién limpio. En el lavabo no había restos de agua, ni siquiera restos calcáreos de alguna gota. Ian se inclinó y examinó el grifo cromado. Nada. Ningún rastro de que hubiera sido utilizado en el último año. Todo como los chorros del oro. También el plato de ducha aparecía impecable. Ninguna toalla usada. En la repisa había una pastilla nueva de jabón que evidentemente no había sido usada todavía. El pavimento del suelo brillaba.

O'Connor sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo enrolló en la mano derecha. Abrió con cautela los armarios. Espuma de afeitar, pasta de dientes, un tubo nuevo y sin estrenar. No encontró nada de lo que buscaba. Ningún producto de limpieza. Prosiguió su búsqueda en la cocina, pero tampoco allí había nada parecido a algún producto de limpieza doméstico. Abrió varios cajones. Cubiertos, vasos. Sacó uno de éstos con el pañuelo y se lo puso en la mano, luego le echó aliento de su boca y lo puso contra la luz. Ningún indicio de que hubiera sido utilizado alguna vez. Ian sorbió por la nariz y se rascó la cabeza. El padre Frühling apareció detrás de él.

—De hecho yo no tengo ninguna experiencia sobre lo que suelen utilizar las mujeres, pero no he encontrado nada que pudiera denotar la presencia de una en esta casa —hizo constar.

—Y me temo que no lo vamos a encontrar... —dijo O'Connor pensativo.

De pronto entornó los ojos y desapareció en el dormitorio. Con cuidado apartó la colcha. Acercó el rostro a la almohada. Era evidente que la habían cambiado y estaba sin usar. A continuación volvió corriendo a la salita, donde el pequeño fraile estaba a punto de dejarse caer en el sillón.

—¡No! —gritó Ian.

El padre Frühling estuvo a tiempo de incorporarse. Sacudió la cabeza.

—¿Te has sentado en algún sitio? —quiso saber O'Connor.

—No, ¿por qué?

—Espera un momento...

Ian acercó el rostro al tapizado del sillón e inspeccionó éste. Muy despacio, pasó acto seguido las manos por él. Lo mismo repitió con el sofá. La operación duró unos cuantos minutos, durante los cuales Franz-Josef Frühling lo estuvo observando en silencio.

—¡Lo sabía! —exclamó Ian mirando triunfante al fraile—. Nuestro monstruo ha sido astuto, pero nosotros no nos quedamos cortos. —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una bolsita de plástico y unas pinzas pequeñas. Con estas últimas recorrió despacio el respaldo del sillón. Al cabo de un momento las pinzas desaparecieron en la bolsa de plástico. Con cuidado Ian las volvió a retirar y sostuvo la bolsita a la luz—. ¡Mira, Franz... lo sabía! —El padre Frühling entornó los ojos y vio dos hilillos en la bolsa—. Dos cabellos —explicó Ian para luego guardar el trofeo en la chaqueta y respirar hondo—. Lo único que debemos esperar es que no sean de Toni. Pero ya te lo explicaré luego. Ahora busquemos el sobre, si bien me temo que no vamos a encontrarlo.

Los dos hombres se pusieron a la labor. Revolvieron todos los rincones del apartamento. Abrieron los libros y los sacudieron por si hubiera algo escondido dentro de ellos. Lo mismo hicieron con los periódicos, las revistas y todo aquello susceptible de esconder un sobre. Levantaron las alfombras. Retiraron los cojines de los sillones. Al cabo de más de dos horas, el sobre no había aparecido. O'Connor se puso en jarras y suspiró.

—Lo había temido. Han trabajado a fondo —dijo al tiempo que sorbía por la nariz—. ¡Mierda! Y además nos llevan dos días de ventaja. Y lo peor es que tienen en su poder la lista de los lugares —añadió mientras, taciturno, se tiraba de un mechón de pelo de su cabeza.

—Soy incapaz de seguir muy bien tu razonamiento, pero creo que te interesará saber que anoté todo lo de las fotocopias en un bloc de notas.

Ian se quedó mirando al religioso con los ojos abiertos de par en par. En su rostro apareció una expresión de completa incertidumbre.

—¿Qué dices que tienes?

—Resulta que primero lo anoté todo y luego hice fotocopias de los formularios originales. Y en éstos no hay más de lo que tengo yo.

O'Connor acercó al fraile regordete contra sí y le plantó un beso en la frente.

—Franz, te nombro ahora mismo cardenal, o lo que siempre hayas deseado ser —declaró entusiasmado al tiempo que le hacía salir del piso—. Vamos, tenemos que ir a tu casa. Es imprescindible que vea tus notas y además tengo que telefonar.

Tras lo cual arrastró detrás de sí el macizo cuerpo escaleras abajo. El padre Frühling llegó a la planta baja sin resuello. Una vez allí, detuvo a O'Connor.

—Tenemos que ir primero a visitar a la señora... se lo he prometido.

O'Connor siguió al fraile a regañadientes. Los siguientes quince minutos, que además se sucedieron en italiano, le parecieron una eternidad. Sin embargo, comprendía que era necesario. De vez en cuando le hacía un gesto respetuoso a la

anciana y se alegró mucho cuando por fin abandonaron la casa.

—¿Y cómo demonios vamos a encontrar aquí un taxi? —gritó O'Connor mientras miraba de un lado al otro.

Con todo ello, eran casi las seis de la tarde cuando por fin llegaron a la casa de Via Verde. Además, el taxi había hecho una parada en el Catalonia, donde bajó O'Connor para regresar unos minutos después con una botella bajo el brazo.

—Siempre resulta triste cuando se habla de muertos, pese a ello hoy he avanzado un montón en el caso, y gracias a tu ayuda. Creo, por consiguiente, que nos merecemos un trago, ¿no te parece? —dijo O'Connor conforme blandía la botella de Potheen delante del religioso—. Seguro que esto no se puede encontrar aquí. Espero que te esté permitido beber alcohol.

—¿Qué es esto? —preguntó interesado Frühling a la vez que le echaba una ojeada al contenido.

—Es Potheen, así se llama en Irlanda, y es, digamos, un *whisky* que se destila ilegalmente —explicó Ian con una sonrisa—. Hoy sin falta tengo que telefonar a mi jefe —añadió, ahora con una expresión meditabunda en el rostro.

El padre Frühling estaba abriendo la puerta de su casa.

—Puedes telefonar desde aquí.

—No, porque puede costar muy caro, es una llamada internacional...

—Mira, hasta ahora no había podido tomar parte activa en el trabajo policial, pero hoy he aprendido un montón de cosas. O sea que me puedo permitir el gasto de unas cuantas liras.

—Pues, si realmente no te importa, mejor que lo haga enseguida —decidió O'Connor al tiempo que se dirigía al aparato telefónico.

—Estás en tu casa, pero, dime, ¿te molesta mi presencia? —quiso saber el religioso.

—En absoluto. ¿Has olvidado que formas parte del equipo?

O'Connor marcó el número de *sir* Winston. Éste atendió al teléfono tras dos o tres llamadas.

—Hola, soy O'Connor.

—Hola, inspector, ¿cómo está? —preguntó *sir* Winston que parecía contento de oírlo.

—Bien, muchas gracias, y además ya tengo alguna que otra novedad. Pero primero quisiera saber si ha comprobado el vuelo de la señorita Bown, señor.

—En efecto, llegó en avión al aeropuerto Charles de Gaulle —respondió su superior sin titubear.

—No puede ser, señor —replicó Ian mientras reflexionaba—. Escuche, hemos comprobado que la muerte de Antonio Calabrese no fue accidental. Alguien cortó el cable de sus frenos y fue así como tuvo el fatal accidente.

—¿Hemos? —quiso saber *sir* Winston.

—Ah, claro. Cuento con la asistencia criminalista de un fraile, el padre Frühling.

Fue él quien me mandó el fax. Además, podemos añadir otros dos asesinos a la lista de nuestro autor.

—¡No puede ser verdad!

—Pues sí, señor. El padre Frühling ha recortado de varios periódicos y revistas la noticia del asesinato de dos sacerdotes en sendas localidades italianas... espere: en Massa Monte Ciamone y Rovigio. Las circunstancias fueron las mismas. También aquí robaron cruces. Pero ya tenemos algún indicio.

El padre Frühling volvió a la sala de estar con dos vasos y se instaló en su sillón. Los posó sobre la mesita de centro y se puso a escuchar la conversación.

—Así que ahora tiene asistencia espiritual... bien, esperemos que no llegue usted a necesitarla —observó *sir* Winston con una mezcla de escepticismo y de ironía.

—Su ayuda ya la he utilizado, señor, pero volvamos a la señorita Bown —prosiguió Ian que, excitado, se había inclinado hacia delante—. Sabemos que Toni conoció a una joven unos días antes de su fallecimiento. Pero cosa extraña, desapareció repentina y misteriosamente tras su muerte. Contamos con su descripción, y podría tratarse de Lorraine Bown. Le ruego que vuelva a comprobar si desde París no tomó otro vuelo en dirección a Roma. ¡Que me muera aquí mismo si no tomó otro vuelo desde París! —Lanzó al padre una mirada de excusa.

—Creo sinceramente que está usted perdiendo el juicio —replicó *sir* Winston, que parecía escandalizado ante la acusación—. Hay muchas mujeres que se pueden ajustar a esa descripción, ¿no le parece?

—Por supuesto, señor, pero lo que usted no sabe es que yo ya sospechaba de ella antes de venir aquí. No se lo dije porque usted me habría mandado directamente al loquero, pero en Roma estoy a salvo de usted.

—Está bien, Ian, voy a hacerlo, pero sólo porque tengo su trabajo en gran estima. A cualquier otro ya le habría hecho encerrar. A propósito, aquí he comunicado oficialmente que ya no trabaja en el caso.

—Está bien, señor. Otra cosa: Hoy hemos estado en el piso de Calabrese, no ha sido una incursión muy legal, pero hemos entrado.

Un hábito de cura abre muchas puertas. —O'Connor lanzó una mirada divertida al padre Frühling—. El piso estaba limpio como un quirófano. Ninguna huella, nada. La mujer que conoció Calabrese entró adrede en contacto con él, y dejó la vivienda sin casi un solo rastro...

—¿Qué quiere decir con «casi»?

—Bien, he encontrado dos cabellos, oscuros. Recordará que también encontré un cabello en el respaldo del sillón del padre Toldrim, que al principio confundí con una hebra de hilo.

—Sí, he leído el resultado del análisis.

—Bien. El cabello está en un cajón de mi escritorio. Mañana le mandaré un sobre con los otros dos que he encontrado aquí; de forma anónima, por supuesto. Le ruego que los haga examinar y que comprueben si se trata del mismo tipo de cabello.

—¿Por qué va a enviarme la carta anónima?

—Señor, porque nadie debe saber que estoy en Italia, ¿lo comprende? Sigo sin confiar en nadie... salvo en usted.

—Ah, sí, es verdad, pues muchas gracias.

—Junto con la mujer, desaparecieron las copias que el padre Frühling le entregó a Toni Calabrese precisamente la víspera de su accidente. Ha descubierto que existen nueve cruces iguales a las que han sido robadas en los lugares de los crímenes. Pero por suerte anotó a mano la información que había descubierto y ahora nos disponíamos a examinarla. Si encuentro algo interesante, le llamaré de nuevo si a usted no le molesta. —Ian hizo una breve pausa—. ¿Ha vuelto a tener noticias del prelado Montgomery?

—No, hasta la fecha no. Está usted loco. No pretenderá en serio incluirlo en su lista de sospechosos.

—Pues ya lo he hecho, señor. Pero es lógico, ya no nos necesita para obtener información. Ya tiene, siempre bajo la suposición de que trabaja con la señorita Bown, todas las revelaciones que precisa.

—Ha perdido completamente el juicio. Creo de verdad que está yendo usted un poco demasiado lejos. Tengo la sensación de que los aires de Italia no le sientan muy bien.

—Al contrario, me sientan de maravilla, señor, pues creo que estoy en el camino acertado para resolver los casos.

—Pues yo tengo la impresión de que lo que usted está es precisamente apartándose del camino...

—Ya lo veremos, señor. Hagamos una cosa, si me equivoco, me manda usted de nuevo a patrullar por las calles, ¿de acuerdo?

—Eso lo voy a hacer de todas formas, O'Connor.

—Está bien. Sin embargo, le ruego que telefonee a Montgomery con una excusa cualquiera y que le cuente, como el que no quiere la cosa que ya no me ocupo del caso, ¿lo hará?

—¿Y ahora esto por qué? —quiso saber *sir* Winston, que ante toda evidencia era incapaz de seguir la línea de razonamiento del inspector.

—No se lo puedo decir todavía, pero, por favor, hágalo.

—Está bien, pero tengo la impresión que está usted más cerca de ser un policía municipal de lo que imagina.

—Lo que usted diga, señor, pero yo no opino lo mismo. Volveré a ponerme en contacto con usted apenas surja alguna otra novedad. Buenas tardes —concluyó antes de colgar el auricular, y rascarse la cabeza y sorber por la nariz a la vez.

—Parece que a su jefe no le ha convencido lo que le ha contado, ¿verdad? —comentó el padre Frühling mirando a Ian con curiosidad.

—Me manda de nuevo a patrullar si lo que sospecho no se demuestra cierto —explicó O'Connor—. Pero eso ya lo veremos —añadió antes de tomar la botella y

abrirla. Vertió el líquido en los vasos hasta llenarlos por la mitad, le pasó uno al padre y brindó—: Por lo que hemos descubierto hoy, y por lo vamos a descubrir todavía hoy y en los días sucesivos. Creo en el anciano que está ahí arriba. —Señaló el cielo con la cabeza—, y sé que está de mi parte, como mínimo de momento. Salud, Franz.

El padre Frühling movió la cabeza y bebió a su vez del *whisky*.

—Y ahora veamos tus notas. Me gustaría leerlas, ¿es posible?

—Por supuesto —afirmó el sacerdote al tiempo que se ponía en pie y se dirigía al dormitorio, de donde salió con un bloc de notas que, después de abrir en la correspondiente página, colocó sobre la mesa, delante de O'Connor—. Eso es todo lo que pude averiguar, pero fue también todo lo que le di a Calabrese. Son los datos que aparecían en unos formularios del Vaticano, nada más.

Ian se puso a leer los datos manuscritos. De vez en cuando tomaba un trago de *whisky*.

—Tenemos aquí ocho lugares —murmuró finalmente en voz baja—. Portadown, Athlone, Lublin, Allenstein, Rovigio, Massa Monte Ciamone... Estos lugares ya son desgraciadamente familiares para nosotros. Ya han sido escenarios de seis asesinatos y un quebrantamiento de domicilio.

—¿Quién es ese prelado Montgomery? —quiso saber Frühling.

—Te lo contaré más tarde, padre. También entraron en su casa, donde intentaron robar su cruz que, curiosamente, no estaba en la casa.

—¿Por qué «curiosamente»?

—Los culpables siempre han actuado de forma segura y despiadada. Sin embargo, en su caso no fue así. En el momento del suceso él no estaba en casa. En los otros casos los autores se habían informado muy bien previamente, pero aquí parece que no fue así. Por todo esto me parece curioso, ¿comprendes?

—Más o menos...

—¿Dónde están estas dos otras localidades, Cuenca y Tobarra? —preguntó Ian.

—Son ciudades españolas. Están en el centro de España. Me he informado.

—¡Franz, Franz, eres lo que no hay!

—Ya te he explicado que trabajo en la biblioteca y que estoy, por consiguiente, en el origen de la cultura. También tenemos allí material cartográfico —empezó a explicar Frühling—. Pues bien, Tobarra está a unos cincuenta kilómetros de Albacete y cuenta con 7650 habitantes. Su gran orgullo es la catedral. He visto incluso una foto. Es un monumento imponente, con tres portales enormes de estilo gótico anglonormando. Por su parte, en Cuenca hay una iglesia más pequeña, pero cargada de historia, y debe de ser también preciosa. He leído la descripción, pero no he conseguido foto alguna.

—Bien, significa que tenemos ocho lugares donde hay iglesias más o menos famosas o bien otras instituciones cristianas. La misma información que se halla en poder de esa mujer, es decir, en manos de los culpables. ¿Y qué podemos deducir de todo esto?



—Pues bien —empezó Frühling mientras se revolvió en el sillón—, yo diría que deberíamos contar con que el asesino tiene las miras puestas en estas dos localidades de España.

—Exacto, y por eso debemos avisar a esa gente para que no mueran otros dos hombres —decidió O'Connor a la vez que levantaba el auricular—. ¿Puedo...?

—Adelante, no debes pedirme permiso, pero... yo también puedo, supongo —replicó el padre mientras alargaba el brazo para servirse *whisky*.

Ian asintió en silencio y se puso a marcar el número de la casa de *sir* Winston.

—Soy yo otra vez —empezó sin esperar siquiera a que su interlocutor se presentara—. Señor, hemos encontrado otros dos lugares donde hay la mismas cruces. Le ruego que mande un fax urgentemente para avisar a aquella gente; se trata de Tobarra y Cuenca, y están en el centro de España.

—¿Insinúa usted que también allí pueden intentar...?

—No insinúo, señor, estoy afirmando, y espero que no estemos llegando demasiado tarde. Por favor, no deje de enviar mañana mismo un fax a esos lugares. Extiéndase lo necesario para que se tomen en serio el aviso, pero tampoco explique más de lo imprescindible...

—Ah, ya veo, su famosa lista de sospechosos donde aparece nuestra telefonista. Está bien, lo haré mañana a primera hora. Pero me ha dicho que había nueve cruces, inspector, y si no he contado mal, falta todavía una, ¿no es así?

—Lo sé, señor, pero no tenemos el dato del lugar. Tengo que seguir investigando...

—Antes, cuando me ha llamado la primera vez, le he tachado de loco, pero luego he estado meditando sobre su teoría.

—¿Y?

—Pues que si esa mujer, sea quien sea, está involucrada en el asunto, tiene ahora el mismo problema que usted.

—¿A qué se refiere? No le entiendo.

—Que tampoco sabe cuál es el noveno sitio. Por consiguiente, ya puede usted espabilarse y descubrirlo antes de que lo haga ella. Espero su llamada mañana, inspector —se despidió, para a continuación colgar.

O'Connor se reclinó contra el asiento después de colgar a su vez, y se pasó la mano por el cabello.

—¿Puedo servirle un poco más de su *whisky* negro? —se ofreció el padre Frühling, que evidentemente le había tomado gusto a la bebida.

Ian asintió en silencio sin dejar de reflexionar. *Sir* Winston tenía razón. Tenían que averiguar a toda costa cuál era aquella novena localidad, antes de que lo consiguiera el asesino, que contaba con la misma información que ellos.

—¿Qué pueden significar estas extrañas claves? —preguntó O'Connor mientras señalaba las letras y los números que había anotado el padre Frühling—. CH001 hasta CH009 y esas «P» y «DA». —El padre guardó silencio—. ¿Tienes un mapa de

Europa, Franz? ¿O puedes conseguir uno? En caso contrario, mañana lo compramos. Voy a marcharme, todavía tengo que preparar el envío para *sir* Winston a fin de que pueda salir mañana mismo. Además, debo reflexionar. Este último lugar podría representar hoy por hoy la única esperanza de resolver el caso...

—Has mencionado a un prelado y a una señorita... que en tu opinión son culpables, por lo menos uno de los dos, ¿por qué entonces no los detienes? No he dejado de pensar en ello.

—¿Qué íbamos a adelantar en estos momentos, Franz? Mira, por ahora no es más que una vaga sospecha. Quizás estoy equivocado de medio a medio. Al margen de los problemas que me podría acarrear una detención de esta envergadura, algo que yo podría fácilmente soportar, ¿qué demostraría hoy por hoy? —explicó Ian para luego quedarse mirando al padre Frühling.

—Pues...

—Nada en concreto. Por ejemplo, si se demuestra que el cabello encontrado en el despacho del padre Toldrim es de ella... tiene una coartada, porque el prelado Montgomery ya ha confesado que los dos habían visitado al religioso. Es decir, que no hay ninguna prueba de que él esté involucrado en el asunto. Y si se comprueba que estos dos cabellos de aquí, o aunque fuera sólo uno, le pertenecen a ella, no le iba a quedar más remedio que admitir que ha estado aquí en alguna ocasión. Pero no hay nadie que pueda ratificar sus datos o desmentirlos. Podía haber estado aquí meses atrás. Un soltero, muchas mujeres... Todos dirían que estoy loco, y así me trataría un abogado defensor. Un soltero no limpia tan escrupulosamente como una mujer, ¿no es cierto? —añadió Ian conforme miraba en torno a él. La casa del padre Frühling era también el fiel reflejo de un piso de soltero. Claro que con razón, puesto que lo era—. Es decir, que los cabellos podían llevar allí Dios sabe cuánto tiempo...

—¿Y la anciana que la vio?

—¿Cuánto tiempo crees que esa pobre mujer aguantaría el interrogatorio de un buen abogado defensor? Me temo que no llegaría a cinco minutos.

—De nuevo tengo que darte la razón. No podemos probar nada. ¿Qué haremos entonces mañana?

—Debemos averiguar de una vez por todas qué tienen de especial esas cruces, y tenemos que encontrar esa maldita novena cruz —contestó O'Connor al tiempo que se ponía en pie y se despedía del padre Frühling—. También tú puedes reflexionar un poco, Franz, al fin y al cabo eres mi socio, ¿no es cierto? ¿Por qué entonces debo pasar sólo yo las noches en blanco? —Abandonó la casa y se introdujo en Via Verde, pero regresó de inmediato hasta la escalera de la vivienda—. Nos vemos mañana en el café, más o menos como hoy. ¿Me has oído? —le gritó desde la calle.

—Mañana a las nueve —contestó Frühling, que no se había movido aún de la puerta.

Apenas llegó a su habitación del hotel Catalonia, O'Connor puso manos a la obra y preparó el envío para *sir* Winston. En un sobre que previamente había pedido en recepción, introdujo la bolsita de plástico con los dos cabellos, una breve nota dirigida a su superior y algunos de los recortes de periódico sobre los asesinatos en Italia que le había dado el padre Frühling. Escogió los que le parecieron más objetivos. A continuación volvió a bajar a recepción y entregó el sobre con la advertencia de que fuera enviado por mensajero urgente a Irlanda. El conserje de noche le aseguró que todo se haría según sus deseos.

O'Connor se desvistió y se tumbó en la cama. Pero no cerró la ventana como la noche anterior. Las cadencias de la calle que penetraban en la habitación hacían de telón de fondo para los pensamientos que giraban por su cabeza.

Y había motivos para ello con cinco asesinatos y uno en grado de tentativa, si bien, Ian estaba cada vez más convencido de que aquel presunto asalto había sido fingido. Según había informado Montgomery, Lorraine Bown estaba entonces en Francia. Por consiguiente, ella no había podido urdirlo. Sin embargo, era la primera de la lista de O'Connor, y cuanto más pensaba en ello, más firme era su convencimiento de que tenía mucho que ver con los asesinatos. Otra cosa distinta era si el prelado Montgomery estaba implicado en el asunto. La cuestión no estaba clara todavía. Pero puesto que era cierto que Lorraine Bown había reservado un vuelo a París y que según todo indicio lo había tomado, sólo Montgomery podía haber montado la irrupción en su casa. Pero ¿por qué un hombre de su categoría se dejaba arrastrar en un asunto tan feo? ¿Qué se ocultaba detrás del nombre Montgomery? ¿Y tras el de Bown? ¿Para qué un hombre de la Iglesia iba a perpetrar aquellos asesinatos, o como mínimo hacerlos cometer en su nombre?

Ian tomó el teléfono y marcó por tercera vez en aquel día el número de *sir* Winston.

—Soy yo otra vez, señor. Espero que no estuviera ya durmiendo.

—Y si así fuera, ahora ya me ha despertado —replicó su interlocutor.

—He preparado el sobre y se lo he hecho enviar por mensajero.

—¡Pero no me estará llamando para decirme esto! ¿Verdad?

—No, señor —se disculpó Ian—. Debo pedirle otro favor. Le ruego que haga uso de su influencia para averiguar el pasado tanto de la señorita Bown como del prelado Montgomery, pero, por supuesto, sin que ellos dos se enteren.

—Podía haberse ahorrado la última observación, Ian. Todavía no chocheo —rezongó *sir* Winston—. Pero ¿de verdad cree usted que ellos tienen algo que ver con el caso? Por mucho que me esfuerzo no puedo imaginármelo.

—Sí señor, y cada vez más. Por eso creo que debe de haber algo oscuro en sus respectivos pasados que justifique que les investiguemos. Soy consciente de que el prelado Montgomery goza de una muy buena reputación, pero tiene que haber algo,

en el pasado o en el presente, que le relacione con esas cruces y que le induzca a cometer semejantes barbaridades. Por favor, se lo ruego, señor, hágame este favor.

—Está bien. Después de sus llamadas le he estado dando vueltas al asunto. Hay en todo ello una cierta lógica, es cierto, pero para mí no tiene sentido. Al fin y al cabo, no estamos aquí hablando de un robo de gallinas, sino de crímenes. De hecho ya de cinco asesinatos. Esto no es una minucia...

—Lo sé señor. Y me causa más de un dolor de cabeza, pero cualquier otra alternativa supondría demasiadas casualidades. Lo único que no encaja en el escenario son las dos muertes de Polonia. Se produjeron antes de que muriera el padre Toldrim. Ellos no pudieron estar informados de ello por mí. Pero bueno, creo que estamos cerca de la solución al enigma, señor. Créame.

—De no haber sido así, puede estar seguro de que haría tiempo que le hubiera mandado a paseo. Puede usted estar seguro, O'Connor. Y ahora, si no tiene nada importante que añadir, me gustaría seguir durmiendo. Mañana tengo un día muy duro con todas las gestiones que debo hacer para usted.

—No, señor, de momento no tengo nada más... y disculpe que le haya molestado tan tarde.

Ian colgó el auricular y cerró los ojos. Pasó, sin embargo, otra noche inquieta. Soñó con cruces de madera. Tuvo pesadillas con los rostros de Montgomery y Bown, que aparecían una y otra vez en forma de casta Helena o como un monstruo asesino blandiendo genitales cercenados. Sintió un gran alivio al despertarse. Estaba bañado en sudor.

\* \* \*

A las nueve en punto llegó al café Bella Casa, donde ya le estaba esperando Franz-Josef Frühling. Éste tampoco parecía muy despejado y fresco, y parecía incluso haberse encogido dentro del hábito.

—Buenos días, padre —empezó a decir Ian—, desde luego no tienes hoy pinta de haber dormido como en el seno de Abraham.

—Claro, es que he dormido fatal.

—¿Qué te lo ha impedido? ¿Acaso el Potheen? —se rió O'Connor.

—En absoluto. No he parado de darle vueltas a los sucesos de ayer.

—Sí, claro, la criminología es a veces un trabajo muy estresante.

—No es eso —negó Frühling, que acto seguido llamó al camarero y le pidió agua.

—¿Qué te pasa, padre? ¿Hoy no tomas chocolate? —comentó O'Connor extrañado.

—Anda cuéntame lo de tus sospechas sobre esa mujer y el prelado.

—Te veo extraño, Franz, pero de acuerdo —accedió Ian tras mirar pensativamente al padre. Luego, con unas pocas frases, le describió las conexiones

que creía haber encontrado hasta el momento—. El monje que caminaba ligero en Polonia podía haber sido una mujer. Luego, aquí, primero la muerte de Toni y después la de los dos religiosos. Para mí está claro que los dos, por lo menos uno de ellos, y yo apuesto por la mujer, están detrás de todo esto —concluyó su exposición.

Frühling se bebió toda el agua de un trago y se puso en pie.

—Ven, tengo que enseñarte algo.

O'Connor se levantó a su vez, pagó y alcanzó al padre que, a pesar de su corpulencia, ya se había adelantado un buen trecho. En su rostro habían aparecido unas profundas arrugas de preocupación.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa —fue la escueta respuesta—. Tengo que enseñarte algo. Todavía no te lo he contado todo.

Frühling dejó que Ian tomara asiento en la sala de estar y desapareció en el dormitorio. Ian sorbió nervioso por la nariz. ¿Qué podía ser aquello que había transformado de aquel modo al pequeño y curioso clérigo? Al cabo de un minuto, apareció éste de nuevo. Llevaba una cruz de madera en los brazos. O'Connor se puso lívido.

—Franz, ¿de dónde has...? Esto es... —balbució conforme rebuscaba en el bolsillo de la chaqueta las fotos de las cruces robadas.

—Lo sé. Es una cruz como las que han desaparecido durante los crímenes.

—¿Cómo es que tienes tú una cruz así? ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Tú no estás en la lista, ¿o me has estado ocultando algo? —exclamó O'Connor sin dejar de mirar imperiosamente al religioso.

—No te he contado todo lo que he averiguado —empezó a decir éste en voz baja—. Pero antes tenía que estar seguro de que tú no estabas implicado en el asunto. Esta noche he estado dándole vueltas y casi no he pegado ojo. He hablado con el buen Dios y he llegado a la conclusión, mejor dicho hemos —corrigió mirando al cielo—, de que puedo confiar en ti, que debo confiar en ti. Me temo que tú, o mejor dicho nosotros, estamos metidos en un asunto cuyas consecuencias para el conjunto de la cristiandad pueden ser inimaginables.

—No entiendo nada... —dijo Ian mientras sacudía irritado la cabeza.

—Hay unos talleres donde el Vaticano encarga este tipo de objetos —empezó a explicar mientras apoyaba la cruz contra la mesa de centro y se sentaba con dificultad en su sillón—. Hay talleres de escultores de madera, otros de orfebres, según la demanda. Se caracterizan por su lealtad a la Iglesia por un lado y por un trabajo bien retribuido por otra. —Frühling hizo una pausa para secarse unas gotas de sudor de la frente—. Cuando me enteré de los asesinatos en Italia, empecé a preguntarme por qué sólo robaban una cruz. Además, sabía por Toni que en los otros casos había ocurrido lo mismo. Como ya habrás comprobado, me pierde la curiosidad. Además, no me resultó difícil averiguar dónde habían sido fabricadas esas cruces.

Busqué el taller y fui a charlar con el artesano. Me confirmó que el Vaticano le

había encargado nueve de estas cruces. Esto fue hace más de un año y medio. A un aprendiz se le había caído ésta. —Frühling señaló la cruz apoyada contra la mesita—. Por eso falta un pedacito del pie. Fíjate, aquí falta un trozo —añadió conforme señalaba uno de los pies del crucifijo donde, efectivamente, se había roto un pedazo.

O'Connor tomó la cruz en las manos y la examinó concienzudamente.

—Qué hay aquí de tan valioso por lo que vale la pena matar, maldita sea, tiene que haber algo...

—Hay algo, Ian. Yo no lo habría descubierto nunca, pero como soy tan curioso le pregunté al escultor de las cruces. Y me lo enseñó.

O'Connor lo miraba estupefacto. El padre Frühling tomó la cruz de sus manos y la dejó tumbada en el suelo delante de ellos.

—¿No hay nada que te llame la atención en el propio crucifijo?

—Pues, no... —contestó Ian—. Lo único, que la cabeza, o mejor dicho, la corona de espinas es un poco desproporcionada con respecto al resto del cuerpo, es demasiado grande. Pero esto suele ser corriente en las esculturas o pinturas religiosas, sobre todo en las modernas.

—Tienes razón, sin embargo, en este caso no tiene nada que ver con la libertad artística del artesano. Mira esto —sugirió Franz-Josef Frühling para luego tomar con una mano la magistralmente tallada corona de espinas colocada sobre la cabeza de Jesús y hacerla girar en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Está enroscada —dijo O'Connor, que no apartaba la mirada de la cruz.

—Exacto —confirmó el sacerdote, que había desenroscado la corona de espinas y sostenía ésta delante del inspector—. Una cavidad hecha ex profeso. Bien, este tipo de escondrijos son bastante frecuentes en el rito eclesiástico, sirven para guardar hostias u otras reliquias. Sin embargo, este hueco fue pensado para ocultar algo muy distinto, mira —añadió mientras ponía la cabeza abierta del crucifijo delante de O'Connor.

Éste vio que dentro había algo grabado en la madera, una especie de troquelado hecho con indudable gran esmero y maestría.

—A primera vista parece que tiene la forma de una llave —sugirió O'Connor.

—No sólo lo parece, Ian. Estos huecos están destinados a albergar una llave. Al artista le dijeron que eran las llaves para unos tabernáculos. Le proporcionaron nueve diferentes moldes en cera para que los tallase en estas concavidades de madera. Pero yo no me creo lo de las llaves para unos tabernáculos. ¿Está enfadado conmigo?

—¿Yo? ¡Tú verás! —exclamó O'Connor todavía irritado, conforme seguía mirando el hueco del crucifijo tallado—. Ya no entiendo nada. En las cruces hay un espacio para meter una llave... —Rebuscó entre las fotos que tenía delante y extrajo del montón la de la cruz de Montgomery. Con la foto en una mano y la cruz en la otra se puso a compararlas—. Dime, Franz, estas cruces que ha tallado este hombre, ¿son todas idénticas? Me refiero salvo por el hueco grabado de dentro.

—Sí, por supuesto. Se parecen como gotas de agua.

—Pues entonces, Montgomery está implicado en el asunto —afirmó satisfecho O'Connor.

—¿Por qué?

—Mira, fíjate bien en esta foto; Betty tenía razón...

—¿Y ahora quién es Betty?

—Es mi amiga... y yo la tenía también bajo sospecha, qué idiota soy —explicó O'Connor conforme se tiraba de un mechón de cabello.

—En la foto los ojos de Cristo están cerrados. En la cruz original están abiertos —constató Frühling tras un momento de observación.

—En efecto, Franz, y Montgomery me quería hacer tragar que se trataba de una cruz original. Vaya sinvergüenza. Es evidente que se hizo hacer una cruz, pero que no prestaron atención a ese detalle. Tengo razón, lo sabía. Tanto él como la Bown hacen causa común. Averiguaron lo de las llaves y ahora están intentando apoderarse de todas. Ya tienen seis...

—Y si tu fax no llega a tiempo a España, tendrán dos más...

—Pero ¿para qué son estas malditas llaves? Ay, disculpa, pero es que estoy un poco nervioso. Espero lo puedas entender.

—Por supuesto, Ian. Todavía hay algo más, algo que pudiera estar relacionado con el caso, pero ahora necesito aire fresco. Vamos a dar un paseito. De todas formas, querías comprar un mapa de Europa.

Ian estaba cada vez más despistado. Se dejó sacar dócilmente de la casa. El aire otoñal era cálido y lo agradeció cuando lo sintió en el rostro. Por espacio de un momento se sintió como en casa.

\* \* \*

Era un precioso día de otoño romano. El padre Frühling y O'Connor estuvieron caminando un buen rato en silencio a través de las calles y callejas de la bulliciosa ciudad. Procedentes de algunos locales les penetraban aromas culinarios en la nariz. La vida que tanto allí latía parecía carecer de estaciones. Nativos y turistas abarrotaban calles y plazas. En una pequeña librería Ian compró un mapa actualizado de Europa. Por fin Frühling desembocó en una plaza donde en el centro reinaba una enorme fuente. Todo tipo de criaturas fabulosas arrojaban chorros de agua al gran estanque, en cuyo fondo podían verse algunas monedas.

También esta plaza estaba de bote en bote. Los jóvenes, sobre todo, se habían apoderado e instalado alrededor de la fuente. Frühling se sentó en la escalera que daba a aquélla, e Ian siguió su ejemplo.

Luego dejó que su mirada se recrease con el espectáculo. Había mucha gente allí que se limitaba a estar sentada y disfrutar del maravilloso día. Otras personas escuchaban música con transistores o *walkmans*, también de vez en cuando podía

verse a algún bien trajeado hombre de negocios tecleando en su ordenador portátil.

—Querías contarme algo, Franz —dijo por fin O'Connor conforme se volvía hacia el pequeño sacerdote.

—Así es. Se trata de las siglas de los formularios del archivo —empezó a explicar el padre mientras sacaba su bloc de notas del hábito y buscaba lo que quería—. Mira aquí —prosiguió conforme señalaba las repetidas letras «P» y «DA»—. Me he devanado los sesos pensando qué significaban.

—¿Y?

—Pues he llegado a la conclusión de que pueden ser las iniciales de unos nombres.

—Es muy posible... ¿Y en qué nombres has pensado?

—La «P» podría referirse a Pontolucci y las «DA» a D'Augusto.

—¿Y quiénes son estas personas?

—Son unos hombres muy influyentes en la curia, es decir, aquí en el Vaticano —añadió a modo de explicación cuando vio la mirada perpleja de O'Connor.

—¿Cómo has llegado a pensar precisamente en ellos, Franz?

—Pues por una conversación que escuché por casualidad, no me acuerdo muy bien cuándo —explicó Frühling.

—Franz —empezó a decir Ian sonriendo de lado a lado—, contigo se ha perdido un buen agente de la brigada criminal...

—¡Tonterías! Pues bien, aquel día, que con seguridad fue hace más de un año y medio, regresé a la biblioteca porque había olvidado algo; y vi allí a estos dos hombres. Estaban charlando y daba toda la impresión de que era una conversación sólo para cuatro oídos. Por ello habían escogido aquel lugar, donde a aquella hora no suele haber ya nadie. Ellos no advirtieron mi presencia...

—¿De qué hablaban?

—Al principio no entendí nada, pero hablaban de una carta, o varias, que según parece databan de la época en que Cristo fue crucificado. Me pareció entender que la había escrito el apóstol Juan, ya sabe, el preferido de nuestro Señor —explicó Frühling antes de hacer una breve pausa.

—Si realmente existe, debe de ser un documento valiosísimo —dijo Ian a modo de reflexión.

—Existe, y no es sólo valiosísimo, sino también altamente explosivo.

—¿Por qué?

—Pues porque toda la fe cristiana en relación con la resurrección de nuestro Señor se iría, por decirlo de alguna forma, a pique. —O'Connor enarcó las cejas—. Por lo que pude deducir de la conversación, en ese papel se afirma que Jesús no murió en la cruz, ¿te das cuenta? Y escrito por alguien que estaba allí. Un testimonio auténtico. ¿Puedes hacerte una idea de lo que pasaría si ese documento saliera a la luz?

—No demasiado, pero supongo que eso significaría que...



—Exacto. Esto significaría que la doctrina cristiana sobre la resurrección establecida durante siglos es lisa y llanamente falsa. ¿Te imaginas la repercusión que tendría esta revelación, no sólo entre el clero, a quien ya le parecería inconcebible, sino entre la población seglar?

—Pero ¿cómo es que ha aparecido justo ahora este documento?

—Supongo que habrás intuido por la prensa y los otros medios de comunicación que nuestro Santo Padre tiene, digamos, una mentalidad muy abierta. Y esto trae de cabeza a algunos capitostes de la curia. Mira, hasta ahora la Iglesia católica se ha rodeado siempre de un mito misterioso con el cual se ha podido vivir muy bien durante todo este tiempo. Y esta apertura hacia fuera entraña cierto riesgo, por lo menos es lo que piensan algunos cardenales y otras personas influyentes de entre nosotros. Parece ser que el documento se conocía hace tiempo, pero Pontolucci tiene miedo de que al Papa se le ocurra reclamarlo un día y, dada su tendencia a la divulgación, cree que no iba a retroceder para hacerlo público.

—Sin embargo, esto podría acrecentar la credibilidad de la Iglesia de forma considerable. En mi país, sobre todo entre los jóvenes, se empieza a dudar de sus doctrinas. Si la Iglesia diera finalmente este paso, es cierto que la aclaración produciría una crisis inicial, pero, por otra parte, creo que ésta quedaría pronto superada. Y en mi opinión al final se volvería a recuperar toda su credibilidad.

—Yo no digo que comparta los temores de Pontolucci, pero es evidente que él lo siente así y ha optado por poner el documento fuera del alcance de Juan Pablo II. En otras palabras, convenció a D'Augusto de que era imprescindible esconder ese pliego.

O'Connor dejó que lo que acababa de oír penetrase en su mente.

—¿Qué pasaría si este documento cayese en manos de alguien ajeno a Vaticano? Lógicamente debería conocer el contenido, comprender su significado y saberlo interpretar.

—Aparte del hecho de que mediante ese documento se iba a convertir en un hombre poderoso, porque habría muchos grupos dispuestos a pagar cantidades increíbles de dinero para conseguir ese manuscrito, esa persona tendría el poder de hacer un inmenso daño a la Iglesia, si amenazara con su publicación. ¿Has oído hablar de la mortaja de Turín?

—Leí un libro sobre el asunto y me pareció muy interesante, sobre todo con qué ahínco quiso el Vaticano impedir la investigación, y cómo al final trató de desmentir las conclusiones.

—¡No puedes imaginar el perjuicio que causó esa publicación a la Iglesia católica! Por suerte, el Vaticano pudo evitar la divulgación masiva y mundial de esas conclusiones. Esta diligencia le costó a la curia un montón de dinero. Ni tú ni yo, ni unas cuantas personas más necesitaríamos trabajar el resto de nuestras vidas si tuviéramos esa fortuna. Sólo unos cuantos expertos llegaron a tener acceso a esas conclusiones, de hecho lo que hicieron fue comprarse literatura. Pero de cara al clero, se logró sofocar el fuego en su inicio. Imagínate si ahora sale a la luz una nueva

revelación que, por decirlo de alguna forma, procede de primera mano... —Frühling dejó el resto de la frase sin terminar para que sus anteriores palabras fueran haciendo mella en Ian.

—Todo esto podría tener relación con nuestro caso —observó O'Connor—. Has dicho que la conversación tuvo lugar hace más de un año y medio... —Se rascó la cabeza—. Imaginemos que se les ocurriera esconder este documento en un lugar que ellos hubieran juzgado seguro. Como es lógico nadie debía, ni por casualidad, dar con su paradero...

—Exacto. También pude entender que los dos decidían hacer un largo viaje en vistas a solucionar el asunto.

—Tal vez un viaje a través de Europa —comentó O'Connor cuyos pensamientos se entremezclaban—. Se hicieron hacer esas cruces, escondieron las llaves en ellas y las repartieron por todo Europa. Sólo ellos dos sabían, es decir, saben dónde se hallan las llaves del hipotético escondite. Con toda seguridad no les explicaron a los receptores de los regalos el contenido tan especial de las cruces. —O'Connor sorbió brevemente por la nariz—. Tampoco era necesario, porque un presente del Vaticano iba a ser conservado como un tesoro. Y entonces les quedaba la posibilidad, en el caso, por ejemplo, de un nuevo papa, más tradicional, de recuperar el documento y volverlo a llevar donde siempre había estado.

—Por ejemplo —convino Frühling, que seguía la línea de pensamiento de O'Connor.

—Ahora, si te parece, vamos a elucubrar un poco más. Si partimos de la base de que Montgomery ha descubierto que algo importante ocurre con esas cruces, entonces es comprensible que se muera por descubrir qué es eso tan misterioso que oculta el Vaticano. Para saber que se trata de algo valiosísimo no hace falta ser un erudito o un religioso. Y él sólo actúa por puro afán de lucro. Averigua que existen varias llaves para el escondite en cuestión... Quizás llevó a término alguna que otra pesquisa, al fin y al cabo viaja por todo el mundo y, además, yo mismo le proporcioné cierta información. —Ian se restregó la frente—. Sin embargo, no sabe dónde está ese escondite y para qué sirven esas llaves, es decir, cuál es la cerradura. Tal vez aparezca alguna indicación en la llave original.

—Eso no lo creo —intervino Frühling—. Si alguien llegara a detectar una llave semejante, el riesgo sería enorme, porque esta persona podría empezar a indagar y al final tanto Pontolucci como D'Augusto se verían obligados a explicarse ampliamente ante el Santo Padre.

—Por consiguiente, la novena llave debe de contar con alguna particularidad, porque después de todo lo que he descubierto hasta el momento no creo en la coincidencia de que precisamente en ella no haya constancia de ningún dato sobre el lugar. Por ello se puede pensar que en esta cruz, junto a la llave, debe de haber alguna indicación sobre el paradero del documento, ¿no te parece? —constató O'Connor.

El inspector estaba hecho un manojo de nervios. Las explicaciones del sacerdote

tenían sentido y explicaban el móvil de la muerte de los religiosos. Se apoyó contra la piedra, pero no pasaron más de unos segundos antes de que se levantara y se volviera hacia la fuente. Metió una mano en el agua, que era muy agradable porque estaba caliente.

—Los asesinos imaginaron que no se iba a averiguar tan deprisa que estos actos tenían una conexión —prosiguió, y miró a su compañero con expresión triunfante—. Si no me equivoco, tenemos cuatro países, y en cada uno dos delitos iguales. Claro, las autoridades locales verían una relación entre los dos, pero no se les ocurriría investigar en otros países. Y se dispuso todo para que se pensara en una secta. Un plan diabólico. Yo me enteré por casualidad de los dos asesinatos de Polonia.

—Sí. De acuerdo, ese prelado tenía sólo cuatro llaves, con las cuales no tenía para empezar. Entonces llegaste tú, que te convertiste sin saberlo en la prolongación de su brazo, susceptible de proporcionarle los datos adicionales que necesitaba. Decidí seguirte la pista sin que tú te dieras cuenta a fin de obtener la información que precisaba. Aquí, en Italia, no directamente contigo, sino a través de mí y de Toni Calabrese —hizo constar Frühling para luego mirar preocupado a O'Connor.

—De acuerdo, pero ahora, como muy bien ha dicho *sir* Winston, tienen el mismo problema que nosotros. No saben el nombre del sitio donde está la última cruz, y tampoco pueden contar con mi ayuda porque yo oficialmente ya no trabajo en el caso. Está bien. Ahora debemos intentar adelantarnos. Sólo así podremos culparles a él y a su colaboradora de todos los crímenes —opinó O'Connor, al tiempo que sacaba el mapa de Europa del bolsillo de la chaqueta—. Tenemos que apresurarnos, Franz, y también podríamos sencillamente preguntarles a ese Pontolucci o a ese *Dagusinoséqué*, y explicarles lo que ha pasado hasta ahora, tal vez nos ayudaran.

—¡Ni se te ocurra! En primer lugar porque seguro que yo acabaría excomulgado, por haberme entrometido y haberte revelado detalles secretos. Además, a ellos no les iba a quedar más remedio que negarlo todo, pues, en caso contrario, dejarían de formar parte de la curia. Imagínate, se han atrevido a tomar unas disposiciones, no cabe duda de que por ambiciones personales de poder, a espaldas y en contra de la persona más influyente de la cristiandad, el Santo Padre —replicó el pequeño fraile con gran firmeza—. Tenemos que ver la forma de seguir adelante sin ellos, no hay otra solución. También podríamos poner a Montgomery bajo vigilancia.

—Imposible. Por todo lo que sé es terriblemente astuto. Seguro que lo iba a notar. No. Dejaría pasar un poco de tiempo, porque no es tiempo lo que les falta. Se quedarían en suspenso los procedimientos policiales y no se llegarían a aclarar los asesinatos. No, esto descartado. Tenemos que descubrir esa novena localidad, Franz —hizo constar O'Connor antes de consultar la hora—. Y ya ha pasado la mañana. ¿Qué te parece si vamos a comer alguna cosilla y luego ponemos mano a la obra? Anda, llévame a un buen restaurante y después nos ponemos a trabajar.

—¿Seguro que no estás enfadado porque no te lo hubiera contado antes? —preguntó Frühling en un tono cauto.

—¿Por qué debiera estar enfadado contigo, padre? Lo importante es que me lo has contado, y puedo comprender tu reserva. A mí me pasa lo mismo. Tampoco me fiaba de nadie. Bien, ¿adónde vamos?

Frühling suspiró aliviado y se levantó con dificultad.

—Yo también tengo hambre. Aquí cerca hay un buen restaurante donde sirven un pescado estupendo. ¿Te gusta el pescado?

—¡No sabes tú cuánto! ¡En marcha!

Los dos hombres se pusieron en camino. Un sacerdote bajito y rechoncho y un irlandés. Eran conscientes de que habían avanzado muchísimo, pero también sabían que les quedaba todavía un largo camino que recorrer para llegar a la meta; además, no tenían tiempo que perder.

\* \* \*

El establecimiento adonde se dirigió el padre Frühling estaba ubicado en el sótano de una casa. El techo era abovedado, y las paredes, blancas y estucadas, con unas pinturas de figuras antiguas. Una de las esquinas del local estaba ocupada por un acuario, donde nadaban varias carpas ajenas a todo el ajetreo del restaurante. Angelo, el propietario, se adelantó a saludar amablemente al padre Frühling y a su acompañante. El sacerdote intercambió algunas frases en italiano con él y condujo luego a Ian hasta una mesita situada en un rincón.

—He pedido rape, espero que te guste. Aquí es una especialidad, y te aseguro que no lo he comido preparado así en ningún otro sitio —le explicó a O'Connor cuando hubieron tomado asiento—. Y antes nos deleitaremos con unos *antipasti* típicamente italianos.

Los otros pocos comensales que había en el local no parecieron en absoluto desconcertados ante la visión del hábito. Indiferentes, tras haber dedicado una breve mirada a los recién llegados, continuaron con sus respectivas conversaciones. Angelo les llevó dos platos, e Ian y Franz se levantaron para dirigirse al bufé. Estaba muy bien provisto y los dos se sirvieron en abundancia.

—¿Por dónde vamos a empezar ahora, Ian?

Frühling volvía a ser el de siempre. El inspector no se había enfadado por su tardía confesión y parecía que todo se estaba poniendo en su sitio. O'Connor probó unos tomates secos y adobados que acompañó con unos mordiscos de *ciabatta*.

—No tengo idea, pero supongo que debemos tratar de desentrañar al máximo la línea de acción de esos dos cardenales. ¿Has reflexionado sobre lo que puede significar la «CH» que aparece delante de los números de las llaves?

—Claro, pero no he llegado a ninguna conclusión —contestó el padre Frühling entre mordisco y mordisco—. He intentado en vano asignar estas siglas a todas las palabras italianas y latinas posibles.

—Podría tratarse de las iniciales de una localidad —adelantó O'Connor pensativo.

—Es posible. ¿Crees que se refiere al lugar del escondite?

—Bien, por la forma tallada en la madera, podría tratarse de la caja de seguridad de un banco. Parece una llavecita de doble paletón. Por lo menos en mi país, son las llaves que se emplean en los bancos.

—También he pensado en ello. Porque es cierto que un banco es un lugar bastante seguro, ¿no es así?

—Mmm —gruñó Ian al tiempo que se metía en la boca dos aceitunas rellenas de ajo—. ¿De dónde proceden Pontolucci y D'Augusto? Quiero decir si sabes dónde nacieron y vivieron antes de su llegada al Vaticano.

—Lo cierto es que no estoy seguro, pero creo que los dos son de origen italiano. ¿Crees que esto puede ser importante?

—No lo sé, pero no debemos dejar ningún cabo suelto.

Apareció Angelo con dos platos, en cada uno de los cuales aparecía una enorme ración del caro pescado junto con una guarnición que olía a gloria. Los dos hombres apartaron los platos de los entremeses que tan deprisa habían desaparecido y se concentraron en el plato principal.

—Qué, ¿me he equivocado mucho? —preguntó Frühling después de que ambos hubieran tomado ya un par de mordiscos.

—En absoluto. Realmente delicioso... ¿Qué opinas si por una vez le pides a tu altísimo jefe un poco de auxilio en tu gestión policial?

—Ya lo tenía previsto —contestó Frühling—. De camino a casa hay una pequeña capilla. Luego nos pasamos por allí.

Y sin levantar la vista siguió comiendo. Era evidente que ya tenía aquella idea en mente.

Eran ya más de las tres de la tarde cuando los dos hombres abandonaron el local, después de haber comido opíparamente, y salieron a la calle. Tardaron un trecho en llegar a la pequeña capilla, cuya apariencia exterior era muy discreta. Entraron. Dentro ardía un gran número de velitas donadas por los feligreses y colocadas en unos estantes provistos ex profeso para ello. Había dos mujeres vestidas de negro arrodilladas en los sencillos bancos de madera, y rezaban. O'Connor se quitó la gorra y siguió al padre Frühling hasta un banco situado en la nave lateral. El religioso se arrodilló de inmediato y se puso a rezar en voz bajita y, según parecía, en latín, y mientras Ian se sentó en el banco y se puso a mirar en torno a él. «El Señor da la vida y Él nos la arrebató», pensó. Ojalá fuera comprensivo con él, un simple policía irlandés, y estuviera dispuesto a proporcionarle la gran ayuda que necesitaba para llevar a buen fin la ingente tarea que tenía entre manos.

Al cabo de aproximadamente media hora, Frühling se levantó y se persignó. Caminaron en silencio hasta Via Verde. Cansado, Ian se dejó caer en el sillón. Estaba resultando un día agotador. Toda aquella asombrosa información que había recibido

le había arrebatado mucha energía psíquica, además de la caminata a pie por Roma. Se alegraba de poder por fin descansar los pies.

—¿Crees que nos hemos ganado un cafetito? A menos que tengas miedo de no poder dormir esta noche —propuso Frühling.

—Creo que nos sentará bien. Y he pasado tantas noches en blanco en los últimos tiempos que ya no vendrá de una más.

El sacerdote se dirigió a la cocina y O'Connor extendió el mapa de Europa ante él. Lo estudió en silencio. Países, fronteras; se habían planteado una tarea realmente imposible. Pero debían adelantarse a los criminales. Era imperioso. Frühling volvió a aparecer en la sala con dos tacitas de humeante café.

—Y bien, ¿alguna idea?

—Nada de nada —contestó O'Connor al tiempo que movía el mapa a fin de que pudieran verlo los dos—. Busquemos primero los lugares de los crímenes —propuso conforme señalaba Irlanda con el dedo índice—. Aquí está mi país... Aquí Athlone y Portadown, al noreste de Irlanda. —Su dedo se deslizó por el mapa hasta la parte este de Europa—. Aquí están Lublin y Allenstein, más o menos al este del país.

—Sí, y aquí están Massa Monte Ciamone y Rovigio, hacia el norte de Italia —intervino Franz-Josef Frühling señalando ahora él el mapa—. ¿Dónde tenemos España?

—Aquí —contestó O'Connor según giraba un poco el mapa, donde no tardaron en encontrar Cuenca y Tobarra. Ian se pasó la mano por el cabello—. Esto carece de sentido. Aquí dos ciudades, allí otras dos y en otro lugar, en otro país... ¿Sabes por casualidad si los dos cardenales mantenían contactos personales con las víctimas?

—No, que yo sepa, pero no creo, porque ellos disfrutaban de una categoría muy elevada para hacerse con unas simples ovejas del clero.

Resignado, O'Connor dejó el mapa de lado tras dos horas de estudio. No habían adelantado nada. Habían pensado en todas las combinaciones posibles, pero no habían podido descubrir ninguna pauta. Habían estado examinando el mapa, y luego reflexionado bien en silencio bien en voz alta. Pero no habían llegado a solución alguna.

—¿Sabes qué, Franz? Me voy al hotel. Es inútil, hoy ya estoy bloqueado —dijo el irlandés, frustrado, al tiempo que se ponía en pie.

—No te desanimes, piensa que los otros están igual. Quizás hoy hemos tenido que pensar demasiado —observó Frühling en un intento de animar a su compañero.

—Tienes razón. Voy a llamar a *sir* Winston y luego me voy a la cama. Mañana volvemos a intentarlo, y ya está. Tal vez en el intervalo hayamos asimilado toda la información y nos podamos concentrar mejor, ¿no te parece?

El sacerdote también se había levantado y acompañaba a Ian hasta la puerta.

—Te dejo el mapa, porque si me lo llevo soy capaz de volver a sentarme delante, y no tendría ningún sentido —comentó O'Connor al marcharse—. Hasta mañana entonces. Si te parece, vengo yo por aquí, ¿de acuerdo?

—Estupendo, entonces prepararé el desayuno. Una tripa llena no puede estudiar, pero con el estómago vacío yo soy incapaz de pensar —dijo riendo el padre antes de cerrar la puerta.

También él estaba exhausto. Se quitó el cordón del hábito, del que colgaba una cruz del tamaño de la palma de la mano, y colocó aquélla encima del mapa abierto sobre la mesita. Después de haberse lavado, se fue a la cama y se puso a rezar.

Cuando Ian llegó a la habitación del hotel, llamó a *sir* Winston por teléfono. Le contó brevemente lo que él mismo había sabido de boca del religioso sólo unas horas antes.

—Es terrible, O'Connor. Quizás haya tenido usted razón. Sin lugar a dudas puede haber sido el móvil de los culpables... ¡Cielo santo, Montgomery y la señorita Bown! Me cuesta tanto creerlo. A propósito, ha vuelto a tener razón.

—¿Y eso?

—La señorita Bown tomó un segundo avión desde París, ¿adivina usted adónde?

—No me hace falta adivinarlo... Muchas gracias, señor. ¿Ha podido averiguar algo sobre ellos dos?

—Sí, y tampoco carece de interés. Montgomery y Bown se conocieron hace algunos años en Portadown, cuando él todavía se hacía cargo activamente del ministerio pastoral. Ella había trabajado anteriormente en una institución benéfica y se ocupaba de enfermos mentales. Un buen día se conocieron y, según parece, hicieron muy buenas migas de inmediato. De hecho corren rumores sobre los motivos por los cuales abandonó Montgomery el servicio eclesiástico. Él dijo que era para dedicarse por entero al ámbito de su especialidad, las sectas. Sin embargo, no parece que fuera una decisión tomada por voluntad propia...

—¿Por qué?

—Pues se comenta que él y la señorita Bown no sólo congeniaron laboralmente, ¿comprende? Se habla incluso de abusos sexuales, pero nadie quiere pronunciarse sobre el hecho. En cualquier caso, parece que acabó saliendo a la luz, y Montgomery tuvo que coger el sombrero y dedicarse a luchar contra las sectas. ¿Se da cuenta? Esta ocupación estaba dentro de las actividades de la Iglesia, y como él luchaba contra sus enemigos, se toleró su decisión y no se tomaron otras medidas, como por ejemplo la excomunión. Silencio y discreción por ambos lados. Pero como le he dicho, nadie quiere manifestarse al respecto y no he querido indagar más a fin de no levantar sospechas.

—Unas noticias muy interesantes las tuyas. ¿Ha tenido oportunidad de enviar los faxes a España?

—Sí, Ian —contestó *sir* Winston, cuyo tono de voz parecía haberse transformado—. He querido darle primero las noticias menos transcendentales.

—¿Y cuáles son las graves?

—Hemos llegado demasiado tarde.

—¿Cómo?

—El fax, dos días más tarde...

—¡Mierda! —exclamó O'Connor, al tiempo que golpeaba la mesa donde estaba el teléfono con la palma de la mano—. ¿También dos asesinatos?

—Sí.

—Y supongo que en las circunstancias que ya conocemos.

—En efecto, lo siento. Creo que apenas le queda a usted tiempo...

—A decir verdad, señor, ya me lo temía. ¿Ha recibido el sobre que le mandé?

—Sí, y lo he mandado a analizar para la comparación.

—¿Ha tenido ocasión de volver a hablar con Montgomery?

—También lo he hecho. Le he preguntado por su salud y de pasada le he comentado que le había apartado a usted del caso. Dio la impresión de no estar sorprendido, e incluso tuvo la osadía de afirmar que usted no era el hombre adecuado para un caso de tamaña envergadura. Increíble. Ian, les deseo a usted y a su curita mucha suerte. Han hecho grandes progresos y estoy convencido de que lograrán llegar hasta el final.

—Gracias, mañana le llamo de nuevo.

Una silenciosa rabia se apoderó de Ian cuando hubo colgado el teléfono. Se levantó y volvió a ponerse la chaqueta. Aún no era demasiado tarde para hacerle una visita al padre Frühling. De todas formas, tampoco iba a poder dormir. Debía informarle de las últimas noticias. O'Connor se puso en camino.

\* \* \*

«¡Ese cerdo miserable!», iba pensando O'Connor mientras recorría a zancadas las callejuelas en dirección a Via Verde. «Malvado hipócrita... Asesino». Llegó completamente trastornado a casa de Frühling. Llamó al timbre de forma insistente.

—¿Quién es? —dijo una voz adormilada desde dentro.

—Soy yo, Franz, por favor, abre. Necesito hablar contigo —contestó O'Connor.

El cansancio de este último parecía haberse desvanecido. Oyó el sonido de una llave en la cerradura y el de una cadena siendo retirada.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber el padre Frühling, que iba vestido con una bata estampada.

—Un montón de cosas, ¿me dejas pasar? Acabo de hablar con *sir* Winston —empezó a explicar Ian en tono airado para luego introducirse en la sala de estar—. Nuestro fax a España ha llegado demasiado tarde. Ha habido otros dos asesinatos... Ahora ellos tienen ocho llaves —prosiguió fuera de sí—. Y se ha confirmado que la Bown voló de París a Roma. Y es por supuesto quien tiene la muerte de Toni en su conciencia.

—Cielo santo... —murmuró Frühling evidentemente trastocado.



—Y nosotros seguimos sin tener ni idea de dónde está ese maldito noveno sitio —dijo O'Connor conforme lanzaba una mirada al mapa que seguía desplegado sobre la mesita. Luego volvió a mirar al religioso antes de añadir—: Franz, no tenemos más remedio que...

De pronto se dejó caer de rodillas delante de la mesa y se puso a mirar fijamente el mapa sobre el cual yacía el cordón del hábito con la cruz de madera.

—Me he desvestido deprisa y corriendo y me he ido a la cama enseguida —explicó Frühling a modo de disculpa.

—¡Franz, ya está! ¡Lo has encontrado! —exclamó Ian en un tono alto de voz—. Ven, fíjate —insistió al tiempo que señalaba el mapa con la mano—. Una cruz invisible.

—¿Qué dices? —Frühling no entendía nada.

—El de allí arriba nos ha ayudado, a su manera —dijo O'Connor sonriendo de oreja a oreja—. Tú te has desvestido y has dejado caer la cruz aquí sobre el mapa. Sin prestar atención, supongo...

—Bien... no ha sido exactamente así...

—No importa. Fíjate cómo se ha quedado.

Frühling se inclinó hacia delante.

—Mira. La parte inferior de la cruz está apuntando hacia Irlanda y la superior hacia Italia —empezó a explicar Ian, y apartó un poco la cruz—. Fíjate en los brazos... Imagínate que alargas estos lados. Uno acaba en España, y el otro, en Polonia. Ahora alarga estas líneas imaginarias, ¿qué ves en los extremos? —preguntó O'Connor triunfante.

—Tienes razón —convino el padre conforme se rascaba la barriga—. El extremo inferior de la cruz al alargarse llega a las localidades de Athlone y Portadown; el superior, a Massa Monte Ciamone y Rovigio. Y las prolongaciones de los brazos señalan a Lublin y Allenstein, así como Tobarra y Cuenca por el otro lado —fue citando Frühling sin quitarle la vista al mapa.

—Has colocado una cruz invisible sobre el mapa de Europa y has encontrado las localidades donde querían guardar las llaves. Ahora encontraremos el noveno lugar —afirmó O'Connor, a quien no se le había borrado la sonrisa y en quien habían desaparecido tanto la rabia como el cansancio que le habían estado aquejando hasta hacía unos minutos—. ¿Queda todavía algo en la botella de Potheen? Creo que los dos necesitamos un buen trago de *whisky*. Franz, va a ser una noche muy larga, pero encontraremos la población.

\* \* \*

Frühling no se hizo repetir dos veces lo de la botella y se apresuró a ir a buscarla a la cocina. Llenó dos vasos. Ian seguía arrodillado ante la mesa sobre la que estaba

el mapa y observaba la forma de la cruz invisible sobre éste.

—Franz, ¿puedo fumar?

—No te reprimas.

O'Connor se llenó la pipa y la encendió. Un aroma ligeramente dulzón se elevó en el aire. Tomó su vaso y brindó con Frühling.

—Ahora estoy convencido de que vamos a encontrar ese lugar, Franz. ¡Me encanta trabajar contigo!

Ian dio una larga bocanada de la pipa. Su compañero sonrió halagado. Sus oraciones habían sido escuchadas. También el padre Frühling estaba seguro de que podían contar con la ayuda de Dios. Bebió un trago de *whisky*.

—¿Tienes una regla por casualidad, o algo parecido?

El interpelado se levantó y rebuscó en el cajón de su escritorio. Después de sacar unos envoltorios de chocolate, encontró lo que buscaba. Le pasó una regla a O'Connor. Este último tiró unas líneas hasta unir las respectivas localidades.

—¡Mira! ¡Una verdadera cruz! Creo que aquí —dijo y señaló un punto en el centro del dibujo geométrico—, está la solución al enigma.

—¿Tienes idea de lo que vamos a hacer cuando encontremos la población? —preguntó Frühling al cabo de unos minutos.

—Creo que sí, pero es demasiado pronto para hacer planes al respecto. Primero voy unir todos los ángulos posibles.

El aspecto que ofrecía el mapa era cada vez más enrevesado. Una vez hubo terminado, los dos se inclinaron sobre el trabajo terminado y se pusieron a estudiar el mapa de nuevo.

—Fíjate sobre todo en el punto de intersección —conminó Ian al padre—. Creo que es aquí donde debe de estar la solución. —Al cabo de un momento, preguntó—: ¿Qué país es el que está en medio de los brazos de la cruz?

—Creo que es Suiza —contestó Frühling después de fijarse un poco mejor.

—Franz, piensa en las siglas «CH». Son las siglas para Suiza —dijo Ian en un tono excitado—. ¡Lo tenemos! —exclamó para luego echarse hacia atrás y tomar un trago de su vaso—. ¿Qué te dice el nombre «Pilatos»? —preguntó a continuación sonriendo satisfecho al religioso.

—¿Te refieres al Pilatos de las Sagradas Escrituras? Fue el responsable de que crucificaran a Jesús —contestó Franz-Josef Frühling mirando a O'Connor—. Pero esto debieras saberlo tú también...

—Pues claro que lo sabía... El plan de los dos cardenales era genial... mira lo que hay aquí. —O'Connor señaló con el dedo el punto de intersección surgido al tirar las líneas de unión. Cuando Frühling movió la cabeza en sentido negativo, él aclaró —: Un monte llamado Pilatos... es increíble. Aquí es. Es el noveno lugar. Ahí debe de haber algún lugar donde está guardada la novena cruz, Franz. Estoy segurísimo. Echa un vistazo a las poblaciones que rodean la montaña. ¿Hay alguna que te sugiera algo?

Sin embargo, tras estudiar los diferentes nombres, Frühling negó con la cabeza.

—La verdad es que no conozco muy bien Suiza —respondió—. Pero seguro que hay revistas y folletos dedicados a los montañeros y alpinistas. Con un poco de suerte encontraremos información sobre Suiza y sobre ese monte Pilatos. Opino que mañana debemos comprar alguna revista de éstas.

—Tienes razón, Franz. Es lo primero que haré cuando me levante. Vaya, lo hemos conseguido. Todo encaja perfectamente. Suiza, bancos suizos, caja de seguridad, sitio seguro, etcétera. Todas las piezas cuadran, ¿estás de acuerdo?

—Sí, pero esperemos no llegar también demasiado tarde...

—Ya verás cómo no. Tu jefe nos ha ayudado y nos seguirá ayudando. Al fin y al cabo él tiene que estar del lado de la justicia, ¿o no es así?

—De eso no me cabe la menor duda.

—Bien, pues creo que ya no podemos hacer nada más por hoy. Mañana compraremos alguna de esas publicaciones. Supongo que vamos a tener que ir a Suiza. ¿Qué me dices al respecto? —anunció Ian mientras miraba alborozado al padre.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó este último perplejo.

—Claro, ¿no me dijiste que habías tomado unos días de vacaciones? Te necesito, Franz. Creo que sólo nosotros dos somos capaces de resolver este caso. Al fin y al cabo no habría llegado tan lejos sin tu ayuda.

—Bien, si tú crees que debo ir... —aceptó el pequeño fraile visiblemente satisfecho ante la decisión de su compañero.

—Pues entonces, te prometo que hoy no vuelvo a molestarte —afirmó O'Connor para luego ponerse en pie.

Abandonó la casa y se puso en camino de regreso al hotel, pero se sentía mucho más eufórico que cuando había recorrido el mismo trecho un par de horas antes.

\* \* \*

Según lo acordado, O'Connor llegó a Via Verde sobre las nueve de la mañana. Del interior de la vivienda salía ya un olor a café recién hecho.

—¿Y bien? ¿Qué tal has descansado? —preguntó en tono alegre al religioso cuando éste le abrió la puerta—. Yo por mi parte he dormido como un tronco.

—Bien, he dormido bien —gritó Frühling que se había apresurado a regresar a la cocina.

Salió de ésta con una bandeja donde estaba dispuesto el desayuno.

—Tenía miedo de que el olor del tabaco de mi pipa te impidiera dormir.

—Ni lo he notado —respondió el padre—. ¿Y estás seguro de que quieres que te acompañe a Suiza?

—Por supuesto —dijo Ian repitiendo su ofrecimiento de la noche anterior—. En

primer lugar me gusta mucho trabajar contigo, y quién sabe con qué dificultades espirituales podemos encontrarnos allí. Ya ves que no lo hago de forma desinteresada —contestó riendo socarronamente—. Mira lo que he comprado mientras venía hacia aquí. —Puso una revista de viajes sobre Suiza encima de la mesa—. Échale una ojeada a ver si encuentras la montaña Pilatos. Sólo estaba en italiano.

Desayunaron opíparamente y Franz estuvo hojeando la revista mientras comía el cruasán e iba tomando sorbitos de café. Ian había terminado y, dando por sentado el permiso tácito del padre, se puso a fumar la pipa. Al cabo de un rato, Frühling levantó la vista hacia O'Connor e hizo constar:

—Claro, creo que lo he encontrado... ahora caigo. En el Pilatos está el monasterio Einsiedeln. Es el lugar principal de peregrinación en Suiza, de hecho el centro católico en ese país. Tiene que ser ahí. Es exactamente el escenario adecuado para el escondite de nuestra llave.

Tras lo cual puso la página en alto delante de O'Connor, pero como éste no podía entender el texto, se limitó a mirar las brillantes fotografías.

—¿Puedo volver a abusar de tu teléfono? Tengo que hablar un momento con *sir* Winston.

—Estás casi en tu casa, ya lo sabes... —contestó Frühling para luego volver a concentrarse en la revista.

O'Connor marcó el número directo del despacho de *sir* Winston. Éste descolgó casi de inmediato.

—Señor, soy O'Connor. Por favor, le ruego que vaya a una cabina telefónica y me llame a este número. —Ian leyó el número que aparecía en el aparato que tenía delante—. Luego le explicaré por qué —concluyó antes de colgar de nuevo. El regordete religioso lo miró perplejo—. Estamos muy cerca del final y debemos multiplicar las precauciones —aclaró Ian.

Al cabo de unos diez minutos sonó el teléfono en el piso de Frühling. O'Connor se apresuró a descolgar el auricular y se anunció con un simple «sí».

—Soy consciente, señor, de que le estoy creando muchos problemas, pero es necesario. De hecho es que hemos encontrado el noveno lugar.

—Eso es estupendo —celebró su superior—. Ha ido más deprisa de lo que temía... ¿Dónde está?

—En Suiza —fue la escueta respuesta—. Pero no quiero decir mucho por teléfono. Hemos contado con la ayuda del buen Dios en nuestra búsqueda —se rió en dirección a Franz-Josef Frühling.

—Pues habrá tenido que recurrir mucho a Él estos últimos días. Espero que cuando acabe todo esto no se nos vaya a vivir a un monasterio.

—Tranquilo, señor. Me voy a Suiza y tal vez no me ponga en contacto con usted durante los próximos días, pero lo haré apenas pueda, y entonces le pediré a Dios ayuda por última vez. Pero, por favor, no hable con nadie de esta llamada y, sobre todo, no se muestre eufórico. Ya sabe lo que dijo el prelado Montgomery. De todas

formas, no soy la persona adecuada para este caso, y así tiene que ser oficialmente, ¿de acuerdo? —Iba a despedirse, pero añadió todavía algo—: Ah, señor, ¿podría pasarse por el *pub* y hablar con Betty? Seguro que está muy preocupada. Dígale simplemente, sin más explicaciones, que no tardaré en volver a casa y... que la echo de menos. —Tras lo cual colgó por fin el auricular.

—Y ahora, Franz —empezó a decir Ian conforme se frotaba las dos manos—, me voy al hotel, hago la maleta, pago la cuenta y regreso. Prepara tu mejor hábito de viaje, que luego nos iremos al aeropuerto. Tu desayuno ha estado soberbio. Cuando hayamos terminado con este caso, deberás tomarte más vacaciones para ir a Irlanda. Quiero tener la oportunidad de corresponder tu hospitalidad, y además estoy seguro de que Clonmacnoise te va a gustar mucho. —Se puso en pie y se dirigió a la puerta, pero una vez en ésta se quedó parado un momento porque se le había ocurrido algo —: ¿Tienes una caja o algo parecido donde meter la cruz?

—¿Por qué? ¿Te la quieres llevar?

—Sí, he tenido una idea.

O'Connor se despidió y se dirigió al hotel. Una hora después estaba de vuelta en Via Verde. En medio de la sala de estar había una vieja maleta que parecía haber pertenecido ya a Noé cuando se fue al Arca.

—Franz, se me ha ocurrido algo —empezó a decir O'Connor mientras se rascaba la cabeza—. Es posible que nos estén vigilando. No estoy seguro, pero no quiero correr riesgos inútiles. Aquella mujer te vio sólo una vez y no creo que haya vuelto a Roma, pero cabe la posibilidad de que tenga un cómplice, y debemos ser muy precavidos...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿No tendrías otro hábito para mí? —fue la asombrosa pregunta que siguió a aquella larga explicación.

—¿Quieres...?

—No creo que sea un delito, pero dos religiosos en esta ciudad pasan más desapercibidos que uno junto a un laico, evidentemente irlandés. Sólo la llevaré hasta que aterricemos en Suiza.

—¡Dios mío, por qué me habré yo metido en este lío! —exclamó tras reflexionar unos segundos, luego levantó los ojos al techo—: Querido Dios, te ruego que me perdones, pero es para una buena causa. —Desapareció en el dormitorio y regresó con un hábito oscuro—. Aquí tienes, a mí me va un poco largo y seguro que de anchura no tendrás problema —dijo al tiempo que se lo ponía a Ian en las manos.

—¿Cómo se pone esta cosa? —preguntó este último según miraba la prenda con expresión desvalida.

Al cabo de diez minutos había otro fraile en el pisito de Via Verde.

—Bien, hermano Ian, pues, pongámonos en camino —dijo Franz para luego tomar su maleta y dirigirse a la puerta.

Delante de ésta, apoyado contra la pared, había un cartón grande y plano donde

estaba guardada la cruz. O'Connor, por su parte, se sentía un poco ridículo con aquel atuendo, pero estaba seguro de que era necesario. Ya había invertido demasiado tiempo en aquel caso como para echarlo todo a rodar por falta de previsión.

El taxi llevó a los dos sacerdotes al aeropuerto. Ian no paraba de tirar y enderezar el hábito, y realmente no daba la impresión de sentirse dentro de él como con una segunda piel.

Debieron esperar dos horas para el vuelo a Zurich. Tuvieron que facturar tanto las maletas como la cruz, y O'Connor confió en que esta última no sufriera daño alguno. Sólo llevaba con él la pequeña petaca para la pipa, sin embargo, cuando se apagó la señal de *no smoking* y él se dispuso a llenar aquélla, su compañero le dio un codazo en el costado.

—No, no, los sacerdotes tienen que privarse de muchas cosas terrenales... —le amonestó sonriendo, y él no tuvo más remedio que volver a guardar la pipa.

\* \* \*

Hacía realmente frío cuando salieron del avión para entrar en aeropuerto de Zurich. Allí el otoño era mucho más extremo que en Italia. Hasta tal punto que Ian se alegró de llevar el hábito. La gruesa tela impedía en parte que el frío viento llegara al cuerpo. Una vez hubieron pasado el control de pasaportes y recuperado las maletas y la cruz, O'Connor se metió en uno de los lavabos y se cambió de ropa. Tanto durante el trayecto hacia el aeropuerto de Roma como en el propio avión, había estado observando si veía a alguien susceptible de estarles vigilando, pero no había visto nada sospechoso. Quizás era exagerada tanta precaución, pero él seguía considerando que no era una medida equivocada.

Respiró hondo cuando salió del lavabo otra vez como Ian O'Connor. El pequeño monje se rió al verlo.

—Dime, ¿cómo te has sentido durante tu breve estancia dentro del clero? —bromeó.

—Raro, Franz, realmente raro... —balbució Ian.

En taxi fueron bordeando el lago de Zurich y pasaron por las poblaciones de Horgen, Richterswil y Wollerau, hasta Einsiedeln. En silencio, los dos disfrutaron del paseo por el paisaje suizo. El enorme lago aparecía y desaparecía a su izquierda, y en sus tranquilas aguas de color azul oscuro se reflejaban el cielo otoñal y las montañas que lo rodeaban.

Encontraron dos habitaciones en un hotelito de aspecto estupendo no sólo por fuera. Tampoco allí pareció sorprender el hábito del religioso. Como había cerca aquel lugar de peregrinaje, a nadie se le ocurría ni escandalizarse ni lanzar miradas asombradas.

Había ya anochecido cuando los dos hombres se reunieron en el comedor del

hotel. Pidieron una bandeja de quesos. El vino tinto de la casa le iba de maravilla, y no tardaron en notar que el cansancio se iba apoderando de sus cuerpos.

O'Connor enseguida advirtió que allí prevalecía el italiano sobre el inglés, y dejó, por consiguiente, el peso de la conversación en Franz-Josef Frühling. Según les habían informado en recepción, había un autocar que cada día salía desde allí para dirigirse al monasterio de Einsiedeln.

Las agujas del reloj marcaban las once de la noche cuando O'Connor se metió en la cama. Como no podía conciliar el sueño se puso a pensar. Iban a tener que hablar con el abad del monasterio y ponerle al corriente del asunto. Ojalá no se hubieran equivocado de lugar. No. Sólo podía ser allí. Durante el vuelo, Ian había estado reflexionando sobre la mejor forma de actuar. Sin embargo, lo que él pretendía no era muy legal en un país de tradiciones arraigadas, y además teniendo en cuenta que él allí no era un policía. No iba a tener más remedio que ponerse en contacto con la policía local. Y era algo que le parecía hartamente difícil. ¿Qué pasaría si no secundaban sus planes? Todos los esfuerzos habrían sido inútiles, pero no había otra forma de proceder. Antes de cerrar los ojos, supo que no iba a pegar ojo. Y así fue.

A pesar de lo temprano de la hora, el autobús que debía llevarles al monasterio de Einsiedeln estaba lleno. O'Connor no advirtió nada sospechoso cuando echó un vistazo a los monjes y a los turistas de diferentes nacionalidades que subieron con ellos al vehículo. Daba totalmente la impresión de que se dirigían a un tranquilo lugar de peregrinación en los montes prealpinos. El padre Frühling, después de haber colocado, no sin cierta dificultad, el enorme paquete plano que Ian se había empeñado en llevar, en la rejilla de equipaje, tomó asiento junto a él. Cuando el autocar inició su marcha ya era muy animada la conversación entre el resto de pasajeros.

—¿Qué te pasa? —preguntó Frühling a su compañero de viaje—. Pareces muy pensativo.

—Desde ayer noche no dejo de pensar cómo vamos a proceder —respondió Ian—. Si he de serte sincero, todavía no tengo la mínima idea... y lo que más me preocupa es qué vamos a hacer si el lugar que buscamos no es éste.

—Ya verás como lo es —afirmó el padre en un intento de levantarle el ánimo—. Al fin y al cabo el buen Dios nos ha conducido hasta aquí, y es cierto que tal vez sus caminos sean insondables, pero siempre llevan al objetivo.

—¿Crees que debemos entrar en contacto con el responsable del convento? —preguntó O'Connor tras un suspiro.

—Eso déjame a mí. En asuntos eclesiásticos yo sé más que tú. Además, tú me has traído contigo y yo quiero aportar mi parte al logro de la acción. —El sacerdote le lanzó un guiño cómplice a O'Connor.

Pasaron por un paisaje pintoresco típicamente suizo hasta desembocar en el enorme aparcamiento que había delante del monasterio. Cuanto más se acercaban, mayor era el nudo que Ian sentía en la garganta. El grupo de gente entró en el recinto monacal, y entre ellos, dos hombres que estaban lejos de ser peregrinos.

Era efectivamente un lugar maravilloso, de arquitectura diversa y paz natural, por lo menos en ausencia de los visitantes. Sin embargo, incluso en medio del bullicio reinante, se respiraba una tranquilidad reverente. Se hablaba, cuando se hacía, sólo en susurros. En un panel indicador, O'Connor leyó que la fundación del monasterio se remontaba al año 934. Posteriormente, hacia 700 se construyó la planta barroca. Sin duda, uno de los elementos más característicos era la renovada iglesia del monasterio. Los dos hombres entraron en ella. Era un monumento impresionante. Barroco, a juzgar por lo que se podía ver. Despacio y en recogimiento, O'Connor y Frühling avanzaron por el centro de la nave principal de la iglesia hasta donde se hallaba la Virgen Negra que, con su corona radiada en la cabeza, lanzaba plácidas miradas en torno a ella. O'Connor no era ningún experto ni en los colores ni en la arquitectura de los monumentos católicos, pero estaba impresionadísimo ante lo que estaba contemplando.



Mientras él se entretenía unos minutos delante de la imagen, que por unos minutos le apartó de la cabeza sus negros pensamientos y le proporcionó una gran paz interior, el pequeño fraile se había alejado y había desaparecido por una de las puertas que había junto al altar y que aparentemente conducía a la sacristía. Perdido, Ian lo buscó con la mirada. No se atrevió a penetrar en el área sacrosanta del altar. Como los demás visitantes ya habían vuelto a salir, se quedó solo en aquella maravillosa casa de Dios.

Cuando vio que Franz-Josef Frühling no aparecía, O'Connor tomó asiento en un banco de la nave central y se dispuso a esperar. Su vista se iba una y otra vez hacia la impresionante bóveda. Aquel lugar desprendía una fascinación especial.

Al cabo de mucho rato se abrió por fin la puerta por donde había desaparecido el pequeño fraile. Pero no lo hizo solo, sino acompañado de un residente del convento. A O'Connor le pareció vislumbrar una sonrisa en el rostro de Franz, pero no habría podido poner la mano en el fuego.

—Él es el hermano Eugen —presentó Frühling al monje que iba en su compañía, y O'Connor le dio la mano—. Le he informado sobre la perentoriedad de nuestra misión —prosiguió Frühling en un tono bajo de voz—, y nos va a llevar ante el abad de este monasterio. —Le hizo un guiño casi imperceptible a Ian—. Tenemos suerte porque parece que está en la casa. Por desgracia, el hermano Eugen no habla inglés, pero eso es lo de menos... Hemos vuelto a tener suerte. Seguro que hay aquí en algún lugar un presente del Vaticano. —Con disimulo le dio un codazo a Ian en el costado.

El hermano Eugen sonrió a los dos hombres afablemente y se dirigió al exterior por el pasillo central de la nave. Mientras el padre Frühling seguía conversando en italiano con su hermano en la fe delante de las puertas del majestuoso portal, O'Connor se mantenía a cierta distancia. Un cuidado camino de grava recorría el recinto del monasterio hasta una casa que, no siendo en absoluto menos suntuosa, era evidentemente la zona privada del abad.

—Déjame a mí el peso de la conversación —le susurró Frühling a O'Connor—. Ya me he informado de que el abad habla inglés, y, por consiguiente, podremos conversar tranquilamente con él, pero primero yo, ¿entendido?

Ian asintió en silencio con la cabeza. También prefería que fuera así. Él no habría sabido cómo iniciar la conversación.

El interior del edificio no desmerecía lo que prometía su fachada desde fuera. También allí se gozaba de la misma paz que Ian ya había advertido en la iglesia. En el recibidor había un rincón para sentarse, con sillones y una mesita. Frühling indicó a O'Connor que tomara asiento allí. Luego, junto con el hermano Eugen, desapareció tras una puerta forrada de cuero. O'Connor colocó en el suelo, delante de él, el paquete con la cruz que le había dejado el padre Frühling y esperó.

Transcurrieron tres cuartos de hora antes de que volviera a abrirse la puerta y apareciera el pequeño fraile.

—El hermano Franziskus, el abad de este monasterio, quiere hablar contigo —

murmuró en dirección a O'Connor.

En su rostro se vislumbraba un cierto rubor. Curioso, Ian entró en la estancia, cuya puerta mantuvo abierta para su compañero. Cuando entró vio que, enfrente, en el otro extremo del cuarto, había una figura delgada ataviada con un hábito y que miraba por la ventana.

—Le presento al inspector O'Connor, de la policía irlandesa —empezó Frühling la conversación.

La figura se volvió. El hombre que apareció ante él y que lo miró afable, pero con determinación, era más joven de lo que él había pensado en un primer momento. Debía de rondar los cincuenta años, pensó Ian.

—Soy Franziskus, el abad de Einsiedeln —se presentó al tiempo que estrechaba la mano a O'Connor, y su apretón fue como su mirada, firme pero cordial—. ¿Así que es usted irlandés?

—En efecto, de Athlone. Allí, en las inmediaciones, tenemos también un monasterio, Clonmacnoise. Tal vez haya oído hablar de él —comentó Ian sin sentirse relajado porque no estaba seguro de cómo debía proceder.

—He leído algo, un sitio lleno de historia, quizás comparable a éste —respondió el abad, cuyo inglés era bueno y se entendía perfectamente—. El hermano Franz-Josef me ha explicado que está usted llevando a cabo una investigación sobre varios asesinatos. Parece que hay alguien que se está llevando unas reliquias procedentes del Vaticano...

—Así es, un, abad... —titubeó Ian.

—Puede llamarme simplemente Franziskus —sugirió sonriendo el director del monasterio, a quien no le había pasado por alto el azoramiento del irlandés—. Pero, por favor, tome asiento. Imagino que la conversación será larga.

Tras lo cual ofreció asiento a los dos visitantes y él a su vez se sentó frente a ellos.

—Bien, no sé muy bien por dónde empezar. Lo mejor es que empiece por lo de Irlanda, que es donde comenzó todo.

Franziskus se reclinó contra el respaldo y se dispuso a escuchar con atención el relato de O'Connor. Ian le contó la muerte del padre Toldrim, el encuentro con el profesor Roughat, la noticia de otros dos asesinatos aparecida en una revista médica. Como el hermano Franziskus era alguien que sabía escuchar, O'Connor fue perdiendo inseguridad. Sólo un par de veces había interrumpido para hacer alguna pregunta susceptible de aclarar algún dato que Ian no había incluido en su relato. O'Connor siguió contando que él le había pedido a Toni Calabrese que hiciera unas averiguaciones, y que éste había acabado asesinado. Brevemente añadió que también en España habían muerto dos religiosos, porque su fax había llegado demasiado tarde. Al final llegó al punto en que él y el padre Frühling se conocieron y cómo, mediante el mapa, habían logrado encontrar una cierta pauta en la trama.

—Hay que decir —intervino Franz-Josef Frühling—, que Dios nuestro Señor nos

echó una mano en la búsqueda del lugar.

En esta ocasión fue él quien relató la forma en que habían llegado a la conclusión de que era el monasterio de Einsiedeln, y cómo habían descubierto a qué se referían las siglas que aparecían en los formularios encontrados en el archivo del Vaticano. O'Connor advirtió que no hablaba nunca de la carta de Juan, sino siempre de la reliquia. Se dio cuenta cuando Frühling contó la conversación que había escuchado entre los cardenales.

—Sí, y la única esperanza que tenemos de demostrar la culpabilidad de los criminales es tenderles una trampa en el lugar donde se halla la novena cruz —dijo O'Connor a su vez, para explicar a continuación que si los detenían antes sería difícil luego probar ciertos hechos.

Franziskus inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Creo sinceramente que ha hecho usted un estupendo trabajo policial, inspector —puso de manifiesto al final de la explicación—. La cruz que busca está aquí. Pero antes de enseñársela, me tiene que explicar cómo tiene previsto proceder a continuación. ¿No sería lo más sencillo recurrir a la policía cantonal?

—Ay, ahí me hallo ante un gran problema —respondió Ian—. En connivencia con mi superior hemos hecho ver que éste me destituía del caso; en primer lugar, para poder seguir investigando sin ser molestado, y en segundo lugar, para no poner en peligro a más personas. Piense usted en el fallecimiento de Calabrese. Es decir, que prácticamente no estoy aquí de forma oficial. Sólo están al corriente mi superior, el padre Frühling y ahora usted. No tengo ninguna autoridad policial, sin embargo, tengo que entrar en contacto con la policía local porque, si todo sale como yo imagino, supongo que el encuentro final con los autores se realizará aquí en Suiza.

—Tiene usted una sospecha concreta, ¿no es así?

—En efecto, señor. Si así lo desea le explicaré también cómo llegué a albergar esta sospecha.

—La verdad es que me interesa mucho. No cabe duda de que si existe esa certeza de que me habla, me resultará mucho más fácil abordar a Urs Högerli, el jefe de la Jefatura de Policía de este cantón. Supongo que yo, una vez convencido de sus sospechas, podré persuadirle mejor que usted de que intervenga en su nombre. No es nada personal, inspector, pero debe usted saber que aquí en Suiza son muy conservadores, tradicionales y cautos.

—Bien, pues fue así como llegué...

—Espere, espere —le interrumpió Franziskus—, primero explíquense cuál es su plan.

—Pues, si la cruz que nosotros, o mejor dicho, los asesinos buscan está realmente aquí, tengo previsto...

Siguió la explicación de unas ideas cuyos detalles finales no estaban todavía perfilados pero que, por lo menos en opinión de O'Connor, debían desembocar en el éxito.

—Me está exponiendo un plan muy arriesgado, inspector —comentó Franziskus conforme se rascaba distraído el antebrazo.

—Pero ninguna vida humana correrá peligro, como mucho se producirá algún que otro daño material —argumentó Ian en la esperanza de haber sido lo bastante convincente con sus declaraciones.

—Reflexionaré sobre el asunto —prometió el abad al tiempo que se ponía en pie—. Sígueme, señores míos, vamos a ver si se trata realmente de la cruz que andan buscando.

Les condujo a la planta superior. Había una cruz colgada en la pared del descansillo de la escalera. La novena cruz. Se parecía a las otras como gotas de agua. O'Connor no sabía si reír de alegría o temblar de emoción. Era de verdad la cruz que habían andado buscando. Habían acertado.

—¿Y dicen ustedes que la corona de espinas hace las veces de rosca? —preguntó Franziskus conforme se acercaba a la pared, se santiguaba y desenroscaba la cabeza de Cristo. Muy despacio, fue girando en el sentido contrario de las agujas del reloj. La madera cedió. Desenroscó luego lentamente la corona de espinas tallada en madera. Siempre con cautela, descolgó la cruz de la pared y se la puso delante de O'Connor.

—Tenía usted razón, inspector.

Ian miró en la concavidad. Había allí encastrada una llave de doble paletón.

—¿Puedo? —preguntó al tiempo que hacía el ademán de coger la llave.

Tras el gesto de asentimiento del abad, O'Connor sacó a la luz lo que había dentro del crucifijo. Era una llavecita de una caja de seguridad. Cuando sus dedos tocaron el brillante metal un escalofrío recorrió su columna vertebral. Aparecía en el mango el nombre «Zürcher Kantonsbank» que, según toda evidencia, había sido grabado con posterioridad a la producción de la llave.

O'Connor se sintió mareado.

—Ahora sabemos dónde está el lugar secreto —afirmó mirando al padre Frühling—. Supongo que debería sentir un gran alivio, sin embargo, no es así...

—Es comprensible —intervino Franziskus—. Todavía le queda mucho trabajo por delante, porque supongo que querrá apresar a los culpables.

—Claro —respondió distraído O'Connor, que se había sumido de nuevo en profundos pensamientos—. ¿Le importa que coja la llave? —preguntó al abad del monasterio.

—No, en absoluto. Hasta este momento ni siquiera sabía que existía. Además, seguro que le dará usted mejor uso que yo.

—¿Hay por aquí cerca algún sitio donde se pueda hacer un duplicado? Quiero decir una parecida, que, sin embargo, parezca la auténtica. Que no se note que es una copia.

—Aquí, dentro del recinto del convento, contamos con una pequeña orfebrería. Habrá observado que les vendemos a los peregrinos alguna que otra baratija, y por lo

que he visto puedo asegurarle que nuestros hermanos son muy mañosos.

—Estupendo... —se limitó a contestar O'Connor, que seguía concentrado—. Además, quisiera pedirle... pero... ¿podríamos regresar abajo?

—Por supuesto.

Los tres hombres volvieron a la planta baja, donde O'Connor se dirigió de inmediato al paquete y sacó del cartón la cruz que le había hecho llevar al padre Frühling de su casa.

—Ya le he explicado cómo hemos llegado a esta llave, o mejor dicho, el padre Frühling. Esta cruz —señaló la misma— procede del mismo taller y fue fabricada para otra llave. Lo que quiero es poner una llave aquí. Sólo tiene que parecer auténtica, es decir, que tenga el mismo aspecto que las otras, y también debe llevar la mención del banco. Pero no debe poder encajar en la cerradura prevista.

Ian, muy satisfecho de su idea, miró alternativamente a los dos religiosos.

—Creo entender lo que pretende... —comentó Franziskus, que parecía haber captado el hilo de razonamiento del inspector—. Debemos hacer una llave que encaje aquí dentro —añadió al tiempo que señalaba al cruz de Frühling.

—Exacto, y luego la colocaremos en un lugar que no resulte difícil de encontrar —explicó Ian a la vez que se rascaba la cabeza y sorbía brevemente por la nariz—. Es una verdadera pena por esta maravillosa pieza, porque estoy seguro de que quienes la encuentren se la van a llevar, pero aquí estamos hablando de varias muertes que esa gente tiene ya sobre su conciencia. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán en tener lista la copia?

—Bien... yo calculo que mañana ya podrá usted colocar esa llave aquí dentro.

—Estupendo, estupendo... Así tendré tiempo de hacer un par de gestiones antes, es decir, encargar que las hagan.

—No olvide la conversación con el señor Högerli, pero antes quería usted informarme sobre sus sospechas, ¿no es así? —dijo Franziskus para luego consultar la hora en su reloj—. Sin embargo, deberemos esperar un poco. Son casi las cuatro y nos tocan vísperas. A esta hora nos reunimos en la iglesia y le rezamos a la Santa Madre de Dios. Les sugiero que vayan a estirar un poco las piernas y que nos encontremos de nuevo aquí hacia las cinco. Si lo desean, pueden también ir a comer alguna cosilla. Lo siento, pero no tengo más remedio ahora que dejarles solos.

El abad se despidió y abandonó la estancia. Por su parte Frühling y O'Connor salieron al exterior. Los dos respiraron hondo ante la fresca brisa otoñal.

—Yo no tengo hambre. Prefiero quedarme aquí fumando la pipa —informó Ian antes de irse a sentar en un pequeño banco que había junto a un rododendro.

—Está bien, pues luego vuelvo por aquí —dijo Franz-Josef conforme se pasaba las manos planas sobre el estómago—. El aire de la montaña me ha abierto el apetito. Voy a comer algo y regreso.

O'Connor se limitó a asentir con un gesto de la cabeza; sus pensamientos ya estaban en otra parte.

\* \* \*

Apenas acababan de dar las cinco de la tarde cuando los tres hombres volvían a estar reunidos. Franziskus había hecho preparar té y cada uno de ellos tenía ante sí una delicada taza de porcelana dentro de la cual humeaba un exquisito té de Ceilán. Frühling estaba satisfecho de la comida y se dispuso, al igual que Franziskus, a escuchar la explicación de O'Connor sobre cómo empezó a sospechar de Montgomery y la señorita Bown, y de cómo a la largo de su investigación se había ido reafirmando en su idea.

—Estoy seguro —concluyó Ian—, de que vendrán a buscar la cruz. Debemos colocarla en un sitio donde por un lado no les cueste mucho encontrarla, pero por otro que no sospechen por resultarles demasiado evidente. Y debemos dejar el hotel. ¡Imagínense que nos tropezamos con ellos!

—Por eso no se preocupen —intervino Franziskus—. Aquí en el monasterio tenemos muchas habitaciones para huéspedes, además hay una capillita muy adecuada para colgar la cruz, porque sólo acude a ella de vez en cuando algún que otro hermano para orar en silencio.

—Es una idea estupenda, ¿pero de verdad piensa que nos podemos quedar aquí? Pueden pasar varios días hasta que aparezcan los asesinos.

—Como ya les he dicho, no es ningún problema. Les sugiero que vayan a buscar sus cosas al hotel y que acto seguido se instalen aquí. Así me irán teniendo al corriente de la situación. Y puedo organizar para mañana una reunión con Urs Högerli. He coincidido con él un par de veces y confío plenamente en su lealtad. Es un hombre inteligente y creo que con mi mediación conseguiremos que nos ayude. A mí ya me ha convencido.

Satisfecho, O'Connor asintió en silencio.

—Anda, Franz-Josef, vamos a buscar nuestras cosas —dijo a continuación dirigiéndose al pequeño fraile.

—Hemos simpatizado, con tanta pesquisa, y acabamos tuteándonos —se excusó al tiempo que se encogía de hombros.

Franziskus se limitó a sonreír. Los dos visitantes se pusieron en pie.

—Dígame algo más, inspector —dijo entonces el abad conforme miraba a O'Connor—. ¿Cómo tiene usted previsto que sus asesinos tengan conocimiento de este sitio sin despertar sospechas?

—A través de la prensa, Franziskus. Lo leerán en la prensa.

Con una enigmática sonrisa, O'Connor abandonó junto a Franz-Josef Frühling la casa del padre espiritual de aquella institución.

\* \* \*

Frühling y O'Connor se fueron en taxi al hotel, recogieron sus enseres y regresaron al convento en el mismo vehículo. Un joven novicio les acompañó a sus respectivas habitaciones. Mientras que Franz-Josef Frühling se puso de inmediato a ordenar sus cosas, Ian permaneció un momento en la puerta y observó la habitación donde iba a vivir durante los siguientes días. Dos términos acudieron enseguida a su cabeza: sencillo y limpio. No cabía duda, el cuarto estaba muy limpio, y decorado con gran sencillez. Había una cama, una silla, una mesita y un armario. Una cruz de madera era todo lo que adornaba las paredes, y del techo colgaba una sencilla lámpara. Sólo en la mesita había una palmatoria con una también sencilla vela blanca.

Aunque con cierta vacilación, O'Connor se decidió por fin a entrar en el cuarto que, a primera vista, no invitaba, pero que, por otra parte, parecía el lugar ideal para alguien que estuviera buscando tranquilidad o que quisiera dedicarse a alguna tarea espiritual sin que nada externo pudiera distraerle. Algo que podía irle divinamente a él. Se dirigió a la ventana y echó un vistazo al recinto del monasterio. Ya era última hora de la tarde y, dada la estación del año, la oscuridad empezaba ya a extender su velo sobre el paisaje.

Después de dejar su maleta junto al armario, O'Connor se dirigió al cuarto de su amigo el fraile. Éste se hallaba todavía organizando sus enseres personales.

—¿Te apetece dar un paseo, Franz? —propuso Ian.

—Me parece una idea estupenda. Así podrás contarme eso de la prensa que has dicho antes.

Frühling cerró la puerta de su cuarto, y juntos salieron al parque. El aire se había vuelto muy húmedo. A aquella hora, sin los turistas, el lugar tenía un aura especial que daba la impresión de transmitirse también al estado de ánimo de sus ocupantes. O'Connor se sentía francamente bien. Mientras paseaban por el recinto le iba dando bocanadas a su pipa. Todo aparecía cuidado, no, amorosamente cuidado. Coincidieron durante el paseo con varios monjes, los cuales les saludaron con sincera amabilidad.

—Cuando haya hablado con Högerli, llamaré a *sir* Winston —empezó a explicar Ian de repente. Frühling le miró asombrado—. Le pediré que utilice su influencia para que se publique una breve noticia en la que se informe sobre la cruz. Todavía no sé muy bien cómo debemos redactar esa noticia para que no despierte sospechas, pero seguro que aquí —señaló a su alrededor—, se me ocurrirá algo.

—¿Y tú crees que Montgomery lo leerá? —preguntó Frühling en un tono algo escéptico.

—Sí, de una forma u otra —replicó O'Connor—. O bien lo leerá por sí mismo, o bien *sir* Winston verá la forma de mencionárselo en el transcurso de cualquier otra conversación. Y entonces lo leerá. Estoy seguro.

—¿Y luego?

—Vendrá aquí... o esa señorita Bown. Necesitan la cruz con la llave.

—Y entonces les pones las esposas...

—Nada de eso. Aquí es donde deberá intervenir ese Högerli, y esperemos que se preste al juego y no nos desbarate el plan —explicó Ian para luego mirar al fraile—. Es realmente muy delicado. Oye, Franz, ¿no podrías interceder por mí con tu jefe? ¿Decirle que tal vez necesito decir alguna que otra mentirijilla piadosa?

—En fin, si no son muy graves...

—Te prometo que no lo serán —aseguró Ian mientras sonreía para sus adentros.

Frühling tuvo la impresión de que le estaba ocultando algo, pero no preguntó nada. Hacía ya algunos días que conocía al inspector y, por consiguiente, sabía que aunque preguntara no iba a recibir respuesta alguna.

Regresaron a sus respectivas habitaciones al cabo de dos horas. O'Connor se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Crees tú que los orfebres podrán conseguir una llave igual?

—Estoy completamente convencido, no creas que aquí todo es trabajo espiritual. Entre los hermanos de un convento como éste puedes encontrar todo tipo de oficios y profesiones. Seguro que lo consiguen, no te preocupes.

—Espero que Franziskus no se vaya demasiado de la lengua. Habría debido advertírsele de forma expresa...

—No creo debas preocuparte. Es un hombre de iglesia y, además, le has convencido con tu explicación. De no haber sido así, no se habría prestado tan de prisa a organizar una reunión con ese Högerli.

—¿Tú crees?

Era O'Connor quien ahora estaba hecho un mar de dudas. Se sentía furioso consigo mismo. Había olvidado insistir en ese punto. Ojalá no desbaratase sus planes.

—¿Vas a ir a ver esa capillita adónde vamos a poner la cruz?

—Pero no solo —contestó sonriendo O'Connor—. Somos dos, y tú todavía estás aquí. Pero mañana, ahora debemos ir a dormir. Quién sabe cuándo lo vamos a poder hacer durante los próximos días. Y mañana va a ser un día importante. Piensa en la reunión con el policía. Creo que esta noche voy a dormir a pierna suelta... con esta paz. —Se volvió para entrar en su cuarto, pero se detuvo para añadir—: Dime, Franz, ¿son iguales todos los dormitorios de los monjes?

—Naturalmente, ¿por qué? Están muy bien, ¿o hay algo que no te gusta?

—No, no, todo es estupendo, sólo quería saberlo, buenas noches.

A continuación cerró la puerta detrás de él. Justo quince minutos después estaba ya acostado en la bastante confortable cama y, al cabo de otros cinco minutos, sólo se percibía el movimiento de la colcha subiendo y bajando.

\* \* \*

A las siete de la mañana del día siguiente O'Connor estaba ya en el refectorio del



monasterio. Media hora antes ya había sido despertado por los ruidos del pasillo. Era evidente que los religiosos que allí vivían madrugaban mucho. Y él había decidido a hacer lo mismo. El desayuno era sencillo, pero sabroso. Una vez se hubo acabado la taza de té, salió a fumar. Seguía reinando una maravillosa paz y el cielo prometía un precioso día de otoño.

—Te estaba buscando —le dijo el padre Frühling a su espalda—. ¿Ya has desayunado?

—Sí —contestó el interpelado escuetamente—. Y también he dormido bien.

—Entonces ahora voy yo. Luego iremos a ver a Franziskus. A lo mejor ya tiene algo para nosotros.

Durante la media hora siguiente, Ian permaneció en silencio delante del refectorio y disfrutó de la brisa fresca que se enredaba en su cabello. Cuando el pequeño monje volvió a dar señales de vida, se encaminaron juntos a la casa del abad del monasterio.

—Y bien, ¿qué tal ha dormido, inspector? —saludó afablemente Franziskus.

—A decir verdad, señor, de maravilla, como hacía tiempo que no lo hacía —respondió Ian en un tono alegre—. Parece que este lugar causa en mí un efecto especial. No me cuesta nada imaginarme pasando aquí unas vacaciones.

—Pues no se prive, inspector. De hecho, hay algunos monasterios que, al igual que nosotros, ofrecen la posibilidad de reposo para quien lo precisa. No es caro, y uno encuentra de todo, pero sin prisas y sin ruido. Sólo paz interior y exterior y la lógica satisfacción espiritual.

—No sabía que existía algo así —replicó O'Connor asombrado.

—Pues claro, en Europa hay muchos monasterios donde se pueden pasar las vacaciones. Incluso, si se quiere, puede uno participar de las tareas monacales y, por ejemplo, aprender alguna actividad artesanal.

—En ese caso puede estar seguro de que algún día volveré.

—Sería estupendo... de todas formas, de momento está usted aquí. Ayer tuve todavía la oportunidad de hablar por teléfono con Urs Högerli. Llegará de un momento a otro.

—¿Qué le ha contado? —quiso saber Ian preocupado.

—Sólo que la policía irlandesa y el Vaticano necesitan la ayuda de la policía de este cantón suizo, y que estamos hablando de asesinatos —aclaró Franziskus de forma escueta.

En aquel momento llamaron a la puerta. Entró un hombre que debía de rondar los sesenta años, y de estatura normal. Llevaba unas gafas de níquel sin montura e iba vestido con un muy correcto traje gris. Unas arruguitas de expresión aparecían alrededor de sus ojos. Franziskus fue al encuentro del hombre.

—¡Señor Högerli! —le saludó con la misma afabilidad que había mostrado el día anterior con los otros dos hombres—. Gracias por haber venido tan pronto, pero creo que el caso requiere la inmediata intervención de la policía.

Högerli asintió con la cabeza en silencio y estrechó la mano de Franziskus.

—Deje que le presente al inspector O'Connor, de Irlanda, y al padre Frühling, del Vaticano.

Los hombres se fueron dando la mano.

—Despertó usted mi curiosidad, Franziskus —empezó a decir Högerli—. Tengo ganas de saber en qué puede ayudar nuestra policía.

Era evidente que el abad le había explicado en el curso de su conversación telefónica que Ian sólo hablaba inglés, pues, ya desde los saludos, se empezó a hablar en ese idioma.

—Por favor, señores, tomen asiento —ordenó el abad al tiempo que señalaba las sillas y él mismo se sentaba—. Propongo que usted, inspector, ponga al corriente de su investigación al señor Högerli.

—De acuerdo —convino Ian.

Durante las siguientes horas, O'Connor estuvo contando todo lo que había sucedido hasta la fecha y todo lo que había podido averiguar sobre el caso. Högerli no le interrumpió ni una sola vez.

—Dado que yo, como ya le he informado, no estoy oficialmente aquí, le estoy pidiendo a la policía suiza ayuda para arrestar a los dos sospechosos —concluyó conforme miraba implorante a Högerli.

Ahora ya todo dependía de este último, que se puso en pie y se quitó las gafas. Sacó un pañuelito del bolsillo de la chaqueta y se puso a limpiar los cristales con sumo cuidado.

—Todo lo que me ha contado es realmente increíble —empezó a decir mientras miraba pensativo por la ventana—. Sólo veo un problema. Hasta ahora los culpables no han cometido ningún asesinato aquí, y ojalá siga siendo así. Por consiguiente, en estos momentos no tenemos posibilidad de detenerlos. Además tampoco contamos con una orden internacional de detención o algo similar... —Era evidente que Högerli estaba pensando intensamente.

—Señor —intervino O'Connor con discreción—, yo también he pensado en ello, pero si ellos vienen aquí, y de ello estoy convencido, van a cometer un delito que seguramente también está penado en Suiza. —Hizo una breve pausa—. Robarán una cruz —añadió sin dejar de mirar expectante a su colega.

—¡Pero eso no sería más que un simple robo!

—Pero como, lógicamente, la capilla estará cerrada, no tendrán más remedio que forzar la puerta. —O'Connor no cejaba.

—Sí, eso supondría otro agravante, ¿pero cómo pretende probar los asesinatos? Con esos delitos relativamente leves no vamos a poder retenerlos aquí por mucho tiempo.

—Sugiero que cuando nosotros, o mejor dicho ustedes, lleven a cabo la detención, comprueben si ellos llevan consigo otras pruebas de su culpabilidad en los asesinatos.

—Para ello deberían llevar consigo las llaves de las otras cruces.

—Exacto, señor —confirmó O'Connor con una risita picara—. Y sólo hay un sitio donde puede producirse el hecho. Pero esto debería organizado usted, señor.

Högerli volvió a ponerse las gafas que no había dejado de pulir durante todo ese rato.

—Sus métodos son muy poco ortodoxos, inspector —observó a continuación—. ¿Se procede a menudo así en Irlanda?

—Bien, no es ilegal, y además, cuando las circunstancias así lo exigen... A grandes males grandes remedios.

—Un asunto fascinante. Tal vez tenga usted razón. El resto puede llevarse a cabo mediante el procedimiento habitual de la policía.

—Señor, lo cierto es que a mí no me importa bajo qué jurisdicción sean juzgados, ya sea aquí o en Irlanda. Yo lo único que quiero es que la ley se haga cargo de ellos, y creo que no tenemos otra opción si queremos que se les declare culpables de los asesinatos.

—Ya veremos, ya veremos —murmuró Högerli.

No parecía del todo convencido, pero O'Connor estaba contento de haber oído la palabra fascinante.

—Señor, hay algo más que debo confesarle —prosiguió O'Connor conforme se agitaba en la silla—. Di por sentado que usted estaría de acuerdo y ayer hablé ya con mi superior. Mañana, sábado, saldrá publicada la noticia de que hemos hablado en la prensa.

Se había levantado la liebre. Frühling miró a O'Connor y frunció el ceño. Ian lo vio, pero no dio señales de haberlo advertido.

—Me parece que se ha precipitado usted un poco, inspector. No podía estar tan seguro de que yo iba a estar de acuerdo en todo.

—Si lo he hecho, señor, es porque tengo en gran estima la eficiencia y el sentido de la justicia de las autoridades suizas. Por esta razón no tenía duda alguna de que iba a poder contar con ustedes.

—En fin... es evidente que hoy por hoy no me queda ninguna otra alternativa —dijo Högerli mientras sacudía la cabeza—. Métodos irlandeses en Suiza... ¿Qué tiene previsto hacer a continuación?

—Nosotros vamos a vigilar la capilla y le informaremos apenas se haya producido el robo de la cruz. Entonces deberá usted actuar con toda celeridad. Espero que pueda usted organizado todo sin problema.

—Voy a necesitar bastante poder de convicción, pero como la policía aquí hace honor a la fama que tiene, voy a conseguirlo. Ahora bien —Högerli fijó su mirada en los ojos de O'Connor—, si el plan no funciona, cuente usted con que habrá consecuencias judiciales, inspector... Una acusación de complicidad en un robo con fractura, y todo lo demás.

—Lo sé y lo asumo de buena gana. Pero funcionará.

—¿Y sigue pensando que han sido ese Montgomery y la mujer?

—Señor, sea quien sea quien venga aquí y robe la cruz, será, en cualquier caso, el responsable de ocho asesinatos. A fin de cuentas no importa quién aparezca, pero créame, señor, serán esos dos.

—De acuerdo. Me ha cogido por sorpresa con sus métodos irlandeses, inspector. Por otra parte, debo reconocer que ha hecho usted un trabajo soberbio hasta el momento, a juzgar por su relato. Voy a instruir a dos de mis hombres y podrá usted disponer de ellos.

—Gracias, señor —dijo Ian aliviado—. No tiene más que esperar mi llamada telefónica, pero luego hemos de reaccionar deprisa.

\* \* \*

Durante la comida, Frühling hizo un aparte con O'Connor.

—¿Cuándo hablaste tú ayer con *sir* Winston?

—¿Te parece muy grave esa mentira piadosa? —replicó O'Connor sonriendo—. Pero tengo que llamar sin demora apenas terminemos de comer.

—Ya lo sabía... —comentó el pequeño fraile conforme movía la cabeza.

—¿Lo ves cómo somos un equipo? Los demás no lo han advertido. Me gustaría ir luego de nuevo a la iglesia del monasterio. No, no tengas miedo, es sólo algo personal. En primer lugar, me ha fascinado, y en segundo lugar, creo que no vendrá mal que le pida perdón a tu jefe por esa mentirijilla, ¿no te parece?

A continuación O'Connor se concentró en su plato.

Desde una cabina telefónica Ian llamó a *sir* Winston y le puso al corriente de sus planes. No le dejó replicar, se limitó a explicarle lo que se debía publicar en la prensa, y cuándo.

—Seguro que se le ocurre un motivo concreto para la noticia. Ya sabe que no debe parecer sospechoso, pero que tampoco pase desapercibida. Bien, al fin y al cabo usted ha estado en el frente y tiene mucha experiencia. Seguro que lo hará perfecto, señor. Tiene que salir mañana sábado. Volveré a llamarle cuando... Bien, y si aquí no pasa nada va a tener que ayudarme en otra cosa. Gracias señor.

O'Connor se apresuró a colgar el auricular. Quería evitar todas las preguntas que, sin duda, iban a seguir y, además, *sir* Winston era capaz de ser muy creativo. Podía imaginarse la expresión furiosa y desesperada de su superior y no pudo evitar que una sonrisa brotara de su boca. Si el asunto fracasaba, no iba a tener problemas sólo en Suiza. ¡Pero de fracaso nada!

Cuando finalmente por la tarde recuperó la cruz de Frühling con la nueva llave dentro, se dirigió junto con aquélla a la pequeña capilla. Colgaron la cruz detrás del altar. Había descrito a *sir* Winston la capillita. Si se leía la noticia con detenimiento, no era difícil encontrar la capilla en el recinto y, con ella, la cruz. No había lugar a confusión. Tampoco había querido formularlo de forma más clara, pues, en los otros

lugares, los asesinos sólo habían tenido acceso al nombre de la localidad, pero habían sido muy astutos y habían descubierto el sitio exacto.

La llave que habían fabricado en el convento era una verdadera obra de arte. Parecía hecha con el mismo material y también el grabado era tan preciso que nadie habría tenido la mínima duda sobre su autenticidad. Encajaba perfectamente en el hueco. Satisfecho, O'Connor acarició el crucifijo antes de abandonar la capilla. A partir de ahí todo dependía de él.

Cerca de la capilla había un pequeño almacén que tenía una ventanita desde la cual se podía ver aquélla. Junto con Franz-Josef Frühling se había organizado un rincón desde donde podían observar la capilla. Les quedaba todavía una noche de reposo. Al día siguiente iba a salir la noticia. Y luego, a acechar.

—En estos momentos no tengo ninguna forma de agradecerle la valiosa ayuda que me ha prestado, señor —le dijo O'Connor al abad del monasterio cuando salieron de la capilla—. Pero me gustaría, si usted lo permite, invitarle a una copa de vino. Espero que no lo tengan prohibido.

—¡Claro que no! —aceptó Franziskus riendo—. ¿Ve usted aquella puertecita? —prosiguió al tiempo que señalaba en una determinada dirección—. Allí, elaboramos nosotros mismos vino y también cerveza, es una tradición que los monjes han practicado desde hace siglos. Si les parece bien, nos podemos encontrar allí, digamos a las ocho de la noche.

—De acuerdo, señor. Para mí es no sólo un honor sino también un placer que haya aceptado mi invitación.

\* \* \*

A la mañana siguiente, cuando después de desayunar encendió su pipa Parker, Ian pensó satisfecho que la velada había transcurrido en medio de una gran armonía. Aquel monasterio le había conquistado. Allí donde estuviera, sentía aquella sensación tan agradable de paz interior. Cada persona, cada rincón, cada planta, todo en definitiva, desprendía aquella atmósfera de paz. Era sábado. En Irlanda, al igual que en los demás países, a aquella hora ya debían de estar los periódicos en la calle. Había mucha gente que los sábados leía el diario de forma más concienzuda que los demás días de la semana. Confiaba en que *sir* Winston hubiera podido llevar lo de la noticia a buen fin. Aunque a menudo *sir* Winston aparentaba indiferencia con sus subordinados, en el fondo era un jefe chapado a la antigua y, por consiguiente, paternalista. Ostentaba un puesto de mucha responsabilidad y a veces, con según quien, le interesaba dar una imagen de arrogancia, pero en su fuero interno comprendía a las personas que trabajaban en la policía, y sobre todo en un puesto como Athlone. No se le escapaban los problemas y las necesidades de sus hombres, y ello era una ventaja. Jamás juzgaba de antemano y tampoco se dejaba influir por

rumores o comentarios internos. No cabía duda de que a veces debía tomar decisiones que no siempre eran del agrado de su equipo, pero posteriormente se alcanzaba a comprender sus motivaciones. E Ian estaba seguro de que no le había fallado con lo de la noticia.

Todavía les quedaban unas horas antes de que él y el padre Frühling tuvieran que dar comienzo a su guardia en el pequeño almacén. Le había tomado afecto al pequeño fraile. Unos días más y deberían decirse adiós, lástima. ¿Volverían a verse algún día? Un episodio de corta duración en la vida de dos seres humanos. *C'est la vie*. Quizás pudiera convencerle de que fuera a Irlanda a pasar unos días, en unas circunstancias más agradables. Seguro que Betty simpatizaría de inmediato con el regordete monje. Betty. Ian añoraba su contacto, su proximidad. ¿Llegaría ella a entender sus dudas y su repentina desaparición? Seguro que sí. Era una mujer inteligente y capaz de ponerse en el sitio de los demás, por lo menos en el suyo.

Ojalá Högerli hubiera podido disponerlo todo como lo convenido. De ello dependía mucho, de hecho todo. A partir de ese día, después de la publicación de la noticia en el periódico de Irlanda, no cabían ya ni fallo ni improvisación. Debían mantenerse escondidos, de día y sobre todo de noche. No podían en absoluto arriesgarse a dejarse ver por los asesinos. Por consiguiente, a partir de aquel momento se iban a instalar en aquel pequeño almacén desde donde se veía la capilla. Claro que no parecía tener sentido que el robo de la cruz tuviera lugar a la luz del día. Los autores no iban a correr el riesgo de ser sorprendidos. Como siempre había algún que otro turista cerca de la capilla, alguien merodeando alrededor de una cruz no iba a pasar desapercibido. No, seguro que todo sucedía por la noche, o como mucho a última hora de la tarde. Ojalá.

No necesitaban prismáticos. A la luz del día el portal de la iglesia se veía muy bien desde su punto de observación. Y no había otro acceso posible. Al intruso no le quedaba más remedio que entrar y salir de la pequeña capilla por la puerta principal. Por la noche aquella zona no estaba muy iluminada, pero había luz suficiente para poder detectar a un extraño. Además, o eso le había parecido oír de boca de Franziskus, éste había advertido a los demás religiosos que no debían acercarse a aquella capilla durante los siguientes días, porque habían detectado deficiencias en la estructura, y podía resultar peligrosa. En definitiva, si alguien aparecía allí por la noche, seguro que no era alguno de los residentes.

Frühling y él pasaron las siguientes horas organizando su puesto de observación para que estuvieran lo más cómodos posible. Claro que esto era un decir, puesto que en realidad lo único que hicieron fue colocar de forma estratégica dos sillas junto a la ventana, así como un catre algo apartado para poder por lo menos cerrar los ojos y tumbarse durante un par de horas. En cualquier caso, habían previsto inspeccionar cada mañana la capilla, y en especial averiguar si la cruz seguía colgada en el mismo lugar. De todas formas, y como medida adicional de precaución, O'Connor se había arrancado un cabello y lo había pegado a la corona de espinas. No era visible para

alguien que no conociera su existencia allí, pero Ian habría advertido su ausencia de inmediato. Tenían previsto hacer la guardia por turnos, para que el otro pudiera descansar. Ian se hizo cargo del primer turno, es decir, la noche que iba del sábado al domingo. Prefería que el padre reservase sus fuerzas para más adelante.

Después de comer, se dirigieron al puesto de guardia.

—¿Lo has hecho a menudo? —quiso saber Frühling después de instalarse junto a la ventana.

—¿A qué te refieres?

—A esto, una vigilancia así.

—Como ésta nunca, pero nuestra actividad lleva consigo la obligación de tener que observar determinados objetos. Te asombrarás de todo lo que uno llega a ver. Lo peor es cuando se mueven puertas que en realidad no se han movido, o cuando por ejemplo empiezan a desplazarse luces de un lugar al otro. Cuando pasa esto es que ha llegado el momento de cambiar el turno.

—¿Qué insinúas? —preguntó Frühling en tono irritado.

—Ya lo comprobarás tú mismo —replicó O'Connor riendo—. Pero cuando ocurra algo así, es decir, que algo que en realidad no puede moverse se mueva, tú me avisas. Yo por mi parte haré lo mismo.

—¿No es terriblemente cansado estar así un largo espacio de tiempo?

—Cansado y aburrido, en especial cuando no se hace nada. Lo peor es cuando no tienes oportunidad de dormir. A lo largo de mi carrera profesional, he llegado a dormir de pie entre dos armarios, o sobre tres sillas colocadas juntas. Más bien incómodo, pero es lo que hay, eso es todo. De todas formas, Franziskus ha hablado con la cocina. En cualquier momento del día o de la noche podemos asomarnos por allí y proveernos de comida y bebida. Debemos, sin embargo, intentar que no nos vea nadie, pero eso no será un problema para nosotros.

—Lo cierto es que yo no sé exactamente en quién debo fijarme —observó Franz-Josef Frühling en voz queda.

—No te preocupes porque lo notarás. A la mujer ya la conoces. Sin embargo, seguro que aquí vendrá con un aspecto distinto del que tú recuerdas. Fíjate sobre todo en los frailes bajos y delgados que no se mueven como lo suelen hacer los monjes de verdad. Piensa en el sacristán de Polonia, que vio un monje que caminaba de forma extraña. Describió su caminar como femenino. Y Montgomery. Bien... de una manera u otra ha de salir con la cruz. Si ves que alguien entra en la capilla por la noche y yo estoy durmiendo, despiértame de inmediato.

Ian se despezó en la vieja silla que habían encontrado por allí. Eran las tres de la tarde y fuera brillaba el sol.

—Voy a dormir un poco, y esta noche puedes dormir tú y yo te reemplazo. Pero sobre todo, si ves algo sospechoso, sea lo que sea, me despiertas, ¿está claro?

—Claro —respondió Frühling sin quitar la vista de la ventana—. ¿Cuándo calculas que llegarán por aquí?

—Ni idea. No sé cuánto se tarda en llegar aquí en avión. Supongo que por muy deprisa que se hayan puesto en camino no podrán llegar hasta última hora de la tarde, eso dando por supuesto que hayan leído el periódico.

—Entonces puede ocurrir que tengamos que estar aquí metidos una semana entera.

—Es posible, pero no lo creo. A los otros lugares llegaron muy deprisa. Apenas los fueron averiguando no dudaron en ponerse en movimiento, fíjate en España o incluso Italia. Yo calculo que aquí estarán en un día, como máximo dos.

—Hubiéramos debido traernos algo para leer, o...

—No, eso distraería nuestra atención. No debemos hacer otra cosa que mirar por esa ventana y no perder de vista la capilla. Lo siento, Franz-Josef, pero el Padre Brown también tuvo que rebajarse a estas nimiedades antes de poder resolver sus casos. ¿Vendrás a verme cuando todo esto acabe?

—Creo que sí —susurró Frühling—. Nunca he estado en Irlanda. Además, sería estupendo poder estar juntos sin tener que preocuparnos de nada más.

—Opino igual que tú, y me encantará que aceptes mi invitación. Además tengo un perrito, bueno una perrita...

Y fueron pasando las horas. Hacia las siete de la tarde fue disminuyendo el flujo de visitantes, y en la plaza delante de la capilla empezó a reinar el silencio. El padre Frühling llevaba ya un rato bostezando, pero no había dicho nada porque no quería ponerse en evidencia. O'Connor por su parte había reposado un par de horas, pero no había llegado a dormirse del todo. Se estiró.

—¿Y bien? ¿Ha habido algo?

—No, nada en absoluto. Ni una mujer algo especial, ni una monja, ni un hombre que saliera de la capilla con una cruz en ristre.

—Bien, si te parece sigues tú una hora, luego te reemplazo y te vas a comer algo.

—Estupendo, y te traeré algo también para ti. Ojalá pueda conseguir un termo con café.

—Eso no estaría pero que nada mal.

O'Connor cambió de posición en el catre y volvió a cerrar los ojos. El pequeño fraile le despertó a las ocho de la noche. Se levantó y tomó el sitio de aquél.

—Vigila que nadie te vea. Recuerda que no nos podemos permitir ningún fallo ahora.

Franz-Josef Frühling regresó al cabo de una hora escasa. Llevaba consigo una bolsa con provisiones, un termo con café y dos vasos de plástico. Ian se alegró. Tenía sed y también hambre. Frühling se instaló en el catre y al cabo de pocos minutos ya se percibía un ligero ronquido procedente de donde estaba.

Ocurrió como Ian había profetizado. La puerta de la capilla se entreabrió varias veces y también las matas parecían ir cambiando de lugar. Pero dejó dormir a su compañero. Estaba acostumbrado a aquel tipo de trabajo y supo controlar bien el ataque de sueño que a ratos le acometía. No ocurrió nada. Nadie se había acercado a



la capilla cuando hacia las seis de la mañana del día siguiente despertó al monje.

—No he visto entrar a nadie, pero ve a comprobar que todo esté en orden —le pidió para luego tenderle la llave de la pequeña iglesia—. Luego iré a desayunar, después vas tú, y a continuación me echaré y montarás tú guardia. Así no se nos hará tan pesado a ninguno de los dos, ¿te parece?

El padre Frühling asintió todavía medio dormido y se frotó los ojos. Se incorporó con cierta dificultad de la incómoda cama y se dirigió arrastrando los pies a la capilla. No tardó en regresar.

—Todo en orden. No falta nada, ni siquiera tu cabello —informó.

—¿Sabes? Mejor que vayas tú primero a desayunar. A mí ya no me viene de un rato más o menos. Y así podré fumar mi pipa en paz.

Frühling salió sin replicar. O'Connor se sentía agotado, vacío, y notaba un sabor extraño en la boca. Se dijo que después de desayunar se iría a dar una ducha y a cambiarse de ropa. Luego le esperaba su turno en la silla.

\* \* \*

La noche del domingo al lunes y el propio día transcurrieron igual, lo mismo que el martes y el miércoles. O'Connor y el padre Frühling habían observado a cientos de personas que habían entrado y luego salido de la capilla. Hombres y mujeres de distintas nacionalidades, sacerdotes, monjas, todos permanecían un rato en la casa del Señor y todos volvían a salir como habían entrado, con las manos vacías.

Se habían turnado para comprobar cada mañana si la cruz seguía en la capilla. Ningún cambio se había producido en esos días. Seguía igual como O'Connor la había dejado allí colgada.

Empezaban a advertirse en los dos hombres las huellas de esos días pasados, aburridos y en vela. Estaban pálidos y eran perceptibles bajo los ojos unas profundas ojeras. Poco a poco Ian fue presa del escepticismo. ¿Se había equivocado en sus cálculos? ¿Por qué no aparecían Montgomery y Lorraine Bown? Parecía completamente exhausto. Sin embargo, albergaba todavía una pequeña esperanza con respecto al éxito de su plan.

—Mañana voy a telefonar a *sir* Winston —murmuró casi para sí mismo, luego consultó su reloj de pulsera. Eran las diez de la noche. Desde el domingo seguían encerrados en su voluntaria prisión, y ya era miércoles—. Tiene que hablar con Montgomery... tal vez no haya visto el periódico. Pero eso no me cabe en la cabeza. Un hombre como él suele leer la prensa tanto local como nacional.

—Creo que he adelgazado uno o dos kilos —constató Frühling al tiempo que se acariciaba la barriga, que durante los últimos días y noches tanto había dejado oírse.

—¡Pues no te irían mal otras dos semanas aquí, Franz! —bromeó O'Connor en un intento de animar un poco al pequeño fraile, algo que incluso a sí mismo cada vez le

resultaba más difícil—. Lo importante es que permanezcamos aquí y que no quiera Dios que nos durmamos.

—Ya, ya —murmuró Frühling—. Desde que nos hemos metido aquí, hay incluso menos hojas en los árboles.

—¿Y eso? ¿Te has dedicado a contarlas?

—Hombre, pues claro, ya me dirás lo que se puede hacer para luchar contra el cansancio. ¿Quieres que te diga cuántas tejas de la capilla se ven desde aquí? He empezado incluso a extrapolar cuántas debe de haber en todo el tejado.

O'Connor sonrió. Durante los últimos días y noches los dos hombres habían tenido ocasión de hablar sobre sus respectivas vidas. Habían llegado a conocerse bien y O'Connor estaba cada vez más seguro del gran cariño que le estaba tomando al rechoncho fraile. Así, se había enterado de que Franz-Josef Frühling había nacido en Alemania, que había pasado algunos años en la diócesis de Hildesheim, que luego había sido párroco de una iglesia en Niedersachsen, y ya al final, su orden le había llamado al Vaticano. Habían estado hablando de cantidad de libros, libros que uno había leído por motivaciones profesionales, y el otro, por simple interés, o puro placer. Habían sido sin lugar a dudas unas charlas amenas y agradables. Pero ya se les estaban acabando los temas. Lo sabían todo el uno del otro.

—¿Te importa hacer guardia hasta las dos? —propuso Frühling—. Me gustaría descansar un poco. Todo este asunto está haciendo mella en mí.

—De acuerdo, pero seré puntual. Yo tampoco estoy ya tan fresco.

Pasó el miércoles y llegó el jueves. O'Connor estaba mirando hacia fuera. Oscuridad, cansancio, un frío interior a pesar o a causa de la tensión. ¿Cuánto tiempo iban a poder aguantar así? Si sólo de él dependiera, fácilmente una o dos semanas, pero debía tomar en consideración a su compañero, el cual estaba necesitado, y con carácter urgente, de descanso. Ian era consciente de ello. Y tampoco quería involucrar a otras personas en el asunto. Claro que habría podido pedirle a Högerli si podía poner a uno de sus hombres a su disposición, pero no quería abusar de la hospitalidad que de forma tan generosa le estaban brindando.

Despertó a Frühling a las dos y diez. El cambio de turno en la silla se llevó a cabo de manera automática. Tantas veces habían realizado este ritual durante los últimos días que ya no precisaban siquiera intercambiar una sola palabra. Frühling tomó asiento en la silla situada delante de la ventanita, y O'Connor se puso a dormir un rato en el catre. Un sueño poblado a ratos por confusas imágenes y a ratos por fases tranquilas. Sin embargo, cada vez más su cuerpo y su espíritu caían en este último estado; sin duda, una señal de agotamiento. Como durante el día no había nada que pudiera registrar su mente, poco había para alimentar los sueños. Se despertó a las seis de la mañana.

—Voy a comprobar, creo que me toca a mí —rezongó al tiempo que se ponía en pie para llevar a cabo la rutina diaria en la capilla—. ¿Nada nuevo?

—Mmm... oh, no —balbució Franz-Josef Frühling.

Como aquella tarea en la que se había embarcado era tan aburrida, Ian disfrutaba de aquellas salidas matutinas. El aire era frío y fresco, y no había alma alguna a la vista. Encendió su Parker. Estaba a punto de quedarse sin tabaco e iba a tener que ver la forma de conseguir más.

O'Connor se quedó de una pieza cuando llegó a la puerta de la capilla. Había sido forzada, y vio unas astillas en el suelo. Presa del pánico se apresuró a abrir la puerta. Se le puso la piel de gallina. ¡La cruz ya no estaba! Ian recorrió la capilla en su busca. Nada, había desaparecido. Como fulminado por un rayo, regresó corriendo al almacén.

—¿Franz, te has dormido? —le espetó al pequeño fraile.

—Lo siento —balbució el interpelado—, me ha cogido un ataque de sueño... ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —gritó Ian a punto de perder los nervios—. ¡Joder, Franz! ¡Ha desaparecido la cruz!

El padre Frühling se puso blanco como la cera. Había cometido un error, se había quedado dormido durante su turno. Y justo entonces había pasado. No le salían las palabras.

O'Connor sacudió a Frühling por los hombros, tomó su chaqueta y empujó al pequeño fraile fuera del edificio.

—¡Deprisa! Tenemos que llamar a Högerli... Esperemos que lo tenga todo organizado.

Los dos hombres corrieron hasta el edificio principal del convento, el inspector delante y el monje rezagado y con el hábito al viento.

Hacia las seis y media hizo su aparición en el recinto un coche de la policía, un vehículo civil.

\* \* \*

Al volante iba el propio Högerli.

—No se alarme, inspector —observó escuetamente cuando advirtió la agitación de que era presa Ian—. Está todo organizado, y el banco no abre hasta las nueve. Tenemos tiempo de sobra.

O'Connor corrió a ocupar el asiento del pasajero mientras que Frühling introducía, aunque con mayor esfuerzo, su todavía bastante macizo cuerpo en el asiento trasero.

—Pero quisiera llegar allí con la suficiente antelación —comentó el irlandés en voz alta—. Es posible que ellos estén vigilando el edificio. ¿Hay alguna entrada lateral?

—Desde luego —contestó secamente Högerli—. No se puede usted imaginar lo que me costó convencer de su plan al director de la entidad bancaria. Le aseguro que

resultó casi más difícil que arrancar una confesión a media docena de delincuentes.

—Pero todo marcha como habíamos quedado, ¿verdad? —preguntó Ian en tono respetuoso.

—Desde luego.

—¿Ha apostado también a unos cuantos hombres en las inmediaciones por si...?

—Por supuesto.

Era asombrosa la estoica pachorra con la que reaccionaba el policía suizo.

En aquella ocasión O'Connor no le dedicó atención alguna al maravilloso paisaje por el que pasaban. Tampoco Frühling parecía tener muchas ganas de hablar. Era evidente que le carcomía el remordimiento por el fallo garrafal que había tenido.

Högerli condujo por el centro de Zurich y aparcó en una calle lateral, situada junto a un edificio alto cuya fachada era de cristal y cemento. Un enorme y visible letrero que decía «Zürcher Kantons-bank» coronaba la azotea.

Los tres hombres se apearon del coche y entraron en el edificio a través de una puerta lateral. Salió a su encuentro un hombre de unos cuarenta y cinco años vestido con un impecable traje de raya diplomática.

—Él es el inspector O'Connor, de Irlanda, y él, el director del banco, el señor Wulmis —presentó Högerli a los dos hombres—. Y él es el padre Frühling, del Vaticano.

Los hombres se estrecharon mutuamente las manos.

—¿Y se reitera usted en su promesa de que no habrá ningún escándalo, señor Högerli? —preguntó Wulmis, que no parecía estar precisamente a sus anchas.

—Claro —fue la respuesta que O'Connor ya había imaginado.

—Piense usted en la reputación de la banca suiza... Bien, pues entonces yo les dejo a ustedes aquí...

Y el hombre se alejó todavía indeciso. El asunto era arriesgado y no exento de peligros, tanto por lo que se refería al éxito de la operación como para el nombre del banco. Y todos lo sabían.

Högerli pasó por delante de un mostrador y saludó con un simple gesto de la cabeza a dos jóvenes que había allí sentados, y que, al igual que el director del centro, iban vestidos con un traje clásico y correcto. Entraron en una pequeña sala de reunión, donde había una mesa larga y quince sillas alrededor de ella. Alguien había dispuesto una cafetera y varias tazas.

—Y dice usted que la puerta de la capilla ha sido forzada y que ha desaparecido la cruz, ¿es eso? —empezó a decir Högerli al tiempo que se servía una taza de café.

—Sí —se limitó a contestar O'Connor.

Era él quien se adhería ahora a los monosílabos. E, impaciente, no paraba de mirar el reloj.

—Está nervioso, ¿verdad?

O'Connor asintió en silencio.

—Es lógico, y lo comprendo. Todo depende de lo que pase aquí... El padre

Frühling seguía guardando silencio. Permanecía mudo y con expresión compungida sentado en su silla.

Ian había dado la vuelta a la mesa por centésima vez cuando, hacia las nueve y media, sonó el teléfono. Högerli contestó.

—Voy enseguida —murmuró en el auricular antes de colgarlo—. Bien... —dijo a los presentes antes de abandonar la sala.

\* \* \*

—El señor y la señora Wellington, señor director —dijo el joven de la recepción refiriéndose al hombre y la mujer que estaban ante ellos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó afablemente el interpelado conforme se acercaba a ellos y les alargaba la mano—. Soy el señor Wulmis, el director del banco —añadió sin dejar de observar a la pareja.

—Queremos abrir nuestra caja de seguridad —contestó el bien plantado hombre con voz sonora.

—Encantado de poderles atender —replicó el director—. ¿Y cuál es su caja de seguridad?

—El caso es que no lo sabemos con exactitud —intervino ella—. Hemos recibido una herencia, pero consistía sólo en unas cuantas llaves, en una de las cuales aparece el nombre de su banco —aclaró con una voz grave y seductora.

—Si me dicen cuántas llaves hay, podré decirles de qué tipo de caja de seguridad se trata —les indicó el director.

—Nueve, son nueve llaves —se apresuró a contestar el hombre.

—¿Le importaría enseñarme una, señor?

—Por supuesto —convino el hombre al tiempo que sacaba del bolsillo de su abrigo una bolsita y le entregaba una llave.

—Siempre es hermoso, por muy triste que pueda ser la muerte, comprobar que el amado difunto se sigue acordando de uno incluso después de su desaparición —observó el director casi para sí mismo—. Debemos ir a la zona de la cámara acorazada, que está en el sótano. Si no les importa, paso delante...

La mujer se arrimó al hombre y juntos siguieron en silencio al director. En el camino, éste se quitó las gafas sin montura que llevaba y las limpió brevemente. Accionó varias puertas automáticas y fueron adentrándose en los corredores que conducían a la cámara acorazada.

—¿Puedo rogarles que se vuelvan un momento? Supongo que lo entenderán... es un secreto del banco —rogó el director.

Tras lo cual soltó una risita y marcó de nuevo otra combinación en el teclado que había en la pared. Tras un clic, se abrió el cerrojo de la puerta enrejada. Los tres entraron en la cámara acorazada.

Una moqueta gris cubría el suelo. En un rincón había un pupitre alto. Cubrían las paredes infinidad de cajas de seguridad, todas ellas numeradas. El director del banco se dirigió sin vacilar a una caja de seguridad de aproximadamente cuarenta por cuarenta centímetros y que constaba de nueve pequeñas cerraduras. Una se hallaba justo en el centro de la puertecita de la caja de seguridad.

—Si quieren, les puedo ayudar —se ofreció—. Pero también pueden intentar hacerlo solos. Sus llaves están numeradas. Y fíjense, aquí, en las cerraduras, hay también unos numeritos. Introduzcan cada llave en la cerradura que lleva su número y háganla girar completamente. Debe de haber una llave que no lleve número, sino únicamente el nombre del banco. Ésta la introducen en la cerradura central y la hacen girar dos veces. Voy a apartarme un poco, pero no duden en llamarme si necesitan ayuda.

Después de recibir un agradecido gesto de asentimiento de los dos visitantes, se dirigió a un rincón de la estancia. Pese a que estaba de espaldas, oyó cómo una llave tras otra eran introducidas en su cerradura correspondiente y las hacían luego girar en ella.

—¡Señor director! —llamó de pronto el hombre.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó Wulmis después de volverse.

—Parece que la llave central se atasca... Si pudiera usted intentarlo, por favor —le pidió la mujer.

—No faltaría más, señora Wellington.

El director del banco se acercó a la pareja y tomó la llave. La introdujo en el hueco central. Era cierto, se encallaba. Probó a encajarla varias veces, pero en vano.

—Lo siento, señores, pero ésta no es la llave que corresponde a esta cerradura —anunció para luego devolverles el objeto.

—Pero no puede ser —insistió la mujer.

—Pues lo es... —dijo la voz que surgió de la penumbra. El hombre y la mujer dieron un respingo—. Fui yo quien puso esa llave en la última cruz —anunció O'Connor conforme metía la mano en el bolsillo de su chaqueta—. Aquí está la buena —añadió mientras blandía el objeto metálico y brillante en el aire—. Humphrey Montgomery y Lorraine Bown, están ustedes detenidos por el asesinato de siete religiosos, en Irlanda, Polonia, Italia y España, así como del policía italiano Antonio Calabrese. Ah, y por robo y allanamiento de morada en la capilla del monasterio de Einsiedeln.

Se abrió la verja que daba acceso a la cámara acorazada y apareció el joven de la recepción. Iba acompañado de otros dos hombres.

—Llévelos a la comisaría, Hofner —ordenó Högerli, que acto seguido se quitó las gafas y se puso a limpiarlas—. Pero antes regístrelos y tenga cuidado, son muy peligrosos.

Bown y Montgomery parecían haber envejecido de golpe muchos años. En silencio y sin oponer resistencia, se dejaron llevar por los tres policías. Éstos les

habían previamente puesto las esposas. Poco antes de que abandonaran la zona de las cajas de seguridad, O'Connor se interpuso en su camino. Se quedó mirando a los dos, pensativo y moviendo la cabeza. Creyó distinguir furia reprimida en sus miradas.

Ian tocó con la mano el hombro de la mujer y alzó luego unos cabellos entre los dedos.

—Lorraine, tiene usted que hacer algo contra su quebradizo cabello —dijo en voz baja—. Pero supongo que allí a donde va no se apreciarán mucho los peinados modernos.

Acto seguido, les lanzó una mirada cargada de odio, se volvió y se alejó de ellos. Metió con cuidado el cabello en una bolsita de plástico y guardó ésta en un bolsillo de su chaqueta.

Högerli retiró las ocho llaves de sus respectivas cerraduras en la caja de seguridad. O'Connor le entregó la novena llave original.

—Las necesito por un tiempo, van a servir de prueba en el proceso —explicó el policía suizo.

—Después te las devolveremos, Franz. Luego lo que hagas con ellas será tu problema —dijo Ian según le daba unas palmadas en la espalda a Frühling, que también había bajado a la cámara acorazada—. Levanta la cabeza, Franz. Hemos hecho un buen trabajo. Y ha sido un placer para mí trabajar contigo.

El pequeño fraile sonrió satisfecho.

O'Connor salió del edificio del banco, se apoyó contra la pared y llenó su Parker con el resto de tabaco que quedaba en la petaca. Luego disfrutó del aroma que ascendía de la cazoleta. En un par de días volvería a estar en casa.

## Epílogo

Ian O'Connor estaba en su casa y miraba afuera desde el sofá de la sala de estar. Jessy, echada sobre su regazo, disfrutaba de las caricias que él le hacía. Hacía tres días que había vuelto. A su hogar. Una palabra que tenía mucho significado para él. Fuera, el viento de otoño se empleaba a fondo en sacudir los árboles y despojarlos de sus hojas. Llovía. Tenía aún a flor de piel las últimas semanas, tan fecundas en acontecimientos, y se sentía feliz de estar allí.

Apenas llegó, se dirigió a la comisaría de policía y allí informó de todos los pormenores a *sir* Winston. El mismo día tuvo lugar una conferencia de prensa y, durante las jornadas siguientes, los periódicos se llenaron de alabanzas sobre el trabajo realizado por *sir* Winston, el responsable de la comisaría de policía de Athlone. También O'Connor tuvo que hacer alguna que otra declaración, pero, como no era en absoluto dado al sensacionalismo, no tardó en atajar las entrevistas.

Luego, mientras él corría al *pub* donde, a escondidas de los clientes que había allí en aquellos momentos, besó y estrechó largo rato en sus brazos a Betty, *sir* Winston informó al ministerio fiscal, y éste se hizo de inmediato cargo del asunto y envió un requerimiento de extradición a las autoridades suizas. Es decir, el proceso se iba a celebrar, allí, en Irlanda, y en el intervalo, Montgomery y Bown habían sido conducidos a la prisión de Limerick, donde estaban desde entonces. Al día siguiente, O'Connor debía ir a tomar declaración por lo menos a Lorraine Bown, porque Humphrey Montgomery había anunciado que no estaba dispuesto a someterse a interrogatorio alguno. Tampoco hacía falta. Las pruebas materiales existentes, las llaves, hablaban por sí solas.

La policía de Portadown había registrado Heatherstone House y había realizado importantes hallazgos. Montgomery y Bown llevaban de puertas para afuera una vida de apariencia modélica, pero una vez solos, dentro de sus cuatro paredes, parecía que su existencia, por lo menos en cuanto a la sexual, era todo lo contrario. Así, las fuerzas mencionadas habían encontrado toda clase de cachivaches que probaban las actividades sadomasoquistas de la pareja. La mujer era un puro camaleón. Ian esperaba poder desentrañar al día siguiente, durante el interrogatorio, qué aberraciones de la psique humana dormitaban en ella.

Tomó un sorbo de la botella de Stout. Habían encontrado también ketamina. El análisis que de inmediato se llevó a cabo de los cabellos encontrados en el sofá de Toni Calabrese y de los que le arrancó él a Lorraine Bown durante la detención, dio como resultado que eran idénticos. De qué cosas eran capaces los seres humanos. La constatación de esta realidad era lo que hacía que Ian odiase a veces su profesión. Por otra parte, una de sus metas en la vida era precisamente proteger al resto de la población de semejantes individuos. Y en esa dirección tenía previsto seguir trabajando hasta su jubilación. Y trabajar a gusto.

La noche empezaba a caer sobre la casa de O'Connor. Tenía previsto tomarse



unas vacaciones después del interrogatorio del día siguiente. Eran muchas las horas extras que había hecho durante las últimas semanas, seguro que más de los días que iba a descansar. Una semana, toda una semana para estar con Betty y *Jessy*. La primera también se había tomado vacaciones. No se había enfadado con él por haber desaparecido sin avisarla. Él se lo había explicado y ella lo había entendido. Era una mujer excepcional.

Pese a que todavía no se había recuperado físicamente de todo el esfuerzo realizado, se levantó, se puso un chaquetón grueso y se caló la gorra. La perrita ya andaba agitada a su alrededor. Sabía lo que aquello significaba. La lluvia le molestaba tan poco como a su amo. O'Connor llenó la Parker y los dos se pusieron en camino para un agradable paseo de dos horas a lo largo del Lough Ree.

Los últimos troncos crepitaban todavía en la chimenea de O'Connor cuando éste se fue a la cama, donde se quedó dormido de inmediato. Durmió tranquila y profundamente, sin sueños que lo perturbaran. Sólo dos o tres veces, así lo recordó a la mañana siguiente, se le apareció el rostro de Betty.

\* \* \*

Ian fue en bicicleta a la comisaría de policía y se dirigió al despacho de *sir* Winston. Éste estaba ocupado estudiando los periódicos y examinando orgulloso, y por centésima, vez las fotos que le habían tomado durante la conferencia de prensa.

—Al final lo hemos logrado, ¿verdad, Ian?

—Sí, señor —contestó sonriendo O'Connor ante el «hemos».

—Debo confesar que no siempre he podido seguir del todo el hilo de sus razonamientos, pero me ha demostrado una y otra vez que no me equivocaba confiando en usted —hizo constar *sir* Winston—. De todas formas, hacía tiempo que no había trabajado tanto como en las últimas semanas. Con todas sus exigencias me ha hecho ir de bolido. Pero el deber es el deber.

—Me voy ahora a Limerick para tomar declaración a Lorraine Bown —explicó Ian—. Espero que salga algo productivo del interrogatorio.

—Seguro que usted lo consigue... y en caso contrario, las pruebas son contundentes. No creo que ni el mejor de los abogados defensores pueda luchar contra ellas.

O'Connor asintió en silencio y se dirigió a su propio despacho. Tomó la grabadora de mano y se puso en camino a Limerick.

\* \* \*

Cada vez que las enormes puertas de hierro del centro penitenciario se cerraban

detrás de él, le sobrecogía una sensación extraña y opresiva. El enorme edificio era viejo y gris, y por fuera dejaba ya entrever los tristes destinos humanos que ocultaba su interior.

Un guardia lo condujo a la sala de los interrogatorios. Estuvo todavía unos minutos solo. El techo de la estancia era alto, las paredes estaban pintadas de blanco y había una gran ventana con rejas por fuera, a pesar de que tampoco se podía abrir desde dentro. Un pequeño radiador calentaba el cuarto. O'Connor sacó el magnetófono, lo enchufó y conectó el micrófono. Algo tenso, se puso a esperar.

Una funcionaria apareció al cabo de unos minutos con Lorraine Bown. Ésta estaba irreconocible. De su rostro habían desaparecido aquellos rasgos femeninos y seductores. Estaba pálida y demacrada. Lorraine llevaba el uniforme de la institución, que era un sencillo vestido gris. Y la melena recogida detrás en una cola de caballo.

—Cuando haya terminado, dígaselo al guardia de afuera, y yo vendré a buscarla —le dijo la funcionaria—. Y usted me espera aquí, ¿entendido? —le ordenó a la presa.

Ian le indicó a esta última que tomara asiento en la silla que había delante de la pequeña mesa de madera, donde estaba la grabadora con el micrófono. Ella se sentó.

—¿Le molesta que fume? —preguntó él.

—Por mí, puede usted hacer lo que le venga en gana —contestó ella, cuya voz sonó dura y desdeñosa.

—Ahora voy a conectar la grabadora, señorita Bown —informó Ian al apretar el botón—. Ha dicho usted estar dispuesta a contestar a mis preguntas.

La mujer asintió en silencio.

La lucecita roja se puso a parpadear, el magnetófono estaba en marcha.

—¿Qué demonios había en esa caja de seguridad? —preguntó inesperadamente Lorraine.

—¿Cómo? ¿No lo sabía? —exclamó O'Connor perplejo.

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Era valioso, por lo menos?

—Más que eso, señorita Bown, pero de nada le serviría saber lo que había dentro. ¿De verdad usted que han tenido que morir tantas personas sin que usted tuviera idea de lo que andaba buscando?

—Qué significan unos cuantos curas más o menos en el mundo... —observó ella al tiempo que miraba por la ventana.

—¿Cómo entonces llegaron a la conclusión de que allí podía haber algo valioso?

—No costó mucho. Cuando llegaron aquellos dos granujas con la cruz se mostraron tan misteriosos y evasivos que hasta un ciego habría comprendido que no se trataba de un simple regalo. Humphrey no es tonto. Nosotros les sonsacamos, y así salió a la luz que tenían otros objetos como aquél que debían entregar a otras personas. Dijeron incluso que en total había nueve cruces como la nuestra. Además, no pararon de mirarme. ¿Puede usted imaginar el efecto que hace una falda un poco subida en unos viciosos como éstos?

—¿Cómo tuvieron conocimiento de las cruces de Polonia?

—Ellos nos explicaron que venían de Lublin y después tenían intención de dirigirse a Clonmacnoise.

—¿Pero cómo descubrieron que en la cruz de Montgomery había una llave?

—Ya se lo he dicho —contestó Bown con mirada perdida—. Ese objeto tenía que contener algo especial, así que lo desmontamos. Y ahí estaba la llavecita. —En sus ojos apareció de pronto un ligero destello—. Se veía que no era una llave normal. Y Humphrey opinó que si el Vaticano se tomaba tantas molestias debía de haber mucho en juego. Se sabe que hacen grandes negocios y luego recogen el dinero a paladas... en nombre de la Iglesia —acusó con desdén.

—¿Pero por qué tuvieron que matar a toda esa gente?

—Había que callarles la boca, si no más valía que nos olvidáramos del asunto. Sobre todo aquí en Clonmacnoise. Él nos conocía.

—¿Hizo usted sola lo del padre Toldrim?

—Sí, habíamos estado allí de visita y habíamos visto la cruz. Y encima estuvo jactándose. Estaba orgullosísimo de aquel regalo. Idiotas. No tenían ni idea...

—¿Entonces ha sido usted quien ha asesinado a todos?

Lorraine Bown asintió en silencio.

—Este artilugio no graba los gestos de asentimiento —dijo O'Connor al tiempo que señalaba el magnetófono—. Señorita Bown, ¿mató usted a todos esos hombres?

—¡Sí, maldita sea!

—Primero los tranquilizaba con ketamina, ¿es así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Humphrey me dijo que cuando tuviéramos todas las llaves se iban a acabar nuestros problemas. Que nos podríamos desprender de esa telaraña provinciana, que ya no deberíamos jugar a escondernos, que se acabaría todo ese teatro hipócrita...

—¿Por qué les suministró analgésicos a los clérigos?

—A ver... no iba a llegar y a decir: «dígame, mi querido padre, ¿qué tiene la cruz de especial?».

—¿Por qué quería información sobre la cruz? ¿Acaso no sabían ustedes ya, no sólo que la cruz estaba allí, sino también lo que contenía?

—Pero no sabíamos dónde estaba la siguiente. Era evidente que la gente del Vaticano le había ido dando un nombre o número distinto a cada una. Creo que fue usted quien dijo algo de esto cuando fue a visitarnos, o... Pero bueno, qué más da, no me acuerdo. El de Lublin dijo algo de Allenstein, pero el viejo imbécil de ese sitio la palmó antes de que yo hubiera siquiera tenido ocasión de empezar. —En la voz de Bown se percibía un desprecio total por la humanidad.

—¿Por dónde empezamos?

—Bien, vaya usted preguntando —sugirió ella, en cuyos finos labios apareció una sonrisa diabólica.

—Y como no le puedo sacar nada al de Allenstein, tuvo que morir el padre Toldrim.

—Efectivamente, pero el tipo no soltó prenda. Testarudo y leal hasta la muerte —explicó ella para luego lanzar una risita gutural—. Pues eso le ha llevado a la tumba...

—¿Por qué torturó a los religiosos?

—¿Que por qué les corté la polla? Eso fue idea de Humphrey. Debía parecer un ritual, para que no fuera tan evidente que el objetivo eran sólo esas malditas cruces...

—Y al principio les funcionó. Al principio ni yo caí en la cuenta —hizo constar O'Connor.

—¿Lo ve? Funcionó.

—¿Quién tuvo la idea de matar a esos hombres?

—¿Qué quiere decir con «idea»? Humphrey y yo estuvimos estudiando la manera de proceder, y llegamos a la conclusión de que debíamos obrar forzosamente así —contestó ella, pero mirando a O'Connor como si no hubiera entendido muy bien la pregunta. Era evidente que las muertes no le habían afectado mucho; para ella las vidas humanas carecían de valor.

—¿No sentía escrúpulos por esa forma tan bestial de actuar?

Bown lanzó una risita de perplejidad antes de contestar:

—¿Escrúpulos? Se bajan los pantalones, se coge la cosa y zas, ¡fuera! Además, con esas mingas dormidas todavía resultó más fácil...

Ian sacudió la cabeza asqueado.

—Volvamos a la ketamina. La tenía todavía de su época en un centro psiquiátrico, ¿no es así?

—Sí, con eso hasta el más loco se queda tranquilo... Una sustancia diabólica. —De nuevo la risita de posesa.

—¿Por qué no se limitó a matarlos de inmediato?

—¿Usted no escucha? Tenía que averiguar si ellos conocían la existencia de otro lugar donde hubiera más cruces de ésas. Les ataba y entonces venía el numerito.

—¿A qué se refiere?

—¡Por favor! ¡Esa gente de la Iglesia no tiene ni idea de cómo es una mujer! Entonces, ¿qué mejor forma que enseñarles y explicarles que pronto iban a salir en los periódicos?

—No comprendo...

—Yo me ponía como Dios me trajo al mundo y, cuando se empalmaban, abrían los ojos de par en par. Al fin y al cabo no tenían una mujer desnuda delante de ellos cada día. ¡Figúrese, esos curas hipócritas!

—¿Y luego?

—Pues luego les bajaba los pantalones, me sentaba junto a ellos y... una sonrisita cachonda a la cámara fotográfica. Funcionó... casi todas las veces.

—¿Iba con una cámara de fotos? —preguntó O'Connor escandalizado.

—Claro. Empalmados, conmigo al lado y la cámara enfrente... —La mujer sonrió taimadamente—. ¿Puede imaginar lo deprisa que se ponían a cantar?

—¿Qué pasaba cuando a pesar de su artimañas los religiosos no hablaban?

—Yo llevaba también un *walkman*. Con una cinta de campanadas.

—No acabo de entender...

—¿Tiene idea de cómo actúa la ketamina? Pues pruebe usted una vez a tomarla y luego póngase unos auriculares. Seguro que conoce los efectos del LSD o de la coca. Se coloca uno los cascos, el sonido a todo trapo, y uno piensa que se le están perforando los tímpanos. Ji, ji, ji...

Ian sacudió la cabeza.

—Y luego los mataba.

—Claro, ¿qué quiere, que al día siguiente fueran corriendo a contárselo todo a la pasma?

—¿Cómo los mataba?

—Un pinchacito, y fuera. Tampoco podían chillar, porque todavía les duraba el efecto de lo otro.

—¿Qué les inyectaba?

—Cloruro potásico. Esto fue idea de Humphrey. Era una buena idea, pero ustedes lo descubrieron. Al principio fue estupendo, inspector, porque nos ayudó mucho —añadió Lorraine sonriendo.

—Lo sé. Ha dicho que, a pesar de todo, el padre Toldrim no les dijo nada.

—En efecto, y entonces tuvimos que sacarle a usted de sus casillas mediante el anónimo. Bajo otras circunstancias me habría gustado hacerlo de otra forma... —dijo Bown mirando a O'Connor de forma provocadora.

—Está usted enferma, señorita Bown.

—No más que cualquier otro, la diferencia es que yo reconozco mis inclinaciones, ¿no le parece?

—En absoluto. Usted es distinta y mala.

—Ahhh... mala, ja, ja. Eso decían todos los curitas. Pues yo no me considero mala. ¿Usted cree que yo soy mala?

Aquella malsana sonrisa estaba sacando a O'Connor de sus casillas.

—¿Cómo lo hizo con la puerta del padre Toldrim?

—Hasta los niños saben cómo se hace. Se ve en muchas películas policíacas. ¿No ve usted películas de acción?

—No, mi trabajo ya es bastante duro como para andar buscando emociones por ahí. Pero volvamos a lo nuestro.

—Sí, y entonces llegó usted y fue tan amable de decirnos el nombre de ese italiano. No costó nada descartar algunas comisarías. Muchas ni las tuvimos en cuenta. Y lo encontramos. Y ese cachondo no tenía otra cosa en la cabeza que llevarme a la cama. No estaba mal el tipo...

O'Connor tuvo ganas de saltar de la silla y darle un puñetazo a la mujer, aunque

con gran esfuerzo, logró contenerse. El rostro de Toni apareció delante de sus ojos por un breve espacio de tiempo.

—El curita —prosiguió ella—, que él había metido en el asunto, nos proporcionó lo que andábamos buscando. Jolines, ¡qué contento estaba el italiano!

—¿A quién se le ocurrió manipular el coche?

—A Humphrey, él entiende de coches. Yo no tengo ni idea de mecánica. Apenas supimos los demás sitios, lo hizo.

—¿Estaba Montgomery en Italia? —preguntó Ian perplejo.

—Pues claro. ¿Qué iba a hacer yo si no, mientras ese madero estaba trabajando? No soporto estar mucho rato sola...

—También se llevó las fotocopias del sobre y las reemplazó por unas hojas en blanco, ¿no es así?

—Claro, imagínese que las hubieran encontrado en el coche...

—Y entonces mataron a los dos clérigos de Italia y de España.

—Naturalmente, era lógico.

—¿Intervino también Montgomery?

—¡Uy, no! El pobre no soporta ver esas cosas. En cambio se excitaba mucho cuando yo se lo contaba. Se lo tenía que explicar todo con pelos y señales, y cada vez se ponía cachondo...

O'Connor había sido testigo de muchas aberraciones de la psique humana, pero lo que estaba escuchando lo superaba todo.

—Y luego fue cuando leyeron la noticia en el periódico, ¿verdad?

—Así es, inspector, vaya putada que nos hizo. Desde luego jamás hubiéramos esperado una cosa así de usted. Nos faltaba ya tan poco... Pero ahora quiero que me diga qué había dentro de esa maldita caja de seguridad —quiso saber Lorraine Bown que observaba a O'Connor con mirada extraviada.

—Ni hablar, no se lo voy a decir —negó O'Connor al tiempo que se ponía en pie—. Voy a desconectar la grabadora —anunció a continuación conforme apretaba el interruptor de *stop* del aparato—. Ya no aguanto más sus declaraciones repugnantes.

Tras lo cual desenchufó el magnetófono y abandonó la estancia sin siquiera volverse. Aquella mujer que dejaba atrás no era normal. Era una bestia psicópata. Se alegraba de que estuviera entre rejas, y respiró hondo cuando el portal de la cárcel se volvió a cerrar tras él y pudo respirar aire puro.

\* \* \*

Ian O'Connor recibió a Betty con los brazos abiertos. Tenían toda una semana de vacaciones ante ellos. Era una sensación muy agradable. Ninguna obligación que enturbiara sus días. Sólo largos paseos junto al río Shannon y el Lough Ree. Tranquilas veladas. Una perspectiva maravillosa.

Una tarde, acababan de llegar de uno de sus habituales paseos, e Ian, después de haber dejado la gorra colgada en el perchero, se quedó un momento pensativo.

—Betty Killary...

Ésta se volvió sorprendida. Nunca la había llamado por su apellido.

—¿Qué pasa, Ian O'Connor? —replicó ella sonriendo.

—¿Qué opinarías de la idea de venir a vivir aquí? —propuso Ian conforme miraba a la mujer.

El hermoso rostro de esta última se iluminó con una amplia sonrisa. Luego ella tomó dulcemente el rostro de él entre sus manos y le dio un beso corto y cariñoso en la boca. Acto seguido desapareció en la cocina.

«¡No ha dicho que no!», pensó O'Connor mientras se dirigía al dormitorio y llamaba feliz a *Jessy*.

\* \* \*

El juicio contra Humphrey Montgomery y Lorraine Bown empezó seis meses después y duró dos semanas. Los dos fueron acusados de ocho asesinatos y condenados a cadena perpetua, con un internamiento especial de seguridad.

La llave principal, que una vez utilizada como prueba ya no era necesaria, fue devuelta a la policía de Athlone. O'Connor se la envió al padre Franz-Josef Frühling. Unos días después, Ian recibió una carta en la cual su compañero le informaba que él en persona le había hecho entrega de la llave a Juan Pablo II, y que al mismo tiempo le había explicado la investigación que habían llevado al alimón. Pontolucci y D'Augusto habían sido depuestos de sus cargos en el Vaticano. Pero Frühling no se había extendido mucho sobre este último punto.

Ian se echó a reír mientras leía la carta. Consultó la hora. Las cinco de la tarde. Seguro que Frühling estaba ahora sentado en su café delante de una humeante taza de chocolate.

Recogió sus cosas y se fue a casa en bicicleta. Era un caluroso día de verano en Athlone. Cuando enfiló el sendero que conducía a su casa, *Jessy* salió a su encuentro dando alegres ladridos. Y él vio que en la puerta de su hogar le esperaba Betty.

## Algunas observaciones sobre la novela

Desconozco la razón, pero hace tiempo que me fascina Irlanda. ¿Es por la belleza primitiva de su paisaje o por el encanto natural de sus habitantes, de los cuales, si añadimos la testarudez, es fiel reflejo la figura de Ian O'Connor? La verdad es que no sé lo que finalmente ha prevalecido.

A lo largo de la investigación que llevé a cabo sobre países y gentes, cada vez me afianzaba más en mi decisión de escoger ese país como punto de partida para mi historia. Por desgracia, hasta la fecha no he tenido la oportunidad de visitar esa isla tan verde.

Dada mi profesión, era lógico que una historia escrita por mí acabara siendo una novela policíaca. Sin embargo, hasta que he llegado a escribir la palabra «FIN», he necesitado de la ayuda de muchos y buenos espíritus.

Debo destacar que tanto el argumento como los personajes que intervienen en la historia son inventados, incluido el protagonista, y que cualquier parecido con personas reales es involuntario y pura coincidencia.

Menos el fraile bajito y regordete. Naturalmente que nunca ha trabajado en el Vaticano y, que yo sepa, jamás se ha visto involucrado en un caso criminal. Con todo, los recuerdos que tengo de él están todavía tan vivos y unidos a unas sensaciones tan positivas que, a pesar de haber sido desgraciadamente ya llamado por su jefe supremo, quise volver a darle vida en esta novela. Personifica para mí lo que siempre he imaginado y que sigo imaginando, y era un ferviente cristiano con un hábito oscuro. Un gran y bien puesto corazón, una buena cantidad de picardía y un oído siempre aguzado. Por desgracia, después de él, no he vuelto a coincidir con ningún sacerdote dispuesto a transmitir su fe a los jóvenes, que sea capaz, con el hábito y unas botas de agua, de cultivar el jardín de su parroquia o de colaborar activamente, con un hacha en la mano, en la tala de los árboles del recinto de la iglesia.

Estoy seguro de que le arrancaríamos una sonrisa benévola si pudiera leer sobre su afición a los dulces. Y no olvidaré nunca cuando, en vistas a convertirnos en monaguillos y mientras comíamos Schogetten, intentábamos por centésima vez aprender de memoria el entonces todavía utilizado «Yo confieso».

Pero también he llegado a encariñarme con Ian O'Connor a lo largo de la novela. Tal vez sólo las personas muy allegadas a mí comprenderán por qué no debía aparecer en este relato, sino que debía (podía) hacerlo en un caso posterior. Tal vez de esta historia surja ya el argumento de otro libro.

El hecho de que yo haya podido escribir al ritmo que acudían las ideas a mi cabeza no ha radicado sólo en mi fantasía, sino principalmente en mi mujer, a la cual le hacía leer cada vez las tres, cuatro o cinco páginas nuevas y se mostraba sinceramente ansiosa por leer las siguientes. Ha sido este entusiasmo el que logró acelerar mi ritmo.

También me han ayudado en todas las formas imaginables muchos amigos y



conocidos. Por ejemplo, mis colegas del club Neuháuser Kochquartett, que me proveyeron de cantidad de literatura sobre el país y su gente. También Thomas Schulze, un colega de trabajo, que me aconsejó sobre unos cuantos detalles de temas policiales.

Quiero mencionar en especial a Elisabeth y Oliver Rauhut que, con sus conocimientos de medicina, lograron hacerme comprender, a mí, que soy una persona sin talento alguno en ese campo, términos y síntomas. También fue el rigor científico de Elisabeth, la cual leyó la obra ya acabada y revisó su propia información tal vez con excesiva escrupulosidad, lo que hizo que ella misma tuviera al principio remordimientos por haberme puesto de manifiesto un par de desatinos, que yo sencillamente había pasado por alto en medio del fervor de la escritura. Espero que tenga ocasión de volver a leer la novela, pero esta vez con tranquilidad, sólo por el placer de hacerlo.

Y para acabar, una observación más. Muchos de los lugares que aparecen en esta novela existen realmente. Ruego me disculpen si en algún que otro momento los he «retocado» un poco y he añadido u omitido alguna cosa. A fin de cuentas sólo pretendo ser una novela emocionante para que usted pase un rato agradable.